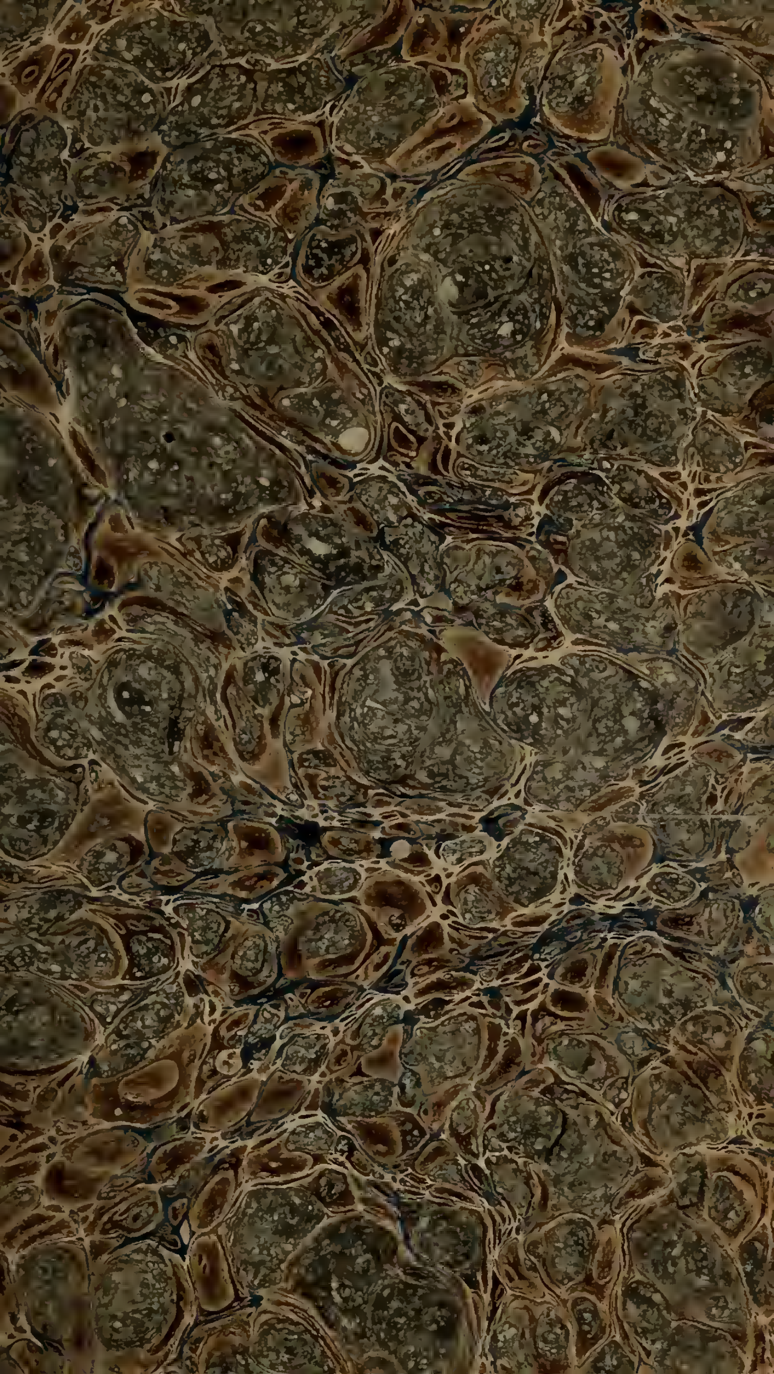


AGUINALDO

RELIGIOSO

DEL

"CORREO DE CARACAS."

1853.



CARACAS.

IMPRENTA DE CARREÑO HERMANOS.
CALLE DEL COMERCIO N° 149.

1852.

AGUINALDO RELIGIOSO

DEL

"CORREO DE CARACAS."

1853.

COLECCION DE COMPOSICIONES ESCOGIDAS,
SOBRE RELIGION, MORAL Y BUENAS COSTUMBRES,
EN LA CUAL ESTÁN COMPRENDIDAS LAS MAS SELECTAS
DE LAS PUBLICADAS POR EL "CORREO."



CARÁCAS.
IMPRENTA DE CARREÑO HERMANOS.
CALLE DEL COMERCIO N.° 149.

1852.



La general acogida que ha tenido la seccion de Religion y Moral del "Correo de Carácas," prueba inequívoca de que el principio religioso reina felizmente en nuestra patria, nos ha inducido á creer que tambien será aceptada la publicacion anual de un volúmen en que aparezcan aquellas composiciones mas selectas de las contenidas en la seccion indicada, acompañadas de otras del mismo género y de no menor importancia, puesto que con las solas publicadas por el "Correo" en el curso del año, no podría darse al libro una extension conveniente.

Presentamos, pues, al público el volúmen correspondiente al año de 1853, y ojalá que las vicisitudes de los tiempos no interrumpan

el curso de tan importante publicacion en los años venideros.

Nos lisonjeamos de que este libro encontrará acogida en las personas de todas las edades y condiciones. Los hombres ya formados, los padres de familia, los que dirigen la sociedad y presiden sus destinos, hallarán en él una fuente de verdades divinas y morales que excitando su contemplacion, fortificará sus creencias, y los ayudará á sobrellevar las fatigas y penalidades de la vida, y á proceder con acierto en la árdua tarea de conducirse á sí mismos y conducir á los demas.

Á los jóvenes ofrece sólidas lecciones y sublimes ejemplos, para formar su corazon y nutrir su alma en los principios que han de elevarlos á las altas situaciones sociales, por la senda de la virtud y de los grandes merecimientos.

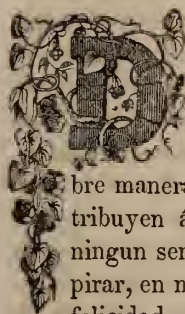
Y los niños, para quienes toda obra de moral es un tesoro, no podrian encontrar un libro mas á propósito para llevar á las escuelas, regresando diariamente á sus casas con el alma impresionada por los mas espléndidos rasgos de santidad, con nuevas ideas adquiridas sobre el cumplimiento de sus deberes y la práctica de la virtud, con nuevas armas para los recios combates que los aguardan en la cruda palestra del porvenir.

La belleza literaria de las composiciones es por otra parte un interesante atractivo que ofrece este libro. Las materias mas abstractas, las teorías mas austeras, están en él tratadas con una pureza de lenguaje, con una elegancia de estilo, con un primor tal, que no pueden concebirse lecturas mas propias para encaminar á los jóvenes hácia los rígidos dominios de la moral religiosa, cautivando al mismo tiempo su imaginacion y haciendo que les sean agradables los principios mismos que los apartan de los halagos y seducciones de la vida mundana.

Esperamos, pues, que el AGUINALDO RELIGIOSO no será un libro inútil para los hombres de edad madura, ni será mirado con indiferencia por la juventud, ni dejará de fructificar en el puro é inocente corazon de los niños, á quienes especialmente lo dedicamos. Si fuere leido con la atencion que merecen las preciosas doctrinas y saludables lecciones que encierra, nos quedará la satisfaccion de haber contribuido por este medio á la difusion de la verdadera luz, la luz de la religion y la moral, y consiguientemente al bien de nuestra patria, por cuya felicidad anhelamos de la manera mas ardiente y sincera.

LOS EDITORES.

DE LA RELIGION.



ANDO por sentado que el hombre es superior al bruto y que tiene en sí alguna cosa incorpórea, algun destello de la Divinidad, debemos apreciar sobre manera todos aquellos sentimientos que contribuyen á ennoblecerle; y como evidentemente ningun sentimiento le ennoblece tanto como el aspirar, en medio de su miseria, á la perfeccion, á la felicidad, á Dios, forzoso es reconocer la excelencia de la Religion y cultivarla.

No os arredren ni los hipócritas que veréis en abundancia, ni los que mofándose de todo, se atrevan á daros ese nombre porque sóis religioso.

Sin fuerza de ánimo no se posee virtud alguna, no se puede cumplir ningun deber de una esfera elevada: hasta para ser piadoso se necesita no ser pusilánime.

La razon y el estudio os han dado á conocer que no hai una religion mas pura que el Cristianismo, mas

exenta de errores, mas espléndida en santidad, mas divina por su carácter. Ninguna ha influido tanto en la civilizacion de los pueblos. Ella mitigó primero, y luego abolió la esclavitud; haciendo conocer á los mortales que todos eran hermanos delante de Dios, y hermanos del mismo Dios.

Meditad mucho en esto, y mas particularmente en la solidez de las pruebas históricas en que estriba esta Religion sacrosanta. Ellas son tan robustas, que pueden resistir al exámen mas imparcial y severo.

Y para que no puedan fascinaros los sofismas suscitados contra el valor de aquellas pruebas, unid á su exámen el recuerdo de los sabios varones que las hallaron completas, incontestables, desde los mas robustos pensadores de nuestros dias hasta Dante; desde Santo Tomas y San Agustin hasta los primeros padres de la Iglesia. Todas las naciones os ofrecen nombres ilustres que ningun incrédulo se atreverá á despreciar.

El célebre Bacon, tan elogiado por los de la escuela empírica, bien léjos de ser incrédulo como sus mas entusiastas panegiristas, siempre hizo profesion de cristiano. Cristiano era Grocio, aunque incurrió en algunos errores, y escribió un tratado acerca de la verdad de la Religion. Leibnitz fué uno de los mas ardientes defensores del Cristianismo. Newton no se avergonzó de componer una disertacion sobre la concordancia de los Evangelios. Locke escribió su *Cristianismo racional.* El famoso Volta, profundo físico y hombre de extremada cultura, fué durante su vida un católico virtuosísimo. Ingenios tales y tantos otros valen algo por cierto, para atestiguar que el Cristianismo está en perfecta armonía con la ciencia, con el buen sentido, con aquel, por ejemplo, que nutrido de conocimientos universales y de constantes investigaciones, no es mezquino, limitado,

ni parcial, ni está pervertido, en fin, por la liviandad escarnecedora ni por la irreligion.

. . . .

Entre los hombres memorables se encontrarán algunos irreligiosos, y no pocos que incurrieron en errores é inconsecuencias sin número en materias de fé. Pero ¿qué importa? En vano han consignado proposiciones que no probaron, así contra el Cristianismo en general, como en particular contra el Catolicismo; y los mas nombrados de entre ellos, ya en uno ya en otro de sus escritos, sin poderlo evitar, vinieron á convenir en la sabiduría de aquella misma religion que odiaban ó que tan mal observaban.

Las citas que darémos á continuacion no serán aquí ociosas, ni perderán de su importancia por carecer del mérito de la novedad.

Juan Jacobo Rousseau escribió en su *Emilio* estas memorables palabras:

"Confieso que me asombra la majestad de las Es-
" crituras: que la santidad del Evangelio me habla al
" corazon.... Mirad los libros de los filósofos con to-
" da su pompa, cuán pequeños son al lado de este!....
" ¿Cómo es posible que sea obra de los hombres un li-
" bro tan sublime, y al mismo tiempo tan sencillo?
" ¿Que no sea mas que un hombre aquel cuya historia
" nos refiere?.... Los hechos de Sócrates, que nadie
" pone en duda, están mucho ménos atestiguados que
" los de Jesucristo. Por demas seria evitar la dificul-
" tad y no darle solucion: seria mucho mas incompren-
" sible que algunos hombres se hubieran puesto de
" acuerdo para formar este libro, que el que uno solo
" haya prestado materia para que se escriba.... Y el
" Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan gran-
" des, tan luminosos, tan perfectamente inimitables,

" que su inventor seria objeto de asombro y maravilla
" con mas fundamento que el héroe."

El mismo Rousseau añade:

"Huid de aquellos que so color de explicar la naturaleza, siembran en el corazon doctrinas desoladoras..... Echando por tierra, destruyendo y hollando cuanto hai respetable entre los hombres, arrebatan al afligido el postrer consuelo en su desdicha, rompen el único freno que podria sujetar las pasiones del poderoso y del opulento, arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del delito, la esperanza de la virtud, y todavía se glorian de ser los bienhechores del género humano. Nunca la verdad (*nos dicen*) es nociva á los hombres. Así lo creo, y á mi entender es una prueba de que lo que enseñan no es la verdad....."

Montesquieu, que no era irreprensible en materia de religion, se indignaba contra los que atribuyen al Cristianismo males que no ha causado.

"Baile (*dice el mismo*), despues de haber insultado á todas las religiones, vilipendia á la cristiana. Se atreve á proferir que no podria subsistir un Estado compuesto de verdaderos cristianos. ¿Y por qué no? Serian ciudadanos sumamente ilustrados acerca de sus deberes, y celosos en extremo por cumplirlos. Conocerian perfectamente los derechos de la defensa natural, y cuanto mas ligados se creyesen con la Religion, tanto mas fuertes serian los vínculos que les uniesen á su patria, tanto mas eficaces los estímulos que graduarian su amor á esta madre comun.... ¡Cosa admirable! La religion cristiana, que al parecer no tiene mas objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra felicidad en la presente."

Y mas adelante:

"Es discurrir mal contra la Religion, reunir en un
" volúmen una larga enumeracion de los males que la
" acompañaron, si al mismo tiempo no se enumeran los
" bienes que ha producido.... Cosas espantosas diria
" el que se propusiera referir todos los males causados
" en el mundo por las leyes civiles, por el gobierno mo-
" nárquico, por el republicano..... Si traemos á la
" memoria los estragos contínuos dictados por los
" reyes y por los capitanes griegos y romanos, los pue-
" blos y las ciudades asoladas por estos caudillos, las
" violencias de Timur y de Gengiskan que destruyeron
" el Asia, encontrarémos que al Cristianismo se debe
" cierto derecho político en el gobierno, cierto derecho
" de gentes en la guerra, beneficios por los cuales nunca
" será excesiva toda la gratitud de la especie humana."

El gran Byron, ese ingenio maravilloso que por desgracia claudicó en idolatrar tan presto la virtud como el vicio, la verdad como el error, pero que siempre estuvo sediento de verdad y de virtud, confesó la veneracion que no podia ménos de tributar á las doctrinas del Catolicismo. Quiso que su hija fuese educada en esta religion, y es bastante conocida una carta suya, en la que hablando acerca de esta determinacion, dice: que así lo habia querido, porque en ninguna Iglesia habia descubierto tanta luz de verdad como en la católica.

El amigo de Byron, el mas eminente poeta que hoi posee la Inglaterra, Tomas Moore, despues de haber vacilado por muchos años para elegir una religion, hizo un estudio profundo del Cristianismo, penetró que no habia medio de ser cristiano y buen lógico sin ser católico, y escribió el resúmen de sus investigaciones con la conclusion irresistible á donde vino á parar.

"Yo te saludo, exclama, yo te saludo, Iglesia única

" y veraz! ¡Oh tú que eres el único camino de la vida;
" solo tus tabernáculos no conocen la confusion de las
" lenguas! Repose mi alma á la sombra de tus miste-
" rios santos: léjos de mí el arrojo impío que insulta
" á su oscuridad, como la fé imprudente que quisiera
" sondear su secreto. Al uno y á la otra aplico la ex-
" presion de San Agustin: raciocina tú, yo admiro:
" disputa, yo creeré: veo la elevacion, si bien no me
" es dado penetrar hasta sus límites."

(Silvio Pellico.)





LA RAZON Y LA FE.



A Razon y la Fe, dice uno de nuestros teólogos, con el candor característico de su tiempo, "se parecen á los dos hijos del Patriarca; la Razon es primogénita, pero la Fe hereda las bendiciones." La imágen es ingeniosa: la antítesis brillante; sin embargo, el sentido no es exacto. Nada razonable es figurar á la Fe de menor edad que la Razon, porque el hecho indubitable es que toda criatura humana confía y cree, mucho ántes de raciocinar ó discernir. La verdad es que tanto la Razon como la Fe son contemporáneas, y destinadas á morar juntas en el corazon humano. Ellas han sido, y son y serán, en criaturas tales como nosotros, recíprocamente complementarias: ninguna de las dos puede excluir á la otra. Tan imposible es ejercer una fe aceptable sin razon para ello, esto es, sin ejercer la razon cuando ejercemos la fe, como aprender por medio de la Razon sola, y excluyendo la Fe, todas las verdades en virtud de las

cuales nos vemos diariamente obligados á obrar, ya respecto de las cosas de este mundo, ya respecto de las del otro. Ni tampoco es justo representar á ninguna de ellas privada de la herencia prometida, á ménos que ámbas la perdiesen, traspasando sus verdaderos límites, ó depravando su naturaleza; porque si á la Fe, de que tanto habla el Nuevo Testamento, le está prometida una especial recompensa, del mismo sagrado volúmen se evidencia que no es una "fe sin razon" como ni tampoco una "fe sin buenas obras" la que aprueba el autor del Cristianismo: lo que se evidencia suficientemente con el precepto de "estar prontos á dar razon para la esperanza" y por lo tanto para la Fe, "que en nosotros está."

Si, pues, fuéramos á imitar el candor del antiguo teólogo, cuyas palabras hemos estado comentando, compararíamos mas bien á la Razon y á la Fé con aquellos dos fieles espías, "fieles entre los infieles," que confirmaron cada cual la noticia del otro acerca de aquella tierra que "rebosaba de miel y leche," y á quienes les estaba prometida en ella una rica herencia, promesa ámpliamente cumplida á su debido tiempo. Ó mas bien, si se nos permitiera seguir por la misma vena, algo mas adelante, echando sobre nuestros hombros aquel manto de alegoría que solo Bunyan pudo llevar por mucho tiempo con felicidad, representaríamos á la Razon y á la Fe como unos séres gemelos, imágen en forma y facciones, el uno de belleza viril, y el otro de gracia y gentileza femenina; pero á cada uno de los cuales le estaba impuesta una triste privacion. Miéntras que los ojos brillantes de la Razon están llenos de penetrante é inquieta inteligencia, sus oidos están cerrados á los sonidos; y miéntras que la Fe tiene el oido excesivamente delicado, sobre sus ojos sin vista, cuando los alza hácia los cielos, en va-

no lanza el sol sus rayos. Asidos de las manos el hermano y la hermana, siguen su camino al traves de un mundo que, como el nuestro, está alternado por el dia y por la noche: durante el dia, los ojos de la Razon son la guia de la Fé; y por la noche el oido de la Fe es la guia de la Razon. Y como acontece con todos los que luchan con grandes privaciones respectivamente, la Razon está expuesta á ser precipitada, impetuosa, impaciente por saber aquellas cosas que su privacion no le permite discernir con prontitud; miéntras que la Fe, apacible y dócil, está siempre dispuesta á escuchar aquella voz por cuyo medio solo la verdad y la sabiduría pueden eficazmente llegar á sus oidos.

Butler ha demostrado en los capítulos IV y V, parte 1ª de su grande obra, que la total constitucion y condicion del hombre, consideradas únicamente con relacion al mundo presente, y por consiguiente todas las analogías derivadas de aquel hecho con respecto al mundo futuro, sugieren la conclusion de que nosotros somos aquí objetos de una disciplina probatoria, ó que estamos siguiendo un curso de educacion para otro estado de existencia. Pero quizá no se ha insistido suficientemente sobre que en el presente curso de dicha educacion (cuyo gran fin segun se expresa Butler es la OBEDIENCIA ILUSTRADA á los preceptos de la virtud, ó lo que es lo mismo, á las leyes de la suprema sabiduría y bondad), si permitiéramos un ascendiente ilimitado, bien á la Razon, bien á la Fe, viciaríamos todo el sistema. El instrumento principal por cuyo medio debe llevarse al cabo el curso de educacion de que hemos hablado, no es la Razon sola, como ni tampoco la Fe sola, sino su accion recíproca bien contrapesada, que consiste en un sistema de restricciones y limitaciones alternativas, en que ni la Razon se sobreponga á la Fe, ni la Fe usurpe â la Razon.

(Anónimo.)

LA FE CRISTIANA.



AYA LUZ! dijo Dios.—¿Aun turba el viento
Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina:
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á do su amor los encamina,
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
Y á confundirse van al manso rio,
Y el rio con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío:
Surgen los montes, brotan los torrentes,
Y á la voz del supremo poderío,
De séres mil, millares de millares
Van á poblar el viento y tierra y mares.

¡Hai un Dios!—Le tributan homenaje
La encina secular en el altura,
El zumbador insecto entre el follaje,
El cristalino arroyo que murmura;
En su tierno, dulcísimo lenguaje,
Le canta el ruiseñor en la espesura,
En su gruta el leon con su rugido,
Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hai un Dios! tierra y mar, y fuego y viento
Cantando van á un tiempo en su alabanza;
Revela su hermosura el firmamento,
La tempestad su túrbida pujanza;
Su infinito saber el pensamiento,
Su bondad infinita la esperanza,
El almo sol su brillo soberano,
Su vasta inmensidad el Oceano!

Solo el hombre infeliz erró el camino,
¡Ceguera incomprensible y lastimosa!
El mas perfecto sér que al mundo vino,
De Dios la criatura mas preciosa;
El Soberano del Eden divino,
Aquel á quien su mano generosa
Dió un fulgente destello de su ciencia,
Ese solo dudó de su existencia!

Dudó;—fué mas allá:—negó el menguado
Que hubiera un Dios, en su febril locura!
¡Negó al Señor, el Rei de lo creado;
Renegó del Criador la criatura!
Él, miserable siervo del pecado,
Ardiendo en saña y en soberbia impura,
¡No hai mas Dios, exclamó en su desatino,
Ni mas lei ni mas freno que el destino!

¡El destino!—Dios ciego que un demente
Á su antojo formó, como él pequeño;
Monstruosa creacion de insana mente,
Mentida sombra que abortó un ensueño:
Al bien como á los males impotente,
Mirando sin favor ni torvo ceño
Al vicio y la virtud, y así al verdugo
Como al que espira só el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
Es do tiene la muerte su dominio;
Divinidad terrífica que impera
Sobre campos de sangre y exterminio,
Mónstruo devorador, cuya hambre fiera
No saciada en el lúgubre triclinio,

Le impele á devastar con ciego encono,
Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
¿ Á qué el renombre que el mortal ansía ?
Si todo ha de parar en polvo inerte,
¿ Á qué tanto anhelar, tanta agonía ?
¿ Para qué la virtud del varon fuerte ?
¿ Para qué la inspirada poesía ?
El númen de los cantos inmortales
¿ Qué busca en tan desiertos arenales ?

¿ Dejó su asiento en el sublime coro,
Abandonó las salas diamantinas,
Para cernerse acá con triste lloro
Sobre desolacion, luto y ruinas ?
Y el eterno laud de cuerdas de oro,
Las armonías del Eden divinas,
¿ Qué entónces fueran, sino duelo y llanto.
Digno cantar en infortunio tanto ?

El himno funeral que el cisne entona
Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
De fúnebre cipres mustia corona
Que anuncia de la muerte los despojos;
Viento que gime en solitaria zona
Entre zarzas estériles y abrojos,
Sin hallar una planta, un eco amigo
Que repita su voz y le dé abrigo!

¿ Qué es el hombre lanzado en esta tierra.
Sin la luz de la antorcha soberana,
Sin el raudal de júbilo que encierra
La fuente pura de la FE CRISTIANA ?
Muévenle sus pasiones cruda guerra,
Y si la débil fortaleza humana
Opone solo á su tremendo embate,
¿ Cómo vencer en el mortal combate ?

Cual la flor que en fructífero terreno
Con la sávia del sol vivificante,
Gala y orgullo del pensil ameno,

Crece olorosa y bella y rozagante;
Trasplantada despues á suelo ajeno
Pierde su esplendidez, su olor fragante,
Y á darle nueva vida, extraño fuego
Nunca es bastante, ni amoroso riego:

Así el débil mortal á la flaqueza
Del propio corazon abandonado,
Camina de este mundo en la aspereza
De negras sombras y de horror cercado:
Víctima del temor y la tristeza,
Con la ominosa carga del pecado
Pesando siempre en los cansados hombros,
Se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fe vacilante, su amor frio,
Su caridad mezquina y limitada,
Su pensamiento el caos ó el vacío,
Tinieblas el fulgor de su mirada:
Su ardimiento temor, flaqueza el brio,
Miseria su ambicion, su ciencia nada!
Júzgase un Dios en su delirio insano,
Y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia
Crea, pasa veloz.—De cien naciones,
¿Dónde ahora la fama y prepotencia?
¿Qué fué de los temidos Faraones?
¿Qué del griego poder la clara ciencia?
Imperios y ciudades, religiones,
Y leyes y costumbres ¿dónde fueron?
¡Ai! en polvo fugaz se convirtieron!

Del Eufrates undoso en la ribera,
Acaso busca el docto peregrino
Dónde fué la Metrópoli altanera
Del vasto imperio del famoso Nino:
Restos, cenizas fúnebres do quiera
Embarazan el lúgubre camino,
Y el eco de su voz solo retumba
Só el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo, y llanto y desventura
En las tinieblas de la noche humana;
El mundo era una vasta sepultura
Do reinaba la muerte soberana:
Cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura
Do la santa verdad copiosa mana,
Del Sínai celestial bajaste al suelo
Á darnos en tu lei vida y consuelo.

Lucha en vano el error.—Hombres oscuros
Se lanzan á la lid con faz serena:
"¡Morir para vencer!" gritan seguros,
Y en sangre bañan la ominosa arena:
Ya tiemblan los satélites impuros
Al ver el entusiasmo que enajena
Á las sagradas víctimas, y el fiero,
Dejan caer, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
Arrostran el poder de los tiranos;
Las vírgenes de tiernos corazones,
Las esposas, los débiles ancianos,
Inermes al furor de los sayones
Se entregan, y á los tigres africanos;
Y la madre tal vez en santa ofrenda
Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz:—Llegó á su complemento
La humanidad maldita y degradada;
La tierra, el mar, los ámbitos del viento
Repitieron la *nueva deseada:*
Y del báratro al fondo turbulento
La falange de espíritus malvada,
Huyendo se lanzó del númen fuerte,
Único triunfador contra la muerte.

¡Bella, inmortal, benéfica, divina,
Omnipotente Fe, siempre triunfante!
Del alma fortaleza diamantina,
Que miedo infunde al infernal gigante;
Fuente de amor serena y cristalina
Que ofrece grata sombra al caminante,

Y con sus puras ondas le convida
En medio del desierto de la vida:

Faro amigo que surge en lo lejano
Al náufrago infeliz en noche oscura,
Cuando rugiendo airado el Oceano
Y llena el alma de mortal pavura,
En vano esfuerza la cansada mano
Á luchar con su indómita bravura,
Y al ver la luz en la ribera ansiada,
Cobra vigor y con aliento nada:

Sublime Fé, del hombre compañera,
Á sus trémulos pasos docto guía;
Única luz de claridad sincera,
Única inspiracion que no extravía:
Único amigo cuya voz severa
Nos consuela y ampara en la agonía,
Mostrándonos risueño en lontananza
El puerto que soñó nuestra esperanza:

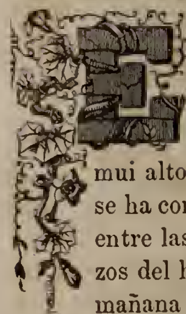
¡ Salve, pura centella desprendida
Del foco inmenso de la eterna lumbre!
¡ Salve, perenne manantial de vida
Que brotaste del Gólgotha en la cumbre!
Tú eres el ígneo rayo que intimida,
El íris de la paz y mansedumbre,
De todo bien generador fecundo,
Ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

(Heriberto García de Quevedo.)





LA ESPERANZA.



L cristiano ha hecho de la esperanza una virtud, despues de haber hecho tan árduo el camino de la inmortalidad: ha querido, sin duda, que se pagase á mui alto precio la felicidad eterna; pero tambien se ha complacido en hacer brotar algunas flores entre las malezas que desgarran los piés descalzos del hombre peregrino. Cuando el sol de la mañana le sorprende cansado ya de su jornada que empieza, hai una voz tan dulce como la de una madre, que le dice:—Anda, anda, hijo mio, porque aún te queda mucho camino que andar: tú no conoces todo el valor que reside en tí, todo el poder de que te ha dotado el Señor para llevar á cabo tu laborioso destino. Anda, hijo mio; el premio reservado á tu perseverancia supera á lo mas glorioso y bello que puedes imaginar.... y yo sostendré tus pasos vacilantes y te diré ¡alerta! ¡alerta! el estrecho sendero que sigues está entre dos abismos. Y yo llenaré tu corazon de un sentimiento

delicioso y consolador, que engrandecerá tus dias, á fin de que puedas llenar tu tarea, que sanará las heridas que recibirás en el combate, que hará caer un sueño reparador sobre tus húmedos párpados, que será, en fin, para tí como una misteriosa vida toda llena de alegría y de reposo, en el seno de la vida real, toda llena de luchas y de amargas penas."

¿No es tu voz, oh santa esperanza, la que de esta suerte habla al hombre en el secreto de su corazon dolorido ó quebrantado? ¿No es así como respondes á sus gemidos, cuando en el desierto del mundo irian á espirar sin eco, como el murmullo del viento ó el vago rumor de las olas? ¡Oh! infeliz, infeliz el que no ha querido alimentarse con tu benéfico y saludable maná, cuando el hambre cruel le ocasionaba vahídos, el que no ha humedecido sus labios con las límpidas gotas de su onda fresca y abundante, cuando la abrasadora sed desecaba su pecho! Ese habrá pasado sobre la tierra como un dia sin sol, como una desastrosa borrasca. No podrá prevalecerse de los males que haya sufrido, cuando el juez eterno le pida cuenta de su mision, porque en medio de sus penas, muchas veces habrá blasfemado y tirado al suelo su carga; porque la envidia y el orgullo habrán sucesivamente llenado su corazon con su falaz energía....

¡Ah! la esperanza no desciende mas que á los que la merecen, porque no hai virtud que pueda adquirirse sin trabajo. No tomemos, pues, por la esperanza esas punzantes angustias que acompañan á la expectativa de un acontecimiento feliz ó desgraciado; no tomemos por ella esa confianza ciega que ponemos á veces en obras que nos parecen buenas, porque han salido de nuestras manos. El malo blasfema cuando osa decir: ¡espero! Véase la mortal palidez que cubre la frente

rugosa del jugador, aun cuando el demonio que le agita sonrie á sus frenéticos deseos: tambien él dice: ¡espero! pero miente, porque sufre! Véase al criminal que ha echado el resto de su osadía para engañar á su juez y sustraerse á la espada de los tribunales humanos: no se le ve temblar, pero de cuando en cuando frios sudores surcan su frente, y una opresion convulsiva detiene los latidos de su corazon: tambien ese miente cuando dice que espera. Tambien mienten todos los que han puesto su felicidad en la satisfaccion de sus sentidos ó de sus pasiones; porque su audaz pretension es un crímen, y ciertamente no es para ellos para quienes la esperanza, ángel puro é inmortal, salió del seno de Dios; no es para ellos para quienes, desplegando sus alas de oro, desciende á la tierra á fin de derramar algunas flores de primavera sobre las huellas de la tempestad y de los inviernos.

No se detiene en los palacios á rociar con su perfume la cabeza de los reyes y de los grandes de la tierra; huye de los festines y de las desenfrenadas asambleas donde resuena el estrépito de una ficticia alegría. Aquí el pensamiento cuidadoso y triste se sienta á la cabecera del hombre poderoso, y le agita dormido, despues de haberle ocupado despierto; allí, entre aquellas risueñas muchedumbres que beben la vida como un licor que embriaga, la muerte se pasea y cuenta de antemano sus víctimas, y sin embargo, todos esos hombres insensatos ó culpados sueñan con un MAÑANA á gusto de sus pasiones.... ¡Oh! sin duda, ¿no es esa la esperanza que habéis llamado una loca ilusion, orgullosos filósofos? ¿No es ese el sentimiento que repeléis como una quimera sin eficacia ni realidad? ¡Y habéis creido que poniendo el dedo en la herida, y haciendo gritar al enfermo, sanaríais su mal! ¡Habéis creido que derribando

de un soplo el frágil edificio de la voluntad humana, destruiríais tambien la esperanza que viene del cielo! No, la esperanza no es esa ilusion que habéis desgarrado en vuestras manos como los leves tejidos de un velo de mujer; la esperanza es la sola realidad de esta vida de mentira y de error.

La esperanza cristiana es ese sentimiento profundo, inalterable, sereno, de un inmortal porvenir, que se adquiere por medio de la oracion y de la caridad; es aquella virtud, hija y hermana de la fé, con la que se calman los mas vivos dolores y se borran las pérdidas mas crueles. Merced á ella, hasta la misma desgracia tiene un encanto poderoso y dulce que hace mas ligero su peso, como está la miel en principio en los amargos estambres de las flores; merced á ella, la pobreza doliente y abandonada tiene tambien sus riquezas y sus placeres; merced á ella, los tristes dias de nuestra vida mortal pasan como sueños, de los que se despierta en un estado en que su doloroso recuerdo no vendrá á mezclarse á la eternidad de nuestras alegrías, á las indestructibles realidades de nuestra felicidad. Buscad, pues, buscad esa divina esperanza en la soledad de los calabozos, donde aligera el peso de las cadenas del inocente, en la desolacion de esos asilos abiertos á las miserias, cuyo aspecto turbaria los egoistas placeres de la multitud; buscadla bajo el oscuro techo donde el genio acrisolado por la religion se ensaya, sonriendo en vista de la injusticia de los hombres, á tender su vuelo á los cielos; buscadla donde quiera que el dolor va á atribular una alma confiada en las promesas del Salvador, donde quiera que una humilde voz apela á la justicia de Dios de las crueldades de los hombres, donde quiera que la inocencia y la virtud, como blancas palomas, bajo la sangrienta garra del buitre, son por un momento fácil presa del crímen y del vicio.

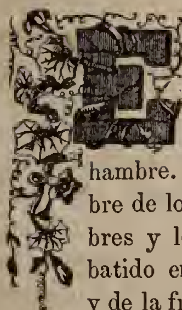
Allí la hallaréis con su dulce sonrisa y su armoniosa voz, hermosa y tímida como una vírgen de quince años, pero grande y fuerte como el ángel de la ardiente espada que precipitó á Satanas en el abismo, cuando concibió el pensamiento de poner una mano impía en el trono del Eterno. Dios ha querido que la esperanza se revelase á nosotros con dulces pensamientos y patéticos símbolos, á fin de que el hombre que la rechaza, la halle hasta su última hora en sí y fuera de sí. La esperanza es la oracion que fortifica y consuela; es el sentimiento del deber; es la revelacion de nuestro porvenir; es tambien la planta que florece en desiertos y estériles arenales; es la fresca y embalsamada brisa que se alza despucs de un dia caluroso; es la melodiosa vibracion que se exhala de las cuerdas de una arpa; es un rayo del sol despues de una tempestad; es la estrella que brilla en el cielo en el seno de las mas densas tinieblas. Sonrie en la primera sonrisa del niño en la cuna, en la sublime mirada del moribundo, en la cruz que se alza sobre la tumba del cristiano!

(Anónimo.)





DE LA CARIDAD CRISTIANA.



L catolicismo, escarnecido y vilipendiado hoi por no sé qué sectarios oscuros y feroces en nombre de los hambrientos, es la religion de los que padecen hambre. El catolicismo, combatido hoi en nombre de los proletarios, es la religion de los pobres y los menesterosos. El catolicismo, combatido en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humana; el catolicismo, combatido en nombre de no sé cual religion misericordiosa y amante, es la religion del perfecto amor y de las sublimes misericordias.

....

Segun San Bernardo, la caridad es la medida de la grandeza y la perfeccion: de tal manera, que el que tiene mucha es grande, y el que poca es pequeño, y nada el que no tiene ninguna. Pasando mas allá, San Gregorio declara que por la caridad nos son imputables no

solo los bienes que hacemos, sino tambien aquellos otros que deseamos y no podemos hacer. ¡Doctrina de grande consolacion, aquella por la que se iguala la buena voluntad â la buena obra, aquella en que se da el galardon, como al trabajo, al deseo!

Los venideros no creerân que se ha levantado un dia en el horizonte del mundo, en que esta religion divina, toda de misericordia y de amor, ha sido entregada á la execracion de las gentes por bârbaras y hambrientas muchedumbres, necesitadas de amor y de misericordia. Los venideros no creerân en la prodigiosa locura y en los insensatos furores de aquellos que, siendo pobres, se han levantado en tumulto contra la única religion que tiene entrañas para los menesterosos: que estando desheredados, han puesto su boca, sus manos y sus piés en la religion santa que les ofrece un reino por herencia: que no teniendo padre en la tierra, se han alzado en rebeldía contra su único Padre que está en los cielos, y que les dice: "¿No podéis subir hasta donde está mi gloria? Yo que soi el Señor de los prodigios, haré el mayor prodigio por vosotros, y tendré toda mi gloria en donde vosotros estéis. ¿No tenéis ciencia para conocerme? Creed en mí y tendréis mas ciencia que los que mas me conocen. ¿No tenêis ni ingenio ni letras para convertir á mí la muchedumbre de las gentes? Desead que todas las gentes se conviertan á mí, y yo os daré las palmas de la predicacion, y la gloria del apostolado. ¿No tenêis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? No importa: pedidme á mí que los sedientos beban y los hambrientos coman; y el pan que aplaque su hambre, y el agua que temple su sed, os serân imputados en el cielo. ¿Estáis cargados de dolencias y de dias, y os faltan las fuerzas para las buenas obras? Desead obrarlas, y te-

ned por cierto que ya las habéis obrado. ¿Envidiáis á los que tuvieron la gran dicha de padecer por mí el martirio? Desead padecerlo, y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires. ¿No podéis ser misericordiosos? Sed pacientes; y tened por cierto que seréis tan grandes ante mí por vuestra paciencia, como los otros por su misericordia. ¿No podéis levantar á mí vuestras manos cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz, y vuestra plegaria será escrita en el cielo como si hubiérais levantado á mí juntamente la voz y las manos. ¿Sóis mudos? No importa: levantad vuestro espíritu á mí, que yo oigo la voz de los espíritus. ¿No sabéis qué cosa pedirme? No importa, porque yo sé lo que os conviene. ¿No sabéis por ventura amar? Pues si sabéis amar, lo sabéis todo, porque me sabéis á mí; y lo tenéis todo, porque me tenéis á mí, que soi habitante de los corazones que me aman. ¿No recordáis cuando anduve por el mundo? Hubo entónces en la tierra una mujer adúltera que era el ludibrio de las gentes: sus manos estaban vacías de buenas obras: su alma abrumada de pecados: no entendia cosa ni de plegarias ni de oraciones; pero yo la miré y se enamoró de mí; y se puso calladamente á mis piés; y allí puesta, se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas; y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecia sino ella sola: nada me pedia sino á mí; y con esto solo, su corazon contrito y humillado se vistió de resplandeciente y mas que angélica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la habrian envidiado todos los coros de mis ángeles y todos mis serafines, porque me enamoré de ella y la hice mia, y santifiqué con mi presencia el corazon conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soi el que llevé conmigo al paraiso el alma de

aquel ladron afortunado en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamas ni mas culpable ni mas menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu, lo puso en mis manos, como yo puse el mio en manos de mi Padre, y así como mi Padre me recibió, yo le recibí. El océano de su amor habia pasado por la cumbre de sus culpas.

"Yo soi aquel que ántes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores; y que ántes de llamar á mí á los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soi aquel que andando por el mundo, dí salud á los dolientes, lumbre á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soi aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos, envié el maná y multipliqué los panes. Yo soi aquel que puesto entre los pobres y los ricos, entre los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, sabios y arrogantes, y llamé con tierna y amorosa voz á unos pobres, ignorantes y humildes pescadores; y me hice todo suyo, y les lavé los piés, y les dí mi cuerpo por manjar, y mi sangre por bebida: que tanta fué por ellos mi querencia.

"Nada amé tanto como vuestra pobreza y vuestro amor, despues de la gloria de mi Padre. Siendo soberano señor de todas las cosas, me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. A uno de vosotros, que no á ningun príncipe del mundo, dí la gobernacion y el mando de mi Iglesia santísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenia ni lo que sabia, sino lo que me amaba. No le examiné de licenciado ni de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rei, y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre: un establo mi aposento; un pesebre mi cuna. Pasé mi in-

fancia en desnudez y obediencia: viví atribulado: comí el pan de la caridad: no tuve un dia de reposo: llenáronme de vituperios y de afrentas: mis profetas me llamaron VARON DE DOLORES: escogí por trono una cruz: descansé en sepulcro ajeno: al entregar mi espíritu á mi Padre, os llamé á todos á mí. Y desde entónces no me canso de llamaros: ved cómo tengo en la cruz, para recibiros á todos, entrámbos brazos tendidos."

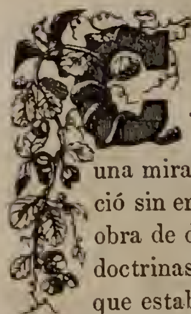
(Juan Donoso Cortés.)





FILOSOFIA RELIGIOSA.

DE LA CARIDAD Y DE LA FILANTROPIA.

UANDO la filosofía del siglo pasado trastornó todas las creencias, y semejante al ángel rebelde, echó sobre la obra de su orgullo y de su ignorancia una mirada de satisfaccion y de alegría, conoció sin embargo que le faltaba algo á aquella obra de destruccion. La insociabilidad de sus doctrinas debia comprometer su duracion : vió que estableciendo dogmáticamente el egoismo como principio de toda organizacion, habia roto en efecto todos los vínculos que unen al hombre con el hombre ; comprendió, en fin, que habia sofocado en él todos los sentimientos cuyo auxilio no pueden repudiar la debilidad de su larga infancia y las miserias de su vida. Este resultado de los preceptos de la escuela enciclopédica era lógico é inevitable.

Si el destino final del hombre debe resolverse en la tierra, ó en otros términos, si su razon no es mas que un fenómeno orgánico, si todo lo que hai de intelectual

en él debe acabar al mismo ticmpo que su forma material, es evidente que él debe ser para sí mismo su objeto cspecial y único. Vivir es la primera condicion á que le somete su inteligencia : vivir satisfaciendo plenamente sus sentidos y sus pasiones, es necesariamente el complemento de esta condicion absoluta. En esta situacion, el hombre, sin curarse de las circunstancias que han acompañado su infancia, ó mas bien, no atribuyendo mas que á un instinto comun á todos los animales, los desvelos de que sus padres han rodeado su cuna, puede en conciencia mirar indiferente los males de sus semejantes. Las leyes sociales le prescriben que no les haga ningun daño : temeroso de los castigos que imponen, obedecerá á esta prohibicion ; pero su lei moral no le mueve en manera alguna á hacerles bien. Entre un hombre y él, media la nada.

La irresistible progresion de estas fatales ideas debió, pues, aterrar á la filosofía : indispensable era contenerla. La sociedad, parándose á la entrada del árido desierto que querian hacerle cruzar, podria romper el yugo que le imponian, y sustraerse al influjo de semejantes doctrinas por el profundo hastío que inspiran. La filosofía pensó seriamente en crear una virtud, ó á lo ménos una práctica con apariencia de tal, pero cuyo orígen estuviese en el egoismo, y que sin embargo satisficiese á algunas de las necesidades sociales del hombre, ejerciéndose fuera de él mismo y sobre otros séres, sus iguales ó sus semejantes. La filantropía fué llamada á resolver este problema ; su destino era reemplazar la caridad cristiana, ¡ como si dependiera de los hombres cubrir los vicios de la tierra con la blanca túnica de las virtudes celestiales ! Pero la filosofía y la caridad nunca han podido confundirse : en ámbas doctrinas ha quedado profundamente estampado el principio de

que emanan, formando en la moral dos polos opuestos con un carácter especial y formal, cuyo punto de convergencia no puede hallarse, porque no existe en efecto ni en la razon pura, ni en el trascendentalismo de la fe.

La filosofía, como queda dicho, es una obra del egoismo, de ese interesado amor al *yo*, esencialmente enlazado á lo que hai de material en el hombre, y que existe fuera y con independencia de toda lei moral : la caridad es, por el contrario, la obra de aquella abnegacion completa del *yo*, cuya sublime enseñanza ha predicado el Evangelio ; de aquel amor puro, esencialmente enlazado á todo lo que hai de intelectual en el hombre, y que existe en virtud de las leyes de la moral absoluta, es decir, revelada.

De la rigorosa demostracion de estas dos proposiciones, van á emanar juntamente la superioridad racional de las virtudes religiosas sobre las prácticas puramente humanas, y la de las doctrinas evangélicas, consideradas solamente desde el punto de vista filosófico, sobre las doctrinas sociales de la filosofía vulgar.

Para apreciar seguramente la moralidad de una accion, es preciso conocer bien el sentimiento de que emana, y el objeto real con que se ha consumado. Estas dos cosas se encadenan de un modo tan íntimo, que la una sirve casi siempre de criterio para la otra, y que indiferentemente se puede explicar el sentimiento por el objeto ó el objeto por el sentimiento. Así, admitamos que el objeto de la filantropía sea en efecto ilustrar á los hombres con arreglo á principios que es inútil discutir: admitamos que tenga igualmente por objeto mejorar su condicion social sobre la tierra y guiarlos hácia la mas completa realizacion de la felicidad filosófica ; á primera vista debe parecer atrevido, sobre todo á las perso-

nas cuya cultura intelectual está poco adelantada, que se presente como una obra del egoismo una doctrina que enseña á hacer bien á los hombres. Pero ademas de que el bien no está abandonado arbitrariamente á las apreciaciones individuales, y de que tiene en sí un carácter absoluto de alta moralidad de que no se le puede despojar, es seguro que el amor al *yo*, en el órden social, debe extenderse lógicamente á una multitud de hechos que no dependen de la voluntad del *yo*. Cuando la filosofía enseña al hombre pobre los medios de enriquecerse, facilitándole, por ejemplo, la inteligencia de un descubrimiento nuevo, no quiere mas que darle una esperanza que atenúe el sentimiento de envidia que puede inspirarle la vista de la riqueza de los otros, adquirida sin esfuerzo.

Con el mismo objeto se afana por instruirle, porque con arreglo á su dogma generador, acabando todo para el hombre sobre la tierra, la felicidad ó mas bien los goces de esta vida, no pueden ser conservados por el corto número de los que los poseen, sino con la condicion expresa de que la excesiva miseria del mayor número, no los ha de impeler á apoderarse de una situacion mejor. Necesariamente, en el desenvolvimiento lógico del mismo principio, el pobre tiene siempre el derecho de pedir cuenta al rico, no solo de lo que le sobra, sino aun de todo lo que tiene de injusto y de chocante la desigualdad de su posicion respectiva. Se ve que aquí el objeto de la filantropía, que está bien patente, revela el sentimiento de donde emana el supuesto bien que hace: da para conservar; y si esto no es una obra de egoismo, es preciso despreciar todas las leyes de la lógica. ¡ Extraña filosofía, por cierto, la que poniendo la felicidad del hombre en la posesion de los goces terrenos, no tiene palabras para explicar la injusticia de la reparticion de estos goces !

Examinemos ahora los procedimientos de la caridad, siguiendo un método enteramente contrario; es decir, busquemos en el sentimiento que la inspira, el objeto que se propone.

La filosofía cristiana no puede vedar al hombre que trate por todos los medios que no violan la lei moral de que proviene, de mejorar las condiciones de su vida terrestre; así es que la caridad se aplica á todas las obras de la filantropía, solo que lo hace con miras mas elevadas y generosas, porque su fin no está en este mundo. Su religion enseña el menosprecio de las riquezas y la vanidad de los efímeros goces de nuestros sentidos, idea magnífica, que domina todas las ideas del cristiano, purifica ademas cuanto pudiera haber de apasionado en sus deseos, y dirige por consiguiente todos sus sentimientos hácia fines hiperfísicos. Pero la caridad brilla sobre todo con una belleza celestial en las acciones cuyo objeto no adivina la filantropía, porque no comprende su inspiracion. La caridad desciende al fondo de los calabozos llevando en los labios la sonrisa de la esperanza; implora á Dios con los desgraciados, consuela á los culpados y los acompaña hasta sobre el cadalso, donde la sociedad, que se separa de ellos, va á entregarlos al hierro de los verdugos: da pan al pobre, un báculo al ciego, hablándoles de las inagotables riquezas de la otra vida, y de las claridades del reino eterno. Y ese sentimiento tan puro, tan elevado que la atrae hácia todos los dolores, hácia todos los infortunios, ¿habia de estar contaminado por algun pensamiento de egoismo? "Sí, responderá la filosofía: vosotros hacéis bien á los hombres, porque creéis que ese bien os será contado en la otra vida, y si el amor al *yo* se eleva en vosotros hácia un bien que no es de este mundo, no por eso conserva ménos su carácter humano, pues que vuestras virtudes

son igualmente interesadas." Á esto responde el cristiano: "¿Cómo puede ser eso así, cuando el verdadero carácter de la caridad es desconocerse á sí misma? ¿Cómo puede ser eso así, cuando nuestro divino legislador ha dicho: que tu mano izquierda ignore lo que ha dado tu mano derecha: si haces una buena accion y te jactas de ella, no te será contada en el cielo: tú te habrás pagado á tí mismo?"

Este sentimiento de la caridad revela, pues, su objeto, que es preparar al hombre á sus altos destinos, y precaverle contra una nueva caida: así se explican de un modo lógico é inevitable el carácter y los fines divergentes de la filantropía y de la caridad.

La filantropía procede de la idea de que la felicidad es el objeto de la vida humana, y que este objeto puede alcanzarse en la tierra. Si esto fuera cierto, seria preciso confesar que la vida es una amarga burla para millares de razas humanas que pasan desventuradas y dolientes por este mundo, donde ni siquiera pueden entrever ese supuesto objeto de su destino. Y esas innumerables generaciones pasadas, que duermen en el polvo de las tumbas, que han debido sufrir la rigorosa lei de los hechos, que han sido diezmadas por horribles enfermedades ó destrozadas por la guerra, y entre las cuales tantos inocentes y tantos séres virtuosos han sucumbido en las miserias de los tiempos que alcanzaron, ¿qué son, qué papel hacen en ese sistema de filosofía? No aplicándose su principio mas que á los que existen y á los que existirán, y dejando en el olvido de sus mortajas á los que ya no existen, ¿no revela claramente su orígen humano? Luego ese principio es falso, porque es injusto, y porque Dios, fuente augusta de toda armonía, es tambien la fuente de toda justicia.

La caridad procede de la idea de que si la felicidad es

uno de los objetos del hombre, solo puede realizarlo mas allá de esta vida. La íntima y suave satisfaccion que siente el cristiano en esta tierra, cuando ha cumplido sus deberes y señalado sus dias con buenas obras, no es esa felicidad inefable que su filosofía le promete para despues de la dolorosa prueba de este mundo.

Así es que la filantropía se ejerce mas en favor de las masas, y la caridad en favor de los individuos: la primera obra de un modo soberano y legislativo, y la segunda de un modo fraternal. La filantropía tiene la pretension de hacer dichosos ; la caridad no quiere mas que consolar infortunios : la filantropía forja para el desgraciado un porvenir brillante ; la caridad toma una parte de la carga del infeliz, para que esté ménos abrumado bajo su peso. La filantropía no es mas que prudencia ; la caridad es una virtud : la una es hija del orgullo del hombre ; la otra es un beneficio del cielo.

Si se les pidiese á las artes la personificacion alegórica de estas doctrinas opuestas, seria menester representar á la filantropía bajo la figura de un anciano que va derramando algunas monedas de oro, á fin de que no piensen en robarle el tesoro que lleva en el seno ; y á la caridad, bajo la de una vírgen, con los ojos vendados y la mano abierta.

(Anónimo.)





RESPETO A LOS ANCIANOS

Y A NUESTROS MAYORES.



HONRAD la imágen de vuestros padres y de vuestros abuelos en toda persona anciana. La vejez es venerable para todo el que es de noble condicion.

En la antigua Esparta una lei prescribia que los jóvenes se levantasen al aproximarse un viejo, que callasen cuando él hablaba, que le cediesen el paso cuando le encontrasen. Lo que la lei no hace entre nosotros, hágalo, y será mejor, la decencia.

Encierra tanta belleza moral este obsequio, que aun aquellos que se olvidan de practicarlo, no pueden ménos de aplaudirlo en los otros.

Un viejo ateniense buscaba puesto en los juegos olímpicos, y el graderío del anfiteatro estaba todo ocupado. Algunos jóvenes conciudadanos suyos le hicieron señal de acercarse, y cuando cediendo á la invitacion hubo llegado, no sin trabajo, hasta donde estaban, en

vez de acogida solo halló indignas risotadas. Expulsado de una parte á otra, el encanecido viejo llegó al sitio que ocupaban los espartanos. Fieles estos á las costumbres sagradas de su patria, se levantan con modestia y le colocan á su lado. Aquellos mismos atenienses que tan desvergonzadamente le habian escarnecido, fueron los primeros que reconocieron la generosidad de sus émulos, y los mas vivos aplausos partieron de todos lados. Las lágrimas se desprendian de los ojos del anciano, que con entusiasmo exclamaba: "¡Los atenienses conocen lo que es bueno: los espartanos lo practican!"

Alejandro el Macedon (á quien yo daria aquí el dictado de grande), en la época misma en que los sucesos mas brillantes conspiraban á su elevacion, sabia no obstante humillarse al aspecto de la vejez. Detenido una vez en sus marchas triunfantes por una nevada extraordinaria, mandó encender fuego; y sentado en un regio sitial, se calentaba, cuando vió entre sus soldados á un hombre agobiado por la edad, que temblaba de frio. Corrió á él, y con aquellas manos que habian destruido el imperio de Darío, asió del brazo al viejo entelerido, y le sentó en su misma silla.

"No es malvado sino el hombre sin respeto por la vejez, por el sexo débil, ó por la desgracia," decia Pariní. Y Pariní empleaba todo el ascendiente de la autoridad que tenia sobre sus discípulos, para hacerlos obsequiosos con los ancianos. En una ocasion estaba irritado contra un jóven que habia incurrido en una falta grave. Casualmente se encontró en una calle á tiempo que aquel jóven, sosteniendo á un viejo capuchino, reconvenia con firmeza á una soldadesca que acababa de atropellarle. Pariní tomó parte en la noble demanda, y echándole los brazos al cuello, dijo al jó-

ven: "No hace un instante que te creia perverso; mas ahora que tengo pruebas de tu piedad hácia los viejos, te creo capaz de eminentes virtudes."

La vejez es todavía mas respetable en aquellos que soportaron las molestias de nuestra infancia y las de nuestra adolescencia; en aquellos que contribuyeron con todos sus esfuerzos á formar nuestro corazon y nuestro juicio. Téngase indulgencia con sus defectos, y apréciense en un generoso paralelo las penas que les hemos costado, el afecto que les hemos debido, y la dulce recompensa que se prometen en la constancia de nuestro amor. El que se consagra con ánimo generoso á la educacion de la juventud, no está nunca bastante recompensado, no, con el pan que justamente reporta. Aquellos desvelos, verdaderamente paternales, no son oficios mercenarios; ennoblecen al que se dedica á prestarlos, le habitúan á amarnos, y le dan el derecho de ser amado.

Tributemos filial obsequio á todos nuestros superiores, porque son superiores á nosotros.

Tributemos respeto filial á la memoria de todos aquellos hombres que merecieron bien de la patria ó de la humanidad. Sean para nosotros sagrados sus escritos, sus imágenes, sus sepulcros.

Y cuando contemplemos los siglos que nos han precedido y los vestigios de barbarie que de ellos nos quedan; cuando lamentando los muchos males presentes, descubramos que son consecuencias de las pasiones ó los errores de los tiempos pasados, no cedamos á la tentacion de criticar á nuestros mayores. Impongâmonos el circunspecto deber de ser piadosos en el juicio que de ellos formemos. Emprendian guerras, es cierto, que ahora deploramos; pero, ¿acaso no tenian una excusa en la necesidad, ó en ilusiones inevitables que mal pode-

mos pesar á tanta distancia? Si invocaron la intervencion extranjera que les fué tan funesta, ¿no justifican esta imprevision iguales ó semejantes motivos? Sancionaron instituciones que hoi nos degradan; ¿pero está demostrado que no fuesen las mejores, las mas oportunas en su tiempo, la mejor combinacion posible de la sabiduría humana para los elementos sociales de aquellas épocas?

La crítica debe ser ilustrada y no cruel con nuestros abuelos, no calumniadora, no desdeñosa, ligera ó irreverente con aquellos que no pueden alzarse de las tumbas, y decir: "esta fué, oh nietos, la razon de nuestra conducta."

Célebre es el dicho del viejo Caton: "Difícil será á la posteridad comprender en los siglos venideros lo que justifica nuestra vida."

(Silvio Pellico.)



AMISTAD.



DEMAS de los padres y de los otros parientes que son los amigos que os ha destinado la naturaleza: ademas de aquellos que por haberos enseñado, hayan merecido principalmente vuestra estimacion y el que con placer los llaméis amigos vuestros, todavía experimentaréis simpatía en favor de otros, cuyas virtudes os serán ménos conocidas, y particularmente jóvenes de una edad igual ó poco diversa de la vuestra.

¿Cuándo deberéis ceder á esta simpatía ó cuándo deberéis reprimirla? La respuesta no es dudosa.

Debemos benevolencia á todos los mortales; pero la benevolencia no debe elevarse al grado de amistad, sino en favor de tal sujeto que tenga prendas para merecer nuestra estimacion. La amistad es un vínculo verdaderamente fraternal, y en su apogeo es el bello ideal de la fraternidad. Es una armonía suprema de dos ó tres al-

mas, nunca de muchas, que han venido á ser necesarias la una á la otra, que han encontrado recíprocamente el camino de entenderse, el medio de auxiliarse, de interpretarse noblemente, de estimularse al bien.

"De todas las sociedades, dice Ciceron, ninguna es ,, mas noble, ninguna es mas firme que la que se forma ,, de hombres de costumbres semejantes, unidos por la ,, familiaridad." (De off. lib. 1º cap. 18.)

No envilezcáis jamas el sagrado nombre de amigo, dándolo á hombres de poca ó ninguna virtud.

El que odia la religion, el que no es celoso en extremo de la dignidad de hombre, el que no es sensible al deber de honrar á la patria con la ciencia y la probidad, el que es hijo irreverente ó malévolo hermano, aun cuando fuese un hombre maravilloso, sin igual por la dulzura de su aspecto ó de sus maneras, por la elocuencia de sus palabras, por su vasta erudicion y hasta por sus brillantes disposiciones para los hechos generosos, jamas consiga ser amigo vuestro. Si os mostrare el mas vivo afecto, no le concedáis vuestra familiaridad; únicamente el hombre virtuoso reune las cualidades indispensables para ser amigo.

Ántes de conocer á uno por hombre virtuoso, la sola posibilidad de que no lo sea, baste á deteneros respecto de él en los límites de la urbanidad general. Entregar el corazon es cosa demasiado grave; apresurarse en esta materia es una culpable imprudencia, es una indignidad. El que se liga á hombres pervertidos, se pervierte, ó cuando ménos hace reflejar en sí mismo, con oprobio suyo, la infamia de aquellos.

¡Pero dichoso aquel que encuentra un amigo digno! Si abandonado á sus propias fuerzas su virtud se debilita á cada paso, el ejemplo y el aplauso del amigo le reaniman. Si en un momento de abatimiento se consi-

dera propenso â caer en faltas ó ignora el valor que tiene, la estimacion del hombre que ama le ensalza á sus propios ojos. Si todavía se avergüenza en secreto de no poseer todo el mérito que la indulgencia del amigo le supone, toma aliento, no obstante, y se fatiga para corregirse. Se complace de que sus buenas cualidades no se hayan escapado á la observacion de su amigo, se lo agradece, anhela por adquirir otras, y hé aquí cómo á beneficio de la amistad se ve avanzar tal vez vigorosamente hácia la perfeccion, á un hombre que estaba bien distante de ella y que distante habria permanecido.

No hagâis esfuerzo alguno por tener amigos. Es mejor no tenerlos, que deber arrepentirse de haberlos elegido con precipitacion. Pero cuando lleguéis á encontrar uno, honradle con amistad sublime.

Este noble afecto fué sancionado por todos los filósofos, y lo ha sido igualmente por la religion.

Bellos ejemplos de esta verdad encontramos en la Escritura. "El alma de Jonatas se confundió con el "alma de David.. Jonatas le amó como á su alma.." Y lo que es mas: la amistad fué consagrada por el mismo redentor! Él se dignó tener contra su seno la cabeza de Juan que dormia, y desde la cruz, ántes de espirar, pronunció aquellas divinas palabras, símbolo de amor filial y de amistad: "Madre, hé ahí á tu hijo! Discípulo, hé ahí á tu Madre!"

Estoi persuadido de que la amistad (entiendo la sublime, la verdadera amistad, aquella que está fundada sobre una grande estimacion) es necesaria para separar al hombre de las bajas inclinaciones. Ella da al alma un no sê qué de poético, de sublime, de fuerte, sin lo que difícilmente se eleva sobre el cenagoso terreno del egoismo.

Pero cuando hayâis concebido y prometido amistad,

cuidad de esculpir sus deberes en vuestro corazon. Son muchos. Son nada ménos que haceros dignos del amigo durante vuestra vida!

No falta quien aconseje que no debe estrecharse amistad con persona alguna, fundándose en que ocupa demasiado los afectos, distrae el espíritu y produce celos; pero yo soi de la opinion de un gran filósofo, San Francisco de Sáles, el cual en su Filotea, dice que aquel es un consejo maligno. Concede que aunque pueda ser prudencia en los claustros impedir las inclinaciones parciales, "en el mundo es necesario (añade) que "aquellos que quieren militar bajo las banderas de la "virtud, bajo la bandera de la cruz, se unan...... Los "hombres que viven en el siglo, donde son tantos los "pasos difíciles que hai que vencer para llegar á Dios, "se asemejan á aquellos viajeros que en las sendas es-"cabrosas ó resbaladizas, se dan la mano unos á otros "para sostenerse, para caminar con mas seguridad."

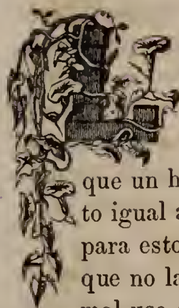
De hecho se dan la mano los malvados para hacer el mal: ¿no deberán unirse los buenos para obrar el bien?

(Silvio Pellico.)





DE LAS RIQUEZAS.



A religion y la filosofía están de acuerdo en alabar la pobreza cuando es virtuosa, y anteponerla al turbulento amor de las riquezas. No obstante, conceden que un hombre puede ser rico y poseer un mérito igual al del pobre virtuoso. Se necesita solo para esto que no sea esclavo de sus riquezas, que no las procure ni las conserve para hacer mal uso de ellas; ántes bien, que no desee emplearlas sino en auxilio de sus semejantes.

Honrad á todas las condiciones honestas de la vida humana, y por lo tanto á los ricos; pero limitándoos á los que consagran su prosperidad al beneficio de muchos, á los que en medio de su fausto y sus goces no son indolentes y soberbios.

Es probable que permanezcáis en la condicion en que habéis nacido: léjos de la opulencia como de la pobreza. No os asalte jamas el odio bajo contra los poderosos, que corroe comunmente á los de escasa for-

tuna y á los pobres. Este ódio suele disfrazarse con la gravedad del lenguaje filosófico; ya estalla en ardientes declamaciones contra la injusticia de la desproporcion de fortunas, contra el orgullo de los que dichosamente son ricos; ya es una sed, magnánima en apariencia, de igualdad, de alivio á las miserias del género humano. Nada de esto os seduzca, aun cuando lo oigáis de boca de personas de crédito, ó lo veáis escrito en páginas elocuentes de pedantes que compran el aplauso de la muchedumbre adulándola. En tales exclamaciones solo hai envidia, ignorancia y calumnia, todo, ménos celo por la justicia.

La desigualdad de fortunas es inevitable, y de ella se derivan males y bienes. El que con mas entusiasmo maldice al rico, de buena gana ocuparia su lugar: tanto vale que permanezca en la opulencia el que ya la posee. Poquísimos son los ricos que no expenden su dinero, y expendiéndolo, cooperan al bien público con mas ó ménos mérito, y aun á veces sin mérito alguno. Dan impulso al comercio, mejoran el gusto, fomentan las artes y alientan la esperanza de los que por medio de la industria desean evitar la pobreza.

No ver en ellos mas que ocio, molicie, inutilidad, es aplicarles una necia caricatura. Si el oro hace indolentes á unos, impulsa á otros á acciones dignas: no hai punto civilizado en el mundo, donde los ricos no hayan fundado y conserven importantes institutos de beneficencia; no hai paraje alguno donde no sean el consuelo de la miseria individualmente, ó por medio de asociaciones.

Miradlos, por tanto, sin prevencion y sin envidia, procurando no ser eco de lás murmuraciones vulgares. No seáis desdeñoso ni vil hácia ellos, como no querríais que lo fuesen con vos los que no os igualan en riqueza.

Sed sabiamente económico de los bienes de fortuna que poseáis, huyendo igualmente de la avaricia que endurece el corazon y embota el entendimiento, que de la prodigalidad que conduce á vergonzosos empeños y desagradables apuros.

Es lícita la inclinacion á aumentar las riquezas; pero sin torpe anhelo, sin inmoderada inquietud, sin olvidar que de ellas no depende el verdadero honor, la verdadera dicha, sino de ser noble de alma ante Dios y ante los hombres.

Crezca vuestra beneficencia en la misma proporcion que vuestra fortuna. La riqueza puede aliarse con todas las virtudes; pero si se une al egoismo, es una verdadera maldad.

El que tiene mucho, debe dar mucho: no hai excusa para el olvido de un deber tan sagrado.

No neguéis socorro al mendigo; pero no cesen aquí vuestras limosnas; mayor y mas señalada es separar á los pobres de la mendicidad proporcionándoles un modo de vivir mas honesto, es decir, dando pan y trabajo á los artistas.

Pensad alguna vez que acontecimientos imprevistos pueden despojaros del patrimonio de vuestros mayores y sumiros en la miseria. Demasiados ejemplos se ven en nuestros dias, y nadie puede decir: "no moriré en el destierro ni en la indigencia."

Gozad vuestras riquezas, pero con generosa independencia de ellas, que es á lo que los filósofos de la Iglesia con el Evangelio llaman pobreza de espíritu.

Voltaire, en una de sus pinceladas mordaces, afectó creer que la pobreza de espíritu recomendada por el Evangelio era *la estupidez;* mas es, por el contrario, la virtud de conservar, en medio de la opulencia, un espíritu humilde amigo de la pobreza, capaz de sobrellevar-

la, y dispuesto á respetarla en los demas. Virtud que exige algo mas que *estupidez ;* virtud, en fin, que no puede ser hija sino de la sabiduría y de la elevacion de alma.

¿Quieres cultivar tu espíritu? dice Séneca, vive pobre, ó "como si lo fueses."

Si llegáreis á caer en la miseria, no os dejéis abatir. Trabajad para vivir, pero sin avergonzaros. El necesitado puede ser tan apreciable como el que le socorre. Pero desde luego debéis saber renunciar de buena voluntad á las costumbres de la riqueza, para no ofrecer el ridículo y lamentable espectáculo de un pobre soberbio que no quiere adoptar las virtudes que convienen á la pobreza, una humildad digna, una severa economía, una paciencia imperturbable en los trabajos, una amable serenidad de alma á despecho de la fortuna adversa.

(Silvio Pellico.)





RESPETO A LA DESGRACIA.

BENEFICENCIA.



ONRAD á todas las condiciones honestas dc la naturaleza humana, y por lo tanto á los pobres, con tal que aprovcchen su desgracia en perfeccionarse á sí mismos, con tal que no presuman que el sufrir los autoriza para ser viciosos ó malévolos.

Tampoco seáis severo en juzgarlos, y tened piedad tambien de aquellos que se vcn dominados por la impaciencia ó la ira. Pensad que es cosa mui dura sufrir trabajos en un camino ó en una choza, miéntras á poca distancia del paciente pasan ó existcn hombres vestidos ricamente y satisfechos. Perdonadlos si tienen la debilidad de miraros con envidia, y socorredlos en su necesidad, porque son hombres.

Respetad la dcsventura en todos aquellos que sufren sus estragos, aun cuando no hayan llegado al extremo de la indigencia, aun cuando no os pidan socorro.

Tambien debéis mirar con afectuosa compasion á todo aquel que dependa de su trabajo, que viva afanoso y se encuentre en inferioridad respecto de vuestro estado. No le hagáis sentir con arrogancia la diferencia de fortuna. No le humilléis con aspereza ñi aun cuando

llegue á desagradaros por sus maneras rústicas ú otro defecto.

Nada es tan consolador para el infeliz, como el verse tratado por sus superiores con amorosa consideracion: su corazon entónces se llena de gratitud y comprende por qué el rico lo es, y le perdona su prosperidad juzgándole digno de ella.

Los amos insultantes y brutales son odiados, aunque paguen bien á sus sirvientes.

Hacerse odiar de los inferiores es grande inmoralidad, 1º, porque entónces sóis malvado vos mismo; 2º, porque en vez de disminuir su afliccion, la acrecentáis; 3º, porque los avezáis á serviros deslealmente, á aborrecer la dependencia en que están, y á maldecir de la clase entera de los que son mas afortunados que ellos. Y como es justo que todos gocen la mayor felicidad posible, aquel que está en grado superior debe procurar que sus inferiores no encuentren insoportable su estado, sino que al contrario lo amen porque no es despreciado, porque está sembrado de honrosos consuelos por parte del rico.

Sed liberal en todo género de alivios al que los necesite, en intereses y proteccion cuando podáis; en consejos oportunamente; en amabilidad y buenos ejemplos siempre.

Pero mui particularmente si véis oprimido el mérito, emplead todos vuestros esfuerzos en realzarlo; y cuando no podáis conseguirlo, os dedicaréis á consolarlo y honrarlo.

Ruborizarse de mostrar estimacion al hombre de bien desgraciado, es la mas indigna de las vilezas. Y como es harto frecuente, debéis ser mui vigilante en no dejaros arrastrar de ella nunca.

Cuando uno es infeliz, los mas propenden á perjudi-

carle, suponiendo que sus enemigos tienen motivo para vilipendiarle y atormentarle. Si aquellos forjan una calumnia para justificar su proceder é infamar á su víctima, semejante calumnia, por mas inverosímil que sea, se escucha y se repite cruelmente. Los pocos que se fatigan en disiparla, no logran ser escuchados. No parece sino que la mayoría de los hombres es feliz cuando puede creer en el mal.

Horrorizáos de tan perversa inclinacion. Donde quiera que resuene la acusacion, no os desdeñéis de escuchar la defensa. Y si no se oye la defensa, sed tan generoso que imaginéis alguna. No déis fe á la culpa sino cuando esté manifiesta; pero no seáis como aquellos que odiando, pretenden ser palpables culpas que no lo son. Si queréis ser justo, no odiéis: la justicia de los que odian es rabia de fariseos.

Desde que la desgracia pese sobre un hombre, aunque haya sido enemigo vuestro, aunque haya contribuido á la devastacion de vuestra patria, es villanía contemplar como un triunfo su miseria. Si la oportunidad lo exige, hablaréis de sus faltas, pero con ménos vehemencia que en tiempo de su prosperidad: hablad aun con el cuidado de no exagerarlas, de no separarlas de los méritos que brillaron en aquel hombre.

Siempre es hermosa la piedad hácia los infelices y aun hácia los culpables. La lei puede tener el derecho de condenarlos: el hombre no tiene el de gozarse en su dolor, ni el de pintarlos con un colorido mas negro de lo justo.

La costumbre de ser piadoso os hará tal vez benigno con los ingratos. No presumáis con desden que todos lo sean; no os canséis de ser benigno. Entre muchos ingratos existe el hombre reconocido, digno de vuestros beneficios; y estos no le habrian alcanzado si no los hu-

biéseis distribuido á muchos. Las bendiciones de aquel solo, os compensarán de la ingratitud de los restantes.

Ademas de que aun cuando no encontráseis nunca el reconocimiento, la bondad de vuestro corazon os serviria de recompensa. No hai dulzura mayor que el ejercicio de la misericordia, que el cuidado de aliviar las desgracias ajenas. Es superior en mucho á la que experimenta el que recibe el beneficio; porque en recibirlos no hai virtud, y en dispensarlos hai mucha.

Sed delicado con todos al hacer beneficios, pero mucho mas con las personas respetables, con las mujeres tímidas y honestas, con aquellos que son novicios en el cruel aprendizaje de la pobreza, y devoran frecuentemente en secreto sus lágrimas ántes que pronunciar la angustiosa palabra, "necesito un bocado de pan!"

Fuera de aquello que déis privadamente sin que una mano sepa lo que da la otra, como dice el Evangelio, uníos tambien á otras almas generosas para multiplicar los medios de auxiliar, para fundar buenos establecimientos, ó mantener los que existen.

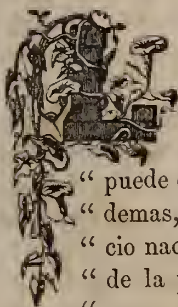
La religion dice así: sed propicios á hacer bien, no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. (*Providentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus. Epist. Pauli ad Rom. c.* II.)

Hai cosas excelentes que un individuo solo no puede hacer, y que tampoco pueden hacerse en secreto. Amad las asociaciones de beneficencia, y si os es posible, promovedlas, impulsadlas si están adormecidas, reformadlas, si no corresponden á su objeto. No os desaniméis por la crítica que los avaros y los inútiles hacen siempre de aquellas almas oficiosas que trabajan por el bien de la humanidad.

(Silvio Pellico.)



HUMILDAD, MANSEDUMBRE, PERDON.



A soberbia y la ira no pueden conciliarse con la cortesía, y por lo tanto no es cortés el que no tiene el hábito de ser humilde y afable. "Si algun sentimiento "puede destruir el desprecio insultante hácia los "demas, es la humildad ciertamente. El despre-"cio nace de la comparacion con los demas y "de la preferencia que damos á nosotros mis-"mos; ¿y cómo podrá arraigarse este senti-"miento en un corazon avezado á contemplar y lamen-"tar las propias desdichas, á reconocer todo su mérito "en Dios, y que si su mano poderosa no le detiene, es-"tá expuesto á precipitarse en el mal?" (Véase á Manzoni, en su excelente libro sobre la moral católica.)

Reprimid sin cesar los ímpetus de la indignacion, si no queréis haceros intratable y orgulloso. Si una cólera

justa puede ser oportuna, esto sucede mui rara vez. El que la cree justa á cada paso, cubre con la máscara del celo su propia malignidad.

Este defecto es por desgracia mui frecuente. De veinte personas que tratéis con franqueza, encontraréis diez y nueve que se esforzarán en justificar bajo pretextos generosos su indignacion hácia este ó aquel objeto. Todos parece que arden en furor contra la iniquidad, como si ellos solos fuesen justos en el mundo. El pais que habitan es siempre el peor de la tierra; la época que alcanzan es siempre la mas triste; las instituciones que ellos no han dictado siempre son pésimas; impostores los que hablan delante de ellos de moral y religion; avaros los ricos que no prodigan el oro; disipadores los pobres que sufren é imploran la compasion; ingratos, por último, aquellos que recibieron de su mano algun beneficio. Maldecir de todos los individuos que componen la sociedad, excepto alguno que otro amigo por galantería, parece en general un deleite inapreciable.

Y lo que es todavía peor, esta ira que tan pronto estalla contra los ausentes como sacrifica á los que están inmediatos, suele agradar á todos los que no son el blanco de ella. El hombre irritable y mordaz es reputado sin dificultad por hombre generoso, y tal, que si gobernase el mundo seria un héroe. Por el contrario, el hombre modesto y benigno suele ser mirado con insultante compasion, como un imbécil ó un miserable.

Las virtudes de la humildad y la mansedumbre no producen gloria; pero abrazadlas, porque valen mucho mas. Esas propensiones universales de ira y de orgullo, no prueban otra cosa que la escasez universal de amor y de verdadera generosidad, y la universal ambicion de parecer mejores que los demas.

Hacéos un deber de ser manso y humilde, pero sabiendo dar á entender que no es por imbecilidad ó hipocresía. ¿Y de qué modo? ¿Perdiendo tal vez vuestra calma y amenazando al malvado? ¿Vituperando con palabras ó escritos á los que os han calumniado con semejantes armas? No: desdeñáos de responder á vuestros calumniadores; y á excepcion de algunas circunstancias particulares que no es posible determinar, no os impacientéis nunca con los malvados; no los amenacéis, no los vilipendiéis. La dulzura, cuando es virtud y nó falta de energía, tiene siempre á la razon de su parte, y humilla mas á la soberbia que toda la fulminante elocuencia de la ira y el desprecio.

Mostrad al mismo tiempo que vuestra mansedumbre no es imbécil ó vil, conservando vuestra dignidad con los malvados, no aplaudiendo su iniquidad, no solicitando sus sufragios, no apartándoos de la senda del honor y de la religion por temor de sus detracciones.

Acostumbráos á la idea de tener enemigos, pero sin inquietaros; no existe hombre alguno que no los tenga, por mas que sea benéfico, sincero, incapaz de hacer mal. Hai almas bajas tan connaturalizadas con la envidia, que no pueden vivir si no vibran su mordacidad contra cualquiera que goza de reputacion.

Tened el valor de ser manso, y perdonad de corazon al infeliz que os dañó ó quiso dañaros. "Perdonad, no siete veces, dice el Salvador, sino setenta veces siete," esto es, sin límites.

Los duelos y todas las venganzas son delirios indignos. El rencor es un compuesto de orgullo y de bajeza. Perdonando un daño recibido, puede cambiarse en amigo á un enemigo, en hombre de bien á un perverso. Oh! qué bello y consolador es este triunfo! Cuánto mas grande es que todas las victorias horribles de la venganza!

Y si el que os ha ofendido fuere irreconciliable, aunque le hayáis perdonado, y viviere y muriere insultándoos, ¿qué habréis perdido con ser bueno? ¿No habréis adquirido el mayor de los goces, el de conservaros magnánimo?

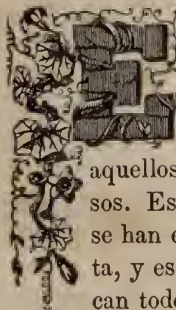
(Silvio Pellico.)



DEL MATRIMONIO.

I.

DEBERES RECÍPROCOS DE LOS CASADOS.—DEBERES ESPECIALES DE LA MUJER.



EL matrimonio impone deberes de muchas especies: unos se refieren á la vida religiosa, otros á la vida moral: estos dirigen las relaciones sociales, aquellos fijan la posicion respectiva de los esposos. Estas cuestiones, de una alta importancia, se han examinado bajo todos sus puntos de vista, y es raro encontrar casados que no conozcan todo lo que tienen de solemne y sagrado.

Pero, en el matrimonio, no todo se reduce á ser fiel á las promesas que se han hecho al consorte delante de Dios y de la sociedad; aún falta por llenar un deber secundario en apariencia, pero cuya importancia es mui grande, y cuya ejecucion, mas ó ménos perfecta, determina ordinariamente la felicidad de los casados.

Porque es menester que estos no tengan ninguna reconvencion grave que hacerse mútuamente; es preciso que la religion y la razon les recuerden sin cesar la santidad de sus empeños, y aun tambien podria suceder que la desgracia entrase en un matrimonio que parece mui unido y que se creeria digno de mejor suerte, y sin embargo, ese infortunio imprevisto, ese azote que vendria á emponzoñar el resto de su vida, tal vez solo á sí mismos deberian atribuirlo los casados. En efecto, veamos lo que sucede generalmente: los dos consortes tienen su genio, sus prevenciones, sus hábitos, sus relaciones; por muchos miramientos que tengan uno con otro, los caractéres son siempre bastante opuestos para producir frecuentes choques en una union tan larga; se ven tan de cerca, tan á menudo, con tantos defectos por ámbas partes, en las ocasiones mas imprevistas y mas naturales á que no es posible prepararse, que se cansan uno de otro, el amor se acaba, la imperfeccion incomoda, la flaca humanidad se hace sentir cada vez mas; es preciso á cada instante violentarse en algo, y no mostrar el esfuerzo que se hace sobre sí mismo; es preciso, por una justa compensacion, exigir la misma violencia del consorte, y notar su repugnancia; la complacencia disminuye, el corazon se deseca, cada uno es una cruz para el otro, cruz que se lleva con gusto, en buen hora, pero cruz al fin. Á veces toda la union se reduce á un deber cuando mas, á una estimacion seca, á una amistad forzosa que solo se despierta en las grandes ocasiones. El comercio diario pierde toda su dulzura, el corazon no halla en él ningun halago: es una conformidad de intereses, un vínculo de honor, un apego fiel, mas bien que un cariño sensible y cordial.

Pero todavía es mas frecuente que los esposos, cansados de una union que les presenta tantas angustias y

crueles desengaños, dejen extraviar su juicio y su corazon, y se imaginen hallar en un trato ilícito y criminal, la felicidad y las dulces expansiones del alma que no les ofrece ya el lazo conyugal. Y esto consiste en que, en las relaciones que tenemos con la sociedad, las personas que la componen cuidan de disimular sus defectos, y de disfrazarse con mentidas virtudes y falaces atractivos; como no las vemos mas que á intervalos previstos, tienen tiempo para componerse y rodearse de seducciones. No es, pues, de extrañar que seduzcan el capricho y la irreflexion; y que esposos frívolos y ligeros hagan una triste comparacion entre esa vida exterior, que yo llamaré excepcional, y la vida de todos los instantes que están condenados á pasar juntos. No discurren que ese sér que admiran es acaso, en el interior de su casa, mil veces peor que el esposo á quien le prefieren.

No sé si es un error lo que voi á decir, pero me parece hallar, hasta en esos descarríos de la cabeza y del corazon, una prueba de esa inmensa necesidad de órden y de perfeccion que devora á la inteligencia, y por consiguiente una prueba de la vida futura, en la que el alma debe encontrar aquella perfeccion á que aspira sin cesar; solamente que los hombres se engañan en la investigacion de ese inefable bien; quieren anticiparse las delicias del cielo; pero la perfeccion es un fruto vedado á la boca de los mortales, y estos deben contentarse con merecer en la tierra, con su resignacion á los padecimientos, y su sumision á la voluntad de Dios, el premio destinado á la fidelidad y á la constancia.

Es preciso, pues, que los casados se persuadan bien, cada cual por su parte, de que han tomado en matrimonio, no un ángel, sino un sér humano, es decir, imperfecto, lleno de mil defectos, cuyo contínuo espectáculo

no debe incomodarlos ni cansarlos; es preciso que recuerden, cada cual por su parte, que tienen necesidad de indulgencia, y que si advierten las imperfecciones de su consorte, tambien ellos tienen muchas, y que acaso sus propios defectos son todavía mas insoportables y esenciales.

El Apóstol San Pablo da á los casados una gran leccion, y les impone una obligacion tan sensata como dulce de cumplir: "Maridos, dice, amad á vuestras mujeres como Jesucristo amó á su Iglesia." ¡Y obsérvese cuál fué aquel amor del Salvador del mundo á la Iglesia que fundó! Era un amor gratuito y desinteresado: no fueron los méritos de los hombres los que lo engendraron: Jesucristo los amó no solo imperfectos, sino ingratos y empedernidos: dió su vida por ellos, los llenó de beneficios, y ese amor se perpetúa aún, á pesar de tan graves y numerosas infidelidades. De esta suerte, en el cristianismo, los deberes se convierten en placeres, y los placeres en deberes; así, siempre el cristianismo ilustra á los hombres sobre sus verdaderos intereses, y los preserva de las desgracias á que los arrastrarian el capricho grosero ó las falaces ilusiones del entendimiento y del corazon. La union conyugal se forma bajo los auspicios del cristianismo, él es el que dirige en la eleccion de un consorte, y nos enseña á preferir las virtudes sólidas á los atractivos exteriores: tambien bajo sus auspicios se sostiene el amor entre los casados, en medio de las tribulaciones de la vida, porque los enseña á sufrirse mútuamente y á perdonarse las faltas que produce la flaca humanidad, pero en las que muchas veces no tiene parte el corazon. En fin, el cristianismo va á sentarse junto á la cabecera de su lecho de muerte, y á él deberán los esposos el no tener que hacerse penosas revelaciones en su momento supremo.

Pero es menester evitar que los esposos cristianos, alentados por aquella tolerancia de que la religion hace un precepto, pongan á pruebas demasiado árduas su valor y su paciencia recíprocos: seria una conducta horrible abusar así de los beneficios de la religion y convertir contra sí mismos los auxilios que ofrece á los hombres. Harto numerosos son los matrimonios en que los esposos no tienen otro móvil de sus acciones que el mas ruin egoismo, y considerarian como un hurto hecho á su propia felicidad el menor esfuerzo para aumentar la de su consorte. Ántes de determinarse á serle agradables, cuidan de examinar si el sacrificio no será demasiado grande para ellos, si todos sus pequeños intereses, todas sus mezquinas conveniencias quedarán bien á cubierto; en una palabra, no serán amables, sino en cuanto no les cueste nada el serlo. No se les diga que la vida de los casados es una vida de sacrificios y de abnegacion contínua, que en el matrimonio se cesa de vivir para sí, y que ya no se debe uno ocupar mas que en el sér á quien ha consagrado su existencia: no se les diga esto, porque ellos no ven en su consorte sino un instrumento mas para contribuir á su satisfaccion, sino un sér, en una palabra, cuyo oficio es puramente pasivo, y con respecto al cual no tienen ni deberes, ni obligaciones. Si acontece, por casualidad, que ese consorte manifiesta, no digo su voluntad, sino siquiera un simple deseo, el otro, á quien la bondad ó la debilidad ha dejado tomarse un imperio despótico, se rebelará contra supuestas exigencias y una tiranía quimérica é ideal, porque, en efecto, ¿por qué razon viene ese impertinente á turbar su tranquila indolencia ó á descomponer sus disposiciones? Es preciso que se decida á no ser feliz y á no tener voluntad, sino cuando la dicha ó la voluntad de su consorte no estén comprometidas.

Tal es el lenguaje en que se expresan, tal es la conducta que observan con alta frecuencia casados ridículos é insensatos. ¡ Como si la felicidad que se proporciona á otro no debiera duplicar la que se experimenta ! ¡ Como si los sacrificios dictados por el amor y la religion no debieran colmar los votos de la naturaleza y satisfacer todas las exigencias de la razon ! ¿ Y hemos de admirarnos, despues de tantas locuras, de que todos los dias se vean en los tribunales demandas de separacion, y de que nuestros legisladores no hayan discurrido mejor remedio á las desgracias que abruman á los esposos, que la vergonzosa é inmoral lei del divorcio ?

Pero, ¿ no es la mujer, sobre todo, la que está destinada á hacer reinar, en el seno de la familia, aquella felicidad y aquellas alegrías del corazon, á que jamas igualarán los deleites del amor propio ni todos los goces de la vanidad ? Hija, esposa y madre, en todos los estados, ó hermosea la existencia de sus ancianos padres, ó es el apoyo y el consuelo de un esposo, ó enseña á sus hijos, con su ejemplo y sus lecciones, los medios mas dulces y mas seguros al mismo tiempo de ser feliz. Esta es la hermosa y noble mision que la Providencia ha reservado á las mujeres en la tierra ; este es el dulce encargo que les ha confiado. El hombre, entregado á las ocupaciones exteriores, disipado, distraido sin cesar por los desvelos que reclaman los negocios particulares y las relaciones políticas, el hombre es incapaz de asegurar en derredor de sí la ventura y la paz ; es incapaz de hacerse feliz á sí mismo. Muchas veces no lleva á su casa mas que un desaliento profundo, fruto de los desengaños de que ha sido víctima, ó de sus tristes observaciones : por doquiera no ve mas que desgraciados ó malvados, una sociedad trabajada por mil necesidades, agitándose en vano por asir al vuelo una sombra fugaz

de felicidad, y sustraerse á la inexorable necesidad cuya férrea mano la impele y la arrastra: por todas partes ve la obcecacion y el error. Entónces, si su alma no está enteramente marchitada por el contacto de las pasiones de los demas, si no se precipita con los ojos cerrados en los mismos extravíos, cae por lo ménos en una lamentable indiferencia, en una apática insensibilidad. La vida ha perdido para él todos sus encantos, y siente todo el peso de aquella reprobacion que persigue á los hijos de Adan y los condena á *cultivar con el sudor de su frente esta tierra que les produce abrojos y espinas* (*). Entónces es cuando la mujer, con su dulce influjo, le reconcilia con la vida, ofreciéndole un feliz contraste con las rencorosas pasiones que le agitan en la vida pública, y desaniman aun á los que no son mas que sus espectadores. El órden y la paz reinan en derredor de ella; ella rodea de tiernos desvelos á los queridos objetos de su amor, se olvida á sí misma y se prodiga para ellos. Léjos de conocer aquel frio y mortal egoismo que caracteriza la vida social, á pesar de su brillante oropel y de su falaz apariencia, la vida de la mujer es una vida de sacrificios, de virtudes reales y desinteresadas: á su lado va el hombre á templar su valor; á su lado conoce la realidad de la dicha, y se convence de la miseria y de la vanidad de las distracciones exteriores.

Así, la mujer tiene en sus manos el destino del hombre; de ella depende hacerle feliz, ya evitando el efecto de sus relaciones con la sociedad, ya neutralizando su funesto influjo; ó bien dejarle bajo el yugo comun, hecho presa de las mismas pasiones, víctima de los mismos errores, si no tiene valor ó voluntad para cumplir la hermosa y dulce mision que le ha confiado la Providen-

(*) Génesis.

cia. Y no se crea que solo en las altas clases de la sociedad, en el brillante teatro de las ilustraciones sociales, le es dado á la mujer llenar este noble debèr. No: en las clases intermedias, donde reina la feliz medianía, en las filas populares, en las numerosas categorías del menestral y del labrador, en todas partes la mujer debe ejercer la misma influencia, porque si no, tiene que neutralizar los delirios de la ambicion: ¡cuántas pasiones mas groseras fermentan al rededor de ella! Ya la crápula que conduce al embrutecimiento, ya la pereza, madre de todos los vicios, ó la inmoralidad que prepara á la edad madura tantos remordimientos, ó la irreligion, fuente fecunda de todos los excesos y de todos los desórdenes. Tal es, en efecto, el repugnante espectáculo que presentan con harta frecuencia las clases de que vamos hablando; ya se reboce el vicio, entre las personas de la clase media en una especie de decencia, ya aparezca en toda su desnudez en el jornalero depravado, el desórden es el mismo y siempre sus huellas son igualmente profundas.

Ah! fuerza es confesarlo; eso sucede porque la mujer no comprende su deber ni sus verdaderos intereses; porque la educacion que ha recibido no le ha inculcado esta importante máxima: *De tí depende la felicidad de tus padres, de tu esposo y de tus hijos!* porque, léjos de luchar contra el torrente, se entrega á él y se deja arrastrar.... ¡Desgraciada! al mismo tiempo arrastra, con su funesto ejemplo, á los que viven bajo su dependencia; traspasa el corazon de un esposo ó de un padre, y conjura sobre su cabeza el deshonor para el tiempo, y la venganza para la eternidad.

¡Cuántos matrimonios son unos verdaderos infiernos anticipados! El padre olvida sus deberes: la madre regañona y maligna, verdadera víbora, abreva de

contradicciones y de furiosas quejas á un esposo que acaso no estaba mas que alucinado, y que tal vez no habia buscado en su error mas que una distraccion á las numerosas penas de que ella fué la causa. Los hijos, indiferentes y superficiales, desprecian á unos padres á quienes no pueden amar: se ausentan de la casa paterna siempre que pueden, y se ensayan ya á mayores desórdenes. Así se pasa toda una vida en una horrible sucesion de frialdades, de ódios, de desprecios recíprocos, de dolores y de infortunios. ¡Pues bien! no titubeo en decirlo; casi siempre la mujer es quien abre ese abismo; si no es ella quien ha dado la primera señal del desórden, fuente de tantos males, á lo ménos no ha querido ó no ha sabido preservar de ellos á su esposo. La vida interior que le ha presentado, era insoportable: si volvia triste, abatido, desanimado, en vez de reanimar su valor, de consolarle, de hacer suceder á las emociones dolorosas las emociones tan dulces de la familia, y de volver la serenidad á su corazon agitado, se impacientaba de ver su tristeza, se aburria de verle aburrido; como si, en su cálculo de egoismo, el hombre, que se exponia sólo al trajin de los negocios exteriores, que soportaba sólo su peso y sus azares, debiera tambien sobrellevar sólo las inquietudes y los pesares!

Por lo que hace á sus hijos, no ha sabido dirigirlos, formarlos á la virtud, á la sumision, á la dependencia; y léjos de hallar en ellos el sentimiento de la piedad filial, deliciosa recompensa de los desvelos de una buena madre, recoge á cada instante numerosas pruebas de indiferencia que desgarran su corazon.

Y aún no es esto todo: de estos desórdenes de la vida interior nacen todos los desórdenes de la vida social. El hombre, cansado, inquieto, busca otra vida diferente de la que lleva: ¡conoce que está tan léjos de la paz y de

la felicidad! Se hace ilusion acerca de la verdadera causa de su tormento, y en vez de pararse en la esfera modesta de la familia, se lanza en una carrera mas vasta y aventurera: de aquí los trastornos y las innovaciones que trabajan á una sociedad desmoralizada.

Oh! ¡cuán importante es, pues, el secreto de evitar tantas desgracias y de asegurar el sosiego de las familias al mismo tiempo que el de la sociedad! ¡y á pesar de su importancia, cuán sencillo es ese secreto! todo él consiste en la educacion de las hijas. Segun que se les hayan dado buenos ó malos principios, que se haya formado bien ó mal su carácter y su corazon, que se les haya preparado ó nó al cargo tan grave y sin embargo tan dulce que las espera, se las verá felices ó desgraciadas, al mismo tiempo que harán la dicha ó la desesperacion de los que las rodean.

Pero, léjos de aprender con el ejemplo de los demas, se precipita, por decirlo así, en los mismos infortunios, se condena á la suerte comun á todas esas jóvenes, tristes víctimas de una educacion viciosa, á quienes no se ha sabido guiar por el camino de la virtud y de la felicidad, y que tan cruelmente frustran las esperanzas y el orgullo de sus padres. Véase qué sistema se adopta en las clases acomodadas de la sociedad: apénas la niña está en edad de estudiar, no se cuida de presentarle las sanas lecciones de los moralistas severos, de someterla al saludable yugo de la religion, de convencerla de la importancia de sus preceptos: se le dan, sin embargo, las instrucciones cristianas: se la dispone para su primera comunion; pero como para una accion meramente humana, que seria insólito y ridículo desatender, y de que es preciso desembarazarse cuanto ántes. El fondo de la educacion, para ella, es recorrer hábilmente con los dedos las teclas de un piano, dibujar un

pais ó una cabeza, determinar á qué grado de longitud están situadas las islas Molucas, y en qué tiempo vivió Semíramis ó César. Cuando puede responder tal cual á estos varios puntos, entónces su vanidad no conoce límites: sus padres obcecados la llenan de parabienes, la entontecen con sus desmedidos elogios. ¿Cómo se ha de dignar luego obedecer una órden, escuchar un consejo? En seguida vienen los bailes y los conciertos; llévanla, palpitante ya de amor propio, al seno de aquellas asambleas, verdadero reino del amor propio; allí su papel es agradar, conquistar voluntades y lisonjeros cumplidos, eclipsar á sus rivales, es decir, vencerlas en tontuna y vanidad. Y la madre, de vuelta á casa con su hija, se felicita de sus triunfos, que ella llama inocentes, porque, dice, yo estaba allí, y estoi segura de mi hija. ¡Desgraciada! ¿estabas en su corazon, y sabes qué estragos han hecho en él las insensateces, los vanos elogios que ha oido? Siembras en ella una nueva pasion, una vanidad mas, la de la presuncion.....

Ya han hablado su corazon y sus sentidos; ya se acerca la estacion de las borrascas.... tiembla!

Así pasan los años de la adolescencia en medio de toda especie de fruslerías: así termina la educacion de una señorita. Desde su niñez ha caminado de quimera en quimera; no concibe que haya mas que una cosa importante en el mundo, divertirse y agradar; no tiene mas que un goce, y es que la adulen; por conseguirlo, no hai artificio que no emplee. Así la entregan á un marido, ligera, antojadiza, insustancial, ansiosa de distracciones, incapaz de apreciar en su justo valor las vanas alabanzas que recibe, y de despreciar aquellas embusteras exageraciones, de que se rien los mismos que las prodigan con tanta complacencia. En esta situacion, ¿está bien preparada para llegar á ser una ma-

dre de familia, comprender la dignidad de su nuevo título y llenar la esperanza de un esposo? Así es que, cuando á los dias de fiesta y diversiones que señalan el principio del himeneo, han sucedido para el esposo los dias de trabajo y desasosiego, su mujer, siempre la misma, frívola y descuidada, sueña todavía con las ilusiones de que se sustentó su edad juvenil y con las miserias de la vanidad; pronto, esclava de sus gustos, se lanza en el desórden.... y la hora del infortunio ha llegado para ámbos esposos.

En las clases mas humildes de la sociedad, en la familia del artesano y del labrador, se agitan las mismas pasiones, y la explosion es todavía mas pronta y el estrago mas terrible, en proporcion de la mayor libertad que se da generalmente á los jóvenes en la clase del pueblo, y de la ignorancia que los caracteriza. La muchacha, al salir de la escuela, donde no adquiere mas que algunas nociones informes, tiene que dedicarse á un trabajo manual, ya ayude á sus padres en su profesion, ya la confien á manos encargadas de formarla para las ocupaciones que debe conocer una mujer. Muchas veces aquellos á quienes la confian, son personas inmorales que no se avergüenzan de iniciarla, con sus ejemplos y sus palabras, en los vergonzosos secretos de la disolucion; muchas veces, aun en el asilo de la casa paterna, se entrega á la lectura de obras licenciosas, y pasa sus horas de recreo en compañía de jóvenes groseros y libertinos; sus padres mirarian como un quehacer demasiado penoso, la exacta y rigurosa vigilancia de su hija; la abandonan á sí misma, dándole, como para descargo de su conciencia, algunos consejos mui vagos y que son olvidados mui pronto. Ya no oye aquellas exhórtaciones de un respetable pastor, aquellas recomendaciones de permanecer fiel á la gracia y de no fal-

tar al honor; á ejemplo de sus padres, se ha alejado de las prácticas religiosas, y la religion, única y verdadera salvaguardia de la moral, no tiene ningun dominio sobre ella. ¡Infeliz! no tardará en perderse....

¡Así se transmite la desgracia, de generacion en generacion, triste herencia que la errada educacion de las mujeres lega primero á los padres, y luego á los hijos!

II.

ELECCION DE LOS ESPOSOS.—INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA ALIANZA CONYUGAL.

Infinitamente sabio, infinitamente santo, no instituyó el Criador la alianza del hombre y de la mujer para favorecer la brutalidad de un instinto animal, sino para atender á la propagacion del linaje humano, á la crianza de los hijos, á las necesidades de las familias, á la pureza de las costumbres públicas; y todas las obligaciones que les impone, se refieren á este fin.

El estado del matrimonio abre al hombre una nueva carrera: su entrada está coronada de flores, las espinas están en el camino: una sociedad tan indisoluble, tan íntima, que debe hacer á los dos consortes repartir sus penas y sus cuidados, que debe reunirlos para contribuir de consuno al bien comun, y que les impone obligaciones tan sagradas y contínuas, exige de ellos la mas constante fidelidad, para soportar sus cargas y cumplir sus deberes. Es preciso, pues, empezar por examinarse á fondo á sí mismo, ántes de tomar una determinacion, y dedicarse luego á hacer una eleccion razonable, para no exponerse á un inútil arrepentimiento. La virtud sola puede ser garante de la fidelidad de los casados y de los deberes que esta prescribe, y sin ella nunca habrá union feliz ni durable. La virtud es, por consiguiente, la primera cualidad que hai que con-

siderar en la eleccion de consorte; y como la oposicion de caracteres la expondria á pruebas harto duras, es preciso consultar la conformidad de gustos y de inclinaciones, es preciso evitar la desproporcion de edad y de condicion, que produce comunmente diversidad de gustos, y por lo tanto una oposicion de voluntad; á ménos que esta desproporcion esté compensada por una superioridad de mérito, capaz de inspirar un respeto y una confianza recíprocos. Si tu caudal no basta para las cargas de un nuevo estado, piensa en aumentarlo por medio de un enlace ventajoso; pero si es suficiente, no calcules. Hasta seria mui honroso para tí hacer la felicidad de un esposo ó de una esposa que no llevase á la comunidad mas bienes que su propia virtud, y fortalecer su afecto con los vínculos de la gratitud. La virtud pobre es un tesoro que enriquece, y un partido rico se convierte en ruinoso, cuando trae consigo la disipacion y el amor al placer. Las gracias exteriores son muchas veces un funesto cebo: un hombre amable no es siempre un buen marido: una mujer hermosa es con frecuencia una incómoda esposa. Se la solicita para agradable ornato de la sociedad, pero se la teme en el interior de la casa. Siempre las pasiones preparan un tardío arrepentimiento, cuando presiden á la eleccion de los esposos: no siendo nunca estable el amor, el afecto que inspiran nunca será constante, y cuanto mas frenético es el entusiasmo que inspiran, tanto mas cerca está del hastío: las complacencias mismas que parece que deberian fijar el corazon, no sirven en lo sucesivo mas que para entibiarlo con desconfianzas. Entónces muda la escena, cesa la ilusion, las prendas amables se eclipsan, los defectos empiezan á aparecer, cada vez mas insoportables; entónces no bastan las mútuas protestas anteriores para reprimir la inconstancia del co-

razon humano, y se conoce, pero demasiado tarde, que los bienes que se habian buscado en una alianza opulenta, no valian la libertad que se ha perdido por ellos, y que solo la pureza de las costumbres puede proporcionar una felicidad duradera.

Estudia, pues, á los hombres, y sobre todo á las mujeres, ántes de fijar tu eleccion; pero no juzgues al hombre en las circunstancias en que se ve expuesto á las miradas de todos, porque entónces uno se observa y se contiene. Una virtud demasiado magnífica me será siempre sospechosa; el afeite es casi siempre mas brillante que la naturaleza. Observa como al trasluz de un velo, los débiles matices que se escapan al disimulo.... pero ¿por qué hemos de estar reducidos á espiarnos para que no nos engañen? ¡Ah! si á lo ménos se procediese en una alianza tan sagrada con la buena fe á que no se cree poder faltar sin desdoro en las sociedades de comercio, por ejemplo, no se necesitaria mas para saber á qué atenerse; pero cabalmente el matrimonio es la única sociedad en que, por el contrario, parece que es lícito engañarse, para hacerse desgraciados en lo sucesivo recíprocamente.

Contraidos ya los compromisos, inútil seria entregarse á tristes reflexiones que no harian mas que agravar el yugo: lo que hai que hacer entónces, es dedicarse con todas veras á cumplir las obligaciones que se han contraido. Conserva la paz en el interior de tu familia, vela sobre el interes comun, sobre el órden de tu casa y la educacion de tus hijos.

Aunque el matrimonio establece una especie de igualdad entre los dos consortes, la Providencia les ha asignado, no obstante, sus puestos, señalando á cada cual los deberes que le son propios. Ha dado al hombre una alma mas fuerte, una constitucion mas robusta, un en-

tendimiento mas sólido, un juicio mas sano, y por decirlo así, mas razonable: tales son tambien los atributos del gobierno que le compete, y que todas las naciones le han conservado. Los negocios de fuera son de su incumbencia. La mujer une á un juicio mas delicado, cualidades agradables que le dan, á su vez, muchas veces un dominio todavia mas real: como su entendimiento es mas idóneo para los pormenores, los cuidados del interior doméstico son de su competencia.

Pero en todo género de mando, la autoridad, á ejemplo de la Divinidad, de quien emana, debe gobernar, en cuanto sea posible, sin hacerse sentir; y la superioridad del hombre, léjos de atribuirle un poder arbitrario, le impone una obligacion mas de tomar en consideracion la ligereza de un sexo que, siendo naturalmente mas débil, tiene tambien mas derecho á su indulgencia. Debe, pues, amar verdaderamente á su mujer, pero sin debilidad; mas bien que alterar la concordia, debe ceder á caprichos que no pasan de frívolos. Pero que nunca sus complacencias menoscaben las buenas costumbres, que nunca, sobre todo, comprometa la autoridad que le es necesaria para conservarlas: una vez perdida, en vano intentaria recobrarla, y tendria que resolverse á obedecer despues de haberse dejado subyugar; y como un poder usurpado es siempre un poder opresivo, la mujer acabaria infaliblemente por tiranizarle. El sentimiento de su propia debilidad, que la hacia desear hallar un apoyo en la persona de un esposo, no le inspira mas que desprecio cuando ve que aquel es bastante débil para dejarse subyugar. Por otra parte, la autoridad del hombre se convierte en un dominio bárbaro cuando oprime; pero cualquiera que sea el culpable, es preciso tratar de restablecer el órden natural y la union por via de las representaciones, de la moderacion y de la blandura.

No es raro que despues de haberse captado de esta suerte el cariño y el aprecio de un marido culpado, la mujer virtuosa logre corregirle, ni que un esposo sensato consiga al fin curar á una mujer de sus descarríos y sus caprichos.

¿Os proponéis no perdonaros nada? Contínuamente estaréis en contradiccion: de aquí nacen las disputas, de estas las reconvenciones, y de las reconvenciones la indiferencia y el odio. Si las leyes del bien parecer y las consideraciones del respeto humano, reprimen los resentimientos en público, con tanta mas violencia estallarán cuando, no teniendo testigos, se hallen en libertad. ¿Y no es probable que se procure consolarse en otra parte de las pesadumbres domésticas? Ah! Paráos entónces á lo ménos en la orilla del precipicio, y recordad que la infidelidad á empeños contraidos, es un sacrilegio que atenta no solo á los derechos de los esposos, sino tambien á las costumbres públicas. En vano, á fuerza de repetirse, habrá perdido el crímen á los ojos de los hombres una parte de su infamia: en vano el seductor querrá cubrir con su propia ignominia al que ha ultrajado: en vano una odiosa parcialidad condenará á una esposa infiel, al paso que absolverá á su cómplice: no se puede prescribir contra la regla de las costumbres, y la infraccion de esta santa lei será siempre digna de la animadversion de los ciudadanos y de la vindicta pública; pero sobre todo, huid del peligro, si queréis preservaros de las caídas, y nunca esperéis ser bastante fuertes con los sentimientos del honor, para defenderos contra inclinaciones que os arrastran al precipicio. Dáos prisa á romper aun las relaciones mas inocentes, apénas empiecen á cautivar vuestro corazon: el amor empieza comunmente por los homenajes del respeto y las confianzas de la amistad. El sexo mas débil

es tambien demasiado vano para resistir fácilmente á la celada; y cuando el amor propio ha obtenido preferencias, sin dificultad perdona los sentimientos que las han inspirado. Nunca deberia olvidar una mujer casada, que se ha cesado de estimarla, desde el momento en que se osa decirla que se la ama.

El medio mas seguro de precaver las infidelidades, es estrechar los vínculos de la concordia por medio de las atenciones y de las condescendencias de un afecto recíproco, pero subordinadas á las reglas de la decencia; porque es preciso respetarse mútuamente para amarse constantemente. Las complacencias exigen sin duda sacrificios, y el que tenga fuerza para hacerlos, tendrá siempre la ventaja de hacerse estimable y muchas veces de hacerse estimar; pero acaso quedará todavía por hacer lo mas difícil, y la prudencia sola deberia aconsejarlo; seria menester tener valor para callar. Las quejas á extraños no sirven mas que para divulgar el secreto de las familias: los mediadores suelen tener la indiscrecion de revelar lo que se les confía, y rara vez unen á los que están divididos. No condenarémos, sin embargo, á la virtud oprimida á gemir eternamente bajo un yugo de hierro: la opresion debe tener un término; y si despues de haber apurado inútilmente todos los recursos de la moderacion y de la prudencia para hacerla cesar, no cesa el mal, es lícito, despues de haber tomado buenos pareceres, separarse, con tal que se proceda á la separacion con la cordura y la discrecion que dejan bajo un velo los desórdenes que la han ocasionado. Muchas veces se cometen faltas verdaderas, por disculparse de faltas imaginarias.

Ya hemos dicho que siendo tan respetable el matrimonio en su institucion como en su fin, la felicidad de esta sagrada alianza depende del espíritu que debe pre-

sidirla, y que esposos de malas costumbres no pueden ménos de hacerse desgraciados. Hemos observado que nó un instinto brutal, sino la sabiduría misma del Criador, instituyó ésta alianza para la propagacion del linaje humano, para la utilidad de los hijos, para el órden y el sosiego de las familias, para el bien general de la sociedad; que la satisfaccion de los sentidos, que era el único fin del hombre carnal, no era mas que un medio en el órden de la creacion para cumplir los designios del Criador, y que todo lo que se apartaba de las miras de su providencia era criminal á sus ojos. "Los gentiles, casándose con sus mujeres, decia el ángel á Tobías, separan su mente de Dios, para entregarse á sus deseos; pero tú recibirás á Sara en el temor del Señor, mas bien con el objeto de tener una posteridad, que de satisfacer tus inclinaciones, á fin de que heredes, en la persona de tus hijos, la bendicion que Dios dió á Abrahan."

Jesucristo, subiendo mas todavía, os descubre en la alianza del hombre con la mujer el emblema de la que él contrajo con su Iglesia. Bajo este punto de vista, aquella primera alianza, ya tan respetable en su orígen, pero que el hombre sensual y terrestre habia degradado, aparece con toda la dignidad, toda la pureza que correspondian á la santidad de su autor, siendo en ella Jesucristo y su Iglesia los dechados de los esposos.

Arrastrado por un instinto brutal á empeños que se apartaban de su verdadero fin, el hombre pasaba en breve de la pasion mas desenfrenada al hastío y al desprecio. Queriendo entónces satisfacer la inconstancia de sus gustos y la inquietud de sus deseos, con la pluralidad de las mujeres y la libertad del divorcio, no hizo mas que apartarse todavía mas de la intencion del Criador, introduciendo un nuevo gérmen de discordia

en el seno de las familias. Una nueva mujer llegaba á ser la rival de la primera: una y otra transmitian á sus hijos los sentimientos de su rivalidad. Una mujer repudiada inspiraba á los suyos su despecho y su animosidad: la que la habia suplantado, se vengaba de su ódio haciéndole todo el daño que podia. El corazon del marido se dividia, se entibiaba, se agriaba: los hijos, que naturalmente tomaban partido en las desavenencias de sus madres, no se miraban sino como rivales domésticos, y la casa paterna era un perpétuo foco de desórden y disension.

Jesucristo, sin reprobar las inclinaciones humanas, las modera, las dirige, las ilustra, las sujeta á la regla de las costumbres y al bien de las familias, convirtiendo el matrimonio á su unidad y á su indisolubilidad primitivas. Es el único esposo de la Iglesia, su única esposa: lo que estrecha los nudos sagrados de los dos esposos celestes, lo que los hace indisolubles, es la caridad: lo que constituye su gloria, es la santidad. Toda la hermosura de la Iglesia reside en sus virtudes: los casados de la tierra deben ser santos á ejemplo suyo, para ser *presentados como una casta vírgen á Jesucristo.* "La mujer no debe póner su gloria en componerse por fuera, sino en adornar al hombre invisible y escondido en el corazon, con la incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es rico delante de Dios." Habiéndole sido dado por jefe el marido, debe honrarle con *amor*, *respeto* y *temor*, vivir sumisa á él, *como la Iglesia á Jesucristo*, pero con un amor santo y razonable, nó con un amor servil y desenfrenado.

Léjos de prevalerse de su superioridad, el hombre debe, por el contrario, soportar, los defectos de su esposa y compadecer sus debilidades. "Debe amarla como Jesucristo amó á la Iglesia, que sufrió la muerte por san-

tificarla y hacerla parecer delante de él llena de gloria, sin mancha, santa é irreprensible. Debe vivir honradamente con ella, y tratarla con honor y distincion, como al sexo mas débil, considerando que es heredera, como él, de la gracia que da la vida, de modo que no hallen ningun obstáculo para la oracion." De esta suerte, estando la mujer subordinada, sin estar esclavizada, usando el marido de la autoridad, sin dominar, el santo amor que santificará su alianza les dictará todos sus deberes, y hará su felicidad recíproca, sin dejarles sentir el yugo de la dependencia.

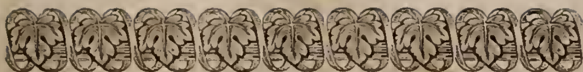
Los tesoros de Jesucristo, sus gracias, los dones de su espíritu, el poder de su ministerio, las virtudes y los trabajos de los santos, su religion, su doctrina, son como bienes comunes á su Iglesia. Los dos esposos celestes se reunen en el mismo espíritu, para conservarlos; ambos contribuyen á la propagacion, al bien y á la felicidad de sus hijos: la Iglesia, por medio de su vigilancia, de su desvelo y de su sabia distribucion de los bienes espirituales, de que es la depositaria: Jesucristo, iluminándola con sus luces, asistiéndola con su gracia, protegiéndola con una providencia especial, dando á todos la vida de la gracia: siempre hai para ámbos la misma mente, la misma lei, las mismas miras, la misma herencia, la misma morada. La concordia y la paz, la felicidad y la abundancia, reinan con la confianza y la caridad, en aquella santa familia, por la subordinacion de los hijos á la madre, y de la madre al esposo. Su union es inalterable, porque su espíritu no muda; y todos los que siembran la discordia entre los hijos, son echados de la casa del padre de familia.

Conformándose á este divino dechado, el marido y la mujer reunirán sus miras, sus desvelos, sus consejos, para la educacion de sus hijos y la administracion de

sus bienes, cada cual con arreglo á la medida del poder que ha recibido ; y ámbos hallarán en el cumplimiento de sus deberes, en el respeto, el aprecio y las deferencias de un amor recíproco y bien ordenado, en las dulzuras de una sociedad sosegada, en la honradez y la subordinacion de una familia religiosa, estímulos para la virtud, auxilios y consuelos para soportar y aun para santificar las penas de la vida, y todas las ventajas que se propuso el Criador en la institucion de su alianza.

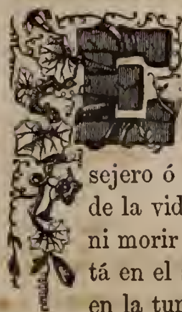
(Delacroix).





DEBERES CIVILES DEL CURA.

I.



XISTE un hombre, en cada parroquia, que no tiene familia, pero que pertenece á la de todos; que concurre, unas veces como testigo, y otras como consejero ó como agente, á los actos mas solemnes de la vida civil; sin el cual no se puede nacer, ni morir; que se acerca al hombre desde que está en el seno maternal, y no se separa de él sino en la tumba; que bendice ó consagra la cuna, la cama conyugal, el lecho del moribundo y el féretro; un hombre á quien los niños se acostumbran á amar, venerar y temer; á quien los desconocidos llaman *mi padre;* á los piés del cual deponen los cristianos sus mas íntimas confesiones y sus recónditas lágrimas; un hombre, que por su profesion es el consolador de todas las miserias del alma y del cuerpo, el intermedio inevita-

ble de la riqueza y de la indigencia ; que ve al pobre y al rico tocar alternativamente á su puerta, *el rico para derramar en ella la limosna secreta, el pobre para recibirla sin ruborizarse ;* que no teniendo colocacion en ningun rango social, pertenece igualmente á todas las clases ; á las inferiores, por la vida pobre, y frecuentemente por la condicion humilde de su nacimiento ; á las elevadas, por la educacion, la ciencia y la elevacion de sentimientos que una religion filantrópica inspira y manda ; un hombre en fin, que sabe de todo, que está autorizado para decirlo todo y cuya palabra cae de lo alto sobre las inteligencias y los corazones, con la autoridad de una mision divina y el imperio de una perfecta fe!... *Este hombre es el Cura :* ninguno puede hacer mas bien ó mas mal â sus semejantes, segun que ejerce ó desconoce su alta mision social.

II.

¿Qué es un *cura?* Es el ministro de la religion de Jesucristo, encargado de conservar sus dogmas, de propagar su moral y de administrar sus beneficios á la porcion del rebaño que le ha sido confiada.

III.

De estas tres funciones del sacerdocio emanan las tres cualidades, bajo las cuales vamos á considerar al *cura*, es decir, como sacerdote, como moralista y como administrador espiritual del Cristianismo en su parroquia. De aquí se derivan tambien las tres especies de deberes que él debe cumplir para ser completamente digno de sus sublimes funciones sobre la tierra, así como de la estimacion ó veneracion de los hombres.

IV.

Como sacerdote ó conservador del dogma cristiano, los deberes del *cura* no son accesibles á nuestro exámen; el dogma misterioso y divino de su naturaleza, impuesto por la revelacion, aceptado por la fé, esa virtud de la ignorancia humana, rechaza toda crítica, y el sacerdote, así como cualquiera de sus ovejas, no debe dar cuenta de ello sino á su conciencia y á su Iglesia, única autoridad en tal materia. Sin embargo, aun en esto mismo, puede ejercer una influencia útil la elevada razon del sacerdote, en las prácticas de la religion que enseña. Algunas credulidades acomodaticias y muchas supersticiones populares, se han confundido en las edades de tinieblas é ignorancia con las sublimes creencias del puro dogma cristiano. La supersticion es el abuso de la fe: toca al ministro ilustrado de una religion que soporta la luz, porque toda luz emana de ella, apartar esas sombras que deslustran la santidad y que podrian influir en que se confundiese, por ojos preocupados, *al Cristianismo, esa civilizacion práctica, esa razon suprema*, con las piadosas industrias ó las credulidades groseras de los cultos basados en la decepcion ó el error. El deber del *cura* es dejar que desaparezcan esos abusos de la fé, y reducir las creencias demasiado exajeradas de su pueblo á la grave y misteriosa simplicidad del dogma cristiano, *á la contemplacion de su moral* y al desarrollo y perfeccion progresivos de sus obras. Jamas la verdad necesita del error y las sombras jamas aumentan la luz.

V.

Como moralista, la faéna del *cura* es todavía mas hermosa. El Cristianismo es una filosofía divina, escrita de dos modos: como historia, en la vida y muerte de

Jesucristo: como precepto, en las sublimes instrucciones que él trajo al mundo. Las dos palabras del Cristianismo, *precepto y ejemplo*, se encuentran reunidas en el Nuevo Testamento ó *Evanjelio*. El *cura* debe tenerlo siempre consigo, siempre delante de sus ojos, así como en el corazon. Un buen sacerdote es un comentario vivo de aquel libro divino. Cada una de las misteriosas palabras de ese libro, responde exactamente al entendimiento que le interroga, y contiene un sentido práctico y social que vivifica é ilustra la conducta del hombre. No hai verdad moral ó política, cuyo gérmen no se encuentre en algun versículo del *Evanjelio*. *Todas las modernas filosofías han comentado alguno de ellos para olvidarlo mui pronto. La filantropía* nació de su primero y principal precepto–*la caridad*. *La libertad* ha marchado en el mundo sobre sus huellas, y ninguna esclavitud degradante ha podido subsistir en presencia de sus resplandores. *La igualdad política* trae su orígen del reconocimiento que nos ha obligado á hacer de nuestra *igualdad y fraternidad ante Dios*. Las leyes se han dulcificado; muchas prácticas y usos crueles se han abolido; han caido las cadenas, y la mujer ha reconquistado el respeto en el corazon del hombre. Á medida que su palabra ha resonado en los siglos, ha destruido algun fatal error, ó una infausta tiranía; y se puede decir que todo el mundo actual, con sus leyes, sus costumbres, sus instituciones y sus esperanzas, no es otra cosa que el verbo evanjélico mas ó ménos encarnado en la civilizacion moderna. Mas su obra está mui léjos de realizarse completamente: la lei del progreso ó de la perfeccion gradual, que es la idea activa y poderosa de la razon humana, es tambien la lei del *Evanjelio;* él nos prohibe que nos detengamos para hacer bien, excitándonos siempre á lo mejor; él nos aconseja no deses-

perar de la humanidad, ante la cual presenta, sin cesar, horizontes mas luminosos; y mientras mas se abren nuestros ojos, en presencia de la luz, nos es mas fácil leer las promesas y verdades contenidas en sus misterios, así como en sus preceptos, y el porvenir en nuestros destinos!....

VI.

El *cura* tiene, pues, toda moral, toda razon, toda civilizacion y toda política en sus manos, cuando tiene en ellas aquel libro divino. Le basta abrirlo, leerlo y esparcir al rededor de sí el tesoro de luz y de perfeccion, cuya llave le confió la Providencia. Pero su enseñanza ha de ser doble como fué la de Jesucristo, á saber, por medio de su sistema de vida y por el uso conveniente de la palabra. Su vida debe ser, tanto como la flaqueza humana lo permita, la explicacion patética de su doctrina, una palabra viva: la Iglesia le ha colocado allí, *mas para ejemplo ó modelo que como oráculo.* Puede faltarle la palabra si la naturaleza le ha negado tal don, pero la vida es una palabra que se hace oir por todos; ninguna lengua humana es tan elocuente y persuasiva como una virtud.

VII.

El *cura* es, ademas, administrador espiritual de los Sacramentos de su iglesia y de los beneficios de la caridad. Sus deberes, en tal respecto, se asemejan mucho á los que impone toda administracion. Para ello tiene que habérselas con los hombres y debe conocerlos; afecta á las pasiones humanas y debe poseer una mano dulce y delicada, llena de mesura y de prudencia. Bajo el dominio de sus atribuciones están las faltas, los arrepentimientos, las miserias, las necesidades é indigencias de

la humanidad; él debe tener *un corazon rico y rebosado de tolerancia, misericordia, compasion, caridad y perdones*. La puerta de su alojamiento debe estar siempre abierta para el que busque su auxilio; su lámpara constantemente encendida y su baston cerca de su mano; él debe prescindir de estaciones, distancias, contagio, sol, nieves, &c. si se trata de llevar el Óleo santo á los heridos, el perdon al culpable, ó su Dios al moribundo. Para él, así como ante Dios, no debe haber rico ni pobre, pequeño ni grande, sino hombres, es decir, hermanos en esperanzas y miserias.

VIII.

El *cura* tiene relaciones administrativas de varias especies: con el Gobierno, con la autoridad municipal y con su fábrica.

IX.

Sus relaciones con el Gobierno son simples. Él le debe lo mismo que todo ciudadano, ni mas ni ménos, á saber, obediencia en lo que sea justo. Él no debe apasionarse, ni en pro ni en contra, de las formas de gobierno de la tierra; las formas se modifican, los poderes cambian de nombres y de manos, los hombres se precipitan alternativamente del trono; estas son cosas humanas, transitorias, fugitivas, é instables por su naturaleza. La religion, gobierno eterno de Dios sobre la conciencia, que está encima de esa esfera de vicisitudes y de versatilidades políticas, se degrada cuando desciende y se confunde con ellas; su ministro debe, en consecuencia, evitar cuidadosamente tan absurda degradacion. El *cura* es el único ciudadano que tiene el derecho, así como el deber, de permanecer neutral en las causas, en los ódios, y en las luchas de los par-

tidos ú opiniones que dividan á los hombres; porque él, ántes de todo, es ciudadano del reino eterno, padre comun de vencidos y vencedores, hombre de paz y amor, discípulo del que no quiso derramar ni una gota de sangre para defenderse y que dijo á *Pedro*:—"*Vuelve esa espada á su vaina.*"

X.

Con su corregidor ó alcalde, debe estar el *cura* en relaciones de noble independencia en lo concerniente á las cosas de Dios, de dulzura y conciliacion en todo lo demas; él no debe solicitar con ahinco la influencia, ni luchar con su autoridad en su parroquia; no debe olvidar que su autoridad comienza y acaba en el umbral de su Iglesia, al pié de su altar, en la cátedra de la verdad, sobre la puerta del indigente y del enfermo, ó en la cabecera del moribundo. En tales puntos es el hombre de Dios; en cualquiera otra parte, el hombre mas humilde é indiferente.

XI.

Con su fábrica, sus deberes se limitan al órden y á la economía que la pobreza de la mayor parte de las parroquias exige. Miéntras mas pasos damos en la senda de la civilizacion y de la inteligencia de una religion inmaterial, ménos lujo exterior necesitan nuestros templos. Simplicidad, asco y decencia en los objetos que sirven para el culto, es todo lo que el *cura* debe pedir á su fábrica. Muchas veces *la indigencia del altar inspira veneracion* y tiene bastante de sensible y poético, *que afecta y enternece al corazon, por el contraste, mas que los ornamentos de seda y los candelabros de oro.* ¿Qué son nuestros dorados y nuestros granos de brillante arena, ante aquel que formó el cielo y lo sembró de estre-

llas? El cáliz de estaño hace bajar tantas frentes, como los vasos dorados ó de plata. *El lujo del Cristianismo está en sus obras;* y el verdadero adorno del altar son, por parte del sacerdote, una cabeza encanecida prematuramente á impulsos de la virtud ó la oracion, y por parte de los fieles, la fé y la piedad prosternadas ante el Dios de sus padres.

XII.

Para alimentarse y vestirse, para pagar y nutrir á la humilde mujer que le sirva, para tener su puerta accesible á todas las indijencias, tiene el *cura* dos retribuciones, una del Estado, otra autorizada por la costumbre y que se llama lo eventual. Esta última, bastante elevada en ciertas ciudades donde se invierte en pagar á los vicarios, produce poco ó nada al *cura* en la mayor parte de las poblaciones. En consecuencia, apénas cuenta él con lo estrictamente necesario, el *res augusta domi;* y sin embargo le dirémos todavía, tanto en obsequio de la religion como de su consideracion local: *Olvidad lo eventual: recibidlo del rico que os excite á aceptarlo; no lo admitáis del pobre que se avergüenza de no ofreceros mas, ó en cuya casa se mezcla á la alegría del matrimonio, á la dicha consiguiente á la paternidad, ó al duelo funeral, el importuno pensamiento de buscar en el fondo de su bolsa algunas pequeñas monedas para pagar vuestras bendiciones, vuestras lágrimas, ó vuestras oraciones; acordáos de que si nos debemos gratis los unos á los otros el pan de la vida material, con mas fuerte razon nos debemos mútuamente el pan celestial; y repeled léjos de vosotros la tacha de hacer pagar á los hijos las inestimables gracias del Padre comun y de establecer una tarifa para el rezo ó la deprecacion.* Mas nosotros decimos á los fieles: "*El salario del altar es insuficiente.*"

XIII.

Como hombre, tiene el *cura* algunos deberes puramente humanos, que le son impuestos por la necesidad de proveer á su buena reputacion, en fuerza de aquella gracia de la vida civil y doméstica que es lo mismo que el agradable aroma de la virtud. Retirado á su humilde presbiterio, á la sombra de su iglesia, debe salir de él pocas veces. Le es permitido tener una viña, un jardin, un verjel, alguna vez un pedazo de tierra para cultivarlo con sus propias manos; podrá criar y alimentar allí algunos animales domésticos de utilidad ó placer, tales como vacas, ovejas, chivos, palomas, pájaros cantores, y sobre todo un perro, ese mueble vivo del hogar, ese amigo de aquellos á quienes ha olvidado el mundo y que sin embargo sienten la necesidad de ser amados por alguno. De este asilo de trabajo, paz y silencio, debe alejarse el *cura* lo ménos que pueda, sobre todo si lo hace para mezclarse en las ruidosas reuniones de la vecindad; él no debe, sino en algunas ocasiones solemnes, humedecer sus labios, unido á los afortunados del siglo, con lo contenido en la copa de una hospitalidad suntuosa. El pobre es desconfiado y celoso; él acusa prontamente de adulacion ó sensualidad al hombre á quien ve frecuentar la puerta del rico, en la hora en que al elevarse el humo le anuncia una mesa mas abundante y exquisita que la de su casa. Con mas frecuencia, el *cura*, al regresar de sus piadosas excursiones, ó cuando las nupcias ó el bautismo han reunido los amigos del pobre, puede sentarse para acompañar al labrador en su mesa, y comer algun pan prieto con él. El resto de su vida debe pasarlo en el altar, rodeado de niños á quienes enseñe el Catecismo, ese código vulgar de la mas sublime filosofía, ese alfabeto de la divina sabi-

duría; así como en los estudios sérios, por medio de los libros, que son una sociedad muerta y útil del solitario. Al anochecer, cuando el mayordomo de fábrica toma las llaves de la iglesia, cuando el campanario da el toque del Ave-María, se puede ver algunas veces al *cura*, con su breviario en la mano, ya bajo los manzanos de su verjel, ora en los senderos elevados de la montaña, respirar el aire suave y religioso de los campos y disfrutar del reposo comprado en el dia; deteniéndose unas veces para leer un versículo de las poesías sagradas, y otras para dirigir sus miradas al cielo ó al horizonte de su valle y descender, á paso lento, en medio de la santa contemplacion de la naturaleza y de su autor.

XIV.

He aquí su vida y sus placeres; sus cabellos se encanecen, sus manos tiemblan al alzar el cáliz; su voz debilitada no llena ya el santuario, pero resuena todavía en el corazon de su rebaño; al fin muere, y una losa sin nombre marca el lugar que ocupa en el cimenterio, cerca de la puerta de su iglesia. He aquí una vida terminada, he aquí un hombre olvidado para siempre!! *Mas este hombre ha ido á reposar en la eternidad, donde su alma vivia de antemano;* aquí abajo hizo lo mejor que se puede hacer; él ha continuado un dogma inmortal, sirvió de eslabon á una cadena inmensa *de fé y de virtud*, dejando á las venideras generaciones *una creencia, una lei y un Dios.*

(Lamartine.)



EL CONFESOR.

AS sondeado alguna vez el sentido de la palabra *confesor?* ¿Has escuchado alguna vez todo lo que dice esta palabra? ¿Has admirado el poderío del espíritu cristiano sobre las formas del lenguaje, y el maravilloso modo con que las doblega y las dilata apénas entra en ellas? ¿Has estudiado la significacion de ese magnífico solecismo, *confesarse?* ¿Los que hablaban la lengua latina en tiempo de Ciceron, hubieran podido pensar que del verbo *confiteri* se haria un dia un verbo que expresara una accion reflexionada, y que uno se declararia como se declara una cosa? ¿Hubieran podido pensar que se hallaria en su lenguaje una palabra para designar la profesion de escuchar las confesiones de sus hermanos?

Confesarse es declararse; y confesar es hacer á un hombre toda declaracion. Para hacer decir tantas cosas

á la lengua pagana que hablaban los romanos, ha sido preciso quebrantar en cierto modo sus formas y doblegar su estrecha rigidez. Pero, ¿no ha producido el Cristianismo en el lenguaje los mismos milagros que en la sociedad? ¿No ha sido en aquel como en esta una poderosa levadura que ha hecho fermentar y purificarse la masa?

El confesor es un amigo, pero un amigo divino, ó mas bien, es el mismo Jesucristo que se hace en su persona el confidente y el amigo de todos los cristianos. La confesion es la amistad elevada al estado de Sacramento, y tan acercada al cielo, que nada puede concebirse mas inmediato á él en la escala de los afectos humanos. ¡Admirable poder de la religion! En cada templo cristiano hai un confesionario, donde está sentado el sacerdote esperando á que los pecadores vayan á acusarle sus culpas y á buscar su perdon. Hombres, mujeres de todas edades y condiciones, van á él, se hincan de rodillas, se acusan, y salen de allí muchas veces justificados, siempre consolados. Allí, entre el penitente y el confesor se dicen cosas que no querria uno decir á su padre ni á su madre, que ocultaria á su hermano ó á su amigo, y que quisiera ocultarse á sí mismo, si posible fuera.

¿Quién es, pues, ese hombre á quien así abrimos nuestro corazon y ante quien leemos en alta voz el libro de nuesta vida? ¿Es por ventura un amigo á quien conocemos y amamos hace mucho tiempo, de cuya discrecion nos hemos asegurado, á quien hemos buscado con largos afanes ántes de hallarle, como se busca una cosa rara y preciosa? ¿Ó es á lo ménos un hombre notable por su sabiduría, y cuyas luces despiden en derredor de él largas claridades? No. Muchas veces apénas conocemos á ese hombre: á veces su carácter desagra-

da, sus modales chocan, su virtud demasiado austera inspira un sentimiento de repulsion: á veces tambien es un humilde sacerdote que no tiene mas sabiduría que su fe, y que bebe todas sus luces en la fuente de la oracion y de la caridad. Y sin embargo, tenemos mas confianza en él que en el amigo mas íntimo, y estamos mas seguros de su discrecion que de la de un padre ó un hermano. Una declaracion hecha á ese hombre, aun cuando no le conozcamos, aligera mas nuestra alma y nos hace mas bien, que una declaracion hecha á una madre ó á un amigo.

No conocemos á ese hombre, pero apénas estamos á sus piés, sentimos abrirse nuestro corazon á los rayos de su caridad y abandonarse á la confianza y á todos los afectos que elevan el alma. Nos mira, y creemos en él; nos habla, y ya somos sus hijos; cada palabra suya es como una gota de lluvia que cae sobre una tierra desecada. Abre la mano para absolvernos, y al punto la inocencia, la serenidad, la paz y la alegría reflorecen en nuestra alma. Nos dice "id en paz," y nos levantamos inocentes, justificados, felices, con el arrepentimiento del mal y el deseo del bien; lleno el corazon de dolor por lo pasado y de esperanza para el porvenir. ¿No se necesita, en verdad, haber perdido el juicio para calumniar una institucion tan admirable? ¿El solo establecimiento de la confesion, no es una prueba suficiente de la divinidad del Cristianismo? ¿Tal invencion podia emanar de otro que de Dios?

No menosprecies ¡oh jóven! el precioso tesoro que Dios pone á tu disposicion. Vas á buscar mui léjos lo que tienes á tu lado: te quejas de la dificultad de hallar un amigo, y Dios te ofrece muchos en cada uno de los templos en que habita su gloria; porque no creas que el sacerdote que te confiesa queda indiferente á tu

corazon, y que la obligacion que le está impuesta de amarte y de consagrarse á tu bien, quita algo al valor de los desvelos que te prodiga. De tí solo depende hacerte un amigo de tu confesor: si te diriges á él con confianza, es difícil que te rehuse su amistad. ¿Cómo quieres que se establezca entre dos almas un comercio tan íntimo, sin que de él resulte una estrecha union? El sacerdote, para amar á su penitente, ni aun tiene necesidad de los motivos que la fe le sugiere: bástanle su naturaleza y su corazon.

Pero si tú permaneces indiferente con él, si no vas á buscarle mas que por una especie de costumbre, por respeto al qué dirán ó por algun motivo mas malo todavía, no te admires de no inspirarle aquella ternura con que ama un padre á su hijo ó un amigo á su amigo: él no hace mas que quedarse en los límites que tú mismo le demarcas. Quita esa valla que pone tu indiferencia delante de su corazon, y pronto verás como su celo y su caridad se precipitan sobre tu alma y la rodean de gracia y de bendiciones. Siempre hallarás un confesor que te convenga, si le pides á Dios con instancia, si le buscas de buena fé, y si despues de haberle hallado, abandonas tu alma á su caridad, tu entendimiento á sus luces, y tu vida á sus consejos. Tu confesor será casi siempre para tí lo que tú quieras que sea, y te dará todo lo que le pidas.





LA PRIMERA COMUNION.



AI en la vida del cristiano un dia que trae consigo delicias inefables, y cuyo recuerdo nunca pierde su dulzura; un dia que se levanta risueño y sereno sobre su infancia virginal, como aparece una hermosa aurora en un cielo puro y azul que no entristece ninguna nube. Este dia es aquel en que, por primera vez, es admitido al banquete del Señor, en que le es revelado el mas santo de los misterios, en que se realizan para él aquellos pensamientos de esperanza, de amor y de inmortalidad que le habia anunciado la fé.

¡Oh! ¡cuán hermoso es este dia, cuán dulce es su sol, cuán brillantes rastros de luz deja en pos de sí! ¡Oh! ¿por qué dejar la blanca túnica del neófito, símbolo de inocencia y de pureza, para cubrirse con los mancillados vestidos del mundo? ¿Por qué dejar, cruzando la vida, aquella senda florida que no se abre mas

que una vez ante nuestros pasos, para tomar á ciegas el árido camino de los goees vaeíos, á donde pronto van á arrastrarnos las pasiones?

En los tiempos de austero fervor, euando el Cristianismo empezaba á revelarse al mundo por el poder de la palabra apostóliea y el entusiasmo de los mártires, la Iglesia no admitia á la Comunion mas que á los fieles probados por los años y las constantes práctieas de una piedad sincera. Si á veces modificaba la severidad de sus costumbres, era en favor del eristiano moribundo ó perseguido, porque ya entónees habia empapado sus labios en aquel eáliz de amargura que Jesus, en el monte de los Olivos, apuró en su amor á los hombres. Pero de muchos años á esta parte, la Iglesia, afligida en vista de los progresos eada dia mayores de la infidelidad á las promesas del bautismo, y sin embargo siempre madre tierna y próvida, llama sobre todo á la celebraeion del misterio euearístieo á la infancia inocente y pura todavía de los vieios del mundo. Espera que el vínculo de la Comunion, formado en una edad en que sus enseñanzas están todavía tan presentes en la memoria del neófito, no se romperá fáeilmente, y que, como un guia fiel y seguro, el reeuerdo de este acto de fé y de amor le precederá, cuando camine junto al borde del preeipieio que el espíritu de indifereneia ó de incredulidad abrirá ante sus pasos.

Todas las instituciones sacramentales eonsagradas por la Iglesia católiea ofrecen una maravillosa alianza de majestuosa sencillez y de inefable grandeza. Desde el momento en que una voz exelama: "Nos ha nacido una criatura," hasta aquel en que otras voces repiten sobre sus despojos mortales estas palabras del Salmista: "Señor, á vos clamo desde el profundo abismo donde me hallo; ¡Señor, escuchad mi voz!" la Iglesia ve-

la sobre el cristiano: tiene consuelos para todas sus aflicciones, esperanzas para todos sus temores, socorros para todas sus miserias. En todas las épocas de su vida se ofrece á él con sus profundas enseñanzas, sus oraciones y sus fiestas, para ayudarle en sus penas, sufrir en sus amarguras, y purificar sus alegrías. Pero en medio de todas las tiernas previsiones de que la Iglesia rodéa al fiel, la primera Comunion forma como el principal eslabon de esa larga cadena de prácticas cristianas que une al hombre á la eternidad, al hombre cuya vida en la tierra es tan efímera y tan triste, y á esta obra decisiva va preparando con paciencia á los niños, diciendo, como Jesus, que los dejen ir á ella. La instruccion, que suele durar mas de un año, está enteramente consagrada á la explicacion de los misterios y de las creencias de la religion, expuesta en el Catecismo con aquellas formas sencillas y aquel lenguaje tan natural y tan elevado sucesivâmente, que la Iglesia sabe adaptar á todas las inteligencias.

Ya la instruccion es completa, ya los neófitos se han acercado al tribunal de la penitencia, y el perdon del confesor va en breve á borrar todas sus culpas; de ellos dependerá conservar durante toda su vida aquella preciosa pureza de que van á vestirlos la contricion y la absolucion. Entónces el sacerdote que ha dirigido su enseñanza, aparece en medio de ellos, y como el que debe en el último dia del mundo aparecer en el seno de las nubes, dice á los buenos: "Pasad á mi derecha," y á los indóciles y á los malos: "Pasad á mi izquierda." Estos deberán, durante el transcurso de otro año, prepararse de nuevo en el estudio y el recogimiento, para merecer su perdon; porque la religion, esencialmente llena de misericordia y de esperanza, tiene siempre un porvenir para el culpable como para el desgraciado.

En esta época empiezan los ejercicios en el retiro, última prueba de que el jóven neófito debe salir vencedor para accrcarse á la santa mesa. ¡ Adios, pues, los placeres y aun los juegos mas inocentes! ¡Adios las bulliciosas reuniones en la espaciosa pradera del jardin! ¡ Adios los paseos tan deliciosos en los campos floridos! Una vida nueva empieza para el niño cristiano, y una sola idea debe ocuparle ya, la de hacerse digno, con la plegaria y la meditacion, de la alianza que va á contraer con Dios y su Iglesia. Llega, en fin, el dia en que la religion, feliz y satisfecha, va á cumplir todas sus promesas, y á soltar los diques al rio de las bendiciones y de los beneficios que abriga en su seno. El primer sol que va á alzarse verá coronar á los piadosos niños que su palabra ha hecho semejantes al Cordero sin mancilla. ¡ Oh noche que precede á aquellos afortunados momentos, cuán lentamente pasas! ¡ Y cuántas fervientes oraciones recoges en el misterio de tu silenciosa carrera!

Apénas los primeros rayos de la aurora hacen palidecer la luz de las estrellas, resuena en los aires la campana de la parroquia. Sus graves y solemnes acentos, que se hacen oir á lo léjos como grandes voces repercutidas por los ecos, van á hacer palpitar muchos corazones puros delante del Señor.

Ceñíos vuestros vestidos blancos y vuestros largos velos de lino, oh niñas, cuyos párpados agobiados por el cansancio, como flores húmedas todavía del rocío matinal, apénas se han cerrado durante la noche que acaba de pasar. ¡ Qué dulces ensueños os han halagado!.. Como las vírgenes de Israel desterradas en Babilonia, ¿habéis soñado con la Santa Sion y con las armoniosas riberas del Jordan? ó mas bien ¿no se os ha aparecido la patria celestial? ¿ No habéis tenido alguna consola-

dora revelacion de la vida eterna, y de las inexplicables delicias que la contemplacion de Dios debe derramar sobre los justos? ¿No habéis oido los conciertos de los ángeles? Y aquella melodía cuya eficacia no puede concebir la tierra, ¿no os ha sumergido en un arrobamiento al que ninguna dicha humana iguala en dulzuras y en realidades? Ceñíos vuestros vestidos blancos y vuestros largos velos de lino, prendéos en la frente esas coronas blancas, símbolos de candor y de inocencia, y luego arrodilladas delante de la santa imágen de la Madre del Salvador, implorad su proteccion con estas dulces palabras: "Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo!"

Y vosotros, ¡oh niños! ¿no sentís las mismas alegrías, no concebís las mismas esperanzas, no os anima la misma felicidad?.... ¡Levantáos! ¡levantáos! La trompeta sagrada ha resonado en las puertas del templo, llamando á las solemnidades del Señor á la jóven milicia que ha crecido bajo la bandera de la fe: este dia será bellísimo en vuestra memoria!...... Ningun pensamiento sugerido por las ardientes pasiones que os esperan ¡ai! al salir del banquete sagrado, turbará su serenidad: vuestro porvenir os aparecerá halagüeño: no veréis asomar en él ninguna tempestad, porque la vida del cristiano que persevera fiel á los votos que váis á pronunciar, se pinta toda entera, con sus esperanzas y sus encantos, en la paz actual de vuestros corazones.

Ya un numeroso concurso llena el recinto de la antigua basílica; en ese concurso hai, sobre todo, madres que vienen á seguir con ojos llenos de ternura á sus hijos admitidos á la Comunion. Parece que la majestad del santuario resplandece con un brillo extraordinario.... es porque la Iglesia en este dia de felicidad, se

ha cubierto con sus vestiduras de fiesta; ¡está prendida como una novia!.... ¡Qué dulce júbilo reina en su seno! El poder de sus solemnidades, la armonía de sus himnos de amor, jamas han revelado mejor la divinidad de su mision; ¡ved qué santa y viva alegría brilla en la frente de esos felices niños! No se advierte en ellos aquella crispacion que expresa el contento mundano, aquella risa expansiva, estrepitosa, que se parece al delirio de alguna afeccion febril: no, la alegría del cristiano conserva, como su dolor, un gran carácter de melancolía y de amor; es una especie de suave deliquio, una dulce y tierna expansion del alma, que se refleja en nuestros sentidos, se apodera de todos nuestros pensamientos, y nos sumerge en un éxtasis meditabundo que es sin duda una revelacion del Cielo.

Ya ha empezado el santo sacrificio: los neófitos y los asistentes, en un piadoso recogimiento, repiten las palabras del celebrante y parecen seguir las diferentes faces del símbolo de la Redencion, como antiguamente algunos elegidos siguieron en el Calvario al Salvador agobiado bajo el peso de su cruz. Cualquiera diria que, unidos por la oracion con el Pontífice, participan de la grandeza que le rodea en aquel momento supremo.

Cuando ya está cercana la hora en que van á pronunciarse las palabras solemnes de la consagracion, preséntase un sacerdote en la cátedra evangélica: generalmente es el Cura de la parroquia. Su voz amiga recuerda á los neófitos una porcion de dulces memorias, porque aquella voz les ha sido muchas veces indulgente y fácil: así es que la palabra del Cura cae sobre ellos como un benéfico rocío sobre un terreno fértil. ¡Con qué cariñosa bondad habla á aquellos niños que ya son sus hijos! ¡Con qué elocuente sencillez les pinta la grandeza de la accion que van á consumar! Sus pala-

bras son los últimos consejos de un padre tierno y confiado, al hijo querido con quien reparte sus mas preciosos bienes.

¡ Pero silencio ! El Verbo se ha hecho carne y viene de nuevo á habitar entre nosotros ! Las santas palabras han abierto el Cielo y los armoniosos y melancólicos sonidos del órgano suceden á los acentos de la voz humana. Id, niños, id á sentaros al banquete de la vida ; id á tomar ese sustento celestial, ese pan de la eternidad, prenda de las augustas promesas del Divino Redentor ! ¡ Oh ! ¡ Qué súbita y poderosa agitacion se apodera del alma en esta hora de misterio y de emancipacion ! Al delicioso arrobamiento, á la casta y pura alegría de este instante tan breve, pero tan precioso, tan grande en la vida, se mezcla el vago temor de no ser digno de tamaña dicha, de no estar bastante preparado para aquella obra cuya grandeza asombra la imaginacion. Este temor saludable y providencial es una de las manifestaciones de la verdad de nuestra fe. Esos terrores no se hacen sentir sino mui rara vez en la infancia, cuya serenidad virginal, cuya pureza angélica no tienen en este instante mas que pensamientos de esperanza. Y sin embargo, ¡ qué sensacion profunda, inexplicable, qué santo estremecimiento no experimenta el neófito, cuando la voz del sacerdote deja caer en sus oídos estas palabras tradicionales : "Recibe el cuerpo y la sangre de Jesucristo !....."

¿ Cuál es el cristiano, aunque vague perdido en el desierto de la vida y de las pasiones humanas, que no tiene un recuerdo para aquel santo dia y para aquella hora de su primera Comunion, en que tuvo una percepcion tan viva de su Dios, en que sintió su alma? ¡ Ah ! ¡ Cuántas veces el mancebo perseguido por el amargo dejo de una culpa, ha convertido su pensamiento á aque-

lla hora propicia, y vuelto sus ojos bañados de lágrimas hácia aquel sereno puerto de donde, imprudente marinero, se ha lanzado á desconocidas olas!

¡Ai! ¡ai de aquel á quien esta conversion sobre sí mismo no conmueva el alma, y que no tenga lágrimas que dar á su inocencia perdida para siempre....!

La Iglesia puede á su albedrío derramar sobre nosotros el tesoro de sus gracias, pero no puede agotarlo. Despues de la Comunion, despues que han resonado en el templo cánticos empapados en el júbilo que ella ha hecho nacer, todavía tiene dulces palabras que decir y bienes que dar. De nuevo se presenta el Cura en el púlpito, para decir adios á aquellos amados niños, á quienes pronto llamarán al mundo imperiosos deberes y el destino comun á todos los hombres. Recuérdales con voz enternecida las promesas que han hecho á Dios, y los conjura en su nombre á que no las quebranten jamas.... Entónces, entreabriendo sus brazos como para estrecharlos á todos á la vez sobre su pecho, deja caer sobre ellos la bendicion paternal....

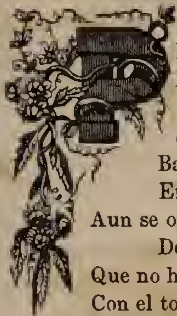
Y luego, todo está ya acabado. Los sagrados cánticos no suben ya hácia los sonoros arcos de la bóveda del templo; los últimos suspiros del órgano parecen desvanecerse en lontananza; el concurso se retira lentamente; la luz de los círios se apaga; y un sublime y melancólico silencio reina en el santo recinto donde se ha consumado el misterio.





SAN PEDRO LIBERTADO POR UN ANGEL.

ODA.



RÓXIMO estaba el dia
De gran suceso augusto aniversario,
Y la gente judía
Su antigua pascua celebrar debia
Bajo el sol del Calvario.
En la sagrada cumbre
Aun se ostentaba el indeleble rastro
De la sangre divina,
Que no ha secado, respetuoso, el astro
Con el torrente de su ardiente lumbre;
Aunque una y otra vez de Palestina
En su anual curso contempló la afrenta,
Despues de aquel instante
En que al aspecto de la Cruz sangrienta
Pavoroso veló su faz brillante.
Mas ¡ai! aun turbulento
Y de sangre sediento
Se agita el pueblo con afan impío.
¡Ved, cuál se agolpa en torno
De ese edificio tétrico y sombrío,

Del triste criminal mansion postrera,
Y ronco exhala amenazantes voces:
Como la ambrienta fiera
Que olfatea la víctima que espera,
Y afilando la garra, la saluda
Con rugidos feroces!
De aquel clamor de cólera sañuda,
Que en tremendo tumulto se convierte,
Es objeto ¡qué horror! un triste ancian«
Á ignominiosa muerte
Ya sentenciado por el vil tirano,
Que aunque siervo de Roma,
Cual hijo alienta su ambicion inquieta,
Y bajo el yugo que su audacia doma
Con mas vil yugo á su nacion sujeta.
Para acallar las santas profecías,
Que aun despiertan su bárbaro recelo
Con el sagrado nombre del Mesías,
No basta á Heródes que al atroz suplicio,
Allí aportado de extranjero suelo,
Absuelto en balde en extranjero juicio,
El nieto de los Reyes
Fuese arrastrado por infames greyes.
Aquel gran sacrificio,
Que desarmara á la justicia eterna,
No desarmó al tirano. Ve con pasmo
Y con pavura interna,
De la Iglesia naciente
Brillar la fé, crecer el entusiasmo;
Y presume demente
Que á hundir su base indestructible alcanza,
Cuando al iluso populacho lanza
Aquel decreto infando,
En que abandona á su furor injusto,
Como cabeza de ominoso bando,
Del hombre Dios al sucesor augusto.
Llega en tanto la noche: ¡la postrera
Para el Apóstol mísero! ¡Perdida
Toda esperanza yace! Vanamente
Los tristes fieles, en ceniza hundida

La consagrada frente,
Clamaron con la voz de su gemido
Al Dios de su consuelo.
Vanamente, tambien, del inocente
Condenado á morir, han defendido
La noble causa con ardiente celo....
¡Llega el dia temido,
Y está mudo el tirano y sordo el Cielo!
Mas mientras gime entre pavor y llanto
La Iglesia desolada,
Con alma sosegada
El momento fatal espera el Santo.
¡Oh, cómo envuelto en el corrupto ambiente
De su mazmorra lúgubre, respira
Aura de paz, y con afecto tierno
Tributo de loor rinde al Eterno!
Luego elevando los cansados brazos
Entre los férreos lazos,
Se le oye murmurar blanda plegaria
Con la humildad de un pecho penitente;
Mientras en solitaria
Lámpara negra, vacilante oscila
La débil luz, que de su noble frente
Llega á alumbrar la majestad tranquila.
De su amargo penar la prueba ruda
No perturba del alma
Aquella noble calma
Que la sublime religion escuda.
Piedra santa, escogida
Para eternal cimiento,
No indaga Pedro, al terminar su vida,
Si cumplió su mision. Ante el arcano
Del Hacedor del mundo
Solo escucha su fe: base y asiento
Del edificio augusto y sobrehumano
Que humillará el poder del Orco inmundo.
Sabe que va á morir, mas sin que tema
Inútil ser para el querer divino,
Que en vida ó muerte le dará el destino
Que le trazó su prevision suprema.

Sábelo el Santo, y sus humildes preces
No intentan alejar el cáliz fiero
Cuyas amargas heces
Agotó manso el celestial Cordero.
Discípulo sumiso,
Sigue tan alto ejemplo: resignado,
No ardiente ni remiso,
De este mundo abandona
La peligrosa lid, y aun no cansado,
Espera sosegado
Del triunfo ilustre la inmortal corona.
Túrbase, empero, y se estremece, y vierte
Lágrimas ¡ai! que corren de sus ojos
Hasta sus labios secos,
Cuando medita en la futura suerte
De los insanos que á la Iglesia oprimen;
Y entónces vuelven los horribles huecos
De la mansion del crímen
Del Gólgota los ecos.
Por sus verdugos ora, pero vuelan
Sus últimos instantes: la fatiga
Sus miembros entorpece,
Y allí, tendido en aquel suelo inmundo,
Al cansancio cediendo se adormece,
Con rostro tan sereno
Y con solaz tan plácido y profundo,
Como un infante en el materno seno.
¡Ah! ¡Tal vez su memoria
Á las visiones de su sueño enlaza
Recuerdos que le alientan á porfía,
Y ve pasar, en óptica ilusoria,
Del Huerto la agonía
Y del Tabor la gloria!
Mas pronto el denso manto
Recogerá la noche: el horizonte
Esclarece su azul, y en el Oriente
Leve matiz de nácar y amaranto
Á aparecer comienza. Ya del monte
La cabeza eminente
Con reflejos süaves

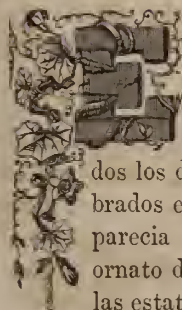
De tibia luz se mira coronada,
Y á saludar la próxima alborada
Se aperciben las aves.
¡Solo de Pedro en la mansion sombría
Es eterna la noche! ¡El postrer dia
Solo verá al morir! Su luz escasa
No vierte ya la lámpara extinguida;
Ningun rumor traspasa
El negro y alto muro,
Y á revelar la vida
Que allí se oculta entre vapor impuro,
Solo á intervalos suena
Leve murmurio blando,
Entre el sordo crujir de una cadena,
Porque dormido el justo está rogando.
Súbito, empero, se alza estremecido
Y en torno le circunda
Relámpago de luz, que no es seguido
Del trueno por horrísono estallido,
Y que la estancia pavorosa inunda
De claridad y aroma misterioso,
Cual si la eterna aurora
Anticipase Dios al que allí mora.
Mas ¿ qué vision divina
Nos anuncia su rostro venerable,
Donde al asombro y turbacion domina
Un placer inefable....?
¡Oh, vedle! vedle! ¡Un huésped de los cielos
La tierra huella do el Apóstol gime!
En sus osados vuelos
No alcanza á concebir la humana mente
La inspiracion de su mirar sublime,
La majestad de su serena frente.
Mas no á los centinelas vigilantes
Es dado ver la célica hermosura
Del ministro de Dios, ni los destellos
De sus alas brillantes.
Es para ellos oscura,
Impenetrable sombra, la luz pura
Que deslumbrando á Pedro le extasía;

Solo un pavor extraño
Su sangre hiela, embarga sus sentidos,
Hasta apagar los flébiles sonidos
De la trémula voz en su garganta.
En tanto el Ángel con ligera planta
Se acerca al santo: los hermosos brazos
Tiende hácia él, y de su mano apénas
Aquel contacto poderoso sienten,
Cuando ruedan deshechas en pedazos
Las pesadas cadenas.
Él con divino acento
—*Toma tu ceñidor*, le dice, *al punto;*
Calza tus piés y sígueme.—Turbado,
Mas al mandato atento,
Obedece el Apóstol. Cual la ardiente
Ígnea columna que Moises seguia,
Cuando á su indócil gente
Al traves de desiertos conducia,
Marcha el Ánjel delante
Dejando en pos un rastro luminoso,
Y le sigue con paso vacilante,
Absorto y silencioso,
El triste sentenciado,
Por el brazo de Dios ya libertado.
¡Oh, Heródes! ven! demanda á tus cerrojos,
A tus macizas puertas
Y á tus guardias alertas
La víctima que esconden. ¡Ai! tus ojos
Aquellas ven abiertas,
Empero ante los suyos ha pasado
La víctima sin susto....!
En vano la reclamas, y el adusto
Ceño mostrando, y el mirar que empaña
Tu llanto de furor, venganza expresa,
Y castigo tu voz: ¡necio! te engaña
Tu orgullo criminal: ¡oh! cesa! cesa!
¡Contra el poder que te arrancó tu presa
Es polvo tu poder, humo tu saña!

(Gertrudis Gomez de Avellaneda.)



EL MENDIGO.



N la puerta de la catedral de San Juan de Leon, veíase hace tiempo un viejo mendigo que constantemente, hacia veinte y cinco años, iba á sentarse todos los dias en el mismo sitio. Tan acostumbrados estaban los fieles á verle allí, que les parecia en cierto modo que formaba parte del ornato de la fachada de la santa basílica, como las estatuas de piedra encajadas en los nichos de la gótica portada. Juan Luis era su nombre. Traslucíase en sus harapos un reflejo de dignidad que revelaba una educacion superior á la que generalmente acompaña á la miseria: así era que, en medio de aquella clientela abandonada por las poblaciones, que cada iglesia acoge bajo sus alas maternales, gozaba el pobre viejo de cierta consideracion, consolidada, ademas, por su equidad en la reparticion de las limosnas, única be-

neficencia del pobre con respecto al pobre, y por su celo en sosegar las contiendas que se suscitaban á veces entre sus compañeros de miseria. Su vida y sus desgracias eran un misterio para todo el mundo: solamente se sabia que Juan Luis nunca ponia los piés en la iglesia, y sin embargo Juan Luis era católico. En el momento de las ceremonias religiosas, cuando la oracion se alzaba ferviente hácia el Cielo con el perfume de las flores y el incienso de los jóvenes levitas; cuando los piadosos cánticos resonaban bajo la ancha bóveda de la gótica nave; cuando la voz grave y melodiosa del órgano sostenia el solemne coro de los fieles, el viejo mendigo se sentia impulsado á confundir su oracion con la de la iglesia. El indecible encanto que ofrecia el adusto y sombrío aspecto de la antigua catedral; el fantástico reflejo del sol al traluz de los pintados vidrios; la sombra de los pilares, alzados hacia siglos como un símbolo de la eternidad de la religion; el altar elevado sobre numerosas gradas, y que aparecia en la profundidad de la nave resplandeciente con la luz de los cirios y el esmalte de las flores, todo inspiraba al viejo mendigo una inefable admiracion: copiosas lágrimas surcaban las hondas arrugas de su rostro. Una gran desgracia ó un profundo remordimiento parecian agitar su alma. En los tiempos de la primitiva Iglesia, todos le hubieran tomado por un criminal condenado á desterrarse de la asamblea de los fieles, y á pasar, silenciosa sombra, por en medio de los vivos.

Un sacerdote iba todas las mañanas á San Juan á decir misa: daba abundantes limosnas, y entre los pobres instalados á la puerta de la antigua catedral, Juan Luis habia llegado á ser para él, objeto de una especie de afectuosa predileccion.

Un dia no acudió Juan Luis á su acostumbrado si-

tio: el Cura Sorel, deseoso de no privarle de su limosna diaria, busca la casa del mendigo, y ¡cuál fué su sorpresa al hallar, en vez de un miserable zaquizamí, una habitacion suntuosa, y en un rincon, en medio de todos aquellos objetos de lujo, inventados por el rico feliz, un montoncillo de paja en que yacia tendido el pobre viejo!....

La presencia del sacerdote reanimó al anciano, quien con voz llena de gratitud, exclamó:—¡Cómo! ¿os dignáis, señor Cura, acordaros de un desgraciado?

—Amigo mio, respondió el Cura Sorel, un sacerdote no olvida mas que á los dichosos de la tierra. Venia á saber si necesitábais algun socorro.

—Ya no necesito nada, respondió el mendigo: mi muerte se acerca.... ¡solo mi conciencia no está tranquila!

—Vuestra conciencia! ¿Tenéis acaso alguna culpa que expiar?

—Un crímen, un enorme crímen, del que toda mi vida ha sido una cruel é inútil expiacion: un crímen imperdonable!

—Un crímen imperdonable! no los hai, exclamó el sacerdote con entusiasmo. Dudar de la misericordia divina, seria una blasfemia mas horrible que vuestro crímen mismo. La religion tiende sus brazos al arrepentimiento. Hermano mio, poned vuestra confianza en Dios, y si habéis pecado mucho, mucho os será perdonado, porque el pecador que se arrepiente tiene mas derecho á la misericordia divina, que el hombre que nunca ha pecado.

—Pues bien! dijo el mendigo despues de algunos esfuerzos, váis á oir una historia horrible; pero no es á un sacerdote á quien quiero confiársela, sino á un hombre que me tiende una mano amiga en este momento

fatal, porque es menester que sepáis que soi indigno de los sacramentos y de las oraciones de la Iglesia. Oh! sin embargo, añadió, y un rayo de esperanza brilló sobre su pálido semblante; sin embargo, cuando me hayáis oido como hombre, si creéis poder bendecirme como sacerdote.... os obedeceré..... y me ayudaréis á morir.

"Soi hijo de un pobre viñador de Borgoña, honrado con el aprecio del señor de nuestro pueblo, por lo cual, desde mi niñez, me recogieron en el palacio del señor Conde y me destinaron para ayuda de cámara de su hijo. La educacion que me dieron, mis rápidos progresos en el estudio, y sobre todo la bondad de mis amos, me elevaron á la clase de secretario. Acababa yo de cumplir veinte años, cuando estalló la revolucion. Seducida por las ideas del dia, no tardó mi ambicion en despreciar la situacion precaria y dependiente en que me hallaba. Desde Paris, el furor de los revolucionarios cundió en breve á las provincias: el señor Conde, temiendo ser preso en su palacio, despidió á sus criados y fué con su familia á refugiarse en Leon, esperando, en medio de aquella gran poblacion, escapar, por el olvido, al cadalso. Considerado como un hijo de la casa, yo le seguí. Reinaba entónces el terror en todo su auge, y nadie sabia el secreto del retiro de mis amos. La confiscacion habia devorado sus bienes, pero poco les importaba: todos estaban reunidos, tranquilos, y nadie los conocia: animados de una fé viva en la Divina Providencia, esperaban un porvenir mejor. Vana esperanza! La única persona que podia revelar su secreto y arrancarlos de su asilo, tuvo la villanía de denunciarlos. Y este delator, soi yo!

"El padre, la madre, dos hijas, ángeles de hermosura y de inocencia, y un niño de diez años, fueron se-

pultados juntos en un calabozo. El mas frívolo pretexto bastaba entónces para enviar al inocente á la muerte; sin embargo, el acusador público no acertaba á hallar un motivo para perseguir á aquella noble y hermosa familia.... pero hubo un hombre iniciado en los mas íntimos secretos del hogar doméstico, que envenenó las mas sencillas circunstancias de su vida, é inventó el crímen de conspiracion contra la República. Este calumniador, soi yo!

"Pronuncióse la fatal sentencia: solo el niño fué perdonado. ¡Pobre huérfano, destinado á llorar á toda su familia y á maldecir á su asesino, si llegaba algun dia á conocerle!

"Resignada, y consolándose con sus virtudes, aquella desventurada familia aguardaba la muerte en la cárcel. Ocurrió casualmente un olvido en la órden de las ejecuciones, y si un hombre, impaciente por enriquecerse con algunos despojos, no se hubiese presentado á perseguirlos, se libertaban del cadalso, pues pasaba esto la víspera del 9 termidor. Pero aquel hombre acudió al tribunal revolucionario é hizo rectificar el error: la recompensa de su celo fué un certificado de civismo. Este revelador, soi yo!

"Aquella misma tarde, el carro (*) fatal llevó á la muerte á aquella noble familia. El padre, cargada la frente de un profundo dolor, ocultaba en sus brazos á la mas jóven de sus hijas; la madre, mujer firme y cristiana, estrechaba sobre su pecho á su hija mayor, y todos, confundiendo sus recuerdos, sus lágrimas, sus esperanzas, repetian las oraciones de los difuntos. Como era tarde, el verdugo, cansado de su trabajo, habia confiado á uno de sus ayudantes aquella terrible ejecu-

(*) En Francia los reos de muerte van al suplicio en un carro ó carreta que llaman *tombereau*.

cion: poco acostumbrado á la horrible faena, imploró el asistente la ayuda de un transeunte: un hombre se prestó de buena voluntad á ayudarle en su horrible ministerio.... Este transeunte, que se hizo verdugo, soi yo!

"¡Y el premio de tantos crímenes, ahí lo tenéis! Todas esas riquezas pertenecieron á mis antiguos amos, y todavía me parecen cubiertas de su sangre; por espacio de veinte y cinco años he estado aquí encerrado con ellas, para que los crueles remordimientos, que á cada instante renueva su vista en mi alma, diesen principio á mi expiacion. Entre los hombres, he querido pasar por un miserable mendigo, y cubierto de andrajos, sufrir, una despues de otra, todas las humillaciones de la pobreza. La caridad pública me dotó con un puesto á la puerta de la iglesia donde he pasado tantos años; pero el recuerdo de mi crímen era tan punzante que, desesperando de la bondad divina, jamas osé implorar los consuelos de la religion, ni manchar el santuario con mi presencia. Oh! ¡cuán largo y profundo ha sido mi arrepentimiento! pero tambien, ¡cuán impotente! Señor Cura, ¿creéis que puedo esperar mi perdon de Dios?"

—Hijo mio, vuestro crímen es espantoso; sus circunstancias, sobre todo, son atroces; los huérfanos, privados de sus padres por la revolucion, comprenden mejor que nadie los padecimientos de vuestras víctimas. Una vida entera pasada en las lágrimas, no es demasiado para expiar tanta maldad; pero los tesoros de la misericordia divina son inmensos. Merced á vuestro arrepentimiento, tened confianza en la inagotable bondad de Dios.

Como animado de una vida nueva, levantóse entónces el anciano mendigo, y dirigiéndose hácia un cuadro: —Ved, padre mio, la imágen de mis víctimas, di-

jo, descorriendo el crespon que lo cubria. ¿Creéis que no impedirán que lleguen mis oraciones hasta Dios?

Á aquel espectáculo, el Cura Sorel de Valriant deja escapar estas palabras: —Mi padre! mi madre!

El recuerdo de aquella horrible catástrofe, la presencia del asesino, la vista de aquellos objetos que habian pertenecido á sus padres, desgarran el alma del sacerdote, el cual, cediendo á un desmayo involuntario, se deja caer sobre una silla. La cabeza apoyada en sus manos, derrama copiosas lágrimas: una profunda herida acababa de abrirse en su corazon!....

El anciano mendigo, aterrado, sin atreverse á alzar los ojos al hijo de sus amos, al juez terrible é irritado, que le debia su cólera mas bien que el perdon, besaba y regaba con su llanto los piés del sacerdote, repitiendo con voz desesperada: —Amo mio! Amo mio!

El eclesiástico pugnaba, sin mirarle, por comprimir su dolor.

Y el mendigo exclamaba: —Sí, soi un asesino, un mónstruo, un infame..... Señor Cura, disponed de mi vida: ¿qué he de hacer para vengaros?

—Vengarme! responde el sacerdote, volviendo en sí al oir esta palabra: ¡vengarme, desgraciado!....

—¿No decia yo bien que mi crímen era imperdonable? Bien sabia yo que la religion misma me rechazaria con horror: el arrepentimiento no es nada para un criminal de mi especie. No hai perdon para mí, ¿no es verdad? ¿no hai perdon para mí?

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz que desgarraba las entrañas, recuerdan al sacerdote su mision y sus deberes: la lucha entre el dolor filial y el ejercicio del poder sagrado, cesa al punto. La flaqueza humana habia reclamado un momento las lágrimas del hijo afligido; la religion restaura el alma enérgica del

sacerdote. Coge el crucifijo, prenda de su padre, que se halla en poder de aquel desgraciado, y dice con voz sonora y profundamente conmovida:

—Cristiano, es sincero tu arrepentimiento?

—Sí, padre mio.

—Te inspira tu crímen un horror profundo?

—Sí, padre, sí.

—Dios, inmolado sobre esta cruz por los hombres, te perdona.

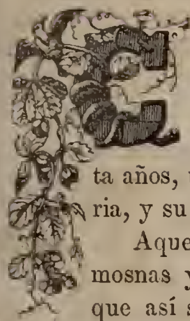
Entónces el sacerdote, extendida una mano sobre la cabeza del penitente, y alzando con la otra el signo sagrado de nuestra redencion, hace descender la clemencia divina sobre el asesino de toda su familia.

Vuelta la cara hácia el suelo, el viejo mendigo estaba inmóvil á los piés del eclesiástico. Tiende este la mano para levantarle: estaba muerto.





LA IMAGEN DE LA VIRGEN.



ERCA de Villafranca, (Villefranche, en Francia) á corta distancia del camino real, se ve una casilla abandonada, que habitaban, hace cosa de treinta años, una pobre viuda, enferma y sexagenaria, y su hija única, de edad de diez y seis años.

Aquellas dos infelices vivian de algunas limosnas y del trabajo de sus manos. Paquita, que así se llamaba la niña, se ocupaba en toda especie de faenas ó iba á trabajar á jornal en las cercanías; su madre cortaba yerba para sustentar una cabra, ó recogia leña para las necesidades de la choza, ó hilaba un poco de lino cuando hacia mal tiempo para salir. Así vivian las dos, contentas al fin y al cabo, pues se querian mucho y tenian fé en una vida mejor.

Mui miserable era, sin embargo, el interior de su cabaña: figúrese el lector cuatro paredes ahumadas y

que amenazaban ruina, con una pobre cama, tres sillas, una mesa y una arca por único ajuar. Habia en un rincon un poco de paja donde dormia la cabra, y no era mucho mejor la cama de sus amas; pero debian hallarla excelente, pues disfrutaban en ella un sueño puro. Sobre la cabecera de aquella cama, Mariana, este era el nombre de la madre, habia colocado una pequeña imágen de la Vírgen, adquisicion hecha muchos años ántes y que no habia costado mucho dinero. Madre é hija tenian gran devocion por aquella imágen, pero sobre todo la madre, que adoraba en ella el divino rostro de su patrona, y que creia deber á su influjo toda la felicidad de que habia disfrutado en la tierra. Al anochecer, cuando se extendian las sombras sobre los árboles del monte y daba el toque de oraciones en la vecina aldea, arrodillábanse ambas delante de la Vírgen y le daban gracias por no haberles negado el pan del dia; por la mañana, apénas los primeros albores penetraban bajo su techo de paja, arrodillábanse tambien y bendecian á la Vírgen por haberles dado el sueño de la noche.

No limitaba Mariana á aquellas oraciones de la mañana y de la tarde su culto á la santa imágen: apénas su trabajo la cansaba (y la pobre anciana se cansaba pronto), arrimaba una silla á la cama, y con las manos cruzadas, rezando, ó sin rezar, contemplaba en extático deliquio el dulcísimo rostro de su patrona. Todos los domingos iba á la iglesia de su parroquia, donde habia un bellísimo cuadro de la Anunciacion que iban á ver los curiosos de diez leguas á la redonda; pero todavía le gustaba mas su imágen. Tres veces habia hecho el viaje de Villafranca, y tres veces habia visto en la catedral de este pueblo una sacra familia de un pintor italiano mui célebre; pero todavía preferia su imágen. Preciso es advertir que no era esta uno de aquellos pe-

dazos de papel iluminados como se venden en las librerías y en las ferias; era una pintura verdadera; el tiempo la habia alterado un poco, pero Mariana no lo echaba de ver. ¡La santa Vírgen se destacaba tan blanca y pura del fondo oscuro que la rodeaba! ¡El Niño Jesus tenia en su rostro un carácter tan bello de inocencia y de divinidad! —"¡Mira, decia muchas veces Mariana á su hija, mira con cuánta bondad nos contempla mi patrona! Es porque vela sobre nosotras, estoi segura de ello: ¡cuanto siento no haberte puesto su nombre! ¡Qué hermoso es su velo! ¡qué ricos son los bordados de su manto! ¡Qué brillante aureola de gloria rodea á su hijo! Me parece que te estoi viendo cuando eras chiquita y te puse en la frente una guirnalda de rosas. Sé siempre devota de la Vírgen, Paquita: la madre de Cristo es nuestra madre comun, pero es sobre todo, la madre de los desgraciados que sufren y lloran!"

Y las dos mujeres se abrazaban tiernamente á los piés de la humilde imágen; en seguida renovaban la mata de box ó el ramillete de siemprevivas que eran todas sus ofrendas, pero la santa Vírgen recibia un culto mas sincero en aquella pobre morada que en muchas ricas catedrales. Las lágrimas que emanan de un corazon puro, las oraciones que murmura una voz inocente, le son mas gratas que las pompas mas espléndidas y que los mas magníficos presentes.

Pero pronto iba á verse turbada la dulce tranquilidad de que disfrutaban Mariana y su hija: Dios envía muchas amargas tribulaciones y dias difíciles aun á los que mas fielmente siguen su lei. ¡Feliz el que sufre en la tierra! en el dia de las divinas recompensas su parte será la mayor. Sobrevino un año malo en la comarca de Villafranca y en todos los contornos; una terrible tempes-

tad destruyó los sembrados; los campos se inundaron, la cosecha del vino se perdió enteramente, y como una desgracia nunca viene sola, á aquel verano tan estéril siguió un invierno tan crudo, que los mas ancianos del pais no se acordaban de haber visto otro semejante. La miseria fué general, aun entre las personas hasta entónces acomodadas; y los ricos, inquietos por el porvenir, y temiendo verse apurados, interrumpian todos los trabajos.

Mariana y su hija, que nunca habian podido hacer provisiones ni ahorros, se sostuvieron durante aquel invierno Dios sabe cómo. ¡Vendieron su cabra que les era tan necesaria y á la que tenian tanto cariño! recibieron algunas limosnas que les enviaba el Cura de la parroquia, pero ¡cuán insuficientes eran aquellos socorros! ¡el número de los bienhechores era tan corto, el de los desgraciados tan grande! Sin duda no debieron la vida mas que á la proteccion de la Santísima Vírgen que velaba sobre ellas y cuya imágen honraban tan devotamente.—"¡Santa Vírgen, patrona de mi madre, decia Paquita, no la dejes morir tan miserablemente!—¡Santa Vírgen, patrona de los afligidos, decia Mariana, no abandones á mi hija, demasiado niña para morir!"

Volvió la primavera, y con ella la esperanza de mejores dias penetró en el corazon de las dos mujeres: Paquita podria volver á sus faenas, la pobre anciana no sentiria ya crisparse sus manos de frio cuando hilara al torno. ¡Vanas esperanzas! Una mañana que Paquita habia salido para ir á coger una guirnalda de primaveras que queria poner á la imágen de la Vírgen, el dueño de la humilde cabaña que habitaba la viuda, se presentó delante de ella: era un hombre imperioso y duro, que no tenia mas temor de Dios que compasion á los hombres.—"Ea, le dijo, ya se ha vencido un año

de alquiler. Los tiempos han sido malos, y como no tengo dinero, vengo á pedir lo que se me debe.—Ah! respondió Mariana, peores han sido todavía los tiempos para mí que para vos. Mi hija y yo carecemos de pan; juzgad si me es posible satisfaceros—En ese caso, replicó aquel mal hombre, procurad hallar un asilo donde quiera recibiros alguna alma caritativa por amor de Dios, porque mañana volveré al pueblo, y seguramente estaréis fuera de mi casa ántes de que yo salga de esta aldea,'' y dió, colérico, un golpe con el pié en el suelo.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó la pobre mujer, dadnos á lo ménos algunos dias de plazo para hallar un asilo por el amor de Dios, como vos decís. Espero que no tardarémos mucho en hallarlo, porque mis años y la juventud de mi hija interesarán á alguno sin duda. ¿Queréis que deje en el camino mi cama, mi mesa y las tres sillas que me quedan?

—Vuestra cama, vuestra mesa, vuestras tres sillas! ¿habéis perdido el seso, buena mujer? ¿Pensáis acaso llevároslas? ¿Y quién me pagará lo que me debéis? Voi á hacerlas vender, y cuanto ántes.

—¡Vender mi cama! ¿qué decís? ¿Queréis reducirme á morir sobre la paja?

—Os moriréis donde os dé la gana, eso poco me importa; lo que me importa es cobrar mi dinero, y dudo que basten á indemnizarme esos trastos viejos. Pero en fin probarémos.—Y como la desgraciada procuraba cogerle las manos para suplicarle que tuviese compasion de su miseria, rechazóla él brutalmente, y abriendo la puerta para salir:—"Ya estáis avisada, le dijo, mañana tendréis que responder al alguacil que vendrá de mi parte."

Enmudeció Mariana al oir estas crueles palabras. Vióse, ó por mejor decir, vió á su hija errante, sin abri-

go, sin asilo, semejante á aquellos pobres que piden limosna, y que se reunen en gran número para pasar la noche en una guardilla donde no hallan mas que un poco de paja fria, sin manta. Y cuando volvió Paquita, cantando y con un ramillete de flores en la mano, solo pudo echarse en sus brazos y llorar.

Pasó el dia, triste y largo, y sin que tuviese la pobre Mariana valor para anunciar á su hija la desgracia que les habia sucedido. Por la noche, imploró á su patrona con mas fervor que nunca, y habiéndose despertado poco ántes de amanecer, vió á la Santa Vírgen rodeada de una brillante claridad :—era la luz de la luna que deslizándose por una grieta del techo, bañaba con sus templados rayos la devota imágen. Á aquel espectáculo, sintió Mariana renacer la calma en su corazon. “¡ Oh Santísima Vírgen, exclamó en voz baja, por no despertar á su hija : Santa Vírgen, madre de las madres y gloriosa patrona mia, bien veo que habéis escuchado mis ruegos ; bien sabia yo que no me abandonaríais en tan gran desgracia ! ”

Despues de esta oracion, volvióse á dormir Mariana casi consolada. Soñó que la Vírgen le tendia los brazos, apartando de ella y de su hija á todos los que querian hacerles daño : soñó que le presentaban una bolsa llena de oro, hermosos muebles, vestidos nuevos y pan blanco, en fin, todo aquello de que tanta necesidad tenia la pobre viuda : luego se le apareció su casero, acompañado de esbirros, y se despertó sobresaltada, vivamente conmovida por su ensueño, cuyo fin la transportaba á la triste realidad.

Ya era dia claro : Paquita estaba levantada y trabajaba hacia largo rato.—¡ Cómo habéis dormido esta noche ! dijo á su madre.—Ah ! respondió Mariana, ya no pasaré otra noche en esta cabaña y en esta ca-

ma donde duermo hace cuarenta años. ¡ Oh hija mia! ¡pobre hija mia! desde hoi no tenemos ya un asilo donde reclinar la cabeza: las piedras de los campos serán nuestro asiento y nuestra cabecera!—Y entónces le contó la visita del casero, su dureza, sus amenazas, sus crueles amenazas que tan pronto iban á realizarse.

Apénas habia acabado de hablar, cuando oyó las pisadas de varias personas que se acercaban, y el dueño de la choza se presentó acompañado de esbirros y escribanos. Sentóse uno junto á la mesa para escribir, sacaron los trastos al camino, y se empezó la almoneda delante de un corto número de personas atraidas por aquel triste espectáculo. Primero se pusieron en venta los objetos demas valor, ¡ pero de qué valor, Cielo santo! de un valor tan módico, tan nulo, que el casero empezaba á temer que no bastase ni aun á cubrir las costas de la justicia; no habia que sacar de todo aquel ajuar mas que una onza de oro.

Aún no habia producido la venta mas que dos tercios de esta suma y solo quedaba un espejillo tan negro, tan descascarado, tan roto, que nadie lo queria, y la imágen de la Vírgen, colgada de la pared con cuatro clavos. Al pié de la Vírgen, Mariana y su hija estaban arrodilladas, temblando, atento el oido á todos los pormenores de aquella fatal venta, y comparando su suerte á la de José cuando ve á sus hermanos repartirse sus vestidos, ó á la de Nuestro Señor Jesucristo viendo desde la cruz á los dos soldados romanos jugar su túnica á los dados.

"¿No queda nada mas? dijo el pregonero, aburrido de ver una venta tan miserable: regístrese de nuevo, y veamos si se pueden sacar algunos cuartos mas."

Entró uno de los esbirros, despues de hacer las mas minuciosas pesquisas, cogió el espejo y empezó á des

clavar la imágen: entónces las dos mujeres prorumpieron en un grito de terror y desesperacion. "¡Cómo! exclamó Mariana llorando, ¿me quitáis tambien la santa imágen de mi patrona? Ai! ai! ¡Dios mio! ¡esta es la mayor de mis desgracias! Nada os darán por esta pobre imágen ¡y queréis quitármela! ¡Considerad que este es mi último bien, mi último consuelo! Hija mia, ven, ven, échate como yo á los piés de estos hombres, á ver si los enternecen nuestras súplicas." Y miéntras Paquita abrazaba las rodillas del esbirro, su madre se puso delante de la imágen querida y pugnaba por defenderla con sus débiles manos.

Este altercado llamó la atencion del casero, quien, descontento ya de ver el mal éxito de la venta, entró con ademan brutal; la pobre mujer le dijo sollozando: "Todo me lo habéis quitado, y os lo perdono, porque al fin lo mio era ya vuestro, pues no puedo pagaros, ¡pero ahora quieren quitarme esta imágen, la imágen de mi santa patrona, ante la cual recito mis oraciones hace cuarenta años! ¡Esa imágen recibió la primera mirada de mi hija y la última mirada de mi marido, pues allí la puse el dia de nuestras bodas y eso es todo lo que me queda de aquel dia! ¡Compasion! ¡compasion! ¡dejadme esa imágen! ¿De qué os puede servir ahora que ya es tan vieja como yo, que ya está tan próxima á caerse á pedazos como yo á convertirme en polvo?" El llanto no la dejó proseguir.

Ni siquiera se dignó responderle aquel hombre empedernido; sin decir palabra habia abierto su cuchillo para arrancar los clavos que sujetaban el lienzo, y luego que lo hubo hecho, sacó la imágen de la choza.—"¿Quién quiere esta soberbia pintura por cuatro cuartos?" gritó el pregonero. "¡Cuatro cuartos! ¿nadie puja?"

Acercóla á los espectadores, entre los cuales se hallaba un grupo de varios caballeros de la ciudad que se paseaban por las orillas del Aveyron y que, por mera curiosidad, se habian parado un momento para ver la venta: las dos pobres habitantes de la cabaña no asistian á aquella profanacion de su preciosa imágen. Mariana se habia casi desmayado de dolor, y su hija la consolaba llorando como una Magdalena.

—¡Cuatro cuartos! repitió el pregonero; ¡cuatro cuartos! ¿No hai nadie aquí que tenga á la Vírgen por patrona? quién puja?

—Cinco cuartos! dijo una labradora que se llamaba María.

—¡Veinte reales! respondió uno de los caballeros de la ciudad que, por primera vez, acababa de echar un vistazo á la pintura de la Vírgen. El pregonero quedó tan pasmado, que no pudo responder palabra: miró al postor con una cara tan estúpida, que todos los presentes se echaron á reir.

—¡Ochenta reales! añadió una segunda voz que salia del mismo grupo.

—¡Ochenta reales! murmuró el pregonero con ademan de hombre que no sabe lo que le pasa.

—¡Ciento veinte! gritó la primera voz.

—¡Media onza! añadió la segunda.

—¡Una onza!

—¡Dos onzas!

—! Mil reales!

—¡Mil quinientos!

—¡Dos mil!

—¡Dos mil reales! repitió el pregonero. Un confuso murmullo circulaba entre la concurrencia.

—¡Tres mil reales! interrumpió uno de los postores con un interes que en vano procuraba reprimir.

—Cuatro mil!

—¡Seis mil!

—¡Ocho mil!

—¡Diez mil!

—¡Yo doi doce mil! añadió el otro impasible; siguióse un momento de silencio, y en seguida dijo el pregonero lentamente:—"¡Doce mil reales! ¡doce mil reales! ¿Nadie puja? adjudicado."

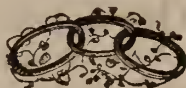
"Caballero, dijo el jóven pintor que habia reconocido á la primera ojeada la obra maestra que tenia delante, un admirable Murillo os lleváis ahí: yo hubiera dado mi escaso caudal de artista por disputároslo, pero vos tenéis á vuestra disposicion las arcas del Gobierno, y es natural que me hayáis vencido. Cuando vuelva á Paris, iré al Museo (*) á ver esa maravilla, añadió sonriendo; allí á lo ménos será casi mia." En seguida se alejó, echando una mirada de envidia á la sublime pintura, que su antagonista estaba guardando con sumo esmero en su cartera, en cambio de tres billetes de á cuatro mil reales que los asistentes contemplaban estupefactos.

Cuando Mariana volvió en sí, y le contaron esta maravillosa historia, no pudo ni quiso explicarla mas que considerándola como un milagro de su patrona: figúrese el lector si serian felices ella y su hija toda su vida con tanto dinero. Casi eran ricas: todos los años, en el aniversario de la venta de sus muebles, Mariana hacia decir una misa y poner una vela en la capilla de la Vírgen. Habia comprado una nueva imágen de Nuestra Señora, que representaba á la madre del Salvador arrebatada al Cielo en medio de una nube de cabezas de ángeles; pero aquella imágen le recordaba siempre la que habia perdido, y á pesar de toda la felicidad que

(*) Este cuadro se halla efectivamente en la galería del Louvre.

debia á su pequeño caudal, una lágrima se asomaba á sus ojos, una espina punzaba su corazon, y la buena anciana decia á su hija:—" ¿Dónde está mi hermosa imágen de la Vírgen?"

Seguramente no hai milagro en esta historia, y sin embargo puede verse en ella una recompensa celestial de la devocion de aquella pobre mujer, que decia con tanta fé, en la fortuna como en la desgracia:—" ¡Santa María, espero en tí!"





SOBRE EL PLACER Y EL DELEITE.

EL género humano ha sido unánime en reconocer una virtud santificante en el dolor. Por esta razon se observa que en todos los tiempos, en todas las zonas y entre todas las gentes, el hombre ha rendido culto y homenaje á los grandes infortunios. Edipo es mas grande en el dia de su infortunio, que en los tiempos de su gloria; el mundo ignoraria su nombre si el rayo de la cólera divina ,no le hubiera derrocado de su trono. La melancólica belleza que resplandece en la fisonomía de Germánico, le viene del infortunio que le alcanzó en la primavera de la vida, y de aquella bella muerte que murió léjos de la amada patria y de los aires de Roma. Mario, que no es mas que un hombre cruel cuando es levantado por la victoria, es un hombre sublime cuando cae en el cieno de las lagunas desde su escollo eminente. Mitrídates nos parece mas grande que Pompeyo, y Aníbal mas grande que Scipion. El hombre, sin

saber cómo, se inclina siempre del lado del vencido: el infortunio le parece mas bello que la victoria. Sócrates es ménos grande por la vida que vivió, que por la muerte que le dieron; la inmortalidad no le viene de haber sabido vivir, sino de haber muerto heróicamente; él debe ménos á la filosofía que á la cicuta. El género humano se hubiera indignado contra Roma si hubiera permitido á César morir como los demas hombres mueren: su gloria era tan grande, que merecia ser coronada con un gran infortunio. Morir tranquilamente en su lecho, investido con la potestad soberana, es cosa permitida apénas á Cromwel. Napoleon debió morir de otra manera, debió morir vencido en Waterloo; proscrito por la Europa, debió ser puesto en un sepulcro fabricado por Dios para él desde el principio de los tiempos; un ancho foso debia separarle del mundo, y en ese foso anchísimo debia caber el Océano.

El dolor pone una cierta manera de igualdad entre todos los que padecen, lo cual es ponerla en todos los hombres, porque padecen todos: por el gozar nos separamos, por el padecer nos unimos con vínculos fraternales. El dolor nos quita lo que nos sobra y nos da lo que nos falta, poniendo en el hombre un perfectísimo equilibrio: el soberbio no padece sin perder algo de su soberbia, ni el ambicioso sin perder algo de su ambicion, ni el colérico sin perder algo de sus iras, ni el lujurioso sin perder algo de su lujuria. El dolor es soberano para apagar los incendios de las pasiones; al propio tiempo que nos quita lo que nos daña, nos da lo que nos ennoblece; el duro no padece nunca sin sentirse mas inclinado á compasion, ni el altivo sin encontrarse mas humilde, ni el voluptuoso sin hacerse mas casto. El violento se amansa, el flaco se fortalece. Ninguno sale peor de lo que entró, de esa gran fragua de los dolores:

los mas salen de ella con altísimas virtudes que nunca conocieron: quién entró impío y sale religioso, quién avaro y sale limosnero, quién entra sin haber llorado nunca y sale con don de lágrimas, quién empedernido y sale misericordioso. En el dolor hai un no sé qué de fortificante y de viril y de profundo, que es orígen de toda heroicidad y de toda grandeza; ninguno ha sentido su misterioso contacto sin crecerse: el niño adquiere con el dolor la virilidad de los mozos, los mozos la madurez y la gravedad de los hombres, los hombres la fortaleza de los héroes, los héroes la santidad de los santos.

Por el contrario, el que deja los dolores por los deleites, luego al punto comienza á descender con un progreso á un mismo tiempo rápido y continuo. Desde la cumbre de la santidad se derriba hasta el abismo del pecado, desde la gloria va á la infamia. Su heroismo se convierte en flaqueza: con el hábito de ceder, pierde hasta la memoria del esfuerzo; con el de caer, pierde hasta la facultad de levantarse. Con el deleite pierden su vitalidad y su energía todas las potencias del alma, y su elasticidad y fortaleza todos los músculos del cuerpo. En el deleite hai un no sé qué de corruptor y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ai del que no resiste á su voz, pérfida á un mismo tiempo y suave como la de las antiguas sirenas! ¡Ai del que no retrocede y huye despavorido cuando le convida con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica á los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias!

Cuando esto sucede, ó sucumbe miserablemente ó sale de allí de todo punto transformado: el niño que por allí pasa no llega á mozo, al mozo le nacen canas

y el viejo perece. El hombre deja allí como en despojos la pujanza de su voluntad, la virilidad de su entendimiento, y pierde el instinto de las grandes cosas. Cínicamente egoista y extravagantemente cruel, siente hervir en su sangre pasiones que no tienen nombre: si le ponéis en lugar humilde, irá á caer de las manos de la justicia en las manos del verdugo: si en lugar eminente, os estremeceréis de terror al verle soltar las riendas á sus apetitos voraces y á sus instintos feroces. Cuando Dios quiere castigar á los pueblos por sus pecados, los pone sujetos con cadenas á los piés de los hombres voluptuosos. Embotados sus sentidos con el opio de los deleites, ninguna otra cosa es poderosa para sacarlos de su estúpido entumecimiento, sino el vapor de la sangre. Todos eran voluptuosos y afeminados aquellos mónstruos calenturientos que los pretorianos saludaban en la Roma imperial con título de Emperadores. La Francia rindió culto á un tiempo mismo á la prostitucion y á la muerte: á la prostitucion en sus templos y en sus altares, á la muerte en sus plazas y en sus cadalsos.

Hai, pues, algo de maléfico y de corrosivo en el deleite, como hai algo en el dolor de purificante y de divino. No vaya á creerse, empero, que estas cosas, por ser contrarias entre sí, no van en cierta manera juntas; porque así como sucede que el que acepta libremente el dolor, siente en sí cierto deleite espiritual que fortifica y levanta, del mismo modo el que se pone en manos de los deleites siente en sí cierto dolor que en vez de fortalecer enerva y deprime. El dolor es aquella pena universal á que por el pecado quedamos todos sujetos; adonde quiera que tienda su vista ó enderece sus pasos el hombre, se encuentra con el dolor, estatua muda y llorosa que siempre tiene delante. El dolor tie-

ne de comun con la Divinidad, que es para nosotros á manera de círculo que nos contiene. Á él vamos igualmente cuando gravitamos hácia el centro y cuando corremos hácia la circunferencia; y correr y gravitar hácia él, es correr y gravitar hácia Dios, hácia el cual corremos con todos nuestros pasos y gravitamos con todas nuestras gravitaciones. La diferencia está en que por unos dolores vamos al Dios bueno y clemente, por otros al Dios justo y airado, por otros al Dios del perdon y de las misericordias. Por el delito vamos al dolor que es pena, y por la resignacion y el sacrificio al dolor que es medicina. ¿Pues qué locura es la de los hijos de Adan, que no pudiendo huir del dolor, huyen del que es medicina, para caer en el que es pena?

(Donoso Cortés)



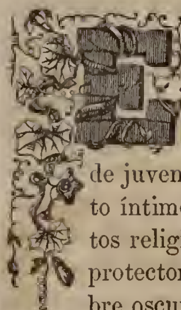


RECUERDOS DE LA GRAN CARTUJA.

Y habiendo caido en tierra, oyó una voz que le dijo: "Saul, Saul, ¿por qué me persigues?"

Hechos de los Apóstoles, *IX*.

I.



STAS páginas no son un juguete de la imaginacion, la obra de un vano capricho de la fantasía: son la relacion sencilla, pero fiel, de algunas impresiones de juventud, la historia sincera de un sentimiento íntimo pero grave, como todos los pensamientos religiosos, y que ha ejercido una influencia protectora sobre la vida intelectual de un hombre oscuro á quien he conocido por casualidad; y sin embargo, acaso se encierra una gran leccion en esta escena de la soledad. Un jóven, dotado de una grande energía de pensamiento, arrastrado por la naturaleza de sus estudios al torbellino de las ideas del si-

glo, reconoce de repente en la sociedad de algunos ancianos, pobres, olvidados, separados del mundo, la vanidad de las doctrinas que repelen los consuelos y las luces de la fe. ¡ Cuadro digno de mas vastas proporciones y de un pincel mas hábil, seria en verdad el que manifestase la incredulidad moderna, luchando vanamente contra el poder creador y la palabra de Dios, en medio de las agrestes pompas del desierto y en presencia de las austeridades del claustro ! No ha sido mi intencion realizar un pensamiento tan grandioso al bosquejar estos recuerdos, cuya relacion no he oido mas que una vez, pero que nunca se borrarán de mi memoria. Con el religioso sentimiento que le anima, el hombre á quien debo estas preciosas confesiones me perdonará sin duda el que les de una publicidad que creo útil, y que él por exceso de modestia no les daria nunca.

En estos términos se franqueó conmigo:

"¡ Todavía no habia yo cumplido diez y nueve años, y ya era viejo ! ya habia apurado la amarga copa de las alegrías y de los desengaños de este mundo ! Habiendo casi mamado con la leche los mas atrevidos dogmas de la filosofía del siglo XVIII, ciencia funesta, semejante á aquellos licores fuertes que embriagan y abrasan la sangre en las venas, á la vista de las miserias de mi tiempo, habia sentido marchitarse mi alma y embotarse mi razon en una sombría desesperacion : así es que estaba abatido, agobiado bajo el peso de amargos recuerdos, porque ya no tenia esperanzas para esta vida, ni creia en las de la otra. Trabajador de poca fe y de poco valor, al principio de la jornada ya aspiraba al descanso de la noche, semejante á aquellas plantas tempraneras que no ven mas que un sol y que caen ántes del fin del dia, inclinadas sobre su débil é infecundo tallo. Todavía no habia cumplido diez y nueve años, y

ya no creia en el porvenir.... Oh! ¡todavía no habia cumplido diez y nueve años, y ya era viejo!!....

"Los recientes sucesos de 1815 (*) habian destruido completamente las esperanzas de mi educacion. Al principio me habia dedicado á la carrera del foro, por obedecer al deseo de mis padres; pero circunstancias dependientes de los trastornos políticos de aquella época, y que nada tienen que ver con esta confesion, me obligaron á abandonar todos los proyectos que habia podido formar anteriormente sobre mi suerte futura, y acepté un empleo subalterno en la conservacion de montes y plantíos de Grenoble. Por entónces, poco mas ó ménos, sancionó el Gobierno el restablecimiento de algunas casas religiosas; y en virtud de este acto de autoridad, que no fuí de los últimos en criticar, los Cartujos que habian sobrevivido á las borrascas revolucionarias de Francia, entraron en posesion del célebre monasterio llamado la Gran Cartuja, que es el centro de esa antiquísima órden.

"Poco numerosos eran; ocho ó diez Padres solamente, acompañados de algunos hermanos legos, volvieron de Roma, adonde se habian refugiado desde el año de 1790, bajo la direccion del Padre Procurador general de la órden; volvieron á aquellas paredes, por tanto tiempo profanadas, y despojadas del esplendor que en ellas habia acumulado la piedad de los pasados siglos. Oh! ¡Cuál debió ser la profunda emocion de aquellos piadosos cenobitas, al saludar de nuevo, despues de un destierro tan largo, las degradadas paredes de su patria religiosa, de la Jerusalen de su órden! Ah! la desolacion reinaba allí, como en la otra Sion.

(*) Como la escena de esta relacion pasa en Francia, los sucesos á que aquí se alude son la caida de Napoleon y la restauracion de los Borbones.

La asoladora tempestad de las revoluciones parecia rugir todavía en su recinto, cuyos ecos, insultados por sacrílegas voces, habian olvidado los acentos de la oracion y el armonioso son de las alabanzas del Señor. La casa conventual, allí en medio de los escombros que la rodeaban, parecia una viuda de los antiguos dias, llorando, bajo el cilicio y la ceniza, sobre las tumbas de su esposo y de sus hijos. Se dice que apénas los religiosos pudieron alcanzar á ver á lo léjos el techo de la morada donde, en su juventud, se habian consagrado á Dios, cayeron de rodillas con un santo y doloroso entusiasmo y derramaron copiosas lágrimas en los pedregosos caminos del desierto, porque á cada paso hallaban algunos recuerdos de otra época, conservados piadosamente en el destierro, como sagradas reliquias de una tierra bendita.

"¡Cuán mudados estaban los tiempos! El hacha habia empobrecido aquellos hermosos y majestuosos bosques, tan bien cuidados en otros tiempos por los religiosos á quienes pertenecian: numerosos claros se descubrian en diferentes puntos, adonde los solitarios iban ántes á orar y á meditar bajo frondosas sombras. El habitante de las montañas, enriquecido con sus despojos, no iba ya, como ántes, á recibir sus bendiciones; antes bien los veia pasar guardando un sombrío silencio, agitado como estaba por los odios revolucionarios y por los vagos temores que habia sabido sugerirle el espíritu de faccion.

"Un acto muy natural, aunque algo inconsiderado, de aquellos Padres, ignorantes todavía del nuevo Derecho público vigente en Francia, vino de pronto á dar un pretexto casi plausible á aquellas lamentables calumnias. Las casas de aquella comarca están cubiertas de tablas de pino, uso que con tanta frecuencia ocasio-

na en las aldeas de aquellas montañas terribles desastres; pero la dificultad de los trasportes y la ausencia de todo otro medio local, no permiten absolutamente recurrir á una materia que ofrezca ménos pábulo á los incendios. Cuando llegaron los religiosos á la Gran Cartuja, todos los tejados del monasterio, abandonados por tanto tiempo, estaban enteramente á teja vana. Es preciso haber habitado bajo el rígido clima de aquel canton, situado á cosa de 2.000 toesas sobre el nivel del mar, invadido durante nueve meses del año por abundantes nieves, para formarse una idea de lo que la interperie de las estaciones debió hacer sufrir á aquellos pobres religiosos. Creyó, y con razon, el Padre Procurador que su primera atencion debia ser poner á sus religiosos bajo abrigo, y á este fin, como en los tiempos en que la órden era legítima propietaria de los bosques vecinos, hizo que sus donados cortasen cierta cantidad de pinos, de que al instante sacaron las tablas necesarias para componer los tejados del monasterio.

"Los agentes de la direccion de montes y plantíos pusieron pleito á los religiosos, en nombre de la lei, y se opusieron á la continuacion de sus trabajos. Como el negocio era tan grave, no quisieron las autoridades del departamento tomarlo sobre sí, y por tanto hubo que escribir á Paris: un mes tardó en llegar la respuesta del Ministro, mes que los religiosos no pudieron emplear en guarecerse del viento glacial que por todas partes soplaba sobre sus cabezas. Mandaba el Ministro en su real órden que se sobreseyese sin demora en la demanda intentada contra los religiosos, y que se les despachase al mismo tiempo un agente de carácter firme y conocida inteligencia, para hacerles conocer su verdadera posicion, y entregarles la cantidad de madera necesaria para las reparaciones mas urgentes. Deseá-

base, no obstante, que aquel agente supiese conciliar, en aquellas circunstancias, el rigor de sus deberes con el respeto y la consideracion que merecian los Padres: yo fuí el comisionado para desempeñar este encargo.

"Salí de Grenoble en una hermosa mañana de Junio, y para poder penetrar á caballo hasta el monasterio, tomé el camino de Sappey: animaba mi corazon una especie de orgullosa satisfaccion, una alegría cruel, inspirada por la idea del poder de que estaba investido momentáneamente. Mis preocupaciones políticas y la de mi falsa filosofía, se unian en mí para inspirarme los sentimientos mas hostiles hácia los religiosos; la idea de que iba á estar en mi mano humillar á unos frailes, me causaba un inexplicable gozo. ¡ Tan jóven, pero inspirado por un ódio frenético, iba yo, insensato, lleno de contento, y creyendo tributar homenaje á honrosos principios, á hollar el respeto que se debe á los años y á la piedad!!.... El recuerdo del culpable designio de que poco despues le plugo á Dios purgar mi alucinado corazon, ha abrumado muchas veces mi memoria con todo el peso de un remordimiento; pero muchas veces tambien he contemplado, repasando esta triste página de mi vida, por qué admirables sendas convierte la Providencia á las inmortales claridades de su lei, á los hombres que la maldicen en las tinieblas.

II.

"Muchas descripciones se han hecho de la Gran Cartuja, pero todas en mi concepto, han sido mui inferiores á la verdad: yo no creo que el arte pueda alcanzar jamas á la incomparable majestad de tamaño objeto: siempre la naturaleza, tan grande, tan fecunda en la terrible sublimidad que ha derramado sobre aquel desierto, se mostrará en él superior á las mas nobles

inspiraciones del genio, á sus mas atrevidas, á sus mas imprevistas concepciones. El arte queda mudo y estéril, admirado de su impotencia, en el seno de aquellas ásperas soledades donde la mano del Criador ha sembrado tantos prodigios; y el artista, maravillado, se arrodilla en una piadosa y poética admiracion, alzando sus ojos al Cielo, donde su pensamiento se eleva al eterno principio de toda armonía y de toda belleza. Las imperfectas y fugitivas imágenes de las admiraciones de un viajero en el seno de las vastas soledades alpinas, mas bien que las sensaciones de un poeta, hé aquí lo que voi á procurar referir en pocas palabras.

"La antigua voz delfinesa *Chartreux* (Cartujo) significa literalmente *recluso*, y por extension un desierto; sea ó no sea exacta esta etimología, ningun monumento anterior á la llegada de San Bruno y de sus compañeros á aquel pais hasta entónces inculto y despoblado, puede atestiguar si los religiosos impusieron al pais el nombre de su órden ó si lo tomaron de él, punto poco importante (*). El valle de la Gran Cartuja es una prolongacion del de San Lorenzo del Puente, y está como encajado en una cerca de altas montañas calcáreas, cuyas cimas están cubiertas de nieves eternas. Penétrase en él por dos caminos, uno de los cuales, que corta el monte Eynard, ha tomado su nombre de la aldea de Sappey, construida á la entrada del valle en la falda septentrional de dicha montaña: el otro pasa por San Lorenzo del Puente, lugar importante de que los Cartujos eran *señores* antiguamente. Por este lado ha prodigado la naturaleza las escenas mas terri-

(*) El diccionario de la lengua castellana en la definicion de la voz *cartuja*, dice: "Tomó este nombre la órden, del sitio en que se fundó la primera casa." Aquí se decide la cuestion que el autor de este artículo no se atreve á resolver.

bles: una senda angosta, y casi siempre inundada por las aguas que provienen de las nieves derretidas, está por todos lados rodeada de horribles precipicios, en el fondo de los cuales rugen las aguas de los torrentes, cuya gran voz, repercutida por mil ecos, llena la soledad con su agreste armonía. Los peñascos que dominan aquel camino ofrecen en sus grietas y en sus infinitas quebradas, una elocuente tradicion de alguna antigua lucha entre los elementos. Aquí se ven agudos picos que alzan sobre las nubes sus tristes y peladas cimas; allí vastas superficies, arrasadas por las tempestades de muchos siglos, extienden á lo léjos sus masas calcáreas desnudas de vejetacion y de vida; mas allá montañas cubiertas de la triste verdura de los pinos parecen salir como islas del seno de aquel inmoble océano, en el que borrascas mas antiguas que el hombre han dejado estampados eternos rastros de su paso asolador.

"El camino de Sappey, que se sabe es el que siguió San Bruno, cuando, inspirado por Dios, fué á descubrir aquel mundo entónces desconocido, ofrece mas variedad de accidentes pintorescos, cuyo armonioso conjunto dispone el alma á otras sensaciones. Por esta parte, á lo ménos, no se recorre ninguna zona absolutamente estéril; por doquiera la naturaleza, agreste y severa, ostenta tambien de cuando en cuando algunas sonrisas de verdura y de flores. Las laderas de la montaña que costea el camino están cubiertas de altos pinos, y las límpidas aguas del Guiers que bañan su base y que se cruzan sobre un puente de atrevida construccion, echado sobre dos elevadas peñas para llegar á las puertas del antiguo solar de los Cartujos, vienen pronto á regocijar la vista y á mezclar su vago murmullo al de las perfumadas brisas que bajan de las alturas.

"Por el año de 1084, bajo el pontificado del céle-

bre Urbano II, cuando ocupaba San Hugo la silla de Grenoble, un mancebo de noble estirpe fué con algunos de sus compañeros á fundar el monasterio de la Gran Cartuja. No podríamos recordar aquí en pocas palabras la patética historia de aquel apóstol, reproducida en una série de cuadros por Lesucur (*), sin hacerla perder gran parte de su belleza: asunto es este que reclama un trabajo particular y meditaciones especiales. Numerosas vicisitudes han herido aquel monumento del fervor de los tiempos antiguos: destruido por el fuego en varias ocasiones, completamente talado dos veces por los calvinistas, siempre se ha reconstruido sobre los cimientos echados por San Bruno, y todavía ofrece en algunos puntos vestigios de su orígen; pero por todas partes la mano del tiempo, como la del hombre, ha estampado en él mudanzas que dan testimonio de las agitaciones de esta vida deleznable.

"El monasterio está fundado al pié de una alta montaña que describe á lo léjos una gran curva, de modo que, guareciéndolo de los vientos del norte, oculta su vista: es preciso estar ya mui cerca de él para verlo, y la cruz de su campanario, que parece como que se lanza del seno del bosque, se ofrece como un signo de salvacion suspendido allí entre el Cielo y la tierra. El monasterio forma un vasto polígono del que destierran toda regularidad los numerosos accidentes del terreno: el claustro tiene cerca de trescientos pasos de extension, y las celdas de los religiosos dispuestas en sus paralelas, lo pueblan en toda su longitud. Varios pasadizos que desembocan en esta línea central, conducen á la sala capitular y á la iglesia, edificio que ocupa un plano elevado en medio de aquella muchedumbre de

(*) Esta bellísima galería se halla en el museo del Louvre, en Paris.

construcciones que dan á la Gran Cartuja el aspecto de un pequeño pueblo. Una columna de humo que traza en el aire un solitario surco, se alza de la cima del edificio; aquella es la única señal de la presencia del hombre en el seno de aquellas silenciosas paredes.

"La época del año en que atravesé aquella comarca, juntamente sombría y agreste, risueña y hermosa, debia presentarme grandes contrastes de temperatura y de vegetacion que observé, y que dieron principio á aquella poderosa série de sensaciones á que tuve la inapreciable ventura de haber sucumbido. Miéntras que el verano, en todo el esplendor de su riqueza, ostentaba en el valle de Grésivaudan, en la falda meridional del monte Eynard, las pompas de la fructificacion; cuando ya el cerezo y el albaricoque estaban despojados de sus deliciosos productos; cuando la vid cargada de floridos pámpanos, trepaba robusta y risueña al rededor de los olmos, con arreglo al modo con que se cultiva en aquella tierra, hallé en la falda opuesta una naturaleza perezosa que parecia que acababa de salir de un largo sueño. Ántes de llegar al Sappey, entré en un terreno enteramente cubierto de bosques: poco despues me hallé en una elevada llanura en que empezaba á apuntar el trigo, donde los cerezos estaban en flor, donde todavía no desplegaban los árboles todas sus verdes galas: los floridos setos de ogiacanta parecian cubiertos de copos de nieve, y en las orillas de las zanjas y de los barrancos, á la entrada de los bosques, observé las campanillas de flexible tallo, y los olorosos alelíes que empezaban apénas á mostrar sus vivos matices entre el césped esmaltado de violetas.

"Á una legua del Sappey, siguiendo un camino cubierto de densa verdura, sentí una penetrante brisa que me anunciaba la proximidad de las nieves. Entré

entónces en el recinto de los Cartujos, y ví que escasamente anunciaba allí la primavera la vuelta de su fecunda belleza; ¡pero qué escena tan arrebatadora me rodeaba! Aunque geográficamente hablando, la Gran Cartuja no está mas que á unas cuatro leguas de Grenoble, un dia entero es apénas bastante para recorrer esta distancia, tan extrañamente cortada en sus mil recodos por pasos difíciles y caminos escarpados. Ya los pálidos rayos del sol en Occidente solo dejaban caer dudosas claridades sobre los nevados picos de los Alpes; el sonoro murmullo del Guiers resonaba á lo léjos, y parecia como que se perdia en los misterios de los antiguos bosques que iba yo cruzando; el melancólico canto del picafigo saludaba la hora de la tarde; aquella vaga armonía que es uno de los mas poderosos prestigios de los sitios solitarios, la majestuosa calma de los bosques, la serenidad del cielo, cuyo azul empezaban á empañar los vapores blanquecinos del crepúsculo, el perfume de los brezos y de las flores que Dios ha sembrado en el desierto, como ha puesto la esperanza en el corazon de los desgraciados; todas aquellas grandezas de una naturaleza tan hermosa en su sublime tristura, llenaron mi corazon de sensaciones desconocidas, y cuyas poderosas realidades no acertaba yo á explicarme todavía. Sentia irse apagando en mi corazon el odio y la cólera, como la llama de una lámpara cuyo pábulo se consume; y admiraba la paciencia y el espíritu de sacrificio de aquellos hombres que, los primeros, habian ido á fertilizar algunos rincones de aquel desierto. Todavía no comprendia el poder creador de la fe, pero ya algunos de sus prestigios se revelaban á mi alma, y mi inteligencia se humillaba ante la mente sublime cuya obra se ofrecia á mi vista.

"Á medida que iba siendo mas intensa la sombra,

parecíame que el armonioso silencio de las selvas iba siendo tambien mas solemne, y no podia ménos de estremecerme cuando millares de voces desconocidas repetian un suspiro que se exhalaba dolorosamente de mi pecho. En aquella sonora comarca, el mas leve rumor es al punto repetido por los ecos ocultos en las peñas y en los arenales, fenómeno que ocasionan los caprichosos accidentes del terreno, y que en ninguna parte produce efectos mas maravillosos. El sonido de las pisadas de un solo hombre, el de su voz, parece que excita la alegría de séres invisibles que se unen á él, ó mas bien pudiera decirse que el espíritu de la soledad acoge así la presencia del hombre con cantos melancólicos. Ví de pronto los medio destruidos tejados del monasterio, y el eco argentino de la campana que tocaba á la oracion resonó en los aires. ¡Oh! imposible me es expresar la rápida é instantánea sensacion que experimenté entónces. Una especie de estremecimiento magnético circuló por todo mi cuerpo; me puse pálido, se me oprimió el corazon y los ojos se me llenaron de lágrimas.... Á pesar mio, recordé aquella dulce oracion que me habian enseñado en mi niñez, *¡Dios te salve, María, llena eres de gracia!* y aun iba repitiendo sus últimas palabras, cuando levanté la pesada aldaba de hierro del porton, cuyo choque retumbó á lo léjos en los espaciosos patios del monasterio.

"Los estatutos de San Bruno prescribian á los Cartujos la hospitalidad con los viajeros y los peregrinos, como un deber sagrado, y que siempre habian cumplido antiguamente con rara liberalidad. El hombre, pues, fuese quien fuese, que iba á llamar á su puerta, que para ellos todos los hombres eran iguales, era recibido con piadoso afecto á todas horas del dia y de la noche, en todas las épocas del año. Los hermanos observaban el

mas rigoroso silencio; no abrian la boca mas que para rezar, y las únicas palabras que podian pronunciar iban dirigidas á Dios; pero los hermanos legos, cuyos votos no eran mas que provisionales, y que compraban con laboriosas pruebas la esperanza del noviciado, estaban encargados de difundir los beneficios de la órden, y comenzaban de este modo, por medio de la caridad, la vida de meditaciones y de austeridades á que iban á consagrarse.

"Pero en la época á que se refieren estos recuerdos, despojados de sus antiguos bienes, viviendo de limosnas, y expuestos á todas la privaciones en una casa que mas parecia una ruina que la cuna de su órden, los Padres Cartujos no podian cumplir el voto de hospitalidad. ¡Extraña ligereza del corazon del hombre! Un momento ántes, vivamente conmovido á vista de las grandes escenas de la naturaleza, sometido á la religiosa influencia de la campana, cuya simbólica voz anuncia la llegada y el adios de los cristianos á este mundo, yo estaba dispuesto á los mas nobles sentimientos: las observaciones del hermano lego, hechas sin embargo con angélica dulzura, tal vez la vista de su pobre hábito que, en mi extravío, yo estaba acostumbrado á mirar como la librea de una innoble superesticion, despertaron en mí todas mis preocupaciones. Le hablé con despecho, con insolencia.... Díjele en pocas palabras el objeto de mi viaje, y le mandé con sequedad que fuese inmediatamente á anunciar mi llegada al Padre Procurador. Cruzó el hermano los brazos sobre el pecho, bajó los ojos al suelo, y quedó un momento en silencio: era un mancebo robusto y vigoroso, y sin duda que, en aquel momento, recordándole mi altanería y mi dureza el mundo de que acababa de salir, pedia á Dios que me perdonase, y que sufocase en su alma el sentimiento de

justa indignacion que le inspiraba mi grosería. Luego me saludó, inclinándose hasta el suelo, cogió la rienda de mi caballo, que ató á una argolla de hierro bajo un tejadillo dispuesto con sencillez, y que servia interinamente de cuadra y de cochera; en seguida me hizo entrar en un locutorio, y se fué. Hasta entónces yo habia estado con mi sombrero puesto; la mansedumbre y la resignacion de aquel religioso me hicieron sonrojar de mi desatencion, y me descubrí al entrar en aquella salita, reparada á la ligera, cuyo principal ornato era una cruz de madera.

"Un momento despues llegó el Padre Procurador, anciano venerable y de majestuosa presencia: llevaba caida hácia atras la capucha de su hábito blanco, y tenia la cabeza enteramente calva. Su noble semblante, notable por una indefinible expresion de serenidad y de dulzura, estaba pálido y descarnado; pero su ancianidad no tenia nada de débil ni de doliente, ántes bien me pareció todavía dotada de singular vigor. Conmovióme mucho su presencia, y le saludé con muestras de profundo respeto; él se excusó con la pobreza de la órden, que no le permitia hacerme ménos penosa mi residencia en el monasterio, al que era sin embargo mui bien venido. Díle gracias con cordial franqueza por la bondad de su recibimiento, y le expuse las órdenes de que era portador: al instante reconoció la falta que habia cometido, y se declaró el solo culpable.

"—Hermano mio, me dijo, los hombres deben perdonarnos, porque no hemos tenido ninguna intencion de violar las leyes establecidas; el error en que he incurrido es el de un padre que viera perecer á sus hijos sin poder socorrerlos, pero no se puede castigar á toda la órden por una culpa de que yo soi el único autor. Sométome, pues, de antemano, á sufrir todos los rigores

del castigo que he merecido: ya me he reconciliado con Dios, y nuestros Padres me han absuelto; solo me falta recibir el perdon de la justicia humana.

"Mui al alma me llegaron la uncion y el inefable candor con que de aquel modo se humillaba delante de mí el santo anciano. Apresuréme á tranquilizarle sobre las resultas de un incidente cuya gravedad se exageraba, y le declaré que estaba enteramente dispuesto á satisfacer cuantos deseos me manifestase en punto á las necesidades de la comunidad, conformándome en esto, por lo demas, á las intenciones de la Administracion, por todo lo cual me dió las mas expresivas gracias. Continuó la conversacion sobre este asunto, y particularmente sobre las voces que habia hecho correr por la comarca la reaparicion de la órden: se conocia que le apesadumbraban mucho, y rechazó con una elocuencia tan dulce y tan persuasiva aquellos injuriosos recelos, que no pudo quedarme la menor duda sobre la pureza de sus intenciones, y sobre el espíritu de caridad y de abnegacion con que volvian los religiosos á habitar la venerable cuna de su órden. Al principio de nuestra conversacion yo le llamaba siempre *señor Procurador;* pero la admiracion y el respeto que me inspiró, acudieron en auxilio de mi ignorancia, porque entónces no sabia yo absolutamente el tono que el decoro exigia que tomase con él, y pronto le dí el dulce nombre de Padre. Alargóme él la mano con bondad, y obedeciendo á un irresistible impulso, estampé en ella mis labios con respetuosa emocion.

"Llevóme entónces el Padre Procurador á una celda nuevamente reparada, y que yo debia habitar miéntras durasen las operaciones que estaba encargado de vigilar. Los Cartujos duermen sobre una tarima, y no tienen, en ninguna estacion, ninguna de las comodidades,

ninguno de los regalos de la vida que tan necesarios les serian sin embargo, atendidas las asperezas de aquel clima y la edad avanzada de la mayor parte de ellos: aquella tarima, que parece un ataud, está encerrada en una especie de alcoba, ó mas bien armario de madera que la cubre. Pedí colchones y sábanas: el anciano sonrió tristemente, y dió algunas órdenes en voz baja al hermano lego que nos acompañaba: poco despues me sirvieron una comida sencilla y frugal de que ya tenia yo verdadera necesidad, pues el cansancio del viaje y las impresiones morales que habia experimentado, me habian quebrantado el cuerpo.

III.

"La noche habia tendido sus sombras sobre el desierto, y el silencio de la tumba reinaba en derredor de mí; pero me fué imposible gozar de ningun reposo. Levantéme y abrí la ventana de mi celda: la vista se extendia á lo léjos sobre el *espaciamiento*, que así se llama una gran pradera contigua al monasterio, donde los religiosos tienen la facultad de entregarse al recreo de un paseo solitario. Á mis piés se extendia un terreno sembrado de cruces de piedra sin labrar, la mayor parte derribadas por el tiempo, y por la impiedad de los hombres que iban á visitar aquellos sitios durante el destierro de los hijos de San Bruno. Brillaba la luna á aquella hora de la noche sobre el melancólico valle: los conos blanqueados de las altas montañas, heridos de sus rayos, se asemejaban á lo léjos á pálidos y gigantescos fantasmas; algunas nieblas grises, vapores condensados de los vecinos torrentes, se extendian bajo mil fantásticas formas encima de las sombrías selvas; las estrellas brillaban en el firmamento; algunas bocanadas de una aura tibia y perfumada, me traian de cuando en cuando

las delicias del desierto. En vista de aquel espectáculo caí insensiblemente en una profunda y estática meditacion: una turbacion desconocida, pero que no carecia de encantos, llenaba mi corazon, y las lágrimas corrian en abundancia de mis ojos sin que yo pudiese darme cuenta ni de mi dolor, ni de las maravillosas visiones que venian á asaltarme.

"Un ligero rumor que se hizo oir debajo de mí, me arrancó á la meditacion y atrajo toda mi atencion. Parecióme que dos sombras, con sus blancas mortajas, rondaban al pié de las tapias del monasterio: eran dos religiosos que, arrostrando el sueño, se entregaban á algunos piadosos trabajos. Uno de ellos levantaba con gran trabajo las cruces rotas cuyos fragmentos andaban esparcidos por el suelo, y se afanaba por reunir estos y darles su primitiva forma. El otro, que me pareció de una edad mui avanzada, se servia de la azada y de la pala...... Al dia siguiente supe que, obedeciendo á los estatutos de su órden, estaba abriendo su sepultura.... Sin duda agitaba á aquel anciano una prevision de su porvenir, porque pocos dias despues, y durante mi residencia en la Gran Cartuja, murió, y fué depositado su cuerpo en la huesa recien abierta por sus trémulas manos.

"Las sensaciones que inspiran semejantes escenas no se pueden reproducir con la pluma: es preciso contentarse con indicarlas, y renunciar á pintar su misterioso poder. ¡Oh alegrías del mundo, vanos placeres, que distraéis el fastidio y las penas del mundo! ¿qué sóis en presencia de las alegrías religiosas y de las santas ocupaciones de la vida solitaria? Allí, todo le recuerda al cristiano la vanidad de lo presente y las grandezas del porvenir, le es revelado el secreto de su destino, la inmortalidad sonrie á todos sus pensamientos de muer-

te; allí, puro de toda mancilla, duérmese en paz en medio de sus hermanos, para volver á vivir perpétuamente en un mundo sin miserias y sin crímenes, donde se han conservado todas sus lágrimas, donde se han pesado todos sus dolores, donde el conocimiento de Dios le asegura una eternidad de inefables delicias.....

"Y yo lloraba haciendo oracion, y ya los pasados dias de mi vida juvenil volvian á mi memoria como dolorosos sueños, y yo los sacudia arrojándolos léjos de mí como un vestido manchado. En aquel momento, los sonidos de la campana hirieron los aires, y cada una de sus vibraciones despertó una voz en el fondo de mi corazon: al punto los dos ancianos se alejaron con paso lento y grave, y con los brazos cruzados: los ecos de los largos corredores repetian el ruido de las puertas que se volvian á cerrar: una repentina claridad brilló al trasluz de las pintadas vidrieras de la iglesia; y oí la armonía lejana de varias voces de hombres. Vestíme al instante para averiguar la causa de aquel inesperado movimiento en medio de la noche, no por mera curiosidad, sino porque habia en mí un pensamiento nuevo: parecíame que una mano invisible arrancaba de mis ojos la espesa venda que los cubria. Inspirado por aquel sentimiento, atravesé largos y oscuros pasadizos que me eran desconocidos, y entré en la capilla.... Los Padres y los hermanos legos estaban arrodillados sobre las húmedas losas al rededor del altar: no habia entónces entre ellos ni primero ni último. El Padre Procurador celebraba el santo sacrificio, y cuando alzó la hostia, todos los religiosos cayeron de cara en el suelo, y se quedaron en aquella posicion hasta el momento del último Evangelio.... Entónces quedé vencido; me humillé y oré con fervor.

"Pocos dias despues, visitando las varias habitacio-

nes de que se compone el monasterio, entré en la enfermería. Un Padre, enfermo de un reumatismo agudo, estaba tendido sobre unas tablas mal unidas entre sí: sufria con angélica resignacion, y si la ardiente calentura y los crueles dolores que le desgarraban no hubieran impreso profundas señales en su pálido y desencajado rostro, difícil habria sido creer que padecia. Acerquéme al enfermo con interes, y le hablé del doloroso estado en que se hallaba: no me respondió, pero volvió penosamente los ojos hácia un Crucifijo colocado enfrente de su cama, y aquella mirada, mas elocuente que cuanto hubiera podido decirme, me hizo estremecer, porque la comprendí. Compadecido de la triste situacion del Padre, pregunté al lego que me acompañaba (y que era el mismo que me habia abierto la puerta del monasterio) si la regla se oponia á que se acostase el enfermo con mas comodidad. Respondióme con suma modestia que nó, pero que todavía no habia en la casa mas que dos colchones, y que habia sido preciso quitárselos al Padre para dármelos á mí.... Al oir esto, me puse pálido de asombro y de pena, corrí inmediatamente á mi celda, cogí los colchones y las sábanas, y volví á la enfermería cargado con ellos, sin sentir su peso. Ninguna observacion me hizo el lego, y se lo agradecí, porque me honraba creyéndome capaz tambien de un sacrificio que á él le hubiera sido fácil: ayudóme á hacer la cama, y en ella colocamos al pobre religioso, que no pudo bendecirme, pues tenia los brazos paralizados; pero ví asomarse una lágrima á sus ojos, y la enjugué piadosamente con mi pañuelo, que besé en seguida enternecido.

"He creido inútil hablar á U. del objeto especial de mi viaje; ya estaba despachado, y ni aun me acordaba de él. Hasta entónces, no obstante, los santos

ejemplos de los religiosos habian hablado mas sin duda á mis sentidos que á mi razon: mi corazon, que solo estaba extraviado, pronto volvió al buen camino: mis preocupaciones se disipaban, mis antiguas convicciones empezaban á flaquear; pero acaso aquella reaccion intelectual no debia tener en mí mas duracion que la de mi residencia en el monasterio. Dos dias hubieran debido bastar para despachar mi comision, y ya habia pasado mas de una semana, y aún no pensaba yo en volverme á Grenoble. Yo activaba los trabajos, me confundia con los jornaleros, manejaba el hacha y la sierra como un aprendiz, pero con un celo que hacia sonreir á los buenos Padres: solicitaba el favor de acompañarlos en sus paseos, y asistia á todos los oficios: así gozaba de la serenidad que reinaba en aquellos sitios, á los cuales, desde el seno de las borrascas del mundo, muchas veces he vuelto luego mis ojos llenos de lágrimas. Las continuas relaciones que tenian que seguir los Padres con muchos forasteros en aquel momento de renovacion de su órden, no les permitian seguir todavía exactamente sus severas reglas, sobre lo cual habian recibido dispensas de su General y del Santo Padre. Así me era permitido comer con ellos en comunidad, é imposible me seria expresar todo el encanto que para mí tenian mis conversaciones con aquellos excelentes ancianos, tan candorosos, tan instruidos, tan verdaderamente santos!. .·. .

"El Padre Procurador me cobró un tierno cariño de que me daba muchas señales, y que siempre será uno de mis mas dulces recuerdos. Permitíame que le acompañase en sus excursiones fuera del monasterio: su conversacion no tenia nada de la monotonía que generalmente se cree inseparable de aquella existencia cuyos momentos pertenecen todos á alguna práctica religiosa.

Era un hombre profundamente ilustrado y de una amabilidad sin igual: habia, sobre todo, una gracia indecible en el candor con que me confesaba su completa ignorancia de los usos de la sociedad: tenia la instruccion de un sabio y la inocencia de un niño. Una tarde, despues de una romería que hicímos juntos al oratorio de San Bruno, precioso monumento de la piedad del fundador de la órden de los Cartujos, y que, escondido en las últimas alturas accesibles de la montaña, ha resistido á las tempestades como al furor de los hombres, le supliqué recibiese mi confesion....

"La conversion estaba consumada: una nueva vida habia empezado para mí: los restos de orgullo y de duda que me agitaban, se habian disipado por fin.... La bendicion de un anciano me habia convertido á la inocencia y al fervor de mis primeros años.

Entre tanto pasaban dias y dïas con una rapidez que me pasmaba: los trabajos continuaban con singular actividad, y ya la casa conventual salia de sus ruinas y tomaba un nuevo aspecto: de un momento á otro se aguardaba la llegada del reverendo Padre General de la órden, que en efecto llegó poco tiempo despues. Aquel venerable anciano, casi centenario, accedió al deseo de sus hermanos; salió de Roma y pasó los montes para ir á llevar sus cansados huesos al desierto santificado por el recuerdo de San Bruno. Yo recibia continuamente cartas de la Administracion en que estaba empleado; mi familia empezaba á estar cuidadosa por mi larga ausencia; era menester tomar una resolucion....

"Una mañana al salir del oficio, quince dias despues de mi llegada á la Cartuja, seguí á su celda al Padre Procurador general, quien ya habia leido en la agitacion de mi rostro que algun profundo pensamiento me ocupaba y que tenia algo que confiarle. Presentóme

una silla y me hizo señal de que me sentase; pero yo me arrodillé á sus piés.

"—Padre mio, le dije con voz balbuciente entre sollozos ¡no desoigáis la súplica que voi á dirigiros: salvadme! Yo necesito vivir como vos vivís, y alimentarme de vuestra palabra; vos habéis roto los lazos que me unian al mundo; soi un huérfano que os pide un protector.... ¡Oh! ¡no me arrojéis de vuestro regazo paternal! Dignáos admitirme en el número de vuestros hermanos legos, pues aunque soi indigno de este favor, yo rescataré mis culpas á fuerza de celo y de obediencia. Aquí tenéis una carta que informa á mis padres de mi determinacion.... permitidme que os suplique la hagáis llegar á sus manos.

"Callé en seguida, y dejando mi carta sobre sus rodillas, crucé las manos sobre mi corazon, y aguardé en la actitud de un suplicante, á que fallase sobre mi suerte. Quedó un momento en silencio, y alzó los ojos al Cielo, miéntras que una dulce sonrisa entreabria sus labios.

"—Hijo mio, me respondió profundamente conmovido, me quedo con esta carta y la conservaré en el cartulario de la órden. ¡Loado sea Dios, por la merced que os ha hecho abriendo vuestros ojos fascinados por la pérfida sabiduría de los hombres! Pero yo le debo cuenta de las almas que me confia, y la suerte de la vuestra me interesa mucho. Id, hijo mio querido, volved al mundo, donde todavía os aguardan pasiones é infortunios.... No lloréis, hijo mio, ántes bien regocijáos por haber recibido armas para pelear, porque de vos depende conservaros puro y sin mancha en medio de las seducciones de la vida á que váis á volver, con lo cual seréis mas digno del sacrificio que queréis hacer á Dios. Si de aquí á cinco años persistís aún en las mismas in-

tenciones, si el mismo voto persevera en vuestro corazon, volved á nuestro pobre monasterio: todos os abrirémos nuestros brazos con dulce júbilo, y no os recibirémos entre nuestros hermanos legos, pues ya habréis hecho vuestras pruebas, sino que os ceñirémos el hábito blanco de los novicios.... Id, hijo mio, siempre estaréis presente en mi memoria, y creed firmemente que no os olvidaré en mis oraciones.

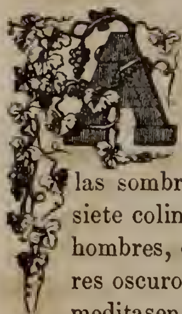
"¡Al dia siguiente salí del monasterio!.... ¡Ah! No engañó al santo anciano su prevision paternal: me he quedado en el mundo, donde estoi ligado por sagrados deberes, donde Dios me ha impuesto otro destino!

"Felices y venerables moradores del monasterio que visité en mi juventud! estas palabras llenas de mi gratitud y de mi amor hácia vosotros, nunca llegarán á vuestro sereno asilo: nunca sabréis cuán tierno y piadoso recuerdo he conservado en mi corazon, de las santas lecciones que me habéis enseñado!.... No he podido consagrarme á vosotros, no he podido volver á respirar las brisas del desierto; pero en medio de las desgracias que han marchitado mi juventud y que pesan todavía sobre mi edad madura, muchas veces ha volado mi espíritu á vuestro sosegado retiro, y he sobrellevado con mas valor las largas miserias que me han abrumado, pensando que alguna vez me habéis recomendado al Dios que os bendice, y que hablábais de mí en vuestras oraciones."





LA EXPIACION.



A CORTA distancia de Roma y de la Via Apia, en medio de un despoblado, una caverna, desierta al parecer, abre sus misteriosas profundidades. Apénas las sombras de la noche se extienden sobre las siete colinas de la ciudad eterna, varios grupos de hombres, de mujeres y de niños, vestidos de colores oscuros y andando con la cabeza baja, cual si meditasen algun crímen, llegan á aquella caverna, como si acudieran á una cita, y se internan bajo sus tenebrosas bóvedas. Aquella caverna es la entrada de las Catacumbas; aquel pueblo que huye y se esconde, es la familia cristiana que va á cumplir los deberes de su religion.

Despues de muchos rodeos, despues de haber atravesado una multitud de galerías que se cruzan en todos sentidos, llegan en fin los fieles al recinto consagrado donde va á celebrarse el divino Misterio. El altar está

labrado en la roca; dos cirios y una lámpara pendiente de la bóveda, despiden apénas bastante claridad en aquellos fúnebres sitios, para hacer mas visible la oscuridad. Un sacerdote, cubierto con las vestiduras pontificales, y cuyas manos están trémulas, no por el temor sino por la edad, empieza el santo sacrificio.

Dos mujeres cubiertas de largos velos blancos están arrodilladas al pié del altar. La una, pálida y lánguida, se halla en la flor de su juventud: parece agobiada bajo el peso de la vida, como bajo una carga demasiado pesada para ella; la otra, de mas edad y mas animosa, sostiene á su trémula compañera. Son madre é hija. ¿Por qué están colocadas en primera fila? En las asambleas de los cristianos reina la igualdad: no hai ni primeros ni últimos. ¿Será por ventura la casualidad la que las ha colocado así?

No, es la modestia de los fieles: los fieles quieren hacer este agasajo á las dos nuevas neófitas. ¡Qué victoria alcanzada por los ministros del verdadero Dios sobre los sacerdotes de los ídolos! Aquellas dos mujeres que van á rezar en las Catacumbas, furtivamente, casi solas, son la mujer y la hija del señor de la tierra, del emperador Diocleciano. Prisca y Valeria inclinan su frente imperial delante del altar á donde Cristo va á descender en el sacramento de la Eucaristía.

Pero dos emisarios de Galerio, el futuro yerno y el favorito de Diocleciano, han seguido á las princesas: mezclados con la turba de los fieles, han llegado con ellos hasta el santuario: el piadoso recogimiento de los cristianos que cruzan sus manos y no levantan los ojos del suelo, les impide reparar en la insolencia de los espías de su perseguidor.—Ya no hai mas que saber, dice uno de ellos á su compañero al oído; ya ves que las primeras noticias que le dieron á Galerio eran ciertas.

¡La emperatriz y su hija han abrazado la religion de esos viles esclavos! ¡Oh eterna mancha en el manto de los Césares! Ven, vamos á despachar nuestro encargo, vamos á dár parte á Galerio de todo lo que pasa.

Los dos delatores se retiran: el espíritu del mal, que sonrie á sus proyectos, los guia por las intrincadas galerías de las Catacumbas é impide que se extravien: su salida no turba el santo sacrificio mas que su llegada. Las voces de las vírgenes se alzan puras y sonoras bajo aquellas bóvedas funerales, y los ángeles llevan á los piés del Eterno las oraciones y las lágrimas de los fieles perseguidos.

Ya ha dado la cuarta hora de la noche, y los cristianos empiezan á despertarse. Prisca y Valeria, seguidas solamente de sus mujeres y de un oficial, cristiano como ellas, han penetrado por una puerta falsa en el palacio de los emperadores. Al rayar el dia, uno de los principales señores de la corte es introducido á su presencia y les anuncia que Diocleciano desea hablarles: los deseos del señor del mundo son órdenes á que nadie debe replicar, y las princesas osan apénas confiarse en una mirada sus mútuos temores. Llegan á la habitacion de Diocleciano, que está solo y se pasea con ademan agitado. Despues de haber despedido con una mirada al personaje que acompaña á su esposa y á su hija, párase amenazante delante de ellas.

—Prisca, Valeria, les dice, un puñado de fanáticos que adoran á no sé qué judío, nacido en un establo y muerto en una cruz, turba la tranquilidad de Roma y del Imperio, propagando el espíritu de rebelion so pretexto de predicar su religion, y siendo los enemigos de todos los dioses del Olimpo y de mí que soi César y todopoderóso! Hasta ahora esa miserable secta no ha hecho prosélitos mas que entre los esclavos y los insen-

satos, entre la hez del pueblo y la hez del ejército. ¿Habré de creer que han obtenido triunfos mas importantes, que el veneno de sus detestables máximas se ha deslizado hasta bajo la púrpura imperial? Si fuera cierto, ¡ai de esos impuros insectos que mi planta se desdeña de pisar! ¡Ai de todos los que se declaran enemigos de César, aun cuando sean de la familia misma de César!

La emperatriz estrecha involuntariamente á su hija en su seno; quiere hablar, pero aterrada por las amenazas de su esposo, y mas aún por sus miradas severas, siente espirar la voz en sus lábios; pero Valeria tiene en aquella ocasion mas valor que su madre.

—Señor, dice, ó mas bien, padre mio, pues que todavía no me está vedado daros este nombre: esos de quienes habláis no son vuestros enemigos; mui léjos de eso, en todo vuestro Imperio no tenéis súbditos mas fieles, y ciertamente que nosotras podemos saberlo, pues que tomamos parte en todas sus oraciones. Nosotras sabemos que piden al Cielo, no que os maldiga, sino que os ilumine.

—¡Con que es decir, repuso Diocleciano, que no puedo dudar de vuestro baldon y de mi desgracia! Con que sóis cristianas!....

—Somos cristianas, responde Valeria, cruzando las manos y alzando los ojos al Cielo.

—Hija mia! ¡hija mia! ¡Qué confesion acabas de hacer! ¡Somos perdidas! exclamó la emperatriz, y cayó fuera de sí á los piés de César, que la rechazó friamente.

—Mañana, dijo este, se le ofrecerá al Señor de los Dioses un pomposo sacrificio, para darle gracias por una victoria reciente que el César Constantino ha obtenido en las Galias: mañana me acompañaréis al tem-

plo de Júpiter, ó degradadas de vuestra esfera y desheredadas de mi nombre, seréis conducidas á una de mis fortalezas de la Numidia, y este destierro no acabará nunca. El emperador no quiere que divida su trono una mujer de quien el universo entero pueda saber que es cristiana. Dejáos de lágrimas y de ruegos: esta sentencia es inflexible como las del destino. Volvéos á vuestra estancia; el magnate que os ha acompañado hasta aquí, tiene el encargo de velar á vuestra puerta y de cuidar que estéis solas todo este dia y toda esta noche, para que tengáis tiempo de reflexionar sobre lo que acabo de deciros. Hasta mañana.

Dicho esto, retírase Diocleciano, y las dos princesas vuelven á su estancia, pudiendo apénas sostenerse sobre sus rodillas. Prisca se arranca la diadema, el velo blanco sembrado de abejas de oro, el rico manto que cubre sus hombros, y todos los atributos de la grandeza soberana:—Oh! hija mia, exclama, ¿renunciaré para siempre á esta corona?

—Madre, responde Valeria, Cristo os promete una mas hermosa.

—Sí, la del martirio. El destierro en Numidia es la muerte para ámbas. ¿No es esto lo que querias decir? ¡Oh Valeria! ¿por qué se lo has confesado todo al emperador? ¿No podíamos adorar á Cristo en secreto, como lo hemos adorado hasta ahora?

—Adorar á Cristo despues de haberle renegado!

—Ah! tienes razon, y yo soi una pobre insensata: me haces avergonzar de mí misma. Mira, hagamos oracion, y ¡ojalá que mis genios protectores me inspiren lo que debo hacer! Cualquiera que sea mi resolucion, tú seguirás mi ejemplo: ¿no es verdad, Valeria?

Las dos princesas se abrazan y empiezan á hacer oracion; pero los votos que dirigen al Cielo están llenos

de recuerdos, de distracciones mundanas: involuntariamente piensan en aquella amada Italia, en aquella brillante corte que era preciso abandonar, por una cárcel solitaria en medio de las arenas del África, bajo el abrasante cielo de la Numidia. No era así como hacian oracion los mártires en la noche que precedia á su suplicio; embebecidos en el contento de ofrecer su sangre á Jesucristo, no pensaban mas que en la eterna Jerusalen, adonde iban á ser llevadas sus almas, y nó en este globo perecedero, donde sus cuerpos iban á padecer el tormento. El que duda, el que titubea, no está maduro todavía para el reino de los Cielos. La emperatriz y su hija, cristianas mui recientes, no tenian todavía aquella fe ardiente que pone en el corazon un profundo menosprecio de todas las cosas humanas. La cólera de Diocleciano las aterraba casi tanto como la cólera de Dios. Valeria tenia, sin embargo, mas valor que la emperatriz: Valeria sola hubiera tenido aliento para aceptar el martirio, pero no lo tuvo para separar su destino del de su madre.

Oh! ¡si el venerable sacerdote que las instruyó en la religion, hubiera podido penetrar hasta ellas! ¡Si su voz hubiera podido resonar en sus oídos y hablarles de las felicidades del Cielo, en aquel palacio donde todo les hablaba de las felicidades de la tierra! Acaso, robustecidas en la fe que habian abrazado, hubieran tomado serenas el camino de la Numidia.... ¡Pero solas! ¡solas toda aquella noche! ¡Solas con sus recuerdos, sus terrores, su debilidad..... sucumben! Cuando Diocleciano les toma la mano para llevarlas al templo de Júpiter, casi no oponen resistencia, y los ángeles, á quienes el Cielo habia cometido su custodia, tienden su vuelo gimiendo....

Cuanto fué grande el júbilo de los fieles al saber la

conversion de las princesas, tanto fué profunda su desesperacion al ver que apostataban: prosternan su frente en la ceniza, y piden ademas á Dios que perdone á las dos culpadas mujeres que ocasionan tanto escándalo en su Iglesia. Pero el señor ha resuelto darles un terrible escarmiento: ha resuelto precipitar á Prisca y á Valeria de la esfera mas alta á la condicion mas miserable, á fin de probar que en él solo subsisten la grandeza y la duracion. En una época en que por todas partes los mártires de la fe derraman su sangre, mal pudiera dejar á la apostasía feliz y triunfante; y va ademas á brillar el dia en que, traspasando la persecucion á los perseguidores, aterrará con su suplicio al universo, que fué testigo de su crueldad.

Diocleciano ha elegido por yerno á Galerio, el Dacio feroz, tirano por instinto, sanguinario con delicia. La triste Valeria tiene que unirse á este monstruo: ¿qué resistencia pudiera oponer á su padre? Ella, que no tuvo valor para rehusar la perdicion de su alma, ¿podrá rehusar el don de su mano? Prisca ve la desgracia de su hija, y comprende que aquella es la primera venganza del Eterno. Pronto la impaciente ambicion de Galerio obliga á Diocleciano á abdicar el título de emperador. Galerio habla como rebelde declarado: quiere mandar solo sobre toda la tierra, y Diocleciano, reducido á su primera condicion y á su antiguo nombre de Diócles, va á esconder su rabia y su inútil arrepentimiento en los jardines de Salone.

Desde aquel dia, Valeria y Prisca quedan privadas de toda proteccion. Valeria, esclava mas bien que esposa de Galerio, vive encerrada en el fondo de su palacio, y no tiene mas que una libertad: la de derramar lágrimas. Su casamiento, maldecido por Dios, es estéril; y cuando, en fin, amaestradas por todos los desastres que

llueven sobre ellas y no les dejan tiempo para respirar, las princesas se hincan de rodillas y quieren pronunciar el nombre del Dios que han renegado, su voz espira. Túrbanse sus ojos, un frio de muerte se apodera de ellas, y caen prosternadas bajo el peso del anatema....

....

Diez años han transcurrido: la faz de la tierra ha cambiado. Constantino reina en Roma y en todo el Occidente: Licinio es César de las regiones orientales del Imperio: Licinio, el feliz compañero de Constantino, pero que no tiene ni su genio ni sus virtudes: Licinio, cuya alma permanece obstinadamente cerrada á la luz de la religion victoriosa. Dos mujeres errantes, cubiertas de miserables harapos, y que comen el pan de la compasion, acaban de llegar á Tesalónica. Una de aquellas mujeres es jóven todavía: la otra está próxima á sucumbir bajo el peso de los años; pero en los semblantes de ámbas, ajados por los padecimientos, se trasluce cierto aire de grandeza y de majestad. ¡Oh vicisitudes de las cosas de la tierra! ¡Oh terribles decretos de la Providencia! Aquellas dos mujeres, que han llegado al último grado de la miseria, han rodeado sus sienes con la corona imperial: aquellas dos mujeres son Prisca y Valeria, la viuda de Diocleciano y la viuda de Galerio. Los soldados de Licinio las reconocen y las llevan por fuerza al palacio, á la presencia del tirano que las persigue hace quince meses.—Valeria! exclama con bárbaro acento y con una sonrisa infernal: ¡ya te tengo en mi poder, viuda de Galerio! ¡Ya váis á pagarme, tu madre y tú, todo el odio que profeso á ámbas y á toda vuestra familia! Valeria! hace tres años negaste tu mano á Licinio: hoi Licinio te entrega al verdugo! ¡Mueran esas dos mujeres!—Dijo, y madre é hija son conducidas al suplicio.

Luego que llegaron á la plaza de Tesalónica, en medio del pueblo enternecido en vista de su desgracia, al considerar de cuánta altura habian caido:—Madre mia, dijo Valeria, el Cielo me ilumina: el Dios de los cristianos es quien nos hiere y nos castiga: nuestro crímen fué sin ejemplo, pero acaso nuestras desventuras le moverán á la clemencia. Madre mia, en esta hora suprema, en esta hora de muerte, elevemos nuestra alma á aquel Cristo á quien implorábamos antiguamente en las Catacumbas! ¡ Ofrezcámosle nuestra sangre que va á correr, y confesemos, muriendo, la justicia de nuestra muerte! Tal vez le conmoverá nuestro arrepentimiento; tal vez los desastres que hemos padecido en este mundo, nos granjearán la felicidad eterna en el otro!

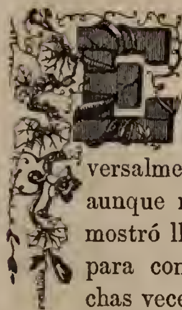
—Hija mia! hija mia! responde la emperatriz, ah! ¡ Dios, ese Dios á quien tanto hemos ultrajado, es testigo de que voi á morir sin quejarme! ¿ No muero contigo, hija mia? Sí, sí, tienes razon; imploremos á Cristo, pidámosle que sea misericordioso con nosotras: pidámosle, sobre todo, que no nos separe en la eternidad!....

Pusiéronse de rodillas delante de los verdugos, á quienes este espectáculo quitaba todo su furor. El anatema habia cesado; el Eterno permitió que pudiesen acabar sus oraciones...... Luego que hubieron terminado, se echaron la una en los brazos de la otra, y una celestial alegría iluminó sus rostros.....

Luego les cortaron la cabeza, y sus cuerpos fueron arrojados al mar.



SAN JUAN NEPOMUCENO.



L emperador Cárlos IV, príncipe famoso por su sabiduría y su piedad, murió en Praga en 1378, despues de un reinado de treinta y dos años : fué universalmente llorado por sus súbditos, porque aunque no hizo hazañas brillantes, siempre se mostró lleno de celo por la Iglesia y de bondad para con su pueblo. La Providencia, que muchas veces envia terribles pruebas á las naciones como á los individuos, le dió por sucesor un impío y un mal rei. Wenceslao, cuarto de este nombre, subió al trono imperial un año despues de la muerte de su padre, pero Cárlos IV no le legó mas que su corona sin ninguna de sus virtudes.

En 1392, Wenceslao se casó con la princesa Sofía, de la casa de Baviera. El carácter de la emperatriz ofrecia un perfecto contraste con el de su esposo : su piadosa mano enjugaba las lágrimas que Wenceslao se complacia en ver derramar, y su devocion consolaba á

la Iglesia de Bohemia del escándalo que ocasionaban en ella las demasías del emperador. Su conducta era irreprensible y pura como sus sentimientos, y sin embargo Wenceslao osó concebir infames sospechas: desgraciado y envidioso como todos los impíos, no podia soportar la veneracion de que era objeto la emperatriz, y así resolvió hallarla culpada á fin de rebajarla á su propio nivel.

La princesa Sofía habia elegido por confesor á Juan Nepomuceno, Vicario Mayor del Arzobispo de Praga. Era aquel uno de los mas célebres sacerdotes de la Bohemia, por su sabiduría, su mansedumbre y su caridad: digno en todo de la alta confianza de que habia sido objeto. El emperador, que desde poco tiempo ántes hacia espiar en vano todos los pasos de su esposa, y no veia en ellos mas que santidad y pureza, osó creer que obtendria de Juan Nepomuceno confianzas y declaraciones mas conformes á sus sospechas: osó creer que el confesor de la emperatriz le venderia un secreto que el pecador no confia mas que á Dios, poniéndolo á los piés de sus ministros.

Un dia en que la princesa habia asistido al tribunal de la penitencia, Wenceslao envió órden al Vicario Mayor para que al instante pasase á verle.

Obediente Nepomuceno, preséntase ante su soberano con respeto, pero con aquella noble firmeza que da siempre una conciencia sin mancha. Habíase lisonjeado el emperador de que la inesperada órden de comparecer ante su presencia, intimidaria al Vicario Mayor; pero la dulce majestad que respira en su semblante y en todo su continente, le hace conocer al punto que si los siervos de la Iglesia se complacen en dar á los pueblos el ejemplo de la obediencia á la voluntad de los soberanos, en todo lo que concierne á la tierra, su deber los obliga á

resistir á esa misma voluntad, desde el momento en que es contraria á los intereses del Cielo. El poderoso emperador, cuyos menores caprichos son leyes para grandes príncipes, titubea y apénas se atreve á responder al modesto sacerdote, quien le suplica se digne comunicarle sus órdenes.

Pronto el demonio del orgullo sufoca el sentimiento de religioso respeto, que la vista del Vicario habia despertado un momento en el alma del emperador; sin embargo, se limita á hablarle en términos duros y altaneros, de las sospechas que ha concebido contra la emperatriz. Esta nueva prueba de la injusticia de Wenceslao aflige al digno Vicario: sin olvidar el respeto que debe á su soberano, le hace presente que abandonándose á semejantes sospechas, ofende á una esposa virtuosa, y ofende al mismo Dios.

Estas piadosas representaciones provocan la cólera del emperador.

—El corazon de una mujer, dice, bien debéis saberlo, es un laberinto cuyas secretas vueltas solo un hombre puede conocer, y ese hombre es su confesor! La emperatriz os confía sus faltas.... Yo os doi mi palabra imperial de que, cualquiera que sea el precio en que estiméis vuestra complacencia, os será acordado; supongo que me comprendéis.

—No! exclamó Nepomuceno; es imposible que un emperador del sacro Imperio ose proponer á un ministro de los altares que se manche con un perjurio, con un sacrilegio.

El emperador no sabe contenerse, y con aquel furor que acompaña siempre á la injusticia, manda en fin al Vicario que revele la confesion de la emperatriz.

Las numerosas pruebas que habia dado Wenceslao de su poco respeto á la Iglesia y á sus ministros, no permi-

ten á Nepomuceno dudar de la suerte que se prepara persistiendo en su negativa; pero esta conviccion no puede hacerle titubear. Sabe que el funesto ejemplo de un monarca impío ha entibiado la fe de los bohemios, y que se consolidará con una brillante y pública prueba de aquella fuerza sobrenatural que Dios presta siempre á los que confían en él. Sin embargo, procura hacer comprender al príncipe la enormidad del crímen que cometeria si intentase emplear la violencia contra él; porque, si léjos de temer los tormentos que le esperan, se regocija de ellos, sabe tambien que su sacrificio no podrá ser grato á Dios, sino cuando haya hecho todos sus esfuerzos para impedir que se manche Wenceslao con semejante crímen.

Léjos de rendirse á las piadosas exhortaciones de Nepomuceno, Wenceslao le entrega en manos de los verdugos, para arrancarle en el tormento el secreto de la confesion de su augusta penitenta.

Almas débiles y tímidas, ¿por qué os quejáis sin cesar de que hai en la tierra séres siempre prontos á ayudar á los impíos en las persecuciones que hacen sufrir á los fieles? Decidnos, ¿qué valor tendrian en el Cielo los sublimes sacrificios que inspira la religion, si en la tierra condujesen siempre á la felicidad?

No han podido los tormentos arrancar á Nepomuceno un secreto que Dios le manda callar. Los verdugos le llevan al puente de Praga, donde le espera el emperador á fin de domar aquella voluntad, mas poderosa que la suya, pues osa resistirle.

Un inmenso gentío se agolpa en las dos orillas del Moldau. La vista del Vicario mayor, cuyo cuerpo está medio quebrantado por la tortura, conmueve profundamente á todos los espectadores de su martirio: censuran la crueldad del emperador, pero le temen demasia-

do para manifestar en alta voz la compasion y la admiracion que les inspiran los padecimientos y la firmeza del confesor. Todos callan consternados.

¡Cuán terrible es el silencio de la multitud para el príncipe que se ha hecho indigno de la proteccion del Cielo! Un invencible espanto se apodera de Wenceslao; pero su furor se reanima á la vista del débil sacerdote que, enfrente de todo un pueblo, osa probarle que las órdenes de los reyes no son mas que vanas palabras cuando Dios prohibe escucharlas.

El rostro del Vicario está pálido y desencajado: sus miembros doloridos le sostienen apénas: sus verdugos tienen casi que llevarle en brazos....

—Ya lo véis, las fuerzas humanas tienen límites, dice Wenceslao dirigiéndose al Vicario mayor con una sonrisa irónica: obedeced en fin á mis órdenes, y os hago llevar á mi palacio, y os colmo de dignidades y de beneficios.

Nepomuceno estrecha con una mano sobre su corazon el crucifijo que lleva en sus brazos, y con la otra bendice al emperador, á sus verdugos y á la muchedumbre silenciosa.

—Wenceslao! dijo, Dios es quien da á los reyes sus privilegios, y así solo á Dios le compete castigarlos cuando son culpados. Si dan órdenes contrarias á las de nuestra Santa Iglesia, el cristiano está obligado á desobedecer, pero debe someterse sin murmurar al castigo que esa desobediencia puede acarrearle en este mundo.

—Conoces tú ese castigo? exclama el emperador: mira esas olas que se estrellan en los machones del puente que nos sostiene: esa será tu sepultura!

—Híncase Nepomuceno de rodillas, recita con voz firme el oficio de los agonizantes, se levanta, se vuelve á sus verdugos, y les perdona sus padecimientos y su

muerte. Iban ya aquellos á precipitarle en el rio, cuando Wenceslao los detiene, y cogiendo el brazo al Vicario:

—¿Con qué demonio, exclama, has hecho pacto para conservar una voluntad incontrastable á despecho de los dolores que han quebrantado tu cuerpo?

—¡La fuerza del crímen está en la carne: la que nos salva viene de aquel Dios que murió por nosotros en la cruz! dijo Nepomuceno estrechando de nuevo el crucifijo sobre su corazon.

Furioso el emperador, arranca con violencia el signo sagrado de la redencion, de los brazos del mártir, y con mano sacrílega lo arroja al rio, vomitando horribles blasfemias: la multitud lanza un grito de indignacion y de terror.... Los verdugos acaban de ejecutar la bárbara órden de Wenceslao: ¡el Moldau ha recibido el cuerpo de Nepomuceno! solo se ve todavía su cabeza, que rodea ya una celestial aureola: va á desaparecer, cuando de repente las olas impelen el crucifijo hácia el santo mártir. Cógelo con una mano y bendice con la otra por última vez á sus asesinos, al emperador y al gentío, que, heridos por un poder sobrenatural, se han prosternado con la frente en el suelo.

Wenceslao, al ponerse de pié, echa una mirada inquieta y feroz sobre el Moldau, cuyas aguas corren serenas y límpidas en el sitio mismo en que acaba de desaparecer Nepomuceno. Un delicioso perfume embalsama el aire; parece que la naturaleza celebra una fiesta, y la Bohemia comprende que uno de sus hijos acaba de recibir la palma del martirio....

San Juan Nepomuceno es el patrono de la Bohemia: su estatua es el ornamento del soberbio puente de Praga. Su mausoleo, colocado en la catedral de esta ciudad, es juntamente el objeto de la admiracion de los artistas y de la veneracion de los cristianos. Su fiesta es una de

las mas patéticas del culto católico. Pocas casas hai en Bohemia, donde no se halle la estatua de este Santo. El dia de San Juan Nepomuceno se alzan al rededor de su imágen capillas magníficas, que va á visitar sucesivamente y sin interrupcion la poblacion de la ciudad y de la aldea. Las fervientes oraciones que, de aquellos diferentes santuarios, se elevan al Cielo, nunca dejan de infundir en las almas mas frívolas un nuevo ardor por una religion divina, pues que solo inspira aquella virtud sin mezcla de orgullo y de egoismo, cuya existencia no sospechaban siquiera los siglos que precedieron á la era cristiana.

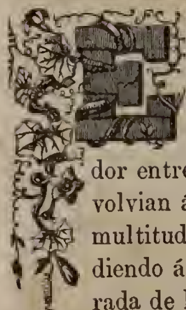




TAQUENDA.

HISTORIA JAPONESA.

I.



L Cristianismo, cuya sublime moral ha sido predicada en las mas remotas regiones del universo, despidió por largo tiempo un puro y brillante esplendor entre las tinieblas de la ignorancia que envolvian á los pueblos del Japon. Una inmensa multitud de aquellos hombres extraviados, cediendo á la poderosa voz, á la elocuencia inspirada de los piadosos misioneros, rompieron sus ídolos y reconocieron al Dios de los cristianos. Fortalecidos con el divino espíritu que los animaba, vióseles en el momento de la persecucion declarar en alta voz su nueva creencia, y sostenerla, en medio de los tormentos, con una constancia y un heroismo incontrastables.

En 1602, el rei de Fingo resolvió abolir el Cristia-

nismo en sus Estados, y á este efecto mandó que se hiciese una rigurosa informacion de los que lo habian abrazado. Taquenda, japones ilustre por sus virtudes, su clase y su caudal, era cristiano, y habitaba con su madre y su esposa en una quinta de recreo situada á corta distancia de la ciudad capital de su provincia. Feliz con el casto amor de su jóven compañera, á quien los misioneros habian puesto en el baútismo el nombre de Ines, huia del mundo y de sus falsos placeres, y todas las noches podia ofrecer á Dios su dia, porque lo habia señalado algun nuevo beneficio hecho á sus semejantes.

Taquenda ignoraba todavía la funesta resolucion del rei. Una tarde estaba paseándose con su mujer bajo las frescas sombras de su jardin, cuando les salió al encuentro de repente un jóven de la ciudad: aquel jóven, amigo de Taquenda, se acercó á él con ademan misterioso, y dió á entender que tenia que hablarle sin testigos: Ines se retiró al punto.

Tuvieron los dos amigos una larga conferencia á solas, y cuando Taquenda volvió á reunirse con su mujer, estremecióse esta involuntariamente al mirarle, porque su rostro, por lo comun tan sereno, estaba pálido y agitado; pero viendo que procuraba disimular su turbacion, no se atrevió á preguntarle la causa de ella.

Al anochecer, segun costumbre, la familia y los criados de la casa se reunieron para rezar todos juntos: terminado el rezo, quedó Taquenda un momento meditando profundamente, y en seguida dirigió á la asamblea una exhortacion sobre los deberes del cristiano. Su voz, lenta y grave al principio, se fué animando por grados, y al fin pronunció estas palabras con una especie de entusiasmo:

"—En el momento de la verdad es cuando deben

principalmente aparaecer en todo su esplendor los sentimientos religiosos, dar nuevo temple al alma de los fieles, é imprimirle una energía que la eleve á la altura de las mas crueles pruebas. Y ¿quién sabe si, miéntras estamos aquí tranquilos al abrigo de un techo hospitalario, no está próxima á llegar la hora de la persecucion? ¿Quién sabe si no serémos pronto llamados á la gloria de regar con nuestra sangre la ilustre senda que nos han trazado tantos mártires?.... Porque lo creo firmemente, ninguno de los que me escuehan tendria la villanía de renegar su Dios á la vista del peligro; ántes bien todos arrostrarian con júbilo los tormentos, todos presentarian la cabeza, sonriendo, á la corona del martirio.".…

Largo rato siguió hablando, y jamas su elocuencia habia sido tan persuasiva y arrebatadora. La asamblea estaba profundamente conmovida; todos tenian los ojos arrasados de lágrimas; solo Ines parecia tétrica y helada; un sombrío presentimiento le revelaba como una cosa segura lo que Taquenda habia presentado bajo la forma de la duda. No temblaba ciertamente por sí misma, porque, firmemcnte apegada á su creeneia, hubiera, sin palidecer, entregado á los tortíeeros sus delicados miembros; pero Taqucnda, el esposo de su eleccion, desgarrado por cl hierro de los vcrdugos, era una idea que no podia sobrellevar.….

No derramó la noche ninguna screnidad en su mente, turbada por lúgubres imágenes; y por la mañana, cuando su marido le anunció que un negocio importante le obligaba á ausentarse por algun tiempo, la pobre Incs se precipitó en sus brazos con todas las muestras dc una violenta desesperacion.

—Oh! no me dejes, Taquenda, cxclamó asiéndose reciamente á su cuello; ¡no mc dejes!

—¡ Qué significa ese dolor, Ines ? ¿ No te he dicho que volveré pronto ?

—Me engañas ; en vano quisieras ocultar tu agitacion.... la palidez de tu rostro me dice mas que tus palabras.... Vas á buscar la muerte, Taquenda !

—¡ La muerte ! exclamó, fijando su mirada en el semblante de su esposa, para asegurarse de si habia pronunciado ó no aquella palabra á la ventura.

—¡ Sí, la muerte ! prosiguió Ines, pero yo la dividiré contigo. Jesucristo ha dicho de la mujer : " Dejará á su padre y á su madre por seguir á su marido ; " —¡ y yo te seguiré, Taquenda !

—El Salvador del mundo ha prescrito tambien á la mujer la obediencia al hombre á quien ha confiado su debilidad, y yo te mando que te quedes, Ines !

La desdichada inclinó la cabeza en silencio : sus brazos, que rodeaban el cuello de Taquenda, cayeron sin fuerzas.... Á la vista de su mujer, próxima á espirar de desesperacion, sintió el héroe cristiano titubear su valor ; pero, haciendo en fin un esfuerzo sobrehumano, se arrancó á aquel espectáculo, despues de haber impreso un ósculo de despedida en la frente descolorida de Ines. Su madre, á quien la confió, le prodigó sus desvelos, y procuró reanimarla con piadosos consuelos ; sublime ejemplo en verdad, de firmeza cristiana, porque la madre de Taquenda habia tenido una larga plática con su hijo, y este se lo habia revelado todo....

II.

Taquenda acababa acaso de triunfar de la mas dura prueba á que podia someterle el Cielo. Su corazon se habia desgarrado al ver las angustias de Ines, á quien amaba con una ternura igual á la que ella le profesaba ; pero apénas la hubo dejado, y no sintió ya la imperio-

sa necesidad de violentarse, pagó tambien su tributo á la flaqueza humana. Algunas lágrimas surcaron sus mejillas; mas despues de haberse arrodillado para hacer oracion, levantóse sereno y animado de nueva energía. Su amigo le habia noticiado la víspera el edicto que fulminaba el rei contra los cristianos, y queriendo evitar á los delatores el cuidado de denunciarle, Taquenda resolvió confesar públicamente su creencia: con este noble y animoso intento pasó á la capital.

Llegado que hubo á la plaza, mezclóse al gentío y sintió un secreto orgullo al poder confesar en alta voz su Dios á presencia de tan numerosos testigos. Subióse sobre un tablado, y anunció, haciendo una señal con la mano, que queria hablar; luego que todos fijaron en él los ojos, dijo en voz alta y sonora: *A todos los que me oyen, yo, Taquenda, declaro que soi cristiano.* Al punto varios hombres se precipitaron sobre él y le llevaron á casa del gobernador.

Este magnate, que estimaba particularmente á Taquenda, probó todos los medios que pudo discurrir para salvarle. Guardóle en su casa esperando las órdenes del rei, y aprovechando los instantes que pasaban juntos, empleó sucesivamente el lenguaje del cariño y de las amenazas para decidirle á manifestar alguna señal equívoca de respeto á los ídolos; pero Taquenda fué igualmente insensible á las seducciones de la amistad y á los peligros que entreveia.

Recibió en esto el gobernador la órden de su soberano, de sepultar al valeroso japones en un calabozo, y de ajusticiarle en un breve plazo si no retractaba públicamente su temeraria declaracion. Creyó entónces su protector deber ir á avistarse con su madre y su mujer, á la primera de las cuales se dirigió ántes que á la otra.

—Señora, le dijo, tengo forzosamente que dar cuen-

ta al rei de las disposiciones de vuestro hijo: no exijo de él mas que una leve complacencia, una vana demostracion de respeto á nuestro culto; y que conserve su creencia en el fondo de su corazon, con tal que se someta en apariencia. No le pido mas, y este es, si le amáis, el saludable consejo que debéis darle.

La madre de Taquenda, mujer digna de figurar entre las heroinas de la primitiva Iglesia, respondió sin titubear:

—Seguramente le amo mas que á mi vida, y le amaré mientras no manche la suya con una bajeza; pero mi cariño es á este precio.

Y cruzó las manos sobre su pecho para comprimir los afectos maternales que se sublevaban en ella contra tales palabras.

—Considerad, repuso el gobernador, considerad que esa obstinacion le va á costar la muerte á Taquenda, y que de ella seréis vos cómplice y testigo.

—Entónces no me quedará mas que un solo deseo, y es el de poder mezclar mi sangre con la suya y participar de una gloria que envidiaré.

El gobernador, viendo que nada habia que esperar por aquel lado, se volvió hácia la esposa de Taquenda.

—Y vos, señora, dijo, tendréis esa bárbara inflexibilidad?

Ines juzgó que Taquenda estaba perdido, porque ella tambien preferia verle morir á inducirle á cometer un perjurio. Por toda respuesta, suplicó al gobernador que la llevase á los brazos de su marido, á fin de que pudiese decirle un último adios: el ejemplo de su suegra habia reanimado su valor, y así se dirigió á la prision con paso casi firme. Sin embargo, cuando la maciza puerta del calabozo rechinó sobre sus goznes, cuando penetraron sus ojos por las sombrías y húmedas bó-

vedas para descubrir al que iba á buscar, sintióse desfallecer y se sostuvo apoyándose en un pilar, incapaz de dar un paso mas.

Taquenda, engolfado en una piadosa meditacion, nada habia oido; sin embargo, se estremeció al oir un profundo suspiro, y volviendo la vista en derredor, vió la blanca vestidura de su esposa.

—¡Oh! exclamó precipitándose hácia ella. Ines! ¿eres tú? Y quiso estrecharla en sus brazos, pero ella, echándose á sus piés:

—¡Perdon! exclamó, ¡perdon! te he desobedecido.

Nada respondió su marido, embargadas como estaban para la alegría y la sorpresa todas las potencias de su alma.

—He merecido tu enojo, añadió Ines con timidez; pero díme que me perdonas y me retiro.

—Quédate, Ines, dijo Taquenda alzándola del suelo: quédate...... tenemos tan poco tiempo para estar juntos! Solamente te pido que me ocultes tus lágrimas.

—No temas mi flaqueza, exclamó la jóven esposa, electrizada por el sonido de aquella voz tan dulce y tan solemne juntamente. El Dios á quien servimos está tambien en mí: como tú, yo tendré á gran ventura derramar por él toda mi sangre!.... ¿Qué digo? Hasta tendré aliento para asistir á tu suplicio, para exhortarte á sufrir si llegare á titubear tu valor!.... ¡Oh, sí, yo tengo firmeza, créelo, mas firmeza que tú, porque tú no podrias verme morir.

Aquella exaltacion de Ines hizo sonreir tristemente á Taquenda. Luego, de repente, la idea de que acaso seria envuelta en su desgracia, de que aquella criatura tan jóven, tan hermosa, caeria bajo el hierro del verdugo, esta horrible idea le causó un temblor universal, y su brazo se extendió involuntariamente sobre la ca-

beza de su mujer como para protegerla. Ines, no comprendiendo lo que pasaba en él, creyó que queria pasarle la mano por las largas trenzas de su cabello que tantas veces habia admirado.

—Ya nada valen para mí, le dijo: este adorno me es ya inútil, y así voi á sacrificártelo, como tú sacrificas á Dios una breve y frágil existencia.

Hincóse de rodillas delante de él y le presentó unas tijeras. Taquenda, considerando aquella accion de Ines como un misterioso aviso de la suerte que la amenazaba, repelió su mano.

—No, dijo, conserva tus cabellos, Ines; ellos te recordarán cuánto me gustaba verlos adornar tu frente, tan pura como tu alma.

—No me desaires, prosiguió Ines con entusiasmo, porque si no me es permitido participar de tu martirio, juro á tus piés, por tus virtudes y por mi ternura, que consagraré lo restante de mi vida á ese Dios justo y benéfico que ya te prepara la inmortal corona.

Vencido por las instancias de su mujer, en las cuales creyó reconocer la voluntad del Cielo, dirigió mentalmente Taquenda una humilde oracion al Eterno:— "Si queréis, exclamó, recibir de mis manos esta hermosa víctima, aceptadla, ¡oh, Dios mio, porque ninguna otra puede seros mas agradable!"

Luego, cogiendo las tijeras, cortó la rubia cabellera de Ines, y cuando hubo acabado, tomó en sus manos aquellos cabellos tan hermosos y los humedeció con algunas lágrimas que no fué poderoso á reprimir: en seguida, abriendo sus vestidos, los puso sobre su corazon.

—Ahora, Ines, vamos á separarnos. Aún tengo un deber que cumplir, que me hace necesaria la soledad.

—Nos volverémos á ver, dijo Ines.

—Sí, *mañana*.

Aquel era el dia señalado para el suplicio.

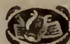
Pasó Taquenda la noche haciendo oracion: Ines, por su parte, veló á los piés de un crucifijo hasta la hora en que la madre de su marido vino á decirle que le siguiera á la cárcel. Las dos mujeres se presentaron con firmeza y con serenidad ante la víctima. Ninguna señal dieron de agitacion: aquel era el momento solemne, y no querian enervar el alma del mártir con la vista de sus lágrimas: ninguna mancha debia anublar la gloria de que iba á cubrirse. Llegado que hubo al lugar del suplicio, arrodillóse Taquenda delante de su madre para pedirle su bendicion.

—Bienaventuradas las entrañas que te han concebido! dijo extendiendo los brazos sobre su cabeza: orgullosa estoi de tenerte por hijo!

—Bendecid tambien á vuestra hija, madre mia, prosiguió Taquenda, porque es digna de vos—y designaba con la mano á Ines, que habia doblado igualmente la rodilla ante la ilustre cristiana.

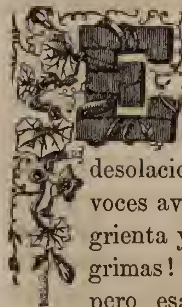
Cumplido este acto, estrechó Taquenda sobre su corazon á su madre y á su esposa; luego, despues de haber perdonado á sus verdugos, les entregó la cabeza.....

Poco tiempo despues, Ines y su suegra fueron á su vez conducidas al suplicio—al suplicio de la cruz, á que las habian condenado. Cuando los verdugos extendieron los miembros de la jóven viuda sobre el fatal madero, los clavos desgarraron las carnes de un cadáver! —La madre de Taquenda no espiró hasta despues de una larga agonía!....





EL SUICIDIO.



N medio de las miserias de estos tiempos, una hai que se alza mas grande y mas triste que las demas, y que agita al mundo con un profundo sentimiento de desolacion y espanto: una hai que, entre tantas voces avezadas á la blasfemia, alza una voz sangrienta y fúnebre para pedirnos oraciones y lágrimas! Esa miseria no es mas que una idea, pero esa idea fatal azota á la sociedad como una plaga, y donde quiera señala su presencia con una lastimosa catástrofe. ¡Esa miseria, en fin, es el suicidio!.... Ah! ¿comprende bien el lector toda la osadía, todo el delirio, todo el acerbo dolor que encierra en sí esta palabra?.... ¿Comprende que una criatura de Dios, dotada de toda su razon, poseedora de toda su libertad providencial, ose dirigir su mano contra sí misma, y se arranque una vida que no ha podido darse?....

¡La vida, este breve momento que acaso no le ha sido concedido al hombre, peregrino en esta tierra, mas que para buscar en ella el camino de su patria celestial y eterna! ¡La vida que, aun en los principios de la mas triste filosofía, es á lo ménos un misterioso fenómeno cuya solucion no le ha sido dado al hombre descubrir, y que siempre le estará encubierta!

Y sin embargo, no son ya solamente los grandes dolores los que, obcecados por una culpable desesperacion, van á pedir á la sepultura que Dios adelante para ellos la hora del juicio: no son ya solamente las almas marchitadas por vivísimos padecimientos las que, de tarde en tarde, se arrancan violentamente de la tierra con la insensata esperanza de refugiarse en un mundo mejor, de dormirse en un lecho de espinas para despertarse en un lecho de flores. No, el suicidio, en su sombría y desabrida abnegacion, en su sacrílega conviccion de la nada, llama indistintamente á la muerte desde los espléndidos palacios y desde las mas humildes viviendas, y así ha devorado sucesivamente y como por pasatiempo una multitud de existencias que empezaban risueñas y hermosas, y que hubieran acabado puras y honradas. Su pensamiento abrasador se apodera á la vez de la juventud poética y novelesca, de la edad madura atenta á negocios de intereses, de la vejez codiciosa de robarle al tiempo algunas horas.... Abramos un momento sus fúnebres anales.

Y ante todas cosas, rechacemos con toda la energía de la razon ese miserable precepto, que no ha podido salir mas que de cabezas sin luces y sin fé, de que es preciso correr un velo sobre esos tristes excesos de la humanidad delirante. ¡No, no, caigan todas las claridades de la religion sobre los errores del hombre, toda la justicia del Cielo sobre los crímenes de la tierra! Esos

doctores, consternados en vista de la vanidad de su ciencia, dicen que el hombre, semejante á los animales, se deja arrastrar á la necesidad material de la imitacion, y que hablarle del suicidio es inspirarle la idea de cometerlo.... ¡Orgullosos blasfemadores de la omnipotencia de Dios y de la majestad del hombre! ¿ignoráis que lo que ocasiona esos horribles sacrificios, es el olvido de los eternos principios de la moral y el pervertimiento de la razon? ¿Ignoráis que si hai en el hombre bastante poder para honrar el error y cometer el crímen, hai tambien en él una fuerza divina que le impulsa hácia la verdad, y le hace inclinar la frente ante las austeras leyes de la virtud? Pero no es este el momento de considerar la cuestion bajo el punto de vista fisiológico: apresurémonos á decir solamente que no reconocemos de modo alguno el suicidio como una enfermedad..... ¡Absurda irrision! ¡No, no, lo que puede contener los progresos del mal no es la palabra muerta de Haller y de Bichat, sino la palabra viva de un Bossuet ó de un Fenelon!

Demasiado cierto es; de algun tiempo á esta parte, no se oye hablar mas que de nuevas y continuas pruebas de ese extraño desaliento que se ha apoderado de nuestra época, pruebas dolorosas y sangrientas de la insuficiencia de las instituciones humanas y del culpable abandono de las santas enseñanzas de la religion. Ya un jóven poeta, dudando del porvenir, desencantado de lo presente, despierta de su ensueño de gloria y se corona de flores para dormirse en la muerte; ya una tímida vírgen, ó exaltada insensata ó amante infeliz, dice un eterno adios á la vida. Ese que sucumbe ahí á una frenética é inexplicable desesperacion, es un hombre honrado en el pueblo, dotado de toda la felicidad que le es dado al hombre obtener en esta tierra, donde no hai mas

realidad que la esperanza, mas virtud que la caridad, mas certidumbre que la fé. Mas allá un anciano, cuya vida fué irreprensible, segun las ideas mundanas, se presenta de repente y cubierto de su sangre delante de su Dios, cuya voz iba pronto á llamarle. Y para colmo de dolor y de escándalo, ¿no se ha visto aun á la misma infancia, olvidando sus alegres juegos, su cándida y hermosa inocencia, entregarse á los negros vapores de esa cruel melancolía que abruma la inteligencia bajo sus ideas de muerte? ¡Detente, niño! ¿Es posible que ninguna voz amiga te haya enseñado á hacer oracion, cuando al salir de la cuna pronunciabas con voz balbuciente el dulce nombre de madre? ¡Ah! Lloremos, lloremos por ese niño, porque seguramente no puede ser responsable de su crímen, ni á los ojos indulgentes de Dios ni á los de los hombres, cuyo funesto abandono ha dejado marchitarse en su naciente capullo la flor que el sol de la infancia debia bañar de fúlgidos colores! Tu sangre, oh niño, no caerá sobre tu cabeza; pero ¡ai de los que no han derramado en tu tierno corazon la idea de Dios y del porvenir!

Hai quien dice que ya, en varias épocas de la historia, el suicidio ha aparecido en el mundo con todos los síntomas de una enfermedad: esta opinion anda mui valida, sobre todo entre los que quisieran animalizar á la especie humana. Pero ¿se ha explicado siempre bien la casualidad de ese fenómeno histórico? La secta estóica habia cundido muchísimo en Roma hácia los últimos años de la República y en tiempo de los emperadores: entónces, sin duda era frecuente el suicidio; pero ¿es razonable atribuir el principio determinante de esta funesta manía á las desgracias del Imperio, á la tiranía de los emperadores? Cierto que mas de un tirano cruel se sentó en el sangriento trono de Constantinopla, y que ja-

mas abrumaron á las naciones mayores desgracias que en los borrascosos dias del Bajo Imperio. ¿Pues en qué consiste que en esta última época el suicidio no aparece sino mui rara vez, y como un acto espontáneo, aislado, que excita el horror general? En qué? En que el Cristianismo habia reemplazado á la filosofía pagana, y que entónces los desgraciados podian concebir una esperanza mas dulce que la sombría y amarga idea de la nada. Si se investigasen sucesivamente, con arreglo á estos principios racionales, las causas reales de los suicidios que, en tiempos mas cercanos á nosotros, han afligido y espantado de repente nuestras poblaciones con su, al parecer, inexplicable frecuencia, se hallarian, si no las mismas razones para explicarlos, á lo ménos razones igualmente plausibles para atribuirlos á otros principios que al de una vana imitacion.

Pero ¿á qué fin rodear inútilmente esta dolorosa cuestion, de dificultades que no ofrece su solucion? Las verdaderas causas de los suicidios que se renuevan en el dia con tan dolorosa rapidez, son juntamente morales y sociales. Examinando bajo estos dos puntos de vista los hechos desastrosos que nos inspiran estas reflexiones, pronto se reconoce que las causas sociales que los han determinado, no son mas que una deduccion lógica de causas morales anteriores y predominantes.

¿Adónde va la sociedad? ¿adónde irán á descargar la tempestad las nubes amenazadoras que oscurecen el cielo? Por todas partes los mismos signos, precursores providenciales de un porvenir terrible, pero desconocido, inspiran los mismos temores y dictan las mismas dudas; y es porque todo reposa hoi dia entre nosotros sobre principios puramente humanos, y porque ninguna direccion superior se revela á los espíritus pervertidos de las masas y aun de los poderes, arrastrados, por la pode-

rosa atraccion de las ideas generales, á una esfera de actividad donde á cada instante se manifiesta su insuficiencia. Dígasenos en qué época las revoluciones políticas han dejado en pos de sí una serie mas larga de miserias, de desengaños, de irritantes causas de desórden y de confusion. Los momentos de calma aparente en la sociedad, son cabalmente aquellos en que se manifiestan con mas energía los peligros y los males de nuestra situacion: entónces los tristes ojos del hombre, presa de los dolores de lo pasado y de los temores del porvenir, contemplan los restos de los náufragos que han arrojado á la costa las olas del océano, y penetran con horror en el negro cráter, humeante todavía, del volcan en cuyo seno no está encadenada para siempre la ardiente lava por alguna mano poderosa; de modo que nuestra paz encubre todas las agitaciones de la guerra, y nuestra prosperidad facticia todas las crueles realidades de la ruina y de la miseria. Un órden aparente ha regulado el desórden; pero hay en el fondo de las cosas un principio intelectual mas poderoso que los hechos, que mantiene una sorda fermentacion donde parece que la fuerza y la violencia comprime con mas eficacia ese tempestuoso elemento del porvenir, y de una vida social abandonada á los caprichos de la imaginacion de los hombres.

Si de estos hechos generales se desciende al exámen de los hechos particulares que de ellos se deducen naturalmente, se verá que las condiciones sociales de la vida privada son igualmente tristes y alarmantes: se verá que un órden social falaz no puede engendrar mas que desengaños, y que despues de haber llamado hácia sí todas las ambiciones y todas las ideas, cierra la carrera á esas ambiciones delirantes, y rechaza al fondo del corazon esas ideas de las que el mismo, sin em-

bargo, por un in[illegible] progreso de contradiccion y de error, ha recib[illegible] fuerza y la vida. Entónces, en el mundo, de esta s[illegible] trastornado, no hai ya ni principio ni fin: la tr[illegible] el hastío de una vida que se consume en esfuerzo[illegible]tentes, nacen como esas plantas enfermas que [illegible] sol en el desierto. Entónces, en este mundo, el p[illegible]e ha soñado la gloria, dice un fúnebre adios a su [illegible] el artesano, á quien la mentida apariencia de [illegible]aldad imposible ha venido á desengañar en medio [illegible] sed de orgullo, se encuentra jadeando y d[illegible] techo que cubre su miseria. Entónces, en este m[illegible], todas las clases, todas las edades, todos los sex[illegible]perimentan las mismas amarguras, aunque en cir[illegible]ancias diferentes: una sombría desesperacion s[illegible]era simultáneamente de todos los corazones [illegible] escarmentados, y no parece sino que una de[illegible] fúnebre nube se desarrolla encima del hombre [illegible] una inmensa mortaja que le oculta la vista del cie[illegible] esperanza muerta sobre la tierra no se despierta [illegible] él en un pensamiento de inmortal porvenir, y ent[illegible] el suicidio encierra toda la filosofía de la historia.

Pero esas a[illegible] esos desengaños, esos dolores ¿no son la obra de[illegible]bre que los culpa en su desesperacion, para ma[illegible] su existencia y pronunciar sobre sí mismo el an[illegible] de la sangre? ¿Qué poderosa causa ha domin[illegible]sas causas? ¿Qué voz armoniosa y pura ha sido [illegible]ada para que esa voz fatal hablase tan alto en el [illegible]? Hemos dicho poco ha, echando una mirada sob[illegible] historia, que el Cristianismo destruyó en el mun[illegible]mano los principios materialistas de la filosofía [illegible]ica, y puso fin por consiguiente á las violentas pr[illegible]upaciones de aquella filosofía que, enseñando á despreciar la vida, convertia el

suicidio en una accion lógica y virtuosa. Una reaccion opuesta se ha verificado en el mundo, y ese Cristianismo tan poderoso sobre las ideas, se halla en el dia combatido por una filosofía mas estéril y mas triste que el estoicismo, pero que produce resultados idénticos, porque los fines del hombre están limitados por dos principios, de donde emanan todas las combinaciones posibles de su inteligencia, la verdad y el error.

Sí: del olvido de la religion es de donde nacen todos los males sociales, y solo ella puede curarlos. La religion santa de Cristo, que asiste al primer dia del hombre, como la tierna madre que vela junto á la cuna de su hijo recien nacido, que le acompaña en todos los demas dias que cuenta en la tierra, y que le ayuda en su hora postrera á pasar á una vida sin borrascas, y sin dolores: la religion le defenderia contra esa fatal desesperacion que le impele al suicidio, porque ella sola tiene realidades para todas las esperanzas, y consuelos para todas las penas. Y tal es la sublimidad de su divina esencia, que severa con el hombre á quien ciega la prosperidad, no reserva sus dulzuras y sus palabras consoladoras mas que para el que llora y sufre. Ella diria al poeta, cuya alma desengañada huye de un porvenir descolorido á sus ojos, que el pensamiento inmortal debe elevarse encima de este mundo perecedero, y que la gloria que dan los hombres no es mas que un vano reflejo de su orgullo: ella le diria que mas allá de este mundo cuyos aplausos codicia, hai un mundo de eterna armonía, donde la fe guarda un puesto al talento que se ha empapado en sus inspiraciones, que se ha animado con sus virtudes. Ella diria á la vírgen cuyas esperanzas ha frustrado una pasion humana, que existe un amor puro y suave que no conoce las lágrimas ni las amarguras. Ella diria al hombre á quien el hastío ha

conducido lentamente á buscar en la tumba una sensacion nueva y desconocida, que no habia nacido para la efímera felicidad de este mundo, y que hai en la virtud una felicidad y un deleite que no viene á turbar ningun remordimiento, que ningun cansancio sorprende en el camino de la vida. Ella diria al anciano que su dia está próximo, y que Dios no le ha llamado ántes á su seno, porque la prueba á que nos somete no es la misma para todos.... Ella diria á todos los que sufren : llamad á la oracion á vuestros ardientes labios, y se apagará vuestra sed, y cesarán vuestros dolores : un instante de fé y de arrepentimiento os promete una eternidad de esperanza y de ventura: no destruyáis con un crímen ese inmenso porvenir en el que os es posible entrar libres y gozosos, como un esclavo que de repente ve rota su cadena, sin que una duda cruel venga á derramar un invencible horror sobre vuestros últimos momentos.

Y nosotros, á quienes ha sido dado caminar hasta ahora en el recto sendero de la fe, nosotros á quienes sostiene una santa esperanza en medio de las borrascas y de los dolores de este siglo, no abandonemos á nuestros hermanos extraviados : oremos por los que sucumben, y sostengamos á los que titubean.

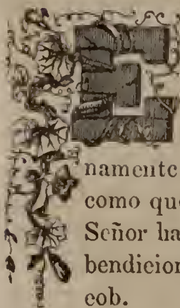




DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE GUAYANA MARIANO FERNANDEZ FORTIQUE, EL DIA [illegible] DE SETIEMBRE DE 1852, EN EL ACTO DE LA BENDICION DEL PUENTE DE SAN PABLO, QUE ACABABA DE SER REEDIFICADO.

> Emittet Dominus benedictionem super omnia opera manuum tuarum.
> *Deuter. cap.* 28.



ESTA promesa de bendicion hecha á Israel por su inspirado conductor en el desierto, como una recompensa á la fiel observancia de la lei, ha sido mas plenamente cumplida en favor del pueblo cristiano, como que él es el verdadero pueblo santo que el Señor ha escogido para sí, el heredero de las bendiciones prometidas á Abrahan, Isaac y Jacob.

La Iglesia, depositaria y dispensadora de estas bendiciones, las hace descender no solamente sobre los fie-

les, sus queridos hijos, y sobre sus campos, sus frutos y ganados; sino que, ejecutora fiel de aquella divina promesa, ella santifica y bendice en el nombre del Señor todas las obras de sus manos, especialmente aquellas que por su magnificencia, ó por la utilidad grande que de ellas resulta á los pueblos, merecen esta santa distincion.

Tal es la obra de la reedificacion de este hermoso puente, cuya inauguracion celebramos en este dia. La Religion, esta amiga fiel del hombre sobre la tierra, que le acompaña en sus prosperidades para moderarle, y en sus desgracias para servirle de apoyo y de consuelo, así como lamentó con nosotros la ruina inesperada del antiguo puente, por el cual tantas veces transitaron nuestros mayores, así tambien se asocia hoi al gozo que experimentamos al verlo tan ventajosamente reedificado, y por medio de su Ministro va á dirigir sus preces al Cielo, á fin de que el Señor envie su bendicion sobre esta nueva obra, levantada por las manos de sus humildes siervos.

En efecto, la Iglesia ha acogido gustosa vuestro pensamiento, tan conforme con su espíritu, de poner este nuevo puente, mediante la bendicion, bajo la proteccion inmediata del Señor, y aplaude el religioso interes que habéis tomado por la pompa de esta ceremonia. Pero la Iglesia quiere que la ceremonia exterior de la bendicion, pase de vuestros sentidos y lleve á vuestras almas un recuerdo fecundo en pensamientos religiosos.

Este recuerdo es el de los beneficios inmensos de la civilizacion cristiana en nuestro pais; porque en verdad, todo cuanto en él ha habido y hai de grande, útil y benéfico, templos, plazas, hospitales, asilos de beneficencia, universidades, colegios, escuelas, y hasta el agua misma que para nuestra comodidad vierten nues-

tras fuentes públicas, todo, todo se debe á la piedad cristiana, al genio civilizador y verdaderamente humanitario de la religion que tenemos la dicha de profesar.

Ni es este un fenómeno que solo presenten estos nuevos paises. No; la misma benéfica influencia ha ejercido y ejerce en todo el mundo esta hija del Cielo dada á la tierra para nuestra salvacion, y tambien para que con su mano protectora allane y haga ménos ásperos, y aun á veces fáciles y agradables los caminos de la vida. Ella es la que ha inspirado al genio las grandes concepciones que se admiran en esos soberbios edificios consagrados al culto del verdadero Dios, ó al alivio de las miserias del hombre, ó á la comodidad y ornato de las ciudades. Ella es la que ha protegido generosa y eficazmente todas las artes, y ofrecídoles ademas nuevos y mas dignos objetos en que ostentar sus bellas formas.

¿Cuánto bien no han hecho tantos varones piadosos que sin perder de vista el Cielo, verdadero término de sus sacrificios, han consagrado, no obstante, una parte de su celo al progreso y á las mejoras materiales de los pueblos, y al remedio de sus grandes necesidades? San Pedro Crisólogo levanta en una de las ciudades de su diócesis una fuente verdaderamente admirable por su extraordinaria magnitud, para proveer á sus moradores de agua saludable. El jóven San Benito recibe una inspiracion divina, abandona el rebaño que apacienta, y va con su cayado de pastor á construir sobre el rápido y caudaloso Ródano el magnífico puente de Aviñon, obra asombrosa que ni los Emperadores romanos, ni los Reyes de Francia se habian atrevido á emprender. San Pedro Telmo, sensible á las penas y peligros de los transeuntes, construye tambien un puente amplísimo sobre el rio Miño. El venerable Pontífice Pio VI, de-

seca las insalubres Lagunas Pontinas y hace fecundo y fructífero el terreno que ocupaban.

Y si suspendiendo esta enumeracion, que podria ser interminable, de las grandes obras de utilidad pública que en todo el mundo se deben á la religion cristiana, queremos observar tambien su influencia poderosa en los establecimientos de pura beneficencia, hallarémos en la historia una personificacion, que por sí sola basta, de su genio bienhechor, en el cristiano mas célebre del siglo XVII, en San Vicente de Paul, verdadero apóstol de la humanidad. Las Hermanas Hospitalarias, creacion nueva y heróica de la caridad cristiana, para la asistencia y consuelo de los pobres enfermos, son hijas suyas. Él funda hospitales para los cautivos, para los enfermos, para los huérfanos, para los locos, para los débiles ancianos, para los niños expósitos que ántes de él se vendian por las calles de Paris, y deja, en fin, á su patria tantos otros monumentos de su ardiente amor á la humanidad, que puede mui bien decirse que este simple sacerdote fué tan magnífico en las obras de su caridad, como su soberano Luis XIV en las de su poder.

Pero ¿quién no sabe que la historia de los establecimientos de beneficencia pública, seria necesariamente una parte de la historia de los innumerables beneficios que la religion cristiana ha dispensado al género humano? Tan solo ella ha podido inspirar á corazones privilegiados esa caridad ardiente, activa y simpática, que se afecta de todas las miserias y necesidades de los pueblos, y emprende su remedio con una voluntad eficaz que todo lo supera, que todo lo puede, porque su fuerza viene del Cielo. La Filosofía ha escrito libros admirables sobre beneficencia; pero forzoso es confesar que solo la religion cristiana ha tenido los medios y la gloria de practicarla, y de recibir las bendiciones de la hu-

manidad; y es por esto casi inconcebible cómo puede haber un solo corazon que no la ame, un solo entendimiento que no la admire y respete, que no reconozca por sus obras maravillosas su orígen divino, que no confiese, en fin, que á ella somos deudores de los beneficios infinitos de que á su sombra disfrutamos.

Tributemos, pues, humildes gracias al Señor, por el nuevo beneficio que hemos recibido en la reedificacion de este puente importantísimo: obra grande, en verdad, para nosotros, emprendida y consumada al traves de obstáculos que parecian insuperables, de manera que bien podríamos, al contemplarla, exclamar con el Profeta:—El Señor es quien ha hecho esta obra, ella es admirable á nuestros ojos!

Otro sentimiento religioso debe tambien inspiraros la ceremonia de la bendicion que váis á presenciar. Pensad, señores, que este lugar en que nos hallamos será desde hoi un lugar verdaderamente santo, porque en él va á pronunciarse con solemnidad el santo nombre de Dios, y porque sobre él van á descender las bendiciones del Señor, á cuya gloria lo dedicamos; y que así, jamas deberá ser profanado por accion ni palabra alguna que la severa honestidad cristiana pudiera reprobar; ántes bien debemos considerar este puente como un monumento de las bondades del Señor para con nosotros, y de nuestros deberes de piedad y reconocimiento para con él.

Justo es, por último, que expresemos nuestro agradecimiento á los dignos miembros del I. Concejo Municipal, á los inteligentes y laboriosos artífices, y á los demas ciudadanos á cuyo celo, perseverancia y sacrificios debemos la inapreciable ventaja de ver otra vez restablecida la decente y fácil comunicacion entre dos parroquias importantes, cuyas relaciones deben ser tan-

to mas íntimas y frecuentes, cuanto que la una es hija de la otra. Ah! ámbas fueron en un tiempo el objeto querido de mis cuidados pastorales: (*) su memoria me ha sido y me será siempre gratísima. Yo aprovecho esta ocasion solemne para protestarles mi cordial amor en Jesucristo, y mi reconocimiento á sus bondades; y termino este breve discurso implorando del Cielo para ellas todas las bendiciones y felicidades del tiempo, todas las recompensas de la eternidad.

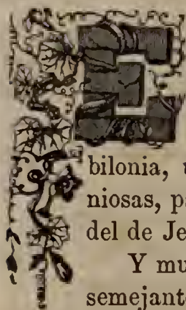
(*) Alude aquí el orador á la época en que desempeñó la Cura de almas de la parroquia de San Pablo.





LA CENA DE BALTASAR.

I.

RA la hora de la tarde.... La fúlgida estrella de los pastores brillaba en el azul del cielo, y las vírgenes de Israel, arrodilladas en la orilla del rio de Babilonia, unian á los sonidos de sus arpas armoniosas, palabras llenas del nombre del Eterno y del de Jerusalen, su desolada patria.

Y muchas veces, inclinadas sobre las aguas, semejantes en sus velos blancos á cisnes peregrinos, lloraban sobre las miserias y los pecados de la casa real de Judá: entónces reinaba un profundo silencio en las márgenes y en las colinas, á donde el viento de la tardc llevaba sus últimos cantos con los vagos murmullos del rio.

Pero de cuando en cuando un confuso rumor parecia elevarse del seno de Babilonia, sumergida en la em-

briaguez de los festines: era como un siniestro sarcasmo, como una voz insultante y burlesca que iba á escarnecer el dolor del pueblo cautivo. ¡Oh! ¡Babilonia se engreia con su majestuosa hermosura! La gran reina de Asiria se maravillaba de su fuerza: millares de teas encendidas relumbraban bajo los pórticos de sus palacios, y brillaban en la cima de sus elevadas torres; y una muchedumbre insensata circulaba por sus plazas y sus calles regadas de perfumes y cubiertas de ricos mármoles. Dos profetas habian anunciado que la gran Babilonia pereceria por la espada; pero ella se reia de las palabras de Dios, y se creia al abrigo del viento de su cólera, detras de las robustas murallas con que el rei Nabucodonosor habia guarnecido su extenso recinto.

Y cuando las vírgenes de Israel oian aquella gran voz que parecia elevarse del seno de Babilonia, temblaban como las esbeltas hojas de la palma que agita el mas leve soplo del viento; y, tímidas como las gacelas del desierto, se estrechaban unas contra otras, alzando los ojos al Cielo.—"¡Oh, hermanas mias! decian, ¿no es la impía voz de Baal la que ruge á lo léjos y resuena bajo las bóvedas de bronce de su templo?.... Invoquemos al Eterno, al Dios de nuestros padres!".... Y esto diciendo, temblaban como las esbeltas hojas de la palma.

Hallábase en aquel momento entre las vírgenes cautivas de Israel, un anciano de calva frente, y cuya barba, encanecida por los años, le caia hasta la cintura de su túnica. Levantóse de repente en medio de ellas, grande y majestuoso como el antiguo cedro cuyas mas altas ramas han quebrantado las tempestades:—aquel anciano era Daniel, el profeta del Señor, y les dijo estas palabras:

"¿Por qué tembláis, oh hijas mias? ¿Por qué huís

como las tímidas gacelas? ¡El Dios de Israel reside en vosotras y su fuerza es grande! Su aliento desgaja las altas montañas y derriba los mas fuertes y robustos muros.

"Vírgenes de Jerusalen, que lloráis en la orilla del rio, load y bendecid al Señor.... Escuchad. Vosotras no habéis visto jamas la ciudad de vuestros padres: jamas vuestros piés han pisado la yerba de los valles que Dios ha fecundizado para la raza de Abrahan y de Jacob: habéis nacido cautivas, á causa del pecado de vuestro pueblo, á quien la cólera del Señor arrojó á la tierra extranjera como las nubes del cielo, ó como los granos de arena que impele el viento del desierto. ¡Oh pobres florecillas! vosotras no habéis recibido los benéficos rocíos del suelo natal!... Pero yo, yo he visto la ciudad de nuestros padres, yo me he sentado en las orillas del Cedron, yo he lavado mis piés en sus ondas, que tambien han apagado mi sed, yo me he sentado para descansar en la cima de las colinas que parecen los pechos de Jerusalen, nuestra madre; yo he hecho oracion en la casa que Salomon erigió para el Eterno, y he visto caer tristes dias sobre Jerusalen, como un velo de luto. Jerusalen! Jerusalen!"....

Y todas las vírgenes, conmovidas por las palabras del santo anciano, exclamaban:—Jerusalen! Jerusalen!

Entónces Daniel, conociendo que penetraba en su alma el espíritu de Dios, prosiguió diciendo:—"Muchos años hace, (era allá en los tiempos en que las madres de vuestras madres eran jóvenes y tímidas como vosotras ahora) que el Eterno, irritado contra su pueblo, le entregó al hierro de Nabucodonosor.... Yo he visto correr la sangre de nuestros reyes, y me hallé en mi juventud entre mis jóvenes compañeros que, atados

de dos en dos, como viles caballerías, fueron llevados á Babilonia.

"¡Oh Eterno! gloria á tu nombre! No lloréis, hijas de su pueblo, porque ya está cercana la hora en que se cumplirá la palabra de los profetas, y en que Israel hallará misericordia delante del Señor, su Dios.... Y veréis á Jerusalen en la alegría de una jóven esposa, y vuestros piés pisarán la yerba de los valles que Dios ha fecundizado para la raza de Abrahan y de Jacob! Pero los cansados huesos de su siervo Daniel estarán sepultados en la tierra extranjera.

" Ahuyentad, pues, el temor, hijas mias! esa gran voz que oís, no viene de Babilonia: el viento de Oriente la trae en sus alas.... ¡Ai de tí, Babilonia! Has llenado con tus iniquidades la copa en que te embriagas, y una poderosa planta va á debelarte, como tú en otro tiempo debelaste á Jerusalen. Cerraste el oído á sus gritos de desesperacion, y tus gritos, Babilonia, no tendrán ecos en la tierra ni en los Cielos. En este momento la cólera de Dios desciende sobre tí, y la sentencia de tu rei está escrita en letras de fuego sobre las paredes de su palacio, manchado por la crápula, y sus magos consternados no pueden explicar esos terribles caracteres!"

Así habló Daniel.

II.

Era la hora de la noche... Baltasar habia convidado á su cena á mil de sus principales magnates, y allí estaba con ellos rodeado de sus eunucos y de sus locas concubinas. Bebian ricos vinos en copas de oro, y las mesas y los blandos lechos se extendian á lo léjos bajo las inmensas bóvedas del palacio.

La luz de las lámparas encendidas sobre las retor-

cidas cornisas de las macizas columnas, sobre el fróntis de las colosales galerías, y al rededor de su espléndido trono de oro, de pedrerías y de seda, reemplaza los rayos del sol. La brillante estrella de los pastores no aparece ya mas que como una nebulosa claridad en el azul del cielo, que se extiende silencioso sobre la sala de los festines.

¿ No fueron las robustas manos de los primeros hijos de Nemrod, las que hacinaron aquellas gigantescas moles de granito y de pórfido, y las que echaron los atrevidos cimientos de aquel palacio, donde los reyes de Babilonia han fijado su mansion ? El pórtico amenazante esconde su frente en las nubes, y se abre sobre un vasto recinto, en medio del cual multitud de hombres se parecen á aquellos efímeros insectos que zumban en el aire, donde los ha hecho nacer el sol del estío. Numerosas columnatas alzadas unas sobre otras, sostienen inmensas galerías, encima de las cuales espaciosos pensiles conservan una verdura eterna y fragantes flores. El trono del rei domina en aquel recinto, al que no se puede llegar sino subiendo una larga escalinata que apénas puede abarcar la vista : enfrente del trono se alza la imágen de Baal : el príncipe del mal y de las tinieblas se retuerce bajo la forma de una serpiente de bronce al rededor de una columna de oro, y de sus entreabiertas fáuces parece que brotan llamas....

Tal es la sala de los festines del palacio de Baltasar, construido para una raza de gigantes ; por eso dicen en su orgullo los hijos de Babilonia, que solo los genios sometidos á Baal han podido construir aquel maravilloso edificio.

Tendidos sobre ricas alfombras, los convidados del rei se hartan de los manjares y de los vinos que cubren las mesas de cedro. Los perfumes que arden en brase-

rillos de oro, derraman en torno una atmósfera que embriaga, y ya las mujeres y las concubinas de Baltasar, murmurando impíos cantos, se agitan al pié de su solio y se entregan á profanas danzas.

Entónces el rei, presa del delirio de la embriaguez, manda á su servidumbre que lleve á su festin los vasos que Nabucodonosor osó arrebatar de la casa de Dios, cuando Jerusalen le fué entregada, y los ofrece en homenaje á Baal y á sus dioses de la Caldea, dioses mudos é impotentes, salidos del horno ó del cincel de los escultores; y Baltasar y los magnates de Babilonia, y las concubinas de Babilonia, se sirven todavía mas vino, y beben en aquellos vasos de oro consagrados al Dios de Israel.

De repente una misteriosa nube envuelve la sala del festin: un largo y sombrío gemido retumba en aquel recinto, cuyas columnas, sacudidas por una mano desconocida, parecen próximas á desplomarse, y aquella mano, visible solo para Baltasar, escribe sobre las paredes del palacio caracteres radiantes como los rayos del sol.

Un profundo terror se apoderó del rei; púsose pálido, sus dientes rechinaron, su sangre circuló mas fria en sus venas, el sudor corrió de su frente, sus rodillas dieron una con otra, y se doblaron bajo el peso de su cuerpo cuando quiso huir, y sus criados olvidaron sostener la falda de su largo ropaje de púrpura: luego, todos los convidados vieron tambien aquellos sagrados caracteres, y maldijeron el dia en que nacieron, y cayeron anonadados ó probaron á huir de tropel.... Y las concubinas del rei, pálidas, desgreñadas, prorumpieron en lamentables alaridos.... Y los sacerdotes de Baal, cubriéndose la frente con sus vestiduras, no osaron considerar aquel tremendo prodigio.

En vano el rei hace venir á los sabios y á los adivinos de Babilonia, porque ninguno de ellos puede leer el fatal escrito, en el que Baltasar fija sin cesar y á pesar suyo su sangrienta y delirante mirada.

Entónces la reina, habiendo oido hablar de las extrañas cosas que pasaban en el palacio, voló temblando á buscar á su real marido, y despues de haberle adorado, le recordó que entre los hebreos cautivos en Babilonia se hallaba todavía el sabio Daniel, que en otro tiempo habia explicado el sueño del gran rei Nabucodonosor.

Y al punto Baltasar despachó un mensaje á Daniel, el profeta del Señor, y el mensajero encontró á Daniel en las orillas del rio, y entre las jóvenes vírgenes de Israel que entonaban las alabanzas del Eterno.

¿ Qué se han hecho, oh Babilonia, tu audacia y tu soberbia ? Tus ostentosos magnates están con la frente hundida en el polvo ; tus príncipes y tu rei, ántes tan soberbios, ahora pálidos y consternados, esperan de la boca de un anciano cautivo algunas palabras de esperanza.... Pero lo que va á pronunciar es su sentencia!.....

Entra Daniel en la sala del festin con paso desembarazado y majestuoso, y los convidados procuran leer con inquietos ojos su porvenir en su severa frente.... Daniel, Daniel, es quien parece ahora el señor del festin y el rei de Babilonia, porque el espíritu del Eterno reside en él.

Y el rei se inclinó delante de Daniel, su esclavo, diciéndole :—" Te daré la tercera parte de mi Imperio, y serás el segundo despues de mí." Pero Daniel respondió :—" Oh rei! guárdate esas dádivas. He venido aquí para interpretar esos sagrados caracteres, y oye lo que mi Dios, el Dios de Israel, te ha reservado en el dia de su justicia que se ha alzado sobre tí....

"Escucha, Baltasar, hijo de Nabucodonosor (*), tú has obrado como tu padre, á quien el Eterno habia departido la fuerza y el poder: has abusado de sus dones, y serás castigado como él. Te has levantado contra el Señor de los Cielos, has hecho profanar los vasos que le están consagrados, y tus esclavos y tus concubinas han bebido como tú en esos vasos. Á causa de estas cosas, el Señor ha soplado sobre tí, y ahí estás en el polvo: oye, pues, por qué *se ha escrito esa escritura:* estas son las tres palabras: MANE, THECEL, FARES.

Y esta es la interpretacion de las palabras: MANE: *Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término.*

THECEL: *Has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto.*

FARES: *Dividido ha sido tu reino, y se ha dado á los Medos y á los Persas.*"

El rei Baltasar y sus mil convidados, y sus mujeres, y sus concubinas, cayeron de cara en el suelo y lloraron en su corazon. El rei mandó que vistiesen á Daniel con un ropon de escarlata; pero las sentencias del Señor de los Cielos duran toda la eternidad.....

Y en aquella misma noche, Baltasar, rei de Caldea, fué muerto; y Ciro, el enviado de Dios, se presentó delante de Babilonia, y la gran voz que venia del Oriente retumbó en su seno.

Y la palabra del profeta se cumplió.... Israel habia hallado misericordia delante del Señor su Dios, y las jóvenes vírgenes que habian llorado en la orilla del rio de Babilonia, vieron á Jerusalen alegre como una nueva esposa, y sus piés pisaron la yerba de los valles que Dios ha fecundizado para la raza de Abrahan y de Jacob. Pero los cansados huesos de Daniel, su siervo, fueron sepultados en la tierra extranjera.

(*) Véase á Daniel, cap. V. traduccion del P. S.—Todas las palabras subrayadas están sacadas del texto sagrado.



CONVERSACION DE NAPOLEON

CON EL GENERAL BERTRAND, SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

VERDAD es que Cristo propone á nuestra fe una serie de misterios. Manda con autoridad, sin mas razon que esta terrible palabra : *soi Dios*. Menester es sin duda la fe respecto de este artículo, del cual se derivan los demas. Pero una vez admitido el carácter de la divinidad de Jesucristo, la doctrina cristiana se presenta con la precision y claridad del álgebra, y fuerza es reconocer entónces el encadenamiento y la unidad de una ciencia.

Apoyada en la Biblia esta doctrina, sirve para explicar mejor las tradiciones del mundo, las aclara, y los demas dogmas se unen á ella como los eslabones de una misma cadena. La existencia de Cristo es de un extremo á otro, y en ello convengo, un tejido misterioso ; pero este misterio presenta dificultades que todas las

existencias encierran en sí. Rechazad el mundo, y el mundo se convierte en un enigma: aceptadlo, y hallaréis la solucion de la historia del hombre.

El Cristianismo es superior con ventaja á todas las filosofías y á todas las religiones. Los cristianos no se alucinan acerca de la naturaleza de las cosas. No puede hacérseles el cargo que á los ideólogos que han creido resolver el grande enigma de las cuestiones teológicas, con vanas disertaciones acerca de tan eminentes objetos. Insensatos, cuya locura se parece á la del niño que quiere tocar el cielo con la mano, ó que pide la luna como un juguete. El Cristianismo dice con su sencillez: —*Ningun hombre ha visto á Dios, sino Dios.* Dios ha revelado lo que era; su revelacion es un misterio que ni su espíritu ni su razon son capaces de concebir. Pero puesto que Dios ha hablado, fuerza es creer en él. Esto es sumamente sensato.

El Evangelio encierra una virtud secreta, cierta eficacia, cierto fuego que obra sobre nuestro entendimiento y halaga nuestro corazon: goza el hombre, meditando en él, igual deleite que al contemplar el cielo. No es un libro, es un sér animado, dotado de una fuerza y poderío tales, que vence cuanto se opone á su expansion. Hélo aquí encima de esta mesa ese libro admirable (el Emperador lo tocó con respeto); no me canso de leerlo cada dia, y siempre con igual placer.

Jesucristo no varia; nunca vacila en su doctrina, y la menor afirmacion suya está marcada con un sello tan simple y profundo, que tanto el ignorante como el sabio se sienten enajenados, por poco que piensen.

En ninguna parte se halla una serie de ideas tan bellas, tan morales, las cuales vense desfilar como los batallones de la milicia celeste, produciendo en nuestra alma el encanto que á la vista ofrece la infinita extension

del firmamento, resplandeciente de luz durante una hermosa noche de verano..

No solo está preocupado nuestro espíritu por su lectura, sino dominado, y no corre nuestra alma ningun riesgo de extraviarse en este libro.

Dueño una vez el Evangelio de nuestro espíritu, acaba por cautivar nuestro corazon. Dios mismo es nuestro amigo, nuestro padre, y realmente nuestro Dios. Una madre no ama con mas ternura á su hijo. El alma arrebatada por las bellezas del Evangelio, ya no es dueña de sí. Dios se apodera de ella, dirige sus pensamientos, todas sus facultades, en una palabra, hácela suya.

¡Qué prueba de la divinidad de Cristo! Con un imperio tan absoluto, solo tiene por objeto la mejora espiritual de los individuos, la pureza de la conciencia, la union de lo verdadero, la santidad del alma.

En fin, y este es mi último argumento: no hai Dios en el Cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con éxito el inmenso designio de arrebatar para sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios: Jesus es el único que se ha atrevido á hacerlo, el único que haya dicho de sí de un modo claro y sin vacilar: *soi Dios*, lo cual dista mucho de esta otra afirmacion: *soi un Dios, hai dioses*. La historia no hace mencion de otro individuo que se haya calificado á sí mismo con el título de Dios en sentido absoluto. La fábula no refiere tampoco en ninguna parte que Júpiter ni los demas dioses se hubiesen divinizado á sí mismos, pues hubiera sido el colmo del orgullo y una monstruosa extravagancia. Hiciéronlo mas tarde los herederos de los primeros déspotas. Siendo los hombres todos oriundos de una misma raza, bien pudo Alejandro llamarse hijo de Júpiter; pero burlóse toda la Grecia de esta superchería, y la apoteósis de los emperadores romanos nunca

fué considerada por el pueblo como cosa séria. Mahoma y Confucio declaráronse simplemente agentes de la Divinidad. La diosa Egeria no es mas que la inspiracion personificada, hija de la soledad de los bosques. Los Bramas de la India son una invencion fisiológica.

¿Cómo, pues, un judío, cuya existencia histórica es mas notoria que la de las cosas mismas de los tiempos en que vivió, solo, hijo de un carpintero, dase á sí mismo desde un principio el nombre de Dios y sér perfecto, arrogándose culto y adoracion? Forma ese culto con sus propias manos, no con piedras, sino con hombres. Admíranse las conquistas de Alejandro: pues bien, hé aquí un conquistador que conquista en su provecho, no á una nacion sino á la especie humana. ¡Qué milagro! El alma humana con todas sus facultades, conviértese en una parte de la existencia de Cristo.

¿Y cómo? por un prodigio superior á todo. Quiere el amor de los hombres, lo mas difícil de conseguir, lo que el sabio pide en vano á sus amigos, un padre á sus hijos, una esposa á su esposo, un hermano á su hermano, en una palabra, el corazon: esto pide Cristo para sí, pídelo abiertamente y logra alcanzarlo mui luego. Hé aquí la prueba de su divinidad. Alejandro, César, Aníbal, Luis XIV, no lo han logrado á pesar de su genio. Conquistaron el mundo, y no han podido crearse un amigo. Soi el único quizas en esta época, que amo á César y á Aníbal. El gran Luis XIV, á pesar de haber alcanzado tanta gloria para la Francia, carecia de un amigo en su reino y hasta en su familia.

Verdad es que amamos á nuestros hijos: ¿por qué motivo? Porque obedecemos á un instinto de la naturaleza, á una voluntad suprema, á una necesidad que los animales mismos reconocen y satisfacen. Pero ¡cuántos hijos hai que se muestran insensibles á nuestras ca-

ricias y desvelos! ¡Cuántos hijos ingratos! ¿Sus mismos hijos de U., General, está U. seguro de que le quieren? U. sí que los ama, mas U. no sabe ciertamente si ellos le corresponden. Ni los beneficios que les haga U., ni la naturaleza misma, podrán inspirarles el amor de los cristianos hácia Dios. Si dejase U. de existir ahora, sus hijos se acordarian de U., sin duda, de vez en cuando, gastando el caudal que heredaran, y sus nietos sabrian apénas que U. habia existido. ¡Sin embargo, es U. el general Bertrand, y estamos aquí en una isla, y no tiene U. mas consuelo que la vista de su familia!....

Habla Cristo, y al punto las generaciones todas son suyas, le pertenecen, están ligadas á él por vínculos mas estrechos que los de la sangre, por una union mas íntima é indisoluble. Enciende la llama de un amor que apaga el amor de sí mismo, que se sobrepone á cualquier otro amor.

¿Quién no reconoce en este milagro de su voluntad el Verbo creador del mundo?

Los fundadores de religiones ni siquiera tuvieron la idea de este amor místico, que forma la esencia del Cristianismo bajo el bello nombre de caridad. No lo hicieron, porque sabian que seria estrellarse en una roca. Semejante conato, *hacerse amar*, no produce otro efecto que el de revelar la impotencia humana.

El reinado de la caridad es indudablemente el milagro mayor de Cristo. Él solo ha podido elevar el corazon del hombre hasta lo invisible, hasta el sacrificio del tiempo. Él solo, creando ese sacrificio, ha creado un vínculo entre el Cielo y la tierra.

Cuantos creen sinceramente en él, experimentan ese amor admirable, sobrenatural, supremo, ese fenómeno inexplicable á los ojos de la razon y de la inteligencia humana; fuego divino, obsequio de ese nuevo

Prometeo, y cuya fuerza y duracion no puede el tiempo, ese gran destructor, ni disminuir ni fijar. Por mi parte, yo, Napoleon, nada admiro tanto, porque en esto he pensado mucho. Nada, no por cierto, pruébame tanto la divinidad de Cristo.

He logrado encender las pasiones de millares de hombres que morian por mí. Dios me libre de establecer un paralelo entre el entusiasmo del soldado y la caridad cristiana, cosas tan diferentes como las causas que las producen.

Pero de todos modos mi presencia era indispensable, la electricidad de mis miradas, el acento de mi voz, todo esto, en fin, era menester para encender el fuego sagrado en el pecho de los que me obedecian. Poseo sin duda el secreto de este mágico poder; pero soi incapaz de transmitirlo á nadie; ninguno de mis generales pudo recibirlo ni adivinarlo; ni tengo tampoco facultad suficiente para eternizar mi nombre, ni el amor de mi fortuna en los corazones, ni de hacer prodigios sin el concurso de la materia.

Ahora que estoi en Santa Elena.... ahora que estoi solo y clavado en esta roca, ¿quién pelea ni conquista reinos en mi nombre? ¿Dónde están los cortesanos de mi fortuna? ¿Quién piensa en mí? ¿Quién se mueve por mí en Europa? ¿Dónde están mis amigos? Sí, dos ó tres.... vosotros, cuya fidelidad os hará inmortales, sóis los únicos que habéis partido mi cautiverio.

(El Emperador dió á estas palabras un acento de melancólica ironía y de profunda tristeza).

Sí, mi vida ha tenido el brillo de una diadema, he gozado de la soberanía, y la vida de U., Bertrand, reflejó ese esplendor, así como la cúpula del palacio de los Inválidos, dorada por mí, refleja los rayos del sol....

Pero sobrevinieron las desgracias, y el oro ha desaparecido poco á poco. El vendaval y los sinsabores de que soi víctima, acabarán pronto con lo que queda; ya no somos sino plomo, General, y en breve, nada.....

¡Este es el destino de los grandes varones....! el de César y de Alejandro.....! y nadie se acuerda de nosotros..... El nombre de un guerrero ilustre ó de un emperador sirve mas tarde de texto en las escuelas, y nuestras hazañas están sujetas á la férula de un pedagogo que nos insulta ó nos alaba.

¡Cuántos juicios distintos acerca del gran Luis XIV! Apénas acababa de morir, cuando todos le abandonaron, y quedóse solo en su dormitorio de Versalles. Fué quizas objeto de burla para sus cortesanos. Ya no era mas que cadáver é inminente corrupcion. En breve esta será mi suerte, y vuelto á la tierra, será mi cuerpo presa de los gusanos.

¡He aquí el próximo destino del gran Napoleon!

¡Qué abismo entre mi mísera fortuna y el reinado de Jesucristo, predicado, amado, adorado en el universo entero! ¿Es esto morir por ventura? No; la muerte de Cristo es la de Dios.

Napoleon dejó de hablar; y como Bertrand permaneciese callado, exclamó el Emperador: ¿no comprende U. la divinidad de Cristo? Pues me equivoqué entónces haciendo á U. general.

(Fragmento de las memorias del General Bertrand.)

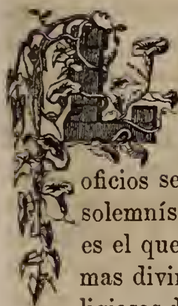




LA SEMANA SANTA DE 1850

EN JERUSALEN.

(CARTA DIRIGIDA POR EL P. G. B. AL P. FR. JOSÉ ARESO.)



A Domínica de las Palmas ó por otro nombre el domingo de Ramos, el mártes, miércoles, juéves, viérnes y sábado santos, fueron celebrados los divinos oficios segun el uso acostumbrado, así como el solemnísimo dia de Pascua. N. R. P. guardian es el que ha oficiado siempre y asistido á los demas divinos oficios con las otras comunidades religiosas de S. Salvador y del Santo Sepulcro. Segun confesion de todos, este año ha pasado algo de extraordinario en la celebracion de los santos oficios de la Semana Santa, pues aunque los cismáticos griegos y los armenios hiciesen ruido, no era sin embargo aquel estrepitoso alboroto de los otros años. El mártes por la mañana se celebraron los divinos oficios en la iglesia de la

Flagelacion. El miércoles, en la gruta en donde nuestro adorable Redentor Jesus sudó sangre, que se halla situada á la falda del monte Olivete y á corta distancia del huerto de los Olivos. Este mismo dia por la tarde, al dar principio á las profecías de Jeremías, se vió una orquesta preparada en la nave del coro delante del Santísimo Sepulcro, compuesta de un piano-forte en medio, á cuyo alrededor se agrupaban los cantores, cuatro tenores, dos bajos y un niño de coro que solo hacia el eco. Las profecías fueron cantadas con tanta gracia, con tanto arte y pericia, que imposible seria pedir mas; y sin exagerar en lo mas mínimo y solo en honor de la verdad, confesaré que al sonido, al canto de la música, y reflexionando que me hallaba en Jerusalen mismo y en el Santo Sepulcro, me conmoví de tal manera, que aun cuando quisiera, me seria imposible el poder explicar ni definir toda la ternura que sentí, cuyos mismos efectos advertí en todos los demas circunstantes. Al ver tan bien expresados por la música aquellos sentimientos de desolacion, de opresion y amargura, aquellas aflicciones y congojas de la desventurada ciudad deicida!... al sentir su terror y desconsuelo... al ver la ira de Dios que así la humilla, la sumerge en el fango, la desmenuza y la dispersa cual polvo al leve soplo del viento, entregándola á manos extranjcras.... la consideracion de cste diluvio de males mezclada con lo patético del canto y de la música, de tal modo me oprimió el corazon, quc no pude ménos de romper en llanto, diciéndome muchas veces: ¿y si por esto no lloras, por qué otra cosa llorarás?.... Hubo varios momentos en que mi imaginacion, fuertemcnte impresionada, me representaba la sombra del desconsolado Jercmías vagando por el lúgubre recinto del templo, y derramando nuevas y amargas lágrimas con un triste placer, al canto de sus lamentacioncs, sobre la tris-

te suerte de su amada patria, y volviéndose hácia ella, me parecia que le oia decir con el intenso amor de un hijo apasionado: "¡Jerusalen! ¡Jerusalen! conviértete, y vuélvete á tu Señor!"

El juéves Santo, como á cosa de las once de la mañana, los Illmos. señores cónsules de Francia y Austria, los religiosos, los europeos y una porcion de católicos de la ciudad, en número de mas de cuatrocientos entre todos, recibieron la Santa Comunion de manos de nuestro Rmo. P., el cual celebraba de pontifical. Continuada la funcion con órden y tranquilidad, y despues de haberse entonado de tiempo en tiempo durante la Comunion, algunas estrofas en alabanza de la Divina Eucaristía, se terminó de una manera bastante agradable, con recogimiento y devocion, habiendo pasado en seguida á colocar el Santísimo en el mismo y verdadero Sepulcro, cerrando despues las puertas de la Basílica para no volverlas á abrir hasta pasadas veinticuatro horas (*). Un crecido número de peregrinos se quedaron encerrados con nosotros. Transcurridos algunos instantes, nos sentamos á la pobre mesa preparada por los pobres franciscanos mendicantes, en un corredor largo, oscuro y húmedo en el piso llano. Es necesario conocer el convento del Santo Sepulcro, para renunciar á toda idea de comodidad; pues esta cárcel, que estaba mucho peor en los tiempos pasados, ha sido la habitacion, durante muchos siglos, de nuestros pobres hermanos. El P. Rmo. ocupaba en la mesa el primer lugar; en seguida el cónsul de Francia, y despues los forasteros, siendo los religiosos los últimos. Unos y otros comimos con una santa alegría. Pero siendo muchos los convida-

(*) Esto se hace en virtud de un *firman* expedido á nuestro favor, en aquellos años en que la celebracion de la Pascua cae en el tiempo mismo en que los cismáticos celebran la suya.

dos, por necesidad teníamos que hallarnos incomodados, viéndonos precisados á quedarnos unos de pié, otros apoyados contra las paredes; mas sin embargo, ninguno se lamentó ni reclamó tal ó cual puesto que hubiese podido corresponderle por su dignidad ó clase, haciendo cada uno como ostentacion de humillarse. Esta comida me pareció una pintura ó representacion verdadera de las Santas Agapes. En efecto, el dia de juéves Santo, celebrado á la inmediacion de la tumba de aquel dulcísimo Jesus que acabamos de recibir poco antes, ni su humildad ni su mansedumbre debian ser profanadas con sentimientos de orgullo é irreverencia. ¡Así es que el único pensamiento que nos ocupaba, era el de que solo Dios es grande, y nosotros nada mas que ceniza y polvo miserable!

Acabada la comida, formados de dos en dos, religiosos y peregrinos, pasamos á postrarnos ante el Santo Sepulcro, para tributar acciones de gracias al supremo dispensador de todo beneficio; en seguida, cada uno se dedicó á santificar en particular el resto de este preciocísimo dia, y cuando llegó la noche y hora de recogerse, á ninguno se le ocurrió el ir á tomar un cómodo descanso; habiéndose acomodado cada cual indiferentemente, sin excluir nuestro Reverendísimo, unos sobre duros bancos, otros en sillas, quién en un rinconcillo, quién sobre el desnudo pavimento, y quién sobre un miserable colchoncillo, ó sobre unas esteras, siendo todo esto los regalados lechos de que podíamos disponer para acostarnos. ¡Dulces privaciones! ¡caros padecimientos! Pero ¿qué valen todos en comparacion de aquellos que soportó por nosotros en este mismo lugar, con indecible amor y mansedumbre, nuestro Salvador amantísimo? Sin embargo, no pude ménos de enternecerme al ver personas tan distinguidas, acostumbradas á todas las

comodidades de la vida, quedarse contentas y satisfechas en medio de tanta estrechura y privaciones. Tales fueron el señor Desnoyers, cónsul de Francia; el conde Boutourlino y su hijo Demetrio; el Reverendísimo Leduc canónigo de Tours; dos Obispos nombrados del rito armenio; quince sacerdotes; los profesores Taller y Paterson; el caballero Cirilo y su familia; el señor José Fabbri; y otros muchos que, por ser breve, no menciono. Ademas de todos estos, teníamos llena de gente la casa nueva; las dos posadas lo estaban igualmente, y otra multitud de personas se hallaban distribuidas por las casas particulares, venidas unas de América, otras de Europa, de la India, de Egipto, de Abisinia, de Persia y del Asia menor.

Á la una de la noche del Viérnes Santo, tuvo lugar en el interior del Santo Sepulcro la procesion de Jesus muerto, arreglada en el órden siguiente:—Un coro de niños cantores entonando los versículos del himno *Stabat Mater*; Jesucristo pendiente de la Cruz, llevado este año por el Reverendísimo Leduc con los piés descalzos; los legos regulares, los sacerdotes seculares y regulares con sobrepelliz y estola; siete predicadores dispuestos para predicar, durante las estaciones de la procesion, en siete lenguas diferentes, esto es, en italiano, en frances, en español, en inglés, en aleman, en árabe y en griego; cuatro diáconos con perfumes, un coro de religiosos, y últimamente el Reverendísimo Padre Guardian con sus asistentes, algunos soldados turcos distribuidos acá y allá para conservar el órden, y el Bajá sobre el Calvario, ¿Quién lo creyera? ¡El musulman salir garante de la tranquilidad en el tiempo mas santo de la tierra, y por este motivo, el mas interesante para el Catolicismo! ¡Justos é incomprensibles juicios de Dios!..
La procesion, ordenada de este modo, salió de nuestra

pequeña iglesia en medio de un concurso inmenso de católicos, de cismáticos, de protestantes, de turcos, y hasta de hebreos, ansiosísimos todos de verla; y volviendo háeia la mano izquierda, se dirigió á la Division de los Vestidos, y despues á la columna de los Improperios (*), continuando al lugar de la crucifixion en el Calvario. En este sitio se hace la deposicion de la Cruz. La procesion baja despues del Calvario y coloca á Jesucristo muerto, sobre la piedra llamada de la *Uncion*. Pero antes de continuar estos detalles, séame permitido suspender la narracion de ellos por un momento.

Yo no niego que la procesion es en extremo simple, pero al mismo tiempo es grave, tranquila y de grande edificacion, siendo de ordinario ocasion de conversiones. ¡La oscuridad de la noche, el resplandor de las hachas de cera, lo triste de los trajes y ceremonias religiosas, lo lúgubre del canto, la multitud de espectadores de diversas creencias, los sermones en las diferentes lenguas, la Tumba de Jesucristo inmediata; aquí mismo el Calvario, sobre el cual yo he subido!... ¡qué recuerdos, Dios mio! ¡qué multitud de encontrados afectos se despiertan en mí! ¡Me hallo sobre el Calvario verdadero; delante de mis propios ojos se representa la atroz y cruel tragedia! ¡el autor de la vida sacrifica la suya propia y muere por dármela á mí! ¡Veo sacerdotes revestidos con túnicas blancas que le quitan del lugar del patíbulo, y con rostros en que se descubre una amarga tristeza, se le llevan para ungirle con bálsamo!..... ¡arrepentimiento, compuncion, religion, piedad, dolor, congoja, perdon, todo á la vez lo expe-

(*) Estos son los nombres de dos capillas situadas, la primera, en el lugar mismo en que nuestro Señor fué despojado de sus vestiduras por los soldados; la segunda, en el lugar donde se ve la columna sobre que hicieron sentar á Jesucristo para ponerle la corona de espinas.

rimento, todo lo siento y hasta me confundo y me turbo! ¡Cómo me habla al corazon, aunque muerto, mi dulce Redentor! con qué elocuencia me hablan sus heridas! ¡Oh! ¡malditos sean mis yerros y el dia en que los cometí! ¡me hiero el pecho y me abandono á mi dulce Jesus muerto! ¡Cristiano que te jactas de tener un corazon empedernido, y á la dureza de tu corazon unes una indiferencia tal que causa miedo, llega: yo te desafío! Si en estos momentos soberanos no te conmueves y te dueles, todo se ha acabado para tí, y eres y te has hecho enteramente indigno, así del nombre como de la profesion de cristiano!..... Prosigamos.

Despues de haber embalsamado el cuerpo de Jesus, se deposita en el Santo Sepulcro por los sacerdotes, y concluye la procesion.

El paso lastimoso que nos recuerda esta devotísima y tierna ceremonia, hace 1817 años que se verificó y recibió su ejecucion, en los mismos lugares y del mismo modo ni mas ni ménos, que lo predijeron los Profetas, con aplauso de la sinagoga, con horror y temblor de la naturaleza, y traspasado del mas acerbo dolor el corazon de la divina Madre, del discípulo predilecto y de todos los demas que seguian á Jesucristo. José de Arimatea y Nicodemus fueron los primeros que honraron y dieron gloria á su sepulcro, y los peregrinos despues hallan en él el dulce término de sus trabajos y fatigas por mar y por tierra, y encuentran el anhelado descanso sobre esta piedra en donde estuvo sepultada, por tres dias, la sacratísima humanidad del Redentor, despues de haber salvado y rescatado el mundo.

Finalmente, la santa alegría del Señor resucitado fué tambien celebrada por el P. Rmo. que la completó con una homilía elegante y propia del misterio del dia. En seguida tuvo lugar una magnífica y significativa

procesion que no me detendré en describir. Dimos cuatro vueltas al rededor del Santo Sepulcro, cantando en cada uno de sus ángulos un Evangelio descriptivo de la resurreccion de Jesucristo: bella conmemoracion de la piedra alegórica que fué puesta en esta Sion: piedra angular y primitiva, base eterna de la eterna lei de gracia repudiada por la ciega sinagoga, y reconocida y aceptada por los gentiles, para quienes fué una fuente de salud, así como para aquella una fuente de muerte: piedra firme é inquebrantable, sobre la que han naufragado y perecido la idolatría, la impiedad y el error; bella y solemne ademas, y protegida por el inviolable derecho que se jacta de tener sobre ella la santa Iglesia católica.



UNA HERMANA DE LOS ANGELES.

SANTA DOROTEA,

POR ANA MARÍA, AUTORA DEL ALMA DESTERRADA, DE LA AZUCENA DE ISRAEL, &c.

EN tiempo del emperador Constancio, siendo cónsul Galerio Maximiano, hubo una nueva y terrible persecucion contra los cristianos: la sangre de los mártires corria á torrentes en todos los paises sometidos al dominio romano, y aquella generosa sangre, fecundizada por una virtud celestial, hacia germinar por doquiera nuevos santos y nuevos mártires. De nuevo los segaban los tiranos, y de nuevo se reproducian "como una vid, despues de haber sido podada, echa nuevos vástagos y produce mayor abundancia de frutos (*)."

"No somos mas que de ayer, escribia, treinta años

(*) San Justino, *Diálog. con Tryphon.*

despues, Tertuliano, y sin embargo llenamos la tierra, y ya no os dejamos mas que vuestros templos (*).” Y los suplicios, léjos de desalentar á los cristianos, les daban un nuevo ardor que los impelia á arrostrarlos y á solicitarlos con alegría; mujeres, niños, ancianos, los débiles, los fuertes, todos iban al tormento sin palidecer; las mismas madres,—¡las madres!—venciendo la tierna debilidad de la naturaleza, llevaban á sus hijos á la muerte y morian con ellos dando gracias al Cielo. La vista de aquel valor sobrehumano subyugaba á veces á los verdugos, y los hacia caer domados y arrepentidos á los piés de sus víctimas, de donde se levantaban benditos y cristianos.

¡Qué fuerza, qué poder tenia, pues, aquella sublime locura de la cruz que daba á los débiles un valor de leon, y que muchas veces derribaba á los fuertes, y los subyugaba irresistiblemente!

¡Oh! no lo olvidemos; era que la fe en el que descendió á la tierra para comprarnos las esperanzas del Cielo á costa de su divina sangre, era entónces jóven y vigorosa. El mundo con sus falaces halagos, sus máximas egoistas, su amarga ironía, sus dudas, su embriaguez, no habia sustituido todavía los frívolos intereses de la tierra á los de la vida venidera!

Ademas, los grandes, los poderosos de la tierra contribuian, sin saberlo, á la propagacion de la nueva fé; el yugo con que abrumaban á la humanidad era tan pesado, tan odioso, los hombres se hallaban tan miserables, que muchas veces abrazaban como un refugio la fé,—aquella fé divina que les prometia en cambio de los inciertos y tristes dias de una vida efímera, la felicidad sin término y sin medida, cuya esperanza habia venido á abrirles el divino Maestro.

(*) *Apologét.*

"Venid á mí todos los que sufrís y yo os consolaré," habia dicho. ¡Oh! ¿todo el que sufre en esta tierra de dolor no debe ir á caer á los piés de un Criador que tiene tales palabras para su criatura?

Y el número de cristianos aumentaba rápidamente. En aquellos dias de opresion sanguinaria y de universal padecimiento, habia en Cesarea de Palestina una doncella mui jóven, hermosa y hechicera entre las vírgenes del Oriente: su rostro, en que brillaba la juventud como una primavera cubierta de rosas (*), igualaba al de la esposa querida de Jacob, y su alto y flexible talle era semejante al airoso abedul que se mece en la falda del monte; pero todos aquellos atractivos modestos y velados por el candor, no eran mas que el reflejo de una alma mas bella todavía que su hermosura; así era que toda doncella que aspiraba á la perfeccion se esforzaba por imitarla, y todo mancebo del pueblo que la habia siquiera entrevisto al trasluz de su velo, suplicaba en su alma á la Vírgen María que se la hiciese obtener por esposa; pero la hermosa y santa doncella vivia en perfecta calma, ejercitándose en la oracion y en las cosas de Dios, sin querer aceptar esposo.

Una tarde, despues del calor del dia, bajó con sus compañeras á la fuente de los Sauces, situada á corta distancia de la ciudad, en un estrecho valle entre el puerto y las rocas que la dominan: iba, segun su costumbre, á buscar el agua pura necesaria para el uso diario.

Llegado que hubieron á la fuente, bajó á ella cada cual por su turno por algunos musgosos escalones, conversando unas con otras apacible y alegremente. Nuestra hermosa vírgen, vestida como Rebeca, con la antigua túnica bien ceñida á la cintura, cubierta la cabeza de su velo que agitaba el viento de la tarde, apoyábase

(*) Ecles., L. 8.

en el brocal de la fuente, aguardando que sus compañeras llenasen sus urnas, y tendia á lo léjos sus miradas por las azules olas del mar en que apagaba el sol sus ardores. Una majestuosa y profunda calma reinaba en aquella privilegiada y feraz naturaleza, próxima á entrar en su reposo: todo rumor iba acallándose poco á poco, y el alma de la doncella, perdida en una santa contemplacion, se alzaba á Dios para darle gracias por aquellas grandes y solemnes bellezas. Sucedió entónces que una brisa marina levantó su velo, y descubrió su rostro, inundado de lágrimas del amor divino, á un extranjero que, hacia un momento, se habia parado para contemplar con ansiosos ojos aquel enjambre de vírgenes de tan modesto y recatado porte, en medio de su alegría infantil. Parecióle ver en aquella cuyo velo habia levantado el viento, una ninfa de las aguas ó alguna otra de las divinidades que adoraban los paganos: solamente observó que habia en todo su continente un sentimiento robusto, una adoracion serena y profunda, desconocida de los idólatras, y algo de inexplicable que le inspiraba un respeto involuntario, y le impedia romper el silencio y acercarse á ella; y era que un casto pudor la protegia y la rodeaba como una intraspasable barrera.

Pero cuando le llegó á ella su turno, bajó á la fuente, llenó su cántara, y hábiéndola ayudado sus compañeras á ponérsela encima de la cabeza, saludólas con graciosa sonrisa, dejó caer el velo sobre su rostro, y se encaminó con ligeros pasos á la ciudad.

Siguióla el extranjero, vióla entrar en la humilde vivienda que habitaba no léjos del muelle, y habiendo tomado informes acerca de ella en la vecindad, supo que era una vírgen cristiana llamada Dorotea.

¡Y aquel hombre que, semejante á la chacal escondida entre los matorrales, habia rastreado su presa, era

Apricio, un procónsul recien llegado de Roma para exterminar á los cristianos!

—Su destino está en mis manos, dijo entre sí el bárbaro, miéntras volvia á su palacio; el miedo á los tormentos me la entregará en breve.

Al dia siguiente, al rayar el alba, Dorotea recibió órden de pasar al palacio de Apricio.

Nadie ignoraba la mision que llevaba el procónsul á la ciudad; y ya algunos cristianos habian sido presos en secreto y todos aguardaban ver estallar de un momento á otro la persecucion.

Fácilmente comprendió, pues, la doncella lo que la esperaba, y dió gracias á Dios porque la elegia entre tantas otras mas dignas que ella para rendirle testimonio.

En seguida despojándose de sus humildes vestidos, se puso una túnica de un tejido blanco de Egipto, adornó sus cabellos con la blanca corona de las vírgenes, y se despidió de la anciana criada que su madre la habia dejado al morir. Próxima á dejar aquellas paredes donde se habia deslizado su infancia, la hermosa vírgen les dijo tambien un tierno adios, y alzando los ojos al Cielo, donde en breve hallaria una feliz morada, fué al palacio de Druso donde residia el procónsul.

Apricio estaba sentado en un trono de marfil, rodeado de lictores y de algunos privados. Dorotea, introducida á su presencia, entró con los ojos bajos como una casta y púdica vírgen; habia en su porte una serena dulzura, pero brillaba en toda su persona una especie de santa majestad, la majestad de un sér superior que bebe sus consejos y sus resoluciones en la fuente de toda grandeza y de toda verdad. Miéntras se encaminaba al trono, grave y pensativa, tenia su corazon elevado hácia su Criador, y recibia de él una fuerza invencible.

Contemplaba Apricio en silencio aquel rostro tan puro, cuyas gracias no habia hecho mas que entrever, y no se cansaba de mirarle. Bien hubiera querido la vírgen poder bajar su velo ante aquella mirada, pero los guardias se lo habian hecho levantar á la puerta del palacio. Jamas se habia presentado de aquella suerte delante de ningun hombre, y el rubor coloró su rostro; pero era aquel un noble y púdico rubor, cuya vista imponia respeto.

Cuando llegó junto al procónsul, preguntóle este su nombre, su edad, su estado, y le dijo:

—He venido á Cesarea por órden del mui augusto emperador, á fin de purgar esta tierra de la secta insensata de los cristianos, que detesta y quiere extirpar de su Imperio; todos deben hoi ir al templo y sacrificar á los dioses inmortales, ó morir en los tormentos. El altar está preparado, el incienso humea, las víctimas aguardan; ven, sígueme.—Y el procónsul miraba á la vírgen, esperando verla ponerse pálida y turbarse.

Pero Dorotea respondió sin alterársele el semblante:

—Dios, el verdadero Dios, el único á quien pertenecen el Cielo y la tierra y todas las criaturas que la habitan, me ha dado otras órdenes,—me ha mandado que no sirva mas que á él, que no ame mas que á él. ¿Á quién te parece, Señor, que debemos obediencia, al soberano del Cielo ó al de la tierra, al Dios Criador omnipotente que me ha formado para amarle, conocerle y servirle, ó á la flaca é injusta criatura que ha recibido de él su efímero poderío?

—Doncella, déjate de esas orgullosas sutilezas, respondió Apricio montado en cólera; no te he mandado venir para entrar en esas controversias contigo; yo no soi un retórico, ni un sofista, añadió señalando la espada suspendida á su costado; estoi aquí para hacer ejecutar el edicto del emperador.

Dorotea quedó en silencio: el procónsul lo atribuyó á temor, y prosiguió:

—Seré implacable; inauditos tormentos aguardan á todo el que ose rehusar su incienso á nuestros altares. He hecho llamar á otros cristianos, como á tí, y están esperando; ven á darles el ejemplo de la sumision.

La doncella respondió con ademan modesto, pero lleno de firmeza:

—Si es cierto que mis hermanos necesitan un ejemplo, vengan á verme morir, y sabrán que una flaca mujer nada teme cuando es preciso confesar á Jesucristo, al Redentor, al Hijo del Altísimo. ¡Oh jueces y grandes de la tierra! ¡no os tememos, por mas fuertes, por mas poderosos, por mas terribles que seáis, porque vuestros tormentos y vuestras persecuciones duran poco y siempre la muerte nos liberta de vosotros! Pero los castigos ó los premios de nuestro Dios son eternos, y bien merecen la pena de temerlos ó de desearlos.

El procónsul la miraba con sorpresa: tanta resolucion en una edad tan tierna le asombraba; pero esperando aterrarla, á fin de dar mas valor á su proteccion cuando se la ofreciese, hizo que se acercasen los verdugos armados de ruedas y de potros.

Sin embargo, la jóven vírgen, en vez de temblar, sonrió con desden, y acercándose, puso sus dedos en los instrumentos de tortura: no parecia sino que los acariciaba con la mirada y con la mano, como se acaricia el nervudo cuello del hermoso corcel que va á lanzarse al blanco á que se aspira. Luego, llegándose á Apricio:

—¿Qué te detiene? dijo al romano atónito y confuso; ¿por qué no cumples desde luego tu obligacion? ¿por qué tardas?.... ¡Ah! ¡cuánto deseo sufrir para ir á contemplar al que me llama á sí!

Él es el esposo querido de mi alma, añadió viendo

el asombro de Apricio; me espera, me convida, me insta á ir á reunirme con él en las moradas del Cielo, donde los frutos son siempre sabrosos, las flores siempre frescas y perfumadas, donde el manantial de agua viva es inagotable y nunca se seca, donde las almas de los Santos se abrevan y se sustentan de amor, de alegría y de inmortalidad. ¡Oh Dios! ¡Recíbeme pronto en tus sagrados banquetes!

Un celestial entusiasmo brillaba en el rostro de la Santa y le comunicaba una admirable belleza.

Arrebatado por sus deseos, mandó Apricio que se retirasen los verdugos, y dijo á la vírgen las palabras mas apasionadas, suplicándola que dejase á un lado insensatos delirios, y convirtiese hácia él aquel amor que malograba y perdia en amar á un Dios imaginario: díjole tambien que la amaba, por haberla visto mas de una vez en la fuente de los Sauces, y que, si queria corresponder á su ternura, no la molestaria en lo tocante á sus dioses y á su culto.

—Ven á vivir á mi palacio, añadió, ven y te coronaré de rosas y de flores nuevas; ven, ven, que ya estoi impaciente por hacerte olvidar el rigor que te he mostrado al principio.

—Soi cristiana, respondió la vírgen.

—Dejemos á un lado nuestros dioses, y no pensemos mas que en las alegrías y en las delicias de la vida.

—Soi cristiana, repuso Dorotea, y ni las alegrías ni las delicias de la tierra pueden conmover mi corazon. Todo mi sér aspira al Cielo.

Procuró Apricio persuadirla, ya con promesas que hubieran podido alucinar á mas de una jóven romana, ya con las mas violentas amenazas: sus fogosas pasiones le hacian pasar instantáneamente, y casi sin transicion, á los extremos mas contradictorios. Su amor menospre-

ciado se convertia en su seno en odio furioso, y sin embargo, aquella resistencia desconocida en las depravadas costumbres de la Roma de los emperadores, excitaba y fomentaba su pasion. En fin, no pudiendo ni vencer la incontrastable resolucion de Dorotea, ni decidirse todavía á entregarla á los verdugos, quiso probar á persuadirla por otros medios.

Dos jóvenes y débiles doncellas cristianas habian abjurado recientemente su creencia á la vista de los tormentos: eran dos hermanas llamadas Cristina y Calixta. No atreviéndose á volver á presentarse entre sus parientes y amigos, se habian quedado bajo la vergonzosa proteccion del perseguidor de sus hermanos, y vivian escondidas en el fondo de su palacio.

Apricio las mandó llamar, y les confió la jóven cristiana: su esperanza era que manifestando á Dorotea los placeres y el lujo en que vivian, las dos hermanas lograrian hacerle abjurar el culto de un Dios que mandaba el renunciamiento y la pobreza.

Dóciles á las órdenes del procónsul, llevaron las dos jóvenes y hermosas doncellas á Dorotea al interior del palacio, y la condujeron á salas adornadas con magnificencia, donde ardian en braserillos de oro ricos perfumes; el piso estaba alfombrado de flores, y multitud de cascadas de blando murmullo caian en pilones de pórfido á fin de conservar una grata frescura; todo en aquellos sitios halagaba los sentidos, y las dos doncellas, vestidas y tocadas como las sacerdotisas de Vénus, comenzaron á encarecerle las delicias de su nueva existencia, diciendo:

—El culto de nuestros nuevos dioses es fácil: ¡hacer lo que agrada! No hai en él penitencias, ni lágrimas, ni ayunos, ni renunciamiento de sí mismo, ni mortificaciones como en la lei de Cristo, sino delicias y pla-

ceres que se suceden sin interrupcion: por oraciones, danzas y festines: para honrar á los dioses, amar, reir, cantar y ceñirse las sienes de tempranas flores. La vida es breve, dicen los doctores de esta lei, y es preciso hermosearla.

Dorotea miraba á sus nuevas compañeras, y sus ojos expresaban un triste asombro; pero ellas, para acabar de hacer su papel, ó acaso para aturdirse, continuaban:

—La corona del martirio es demasiado espinosa, y los clavos de los verdugos, demasiado agudos: Dorotea, no pruebes á luchar, porque esos combates son demasiado ásperos para unas pobres flacas criaturas como nosotras; ántes bien, sigue nuestro ejemplo, corona tu hermosa frente de floridos pámpanos, goza de tu juventud, y pasa una vida alegre y libre de cuidados;—y las dos hermanas procuraban sonreir y loquear como dos jóvenes bacantes.

Pero cuando se ha conocido la verdad, cuando en la infancia se ha sabido conocer y amar á Dios, cuando se ha pronunciado su nombre en presencia de sus obras, y se le ha bendecido en lo alto de la montaña ó en lo hondo del valle, cuando le hemos invocado junto á una madre enferma ó implorado su divina gracia por el regreso de un hermano ausente; cuando su nombre se ha mezclado á todas nuestras alegrías y á todos nuestros dolores, podemos tal vez apartarnos un dia de sus caminos, pero olvidarle, jamas! "¡Si yo te olvido, oh Jerusalen! quiero que mi diestra se olvide á sí misma, quiero que mi lengua quede pegada á mi paladar, si no me acuerdo de tí y si no hago de tu recuerdo el motivo de mi alegría (*)." Algo en el fondo del corazon le recuerda siempre. En vano aquellas jóvenes procuraban olvidarle; una voz resonaba sordamente en su alma y ve-

(*) Salm. CXXXVI, 5, 6.

nia á turbarlas en medio de sus falaces placeres, y luego sentian la vergüenza de su apostasía, y el sonrojo cubria su frente delante de aquella niña tan jóven, y mas jóven que ellas, y á pesar de eso tan fuerte y tan invenciblemente animosa.

Dorotea les echaba una mirada de una gran dulzura, y sin embargo penetrante como un rayo del sol.

Aquella mirada las ponia inquietas y las hacia palpitar, y en vano procuraban sustraerse á ella: se agitaban, hablaban á prisa y con voz trémula, porque luchaban inútilmente: ambas en el fondo de su conciencia se sentian abandonadas del Dios á quien habian dejado, y dignas del desprecio de sus hermanos.

Probaron á cantar un himno á Vénus; pero la mirada de Dorotea, siempre fija en ellas, las turbaba, y la voz se les apagó en la garganta. Quisieron tejer alegres danzas al son de la cítara; pero el contento huia de ellas, y sintiéndose profundamente desalentadas se pararon confusas.

Entónces la jóven santa, viéndolas inmóviles y cabizbajas, se acercó á ellas de repente, las estrechó á ambas en sus brazos, y arrodillándose exclamó llorando:

—¡Oh Dios mio! perdonadlas y fortificad su flaqueza!

No estaban preparadas Cristina y Calixta á una mansedumbre tan celestial; así fué que no resistieron á ella, ántes bien, refugiándose las dos en los brazos de la Santa, como náufragos en el puerto de salvacion, prorumpieron en sollozos por mucho tiempo comprimidos.

Las tres confundieron sus lágrimas; lloraron y oraron juntas hasta la mañana, y luego las dos hermanas dijeron á Dorotea:

—¡Ah! hemos pecado contra el mismo Dios; ¿cómo

hemos de esperar jamas borrar nuestra culpa y obtener su perdon?

—¡Volviendo al combate y alcanzando la victoria!

—¡Ah! ¡ya no somos dignas de morir por nuestro Dios!

Pero Dorotea decia:

—Nuestro Dios es el Dios de la misericordia; no hai herida que él no pueda sanar, no hai crímen que él no pueda borrar; se llama el Salvador porque salva, y el Redentor porque redime, y mas culpadas seríais todavía dudando de su misericordia, de lo que lo habéis sido renegándole por debilidad en los tormentos;—y con estas y otras palabras procuraba Dorotea fortificar sus abatidos ánimos.

Cuando á la mañana fueron los guardias á buscarlas para conducirlas á presencia del procónsul, halláronlas á las tres en oracion, llorando y gimiendo, no por miedo á los tormentos, sino por el solo temor de no ser juzgadas dignas de sufrirlos.

Y Dorotea decia alzando los ojos y las manos al Cielo:

—¡Dios mio! ved su arrepentimiento con ojos favorables, y no les rehuséis la palma de un generoso martirio.

Y siguiendo á los guardias atónitos, echaron á andar las tres, cogidas de la mano, y cantando las alabanzas del Dios vivo.

Lleváronlas así hasta el templo, donde el procónsul habia hecho preparar al mismo tiempo un sacrificio á los dioses, y un horno encendido para asustar á la vírgen enseñándole las llamas prontas á devorarla.

Cuando Apricio, que las esperaba junto á los altares, las vió llegar de aquella suerte entonando un cántico al Dios de los cristianos; cuando vió claramente

que Dorotea, léjos de dejarse seducir por el ejemplo de sus compañeras, las habia convertido á ámbas á su primera creencia, se enfureció terriblemente, y mandó que las hiciesen rendir sacrificio á los dioses al instante, ó que las arrojasen al punto en la ardiente sima que las esperaba.

Entónces Cristina y Calixta se miraron sonriendo, fueron á saludar á Apricio y le dieron gracias : luego, con voz sonora y alegre que parecia un canto, exclamaron :

—¡ Oh Dios misericordioso y bueno, que perdonas la ofensa y no te acuerdas mas que del arrepentimiento del culpado, recibe nuestro sacrificio como una ofrenda todavía pura, y no nos cierres las celestiales moradas !

Y asidas de la mano como dos niños que van á emprender jugando una larga carrera, se acercaron al verdugo, que las precipitó á ámbas en las llamas.

Y Dorotea, comprendiendo la ventura de aquellas almas convertidas á Dios, cantaba arrodillada el himno de la libertad.

Despues de aquella bárbara ejecucion, quedó Apricio aterrado, confundido delante de aquel fuego que consumia á las dos santas vírgenes ; pero aquella indomable resistencia que acababa de transformarle en un infame verdugo, aumentaba su ira. Fuera de sí aquel hombre á quien nadie habia osado todavía resistir, llama á los tortíceros, porque le parece que el suplicio que acaba de imponer es demasiado pronto ;—no ha oido los gritos de las víctimas, no han podido pedirle inútilmente piedad y perdon, á él, que ya nunca jamas tendrá perdon ni hallará piedad ! Hace traer tenazas de hierro y desgarrar á su vista los delicados miembros de Dorotea, de aquella hermosa vírgen á quien poco ántes creia amar ; ahora, como el tigre que tiene su presa entre las

garras, se apacienta en su martirio, y saborea, viendo correr su sangre, un placer feroz!....

Pero mientras que los ejecutores rompian sus miembros y desgarraban sus carnes, alzaba la doncella los ojos al Cielo y seguia entonando el cántico empezado; y su voz vibraba brillante y sonora como en un divino rapto de júbilo.

—¿Y será posible que se ria de mí hasta el fin? exclamó el procónsul.

Apodérase de él entónces una frenética saña: para vencer la constancia de Dorotea, inventa nuevos tormentos. La desgarran los costados, la queman las carnes, hacen pedazos sus piés y sus manos de marfil, y pronto todo su cuerpo no es mas que una horrible llaga que atarazan los sayones con clavos candentes. El tirano espera hacerla al fin implorar merced, y burlarse de sus súplicas y de su debilidad.

Pero cuantos mas tormentos acumulaba, mas se mostraba la alegría del alma en la santa víctima, y pronto los verdugos cansados tienen que pedir merced; vencidos, ya sin aliento, se niegan á continuar una inútil tortura. ¡Rábia impotente! embriagado por la vista de la sangre, ciego de furor, y perdida ya toda esperanza, Apricio manda, para acabar de una vez, que la corten la cabeza, y al mismo tiempo decia entre sí mordiéndose los puños:

—¡Tiene razon; son mas fuertes que nosotros, y siempre se nos escapan con la muerte!

Cuando la llevaban por fin á morir, acercóse á ella un hombre llamado Teófilo, enemigo encarnizado de los cristianos; la víspera, en el palacio de Apricio, la habia oido decir que iba á un sitio de delicias, donde los frutos son siempre sabrosos y las flores siempre fragantes y hermosas. Sin comprender que aquellas flores de que

hablaba la Santa son las de las virtudes, aquellos frutos los de la sabiduría, y que aquellas aguas vivas cuya fuente es inagotable, son aquellas de que hablaba el Salvador á la Samaritana, para darle deseos de lavar en ellas sus culpas y aspirar en su cristal la vida de su alma muerta para el bien, aquel hombre le dijo con insultante ironía:

—Dorotea, cuando llegues á los deliciosos jardines de tu querido esposo, envíame, te ruego, alguna de aquellas rosas que dices que son tan bellas y fragantes.

Y los verdugos la escarnecian tambien á su vez; pero Dorotea le respondió con un acento celestial:

—¡Oh Teófilo! yo llevaré tu súplica á Dios; le imploraré para que te envie una de esas flores que deseas sin conocerlas, y ojalá que mi sangre que corre aquí á tu vista sea un rocío que las haga reproducirse en tu pecho! Adios.

Y la vírgen, dichas estas palabras, habiendo llegado al lugar del suplicio, inclinó su hermosa y dulce cabeza bajo el hacha que la hizo caer, y espiró.



LA CREACION.

CANTO EPICO.

I.

MUSA! ¿Hasta dónde sublimando el vuelo
Arrebatas mi mente? "Diva trompa
Osado empuña y el horrendo velo
Del funerario cáos, dices, rompa
Tu voz. De cuanto mora bajo el cielo
El nacer canta con solemne pompa,
Canta la inconcebible no existencia,
Canta de Jehovah la omnipotencia."

II.

¿Y cómo alzar á la superna cumbre
Del estupendo misterioso arcano
De la creacion sin inspirada lumbre
Temeraria la voz, cantor profano?
Mas si es dado contar la muchedumbre
De tus obras, mi Dios, á plectro humano,
El de Mosía dame sacro tema
Inspirador de su inmortal poema.

III.

Era la nada y solo nada era:
Era un cáos imforme, inconcebible:
Tinicbla pavorosa por doquiera
Inundaba el vacío inmenso, horrible,

¡Silencio eterno de la muerte fiera!
Era el no ser, la nada indivisible,
Era todo ficcion, vana apariencia,
Y solo realidad la no existencia.

IV.

Eterno del no ser, inmensurable
El tiempo sin principio iba corriendo,
Y del lóbrego cáos insondable
Íbase en las tinieblas confundiendo,
Mientra el Supremo Sér, en su inefable
Mente, la obra estupenda concibiendo,
Los horrendos contempla antros profundos
Do sin cuento á su voz brotaran mundos.

V.

Y entre lampos de luz resplandecientes
Que se hunden en los lóbregos confines,
Y de aureola de rayos esplendentes
Circundado: de alados querubines,
De potestades, ángeles fulgentes,
Dominaciones, puros serafines,
En plena gloria y majestad se ostenta:
Su aspecto, en torno, la tiniebla ahuyenta.

VI.

Es el Eterno, sin principio, increado,
El pensamiento, la razon, la vida:
El que los vientos rige, manda al Hado:
Gira en los astros y su curso embrida:
Ruge en el trueno que revienta airado:
Consolida la tierra, el mar liquida:
De la materia autor y sus creaciones.
Es el Dios de los siglos y naciones. (*)

VII.

Es el gérmen, orígen, la manera,
De toda sensacion, toda existencia:
De las cosas y ser causa primera:
Forma la eternidad su arcana esencia:
Treme á su aspecto la natura entera.
Ante su majestad y omnipotencia
El angélico coro sin mancilla
Prosternado la faz radiante humilla.

VIII.

Es el que fué, es y será. Ninguno,

(*) Zoroastro. mitolog. ind.

Humano ó inmortal, ha alzado el manto
Que le oculta, atrevido ó importuno (1).
Es el mismo de ayer, el de hoi, el santo
Que por siempre ha de ser. El solo y uno : (2)
El que todo lo es ; y es todo cuanto
Ha sido y puede ser en las edades,
Es la sola verdad de las verdades. (3)

IX.

Es el Wishnnoo del Indoo : el Tien del Chino :
El Knef de Menphis : el Ammon Thebano : (4)
El Júpiter ó Jovis del Latino :
El Yaho de Fenicia soberano :
El Zeus de la Grecia ó el Destino,
El Allah de la Arabia, el Bell persiano
El Jehovah Caldeo y Cananeo :
El Señor y Adonai del Hebreo.

X.

El Dios universal que á todo hombre (5)
Se revela en sus obras eternales :
Es la esencia purísima sin nombre, (6)
El Demiourgo Universal de Thales : (7)
El Logos de Platon : (8) de Theophombre
El alma de los seres materiales (9).
El Universo ríndele tributos
Bajo diversos nombres y atributos. (*)

XI.

En medio de las fúlgidas estancias
De esos inmensos órbes que su via
No pudieron velar ni sus distancias,
Brilla el astro lumbroso, rei del dia,
Que raudales de luz é ígneas sustancias
Desparce en torno y á su imperio envia.
Dióle á su eje inflamado el Sér Eterno
Sobre sí mismo, giro sempiterno.

(1) Inscrip. en el templo de Sais. Champ.
(2) Hebreos. XII.
(3) Vedas. Libro Sag. del Indost.
(4) Ibidem.
(5) Confuc. Mitologia China.
(6) Demócrito. Nat. Dei.
(7) Thales. citado por Eus. Conoc. Deor.
(8) Platon. Phil. citado por Var.
(9) Theophomb. Theol. cald.
(*) Vease al fin.

XII.

Mas allá de su curso, en las regiones
Purísimas del éter, donde nada
La materia en perennes vibraciones:
Donde tan solo alcanza la mirada
De Jehovah, existen á millones
En rotacion girando prolongada
Y perenne, en los cóncavos espacios
Mundos de fuego, estrellas de topacios.

XIII.

Y mas distante aún, mas allá, fuera
De esa region, aun mas que el cielo léjos,
La del Supremo Sér, increada esfera,
Ostenta de su gloria los reflejos.
Antes que el tiempo su nacer tuviera:
Cuando de la materia ni bosquejos
Existian, ya el Dios Omnipotente
Reinaba en ese cielo refulgente.

XIV.

Allí la beatitud y la inocencia,
Las perfecciones todas residian,
Y del amor divino en la excelencia
Purísimos espíritus ardian:
Esos que creó inmortales la clemencia
Del Eterno, y en himnos repetian
Salve ¡oh Rei de la gloria poderoso!
Bendito seas Padre bondadoso.

XV.

Cuando los mundos y los hombres sean,
Y que el Autor Supremo rompa el vaso
Del transitorio sér que estos posean,
Allí á su sacro divinal regazo
Los que sus dones en servirle emplean
Vendrán á unirse en sempiterno lazo;
Y allí á su gloria y bienaventuranzas
Entonarán por siglos alabanzas.

XVI.

Llega el tiempo: las puertas de diamante
Que desde la creacion cerradas fueron
De esos sitios de gloria deslumbrante,
Á la voz del Señor en par se abrieron,
Y penetrando el cáos, un instante
Basta, y los senos del no ser le vieron

Raudo surcando en su inflamado coche,
Á la region bajar de eterna noche.

XVII.

Inmensurables ámbitos profundos
Do en rotacion eterna, portentosa
Sin cuento rodarán soles y mundos:
Aire, vida del Orbe; de abundosa
Lluvia, raudales diáfanos, fecundos.
El fulmíneo elemento que á la hermosa
Naturaleza anima y regenera
Y en globos encendidos reverbera.

XVIII.

El fragaroso trueno, el rayo impío,
Los arcanos magnéticos, meteoros:
Todo animal sensible que albedrío
Espontáneo ejercita y los tesoros
De razon ó palabra ó poderío;
Y aun la inerte materia que por poros
Recibe sensaciones y por venas
De los humanos al saber ajenas.

XIX.

Todo al fiat de Dios, inconcebible
Arcano á la criatura no inspirada,
Va á ostentar existencia é invisible
Va á sér la nada á nada relegada.
Todo figura y sér tendrá sensible,
Todo cuerpo á brotar va de la nada.
Á la estupenda obra decidido
El Eterno es al punto obedecido.

XX.

Y los cielos y tierra aparecieron, (1)
Y la tierra desnuda era y vacía, (2)
Y al abismo tinieblas encubrieron;
Y Jehovah en las aguas se mecia, (3)
Y hablando dijo "Hágase luz" y fueron
Los albores purísimos del dia; (4)
Y viendo Dios la luz, juzgóla buena
Y suspendió este dia su faena. (5)

(1) Génesis, cap. 1.° vers. 1.°
(2) Ib. vers. 2.° Terra autem erat *inanis* et *vacua*.
(3) Ibidem cap. 3.° ib. 4.°
(4) Ibidem.
(5) Ibidem.

XXI.

El de Israel legislador sagrado,
Tarde nombra de un dia y la mañana
Cada creacion, lenguaje acomodado
Á la débil asaz razon humana.
¿Mas del Eterno Artífice el osado
Quién á escrutar será la ciencia arcana?
¿Quién si en un fiat la creacion, un dia
Ó en períodos de siglos fué, sabria?

XXII.

Tambien, Dios dijo, sea el firmamento
En medio de las aguas, y divida
Las aguas de las aguas: (1) y al momento
Majestuosa ostentó su faz lucida
La bóveda encumbrada, de su asiento
Siendo el agua de abajo desprendida; (2)
Y nombró Dios al firmamento, cielo,
Y á otro dia dejó su creador celo. (3)

XXIII.

Refulgente, risueña, encantadora,
Entre purpúreos vívidos colores,
Su faz ostenta la primera aurora,
Y al lucir, con portentos y primores
Su majestuosa obra Dios decora:
De la seca apartada en surtidores
El agua, dijo, toda se reuna,
Y al punto apareció la gran laguna. (4)

XXIV.

Y tierra Jehovah la seca llama:
Y á la undosa laguna mares nombra; (5)
Y produzca la tierra, dice, grama,
Que dé simiente y sea verde alfombra,
Y árbol que fruto brinde en toda rama;
Y selvas luego de apacible sombra
La cubrieron, y yerbas. Satisfecho,
Suspende Dios el admirable hecho. (6)

(1) Génesis, ver 6.
(2) Vers. 7.
(3) Vers. 8.
(4) Vers. 9.
(5) Vers. 10.
(6) 11. 12, 13.

XXV.

Bella fulgia el alba matutina
Nubes rasgando de encendida grana,
Y transparentes copos de neblina:
Cuando el Eterno la obra soberana
De su gloria, con rayos ilumina.
" Sean, dijo, la tarde y la mañana
De la noche apartadas por lumbreras
Dos, heraldos del tiempo en las esferas."

XXVI.

Y al proviso magníficas brotaron
Luminosas de imágen orbiforme,
Y de la noche el dia separaron,
Y á su destino y á su lei conforme
Los cóncavos espacios alumbraron.
Fulgura de la una el globo enorme
En el dia que forma; la otra el manto
Levanta negro de la noche en tanto. (1)

XXVII.

Y cual del orbe espléndidos fanales,
De la bóveda excelsa á la alta cumbre
Se subliman, y en giros perenales
Los ámbitos surcando, de su lumbre
Pura, fulgente, inundan en raudales
La de mundos inmensa muchedumbre
En la creacion igníferos descuellan
Y de su autor la majestad destellan. (2)

XXVIII.

La creacion de la luz, que de la oscura
Tiniebla, por celeste mecanismo,
Separada en los ámbitos fulgura,
Del de la nada proceloso abismo,
Antes que el foco de emision tan pura
Creado el Señor hubiese, anacronismo
Quizá juzgóse de la pluma mia,
Ó concepcion, tal vez, de fantasía

XXIX.

Mas lo protesto: ni una letra ó coma
Invento, altero, ni atrevido omito,

(1) 15. 16.
(2) Vers. 17. 18. 19

Del que humanal razon ofusca y doma
Sacro historial, que cinceló en granito
El fuerte de Israel, mi musa toma,
Y al metro ajusta lo que fiel recito:
Del Génesis leed las líneas primas
Y concordes veréis con él mis rimas.

XXX.

De selvas y tapices de gramíneas
La tierra ve su faz engalanada,
Y de franjas auríferas, fulmíneas,
Al oriente la aurora festonada
Que por la quinta vez derrama ínneas
Sus luces, en la esfera dilatada.
La tierra su primor plácida mira,
Y á su autor infinito grata admira.

XXXI.

Mas la tiniebla de la noche apena
Huyó del alba á la presencia, cuando
El Dios Omnipotente á su faena
Torna, su voz divina así ordenando,
"Enorme brote el agua la ballena,
Y reptiles que en ella estén surcando,
Peces á los que anime alma viviente,
Toda ave que en el aire se sustente." (1)

XXXII.

Y peces y reptiles produjeron
Las aguas, cuanto sér anima y mora
En sus profundos senos; y cubrieron
El pintado escuadron de ave canora
Las aéreas regiones do surgieron.
Jehovah en la obra que decora
Juzgándola perfecta se complace,
Y á los brutos sus leyes oir hace. (2)

XXXIII.

Mi bondad arrancó del hondo cáos,
Les dice, el mar, la tierra y aire leve:
Sus espacios henchid, regocijáos,
Y cada especie á su elemento lleve
Gérmen vital; creced, multiplicáos,
Y vuestra raza innúmera se eleve.

(1) § 2. vers. 20.
(2) 21.

Y retirando el sol su luz fulgente
Dejar plugo al Señor la obra pendiente. (*)

XXXIV.

Al fin la era venturosa llega:
El majestuoso sol, su claro rayo
Al orbe envia: el alba ya despliega
De rosas y de nácar matiz gayo,
Que á la vírgen creacion en gozo aniega.
Los cantores del alba el primo ensayo
Hacen de sus canoras melodías:
Natura toda es dicha y alegrías.

XXXV.

Los mares que en perenne lucha agitan
Onda tenaz, reprimen sus furores
Y la alegría universal imitan:
Su perfume balsámico las flores
Por el orbe en raudales precipitan;
Todo vario matiz en sus verdores
La umbrosa selva ostenta. Nada asombre
El dia que va á ser el primer hombre.

XXXVI.

La magnífica escena contemplando
Jehovah en su armonía se recrea,
Y en su alta mente el término fijando
De la sublime, divinal tarea,
Va á la tierra su lei así dictando:
" Todo animal terrestre al punto sea,
Que alma viviente anime y en sí propio
De gérmen de su especie tenga acopio."

XXXVII.

Y el hondo valle y enriscada sierra,
El prado herboso, árido llano, el monte,
La varia faz de la anchurosa tierra,
Hasta el remoto fin que el horizonte
En sus ignotos ámbitos encierra,
Todo, brutos germina. El mastodonte,
El megaterio, iguanadon deforme,
Y cuanta ya no existe bestia enorme.

XXXVIII.

Todos al fiat del Señor se alzaron,
Y las que á par de mil generaciones,

(*) Vers. 22. 23, 24, 25.

Del humano linaje atravesaron
Del mundo las edades, y millones
De inmundas reptilías, y poblaron
De todo vario clima las regiones.
Va á cumplir Jehovah su alto misterio,
Un monarca creando al grande Imperio.

XXXIX.

Prepara ¡oh tierra! el seno fecundante,
Selvas umbrías, mansos arroyuelos,
Lumbreras de la noche, sol radiante,
Interminable mar, cándidos cielos,
Esferas de zafir, rayo tonante,
Tormentas, nubes, aquilones, hielos,
Luz y tiniebla: y tú gran maravilla
Ven, aurora feliz, plácida brilla.

XL.

Peces, aves, cuadrúpedos, reptiles,
Cuanto el Autor Omnipotente hizo
Del encantado Eden á los pensiles,
Venid, veréis al humanal hechizo,
Venid, su forma y perfeccion gentiles
Veréis, veréis al rei del paraíso;
Y alabando al Creador vuestra armonía
Celebre el inmortal, grandioso dia.

XLI.

Sonó la voz omnipotente: "al hombre
Á nuestra imágen, dice, y semejanza
Hagamos, que domine á par que asombre
Al bruto con quien firme estreche alianza,
Y asigne á cada especie propio nombre."
Y de la tierra lodo vil alcanza,
Entre sus sacras manos modifica,
Y en el humano sér personifica. (*)

XLII.

Figura vertical, erguido cuello,
La rosa y lirio en el color semeja
El rostro orlado de naciente vello.
En sus ojos del cielo se refleja
El brillo rutilante: y el cabello
Que rizos forma y la enarcada ceja
Negros cual ébano, semblante digno,
Noble, grave, y á par dulce y benigno.

(*) § 3. v. 26. 27.

XLIII.

Anchas espaldas, pecho realzado,
Nervudo brazo, al que labrada á torno
Robusta mano deja rematado.
Sobre marmóreos piés, base y adorno
Se alzan las piernas de marfil nevado
Cual columnas bruñidas en contorno :
Esbelto talle, varonil presencia
Y cuanta darle á Dios plugo excelencia.

XLIV.

Y del hombre la estatua contemplando
Jehovah se complace en su belleza,
Sexo le da conforme, en él creando
La apropiada humanal naturaleza.
Y "anímate, le dice, é inspirando
Del soplo celestial con la pureza
La inerte material figura, vive
É inmortal un espíritu recibe."

XLV.

Inclinando ante Dios la erecta frente
Y de hinojos cayendo, el hombre exclama :
¡Oh suprema deidad! ¡Omnipotente
Productor de mi sér! Mi pecho inflama
Con un destello de tu luz fulgente,
Y de tu pura esencia en mí derrama
Para culto te dar digno, una gota :
El divo fruto en mí veréis cuál brota.

XLVI.

Loado seas, mi Creador : rendido
Á tu aspecto divino ¡oh padre! heme,
Heme ante tu grandeza confundido :
El don de tu piedad, la voz, aun teme
En tu loor articular sonido:
Tu faz radiosa me deslumbra, treme
Á tu vista mi sér, tu excelsa gloria
La razon me confunde y la memoria.

XLVII.

Álzate, Adan, pronuncia voz suprema,
Este tu nombre, nombre de alto arcano,
De poder y de ciencia es el emblema;
Él inmortal será mientra el humano
Linaje exìsta, y hasta la postrema
Edad, resonará en el tiempo cano;

Mi voz escucha, y en tu mente imprime
Los sacros dogmas de mi lei sublime.

XLVIII.

¿Ves esa espléndida, lumbrosa esfera,
Ese del dia rei esplendoroso,
La que en la noche refulgente impera,
Aquese coro innúmero, radioso
De globos que en los cielos reverbera,
Ese hondo mar, interminable, undoso,
Esos del orbe inmensos continentes,
Zonas templadas, frígidas, ardientes?

XLIX.

¿Esos amenos, deleitosos prados,
De frutos, mieses y fragantes flores
Y de verdor perenne coronados?
¿Esos raudales, de oro surtidores?
¿Esos de plata montes elevados?
¿Piedras preciadas, bálsamos, olores
Undosos rios, fuentes cristalinas,
Campos feraces, plácidas colinas?

L.

¿Ves mil rebaños en feraz llanura
Pastando ledos; y vagando errantes
De la arboleda umbría en la espesura
Selváticas especies? ¿De habitantes
No ves enjambres en la linfa pura?
¿Esa tribu de armónicos cantantes
Nuncios del alba? ¿y tanto fiero bruto,
Fuerte, voraz, carnívoro y astuto?

LI.

Todo, Adan, todo á tu poder se rinde:
La ciencia y el valor yo te transmito:
Tu imperio, Adan, no reconoce linde:
Usa á tu voluntad, te lo permito,
Cuanto de la alma tierra el seno brinde,
Á la creacion mis leyes he prescrito,
Eres, Adan, el rei de la natura,
Á tí se humillará toda criatura.

LII.

Y ¿aqueste hermoso, fértil paraíso,
Sus bosques, frutas, flores y recinas,
Tanto primor, tan seductor hechizo:
Los que sus vegas bañan y colinas

Raudales cuatro en que el caudal deshizo
El padre undoso de aguas argentinas? (1)
¿Ese árbol bello de las frutas de oro
Que de la vida lleva en sí el tesoro? (2)

LIII.

Pues todo ese primor, tanta belleza,
Tanto raro portento, todo es hecho,
Toda la universal naturaleza,
Por tu placer, Adan, ó tu provecho:
Esa es tu herencia, goza con largueza,
Vive feliz, contento, satisfecho.
Cual la arena del mar, tu prole crezca
Mas que los astros múltipla engrandezca. (3)

LIV.

Empero, uno tan solo te prohibo
Disfrutar de mis dones. ¿Ves frondoso
Ese árbol que alzando el copo altivo,
Se extiende en torno sobre el bosque umbroso?
¿Tus sentidos no atrae el incentivo
De las que abruman su ramaje hermoso
Doradas pomas, vívidas, lozanas,
De su fragancia y su belleza ufanas?

LV.

Ese árbol, Adan, inescrutable
Misterio encierra, la sublime ciencia
De todo bien y mal; mas mi inefable
Bondad, desear probando tu obediencia,
Bello, fragante, ameno, deleitable
Á tu vista lo ofrece. La abstinencia
De sus frutas te impongo, únicas, solas.
Y ¡ai de tí, Adan, si mi precepto violas! (4)

LVI.

Cual célica armonía en el oído
De los del pueblo hebreo resonaba
Profetas venerandos, y embebido
Su espíritu en sus notas se eclipsaba,
Tal es el primer hombre conmovido
Al eco del Señor. La voz callaba,
Cuando en místico arrobo transportado
Á un sueño misterioso fué entregado.

(1) § 3. vers. 28.
(2) Cap 2. § 19. vers. 9.
(3) 16.
(4) Cap 2.° § 1.° vers. 9.

LVII.

¡Embeleso del alma, grato sueño!
Del pío Cielo don inestimable!
Al gozar de tu pláeido beleño
Adan, la vez primera en su inefable
Mente, angélico sér, un nuevo dueño
Cándido, virginal, tierno, adorable,
Brotar de su costado se imagina
Y que su propia sangre en él germina.

LVIII.

Despierta, abre los ojos, y ¡oh ventura!
La celeste deidad que ver creyera
En su grato deliquio, ora mas pura
Le aparece, mas tierna y hechieera;
El mas bello primor de la natura:
Del Creador, ó la esposa, ó mensajera:
De los fúlgidos astros el espejo
Es la Divinidad ó su reflejo.

LIX.

Plantas de aljófar de contorno breve
Las de alabastro piernas buriladas
Sustentan: puro el seno de alba nieve
Del tierno Adan inflama las miradas.
A ceñir bastan la cintura leve
Menudas manos. Brota inmaeuladas
Niveas, el seno hermosas, hechiceras
De rosas coronadas, dos esferas.

LX.

Pimpollos de jacinto son los brazos:
Pulida mano, á euyo lirio asoma
Purpurino matiz en claros vasos:
El cuello naearado de paloma
Mui mas perfeeto y puro es en sus trazos
Que el de la Dea, de quien la aurea poma
Los encantos premió, y hoi los cinceles
Proclaman inmortal de Praxiteles.

LXI.

Rojo matiz de encanto pudoroso
Tiñe la blanca tez de su mejilla,
Y el de clavel deseubre labio hermoso,
Hileras dos de perlas sin mancilla.
Esplendente del Héspero glorioso
En sus cándidos ojos la luz brilla.

Y cual raudal copioso en crespas ondas,
Flota en madejas el cabello blondas.

LXII.

Y por la espalda y seno se desliza,
Y en bellos grupos á los piés desciende;
Mora en sus labios celestial sonrisa:
Inocente pudor su rostro enciende:
Á su mirada lánguida se hechiza
El padre primitivo y se sorprende.
Encantadora diosa, Adan suspira,
¡Qué atractivo en mi sér tu vista inspira

LXIII.

Cabe manso arroyuelo cristalino,
Que cual sierpe de plata murmurando
Se desliza, y de perlas el camino
Va por entre gramíneas esmaltando,
Y á la sombra de bosque peregrino
Cuyos ramos sarmientos enlazando,
De la vid primitiva se desprenden
Con racimos sin fin que de ellos penden.

LXIV.

Y de la pura linfa en los cristales,
Eva absorta su imágen contemplaba,
Cuando los primos ecos humanales
Resuenan en su oído. Adan hablaba,
¡Reina de las esferas celestiales!
Diosa por quien mi pecho deliraba!
¿Eres un Dios cual mi Creador, ó eres
La diosa de la dicha y los placeres?

LXV.

¡Qué dulce sensacion! ¡qué nuevo encanto!
Qué deleite al mirarte ha conmovido
Mi ardiente corazon; respeto santo
Gratitud y aun pavor solo he sentido
Cuando al rasgarse de la nada el manto
Que mi sér envolvia, revestido
De existencia y razon, la refulgente
Faz contemplé del Dios omnipotente.

LXVI.

Mas tu adorable imágen solo infunde
Admiracion, placer, dulce terneza,
Y en ventura y deleite el pecho hunde
Tu mirada hechicera me embelesa,

Atractivo magnético difunde
De tu talle la gracia y gentileza;
Si no creaste cual Dios los hemisferios,
Del corazon creaste los misterios.

LXVII.

Tiñe carmin la cándida azucena
Del rostro de la vírgen: pudorosa
Baja los negros ojos de sirena;
Y desplegando el de encendida rosa,
Tímido labio, así su voz estrena:
¡Oh dueño de mi sér! ¿Tu poderosa
Voluntad de la nada séres brota?
¿Eres tú de existencia quien me dota?

LXVIII.

Al abrirse mis ojos, circundada
Me ví de luz purísima: esplendente
Ví el fanal que en la bóveda encumbrada
Colgado la emitia. De esta fuente
Á la risueña márgen colocada
Mi imágen ví en la linfa transparente:
Sentí el grato perfume de las flores
Y el matiz admiré de sus colores.

LXIX.

El aire respiré bajo la umbría
Bóveda de este bosque delicioso:
De alada tribu, dulce melodía
Encantóme, que en vuelo vagaroso
En las ramas saltando se mecia.
Ví de bestias enjambre numeroso;
Mas nada era mi Dios: yo no encontraba
Tu rostro que ya en mi alma impreso estaba.

LXX.

¿Mas tú á quien solo por mi Dios reputo:
Tú que sabio y piadoso el sér me diste,
¿Cómo de adoracion rindes tributo,
¡Oh númen! á tu hechura? ¡Qué! ¿Creiste
Diosa ó celeste mensajera al fruto
De tu ciencia y poder? ¿Acaso existe
Otro Señor que tú, mi caro dueño?
Tórname ¡ai! si fuere á eterno sueño!

LXXI.

¡Cómo! responde, Adan ¿Diosa no eres
Cual el supremo autor? ¿Omnipotente

No es tu poder tambien? ¿Todos los séres
Ante tí no se postran? ¿Hai viviente
En quien con fuerza mágica no imperes?
¿No es tu morada el Cielo refulgente?
¿Y cómo, pues, tu excelsitud olvidas
Y mi humilde criatura te apellidas?

LXXII.

Maravilloso objeto, tú que imperas
En mi sensible pecho..... Esplendorosa
Mas que la luz del sol en las esferas:
Claridad candidísima rebosa
Que eclipsa de las vívidas lumbreras
El radiante fulgor. La portentosa
Maravilla asombrado admira el orbe,
Y la atencion universal absorbe.

LXXIII.

Entre coros de mística armonía
Y de esplendente aureola en sutil manto
Envuelto, de los Cielos descendia
El Supremo Hacedor. El divo canto
Señor omnipotente repetia
Llenos están ¡oh santo, santo, santo!
De tu gloria inmortal Cielos y tierra
Y de tu majestad que el orbe aterra.

LXXIV.

Absorto Adan al contemplar aquella
Gloria, doliente á Eva dice: ¿subes
Tambien á colocarte, pura estrella,
Entre esas de éter cristalinas nubes
Doseles del Eterno; y que la bella
Transparentan de cándidos querubes
Armónica milicia? ¿Al alto Cielo
Vas á elevar con Dios tu raudo vuelo?

LXXV.

Adan, clamó la voz omnipotente;
Y en sus ejes los orbes retemblaron,
Y tembló pavorida la viviente
Creacion: los altos copos inclinaron
Los árboles erguidos: su corriente
Detuvieron los rios: amansaron
Sus furores las ondas: silenciosa
Naturaleza atiende respetuosa.

LXXVI.

Adan, la voz pronuncia soberana,
Esa que á cual deidad de esencia pura
Rindes adoracion, criatura humana,
Es de tu propia esencia. Su figura
De carne tuya y de tu sangre hermana:
Por tu placer se ha criado y tu ventura.
Hija tuya, tu hermana, esposa tierna,
En union vivirá contigo eterna.

LXXVII.

Casto amor, fe constante é indulgencia.
Te merezca la amable compañera
Que mi bondad ha dado á tu existencia.
Tú, Eva, dulce, cándida, sincera,
Á tu esposo amarás, y á su prudencia
Tu opinion rendiráse placentera;
Cual señor, cual hermano y caro esposo,
Tributarásle amor fiel, respetuoso.

LXXVIII.

Con la inmortalidad os magnifica
De mi gloria el supremo poderío;
Y en vuestras almas la virtud radica
La inocencia, razon, libre albedrío,
Y entrámbos vuestros pechos ignifica
Con el tierno de amor afecto pio.
De mis dones gozad, solo os recato
Lo que á Adan ha vedado mi mandato.

LXXIX.

Dijo, y de aroma aniéganse en raudales
Y de armonía las inmensas salas
Del infinito espacio. Celestiales
Coros batiendo las fulmíneas alas
En torno de los diáfanos sitiales
Del Eterno, en variedad de escalas
Iban el himno armónico entonando
Y á la etérea region se sublimando

LXXX.

Sempiterno Señor, omnipotente
Dios que en la paz imperas y en la guerra.
De tu gloria magnífica, esplendente,
Llenos están los Cielos y la tierra;
Y te alaba, Señor, cuanto de oriente
Hasta el ocaso el universo encierra.

Y santo, santo, santo, repitiendo
En el éter sin fin fuéronse hundiendo.

(Francisco de Paula Pardo.)

(1) Monsieur *Champolion* ha descifrado un geroglífico encontrado en el templo de Lais: es una serpiente formando un círculo, y esta inscripcion "Yo soi el que fué, es y será; ningun mortal ha levantado el velo que me cubre". *Orfeo*, el mas antiguo de los poetas, pues se encontró en el buque de los argonautas con Hércules y Castor y Polux, dice que no hai mas que un Dios omnipotente, que ha nacido de la extension del éter: que es el padre de los dioses y el creador del universo: que los Cielos son su mansion.

Virgilio.—Al principio el Cielo, el mar y los globos celestes, fueron como animados de un soplo de vida: todo recibió el movimiento del espíritu, que se derramó y mezcló en todas las partes del universo. *El mismo.* Dios llena la tierra, el mar y la inmensa extension del aire: todos los animales que viven en estos elementos tienen de él el sér y la vida.

Ovidio. En sus metamórfosis llama á Dios, "el creador del mundo y el autor de todas las cosas".

Pitágoras dice: Dios es una alma que anima todas las partes de este grande universo, que está esparcida en todas partes, y que da la vida á los animales y el sér á todo lo que existe.

Anaxágoras establece, que Dios es una inteligencia infinita que tiene en sí el principio de todo movimiento.

Antísthenes deja sus dioses al pueblo, pero él solo reconoce uno que es el autor de la naturaleza.

Cleanto y Anaxímeno creen entrámbos que esa parte del aire mas pura y mas cercana del Cielo, es Dios mismo.

Crisipo quiere que Dios sea una virtud natural excitada y animada por un espíritu divino: algunas veces dice que Dios es una necesidad divina.

Zenon llama á Dios, una lei divina y natural.

Aristóteles manifiesta que no hai mas que una sola y única inteligencia que gobierna al universo.

Platon da un monarca al gobierno del universo, llamándole Dios y haciéndole el autor de esa obra maravillosa.

Ciceron en su tratado de la naturaleza de los dioses, dice: "El Dios que concebimos es un espíritu libre, desprendido de toda materia, inmortal, que conoce todo y que da el movimiento a todo. El mismo Ciceron dice: que el S. Pontífice Cota, disputando de la religion contra los estóicos, manifestó que la antigüedad habia reconocido cinco diversos Mercurios: que el quinto fué el que despues de haber dado muerte á Argus, buscó amparo en el Egipto: que durante su residencia allí, les enseñó el conocimiento de las letras y les dictó leyes. Este escribió muchos libros sobre religion, y en uno de sus fragmentos se encuentran estas palabras: Dios es uno; por consiguiente no tiene necesidad de nombre. Dios es el que es, he aquí su nombre: Dios es, pues, sin nombre, porque es solo, y que solo cuando hai diversos, son necesarios los nombres. Este es el Mercurio á quien dieron los egipcios el nombre de Trismegisto ó tres veces grande, y colocaron en el rango de los dioses.

Otros varios filósofos reconocen la omnipotencia de Dios, á quien atribuyen la creacion del mundo ó el arreglo de la materia por la sabiduría.

Muchos versos atribuidos á las Sibilas testifican tambien la existencia de un solo Dios, creador del universo. Hé aquí algunos citados por Varron de la Sibila de Erytrea. "No hai mas que un Dios cuya grandeza es infinita, cuya esencia es increada".

"Dios es solo, infinitamente superior á todos los otros séres: él ha creado el Cielo y los astros, la tierra y los árboles que sustenta, la mar y las aguas que á ella se precipitan".

"Pueblos, adorad á este Dios, que es uno solo, tributadle el honor que le es debido, como al Señor del mundo: él es solo de toda eternidad y será solo en toda eternidad".

Otra Sibila hace hablar á Dios así. "Yo soi el Dios único, no hai otro que yo".

Lactancio, en sus instituciones divinas, refiere una respuesta del oraculo de Apolo en Colophon, habiendo sido interrogado sobre la verdadera esencia de Dios, dice, respondió Apolo lo siguiente.

"Él ha nacido de sí mismo: él no debe á una madre la vida de que goza, ni á un maestro la ciencia que posee: ninguna lengua puede expresar su nombre: el fuego es su morada. He aquí cuál es Dios. En cuanto á nosotros, sus ángeles, no somos mas que una porcion de la Divinidad."

EXTRACTO DE UN SERMON

SOBRE EL SACERDOCIO.

I.



UÉ es un sacerdote, hermanos mios? Si yo quisiera representaros un sacerdote á los ojos de la fe, diria que es el embajador del Altísimo, el intérprete de sus leyes, el depositario de su autoridad, el representante de su Hijo, encargado de derramar sus gracias y sus misericordias sobre los demas hombres; pero no debo mostrárosle mas que á los ojos de la razon, en sus relaciones con la sociedad, pues que solo bajo este concepto le atacan los enemigos de la Religion. ¿Qué es, pues, el sacerdote en sus relaciones con la sociedad? Escuchad sobre este punto, hermanos mios, á un hombre que fué mui célebre (*), y que ha probado que el genio y la elo-

(*) Lamenais.

cuencia no habian abandonado todavía la causa de la justicia y de la verdad.—"Qué es un sacerdote? dice: —un sacerdote es el amigo de todos los desgraciados, el consolador de los afligidos, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de las injusticias, de los perjuicios, de los desórdenes que engendran con harta frecuencia las funestas pasiones y las fatales doctrinas: su vida no es mas que un largo sacrificio á la felicidad de sus semejantes. ¿Qué hombre consentiria, como él, en trocar todas las delicias domésticas, el goce de todos los bienes, por los arduos deberes de oscuras funciones, cuyo ejercicio repugna á veces á los sentidos y que suele no recibir, en recompensa, mas que desden, ingratitud é insulto? Todavía estáis sumergidos en un blando sueño, y ya han empezado sus obras de caridad, porque ya ha visitado al enfermo, socorrido al pobre, enjugado las lágrimas del infortunio, y hecho correr las del arrepentimiento: ya ha ilustrado á la ignorancia y consolidado en la virtud á las almas conturbadas por las borrascas de las pasiones. Despues de un dia pasado en el ejercicio de semejantes obras, llega la noche, pero no el descanso. Á la hora en que el placer os llama á las fiestas, á los teatros, á las asambleas mundanas, un hombre se dirige al ministro de la caridad:—un cristiano llega á sus últimos momentos: el buen pastor lo deja todo por su santa oveja: adivina sus angustias, le rodea de consuelos, de esperanza y de fé. El enfermo dirige sus oraciones á Dios, al Dios que murió por su salvacion, y que pronto va á darle en el sacramento, una prenda segura de misericordia y de reconciliacion."

Hé aquí el sacerdote, hermanos mios, hé aquí el hombre de Dios, el hombre de la sociedad: hé aquí el hombre de todas las buenas obras, y, no temo decirlo, el

hombre de todas las virtudes: hé aquí el hombre á quien ningun género de bondad puede ser extraño: que, por su ministerio, por el carácter de que está investido, por los empeños que ha contraido, está llamado á hacer á sus semejantes todo el bien de que es capaz: que debe volar hasta los confines del mundo, si es necesario, para llevar la Religion, la justicia, la caridad y la paz á todos los corazones! Hé aquí el sacerdote, hermanos mios, hé aquí el hombre á quien la filosofía ha querido mirar como enemigo del reposo público, como perturbador de la sociedad: hé aquí al que ha arrojado de su patria, al que ha arrastrado á las cárceles y á los patíbulos; al que ha perseguido por las selvas y las cabañas con mas encono que á los mayores criminales (*)......

El sacerdote derrama las luces á expensas de su reposo, de su salud, y aun á veces de su vida. Desde el momento en que se trata de disipar las tinieblas de la ignorancia, y de enseñar á los hombres lo que les importa saber para ser buenos, virtuosos y felices, no teme, no economiza ningun sacrificio. Seguidle en sus excursiones apostólicas: vedle en esos campos desiertos, en esas áridas y heladas montañas, donde pasa su vida en medio de una poblacion semi-bárbara, muchas veces tan incapaz de apreciar sus favores como de reconocer sus beneficios. Ese hombre, ese sacerdote, que hubiera podido con su talento y su instruccion adquirir nombradía entre los hombres, limita toda su ambicion á instruir á los pobres: con un Catecismo en la mano, va á sentarse en medio de los niños; repite sin cansarse á la generacion naciente lo que enseñó á la generacion pasada, lo que repetirá con el mismo celo á la generacion futura. Á su voz, todas las pasiones se calman y todas las tinieblas se disipan. El padre de familia aprende á

(*) Alude el orador á los sangrientos tiempos de la revolucion francesa.

velar sobre sus hijos, la esposa á guardar sus juramentos, el hijo á respetar á sus padres, el criado á ser sumiso y fiel, el pobre á bendecir á la Providencia, todos á conocer á Dios, á amarle, á temerle, á observar su lei, y á hacerse de este modo dignos de entrar algun dia en su gloria y de obtener la corona de la inmortalidad......

II.

Ahora me dirijo á nuestros mas encarnizados adversarios, y les pregunto ¿desde cuándo es lícito confundir al inocente con el culpado, ó bien, proclamar que no hai inocentes porque hai algunos culpados? ¡Y qué! Porque algunos sacerdotes hayan sido viciosos ¿han de manchar sus vicios á todo el sacerdocio? ¡Y qué! ¿El sacerdocio ha de ser incapaz de producir virtudes, porque algunos sacerdotes no hayan practicado la virtud? ¿Adónde vamos á parar si se admite semejante modo de discurrir? ¿Habrá entónces una sola profesion que pueda ser respetable y respetada? Yo escudriñaré los anales de nuestros guerreros, y cuando halle algun soldado díscolo, algun jefe rebelde, algunos rasgos mas ó ménos frecuentes de cobardía, de bajeza, de perfidia, ¿dictaré la sentencia de nuestros valientes? Y en mi injusta prevencion, ¿confundiré al mas cobarde, al mas culpado, al mas criminal á los ojos de la sociedad, con los hombres mas nobles, ilustres y beneméritos á los ojos de la misma, que ha producido el arte militar?—Yo me dirigiré á nuestros tribunales, y cuando me hayan dicho que alguna vez la inocencia ha sido oprimida, que algunos magistrados no han resistido al favor, que el peso del oro ha hecho inclinarse la balanza de la justicia, ¿fulminaré mi anatema contra la corporacion entera? ¿No serán á mis ojos todos los magistrados mas que hombres odiosos é infames prevaricadores?—En fin,

examinaré todos los estados, todas las profesiones, y cuando haya hallado un padre desnaturalizado, una esposa adúltera, un amo duro con su criado, un criado infiel á su amo, ¿fallaré que no hai en la sociedad ni fé, ni probidad, ni justicia, ni sentimiento alguno de honor? ¿Diré qué todas las esposas son adúlteras, todos los maridos infieles, todos los criados injustos, todos los amos bárbaros? ¿Que los padres y las madres no crian á sus hijos mas que para hacerlos viciosos, impios, libertinos, aun ántes de llegar á la edad del libertinaje y de la impiedad?....

¿Adónde, adónde nos conducirian semejantes raciocinios? La justicia y la razon, hermanos mios, reclaman para los sacerdotes, como para los demas miembros de la sociedad, que no se confunda al inocente con el culpado, y que, porque hai algunos culpados, no se falle que ya no hai inocentes. Tambien reclamarian la justicia y la razon, que se les tomasen en cuenta á los sacerdotes la situacion tan ardua en que se encuentran, las obligaciones que tienen que cumplir, los sagrados empeños que han contraido, los innumerables peligros que los rodean, y sobre todo, esos odios que los honran, y esas persecuciones que los ennoblecen. Para ellos el calumniador es siempre implacable: su persecucion no se cansa jamas: dia y noche aguarda, como una victoria, el momento en que podrá descubrir en ellos el mas leve pretexto á violentos ataques. Procura adivinar, hasta en el fondo de su corazon, sus mas secretas intenciones: muchas veces toma palabras por realidades, y proclama como un gran crímen lo que tal vez sale de un corazon franco, virtuoso y sincero. La razon y la justicia, hermanos mios, reclamarian tambien que cuando con tanta acrimonía se cacarean los vicios y los desórdenes de algunos sacerdotes, no se afectase echar un velo sobre sus

servicios y sus virtudes; que despues de haber escudriñado en la historia para hallar los nombres de algunos Prelados, de algunos Pontífices que han podido ser el escándalo de la Iglesia y el oprobio de su estado, no se afectase callar el nombre de los que, en mucho mayor número, han sido la honra y la gloria, así como han hecho la ventura de la sociedad. Porque, hermanos mios, ¿qué prueba un ejemplo del vicio contra cien ejemplos de virtudes? ¿De qué sirve ir á buscar con tan minucioso afan en la historia de los Pontífices romanos, el nombre de algunos Papas que, en tiempos de amaños y de revueltas, han sido elevados, de resultas de alguna cábala, á la silla de San Pedro, cuando basta abrir la historia para hallar en ella una sucesion casi continua de las mas grandes virtudes, y para ver la santidad casi hereditaria en el solio de los soberanos Pontífices? Se habla mucho de algunos Papas que han sido la ignominia y el oprobio de la Iglesia, y no se dice lo que nosotros vamos á decir,—que de doscientos cincuenta y cinco Papas que han ocupado la silla pontificia desde San Pedro hasta Gregorio XVI, mas de cuarenta han derramado su sangre por la causa de la Religion, cerca de otros sesenta han sido colocados sobre los altares, y la Iglesia los honra hoi como santos, y casi todos los demas se han señalado por su amor á la justicia, por la práctica de todas las virtudes, por sus desvelos para conservar la paz entre los príncipes cristianos, y para derramar por todas partes los mas generosos beneficios.

¿Hai en Europa, hermanos mios, hai en Europa un trono tan venerable y que, de diez y ocho siglos á esta parte, haya sido ocupado por príncipes tan virtuosos? ¿Hai una sola familia que pueda ostentar una sucesion semejante de virtudes, y que, ascendiendo á tanta altura, no halle entre sus ascendientes mayor número de hombres que hayan faltado al honor?

III.

¡Cuán culpables son esos hombres que no cesan de desacreditar al sacerdocio, y que emplean todos los medios que puede inventar el odio para envilecerlo y degradarlo! ¿Á qué aspiran? ¿Qué quieren? ¿Cegar la fuente del sacerdocio, alejar de él á una juventud que acaso seria bastante cristiana para desear ser admitida en él, pero que no tiene valor para arrostrar tantos sarcasmos y calumnias? ¡Insensatos! No ven que atacan, no solo la primera necesidad del hombre, que es la Religion, sino tambien á la sociedad misma, y que tienden á precipitarla en el abismo. Olvidan lo que muchas veces se ha proclamado, y lo que no tememos repetir, que sin el sacerdocio no hai Religion, que sin la Religion no hai moral; que sin la moral no hai leyes; y que sin leyes no hai sociedad posible. Sin duda el sacerdocio, á pesar de los ataques de sus adversarios, no perecerá: vivirá de edad en edad y se perpetuará de generacion en generacion; pero aunque inmortal en sí mismo, no está invariablemente enclavado en un pais: puede abandonar una provincia, un reino, ¡y entónces!.... Ah! entónces el hombre enemigo siembra la zizaña en las tierras del padre de familia: las ovejas, errantes y dispersas, buscan en vano un rabadan que pueda conducirlas á buenos pastos: el que velaba sobre ellas ya no existe, y desde que bajó á la sepultura, cesó el sacrificio... Nadie ha venido á habitar bajo el humilde techo: solo mui léjos unos de otros, se ven todavía algunos ancianos agobiados bajo el peso de la edad y de un ministerio harto prolongado; véselos como raras antorchas en una noche oscura, como columnas medio consumidas que todavía sostienen el edificio, pero que el primer vendaval va á destruir.... Á este triste espectáculo sonrie la impiedad,

triunfa, y amotinando de nuevo todas las pasiones, pasea su sangriento carro sobre las ruinas del sacerdocio. Como la Babilonia del Apocalípsis, embriaga á los pueblos con el vino del error, y en tanto que las generaciones futuras vienen á edificarle templos, recibe el incienso de una juventud seducida y las adoraciones de un siglo alucinado.



LA ANUNCIACION.

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?
(D. LEANDRO F. DE MORATIN)

MUSA! al Númen implora.
La mansion del Eterno en nueva llama
Arde y brilla á deshora:
"Victoria", el Cielo clama.
Y el tartáreo querub horrendo brama
En canto, di, süave,
Cómo Gabriel en su veloz carrera
Mas que del Arca el ave
Hiende raudo la esfera,
Nuncio de paz del que en el Cielo impera.
Y en el éter, flotante,
Las ígneas alas desplegando vuela,
Como en la mar sonante
Nave de inflada vela,
En pos dejando nacarada estela.
Nunca vertió lucero
Mas puro en la alta bóveda su lumbre;
Nunca midió agorero

Astrólogo en su cumbre,
De cometa mayor la pesadumbre.
  No brilla tan hermoso,
Rei del cerúleo campo tachonado,
Héspero gloroso;
No tan bello, inflamado,
Relumbra el sol en el zenit rosado.
  Y va de serafines
Cercado en torno, y de sus arpas de oro
Alados querubines
En refulgente coro
Lanzan al aire cántico sonoro.
  Los espacios celestes
Leve, rápido, ardiente, cruza y dora:
Mil angélicas huestes
Su marcha vencedora
Celebran desde ocaso hasta la aurora.
  Mensajero divino,
Aromas, canto y luz al puro Cielo
Desparece en su camino:
Y el flamígero vuelo,
Mudo el hombre de asombro, abate al suelo.
  Si no vienes de guerra,
¿ Del reino de la luz por qué declina
Tu marcha hácia la tierra,
Do la virtud camina,
Ausente de su patria, peregrina ?
  Teme, arcángel radioso,
Del ángel de Sodoma la ímpia suerte:
Al Cielo presuroso
Los pasos ¡ ay ! convierte,
Y deja al hombre en brazos de la muerte.
  Mas no; que va guïado
Por el que en noche oscura rige el freno
Del rayo desatado,
Cuando al fragor del trueno
Tiembla de Atlante el cavernoso seno.
  Ni en su diestra la espada,
De Adan azote en la mansion serena,
Resplandece irritada:

Luce, de mancha ajena,
En la siniestra, cándida azucena.
Y entre vivos fulgores
Que de záfiro, y púrpura, y topacio,
Multiplican colores
Y embalsaman espacio:
En pobre estancia, para Dios palacio,
El paraninfo hermoso
Inclinándose á tí, dulce María,
Prorumpe armonïoso
En canto que decia,
Igual al de tu voz en melodía:
"¡Salve! de mancha pura,
" De gracia llena y del Señor amada;
„ Bendita crïatura,
„ En la tierra apartada
„ Para ser de Jesus Madre adorada."
Dijo: y los altos montes,
Las selvas y los antros repitieron
Su voz; los horizontes
En dulce llama ardieron;
Los demonios en ira se encendieron.
Las empíreas regiones
Flores envian: ondëante nube,
De argentados vellones
Hierve, se esparce, sube,
Y púdico cendal viste al querube.
Y las auras rompiendo
Voz que á los hombres redencion augura,
Doquier va repitiendo:
"¡Gloria á Dios en la altura;
"Paz en la tierra á la conciencia pura!"
¡Vírgen que coronada
De estrellas junto á Dios reinas dichosa,
Sobre soles sentada:
Medianera piadosa,
Que su cólera aplacas temerosa!
¡Tú que del monstro horrendo
Vencedora inmörtal, con firme planta
El dardo reblandiendo

Oprimes la garganta:
De la tierra deidad que el Cielo canta!
  Al nuncio te postraste
Absorta y muda sobre el suelo frio,
Y, purpúrea, exclamaste
En arrebato pio:
"¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!"
  Y no tan pronto ofrece
Salida el labio á tu divino acento,
Cuando el fulgor acrece,
Y da su blando aliento
La mística paloma al vago viento.
  Y llega ya, y suspende
Las albas plumas sobre tí amorosa;
Y tal volcan desprende
Sobre la casta esposa
De fecundante llama generosa,
  Que con la faz velada
Los ángeles se inclinan reverentes;
Y al ver la union sagrada
Que es salud de las gentes,
Baten al polvo las radiosas frentes.
  Así por siempre unida
Quedó la tierra al Cielo, y cesó el llanto
En que vivió sumida.
Forma el íris, en tanto,
En arco inmenso una diadema al Santo
  Borre el hombre, infamante,
De la primera culpa el fallo escrito
En su frente arrogante:
Mas que el de su delito
El raudal de perdon es infinito,
  Del Númen poderoso
Que no cabe en el tiempo ni en el mundo.
Y se encarna piadoso
En el seno fecundo
De casta Vírgen con amor profundo
  Venciste ¡oh Dios! venciste.
Por frágil mano de mujer victoria
De Luzbel obtuviste:

Cielo y tierra en memoria
Himnos le canten de alabanza y gloria.
  Nunca mejor corona
Ciñó á una sien la musa que descuella
En profano Helicona,
Que la que adorna bella
Su majestad de Madre y de Doncella.
  ¡Madre de la esperanza!
¡Pura estrella del mar que en blando giro
Anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
Y envuelto va tu nombre en mi suspiro.

(Rafael María Baralt.)



EL CURA DE ALDEA.

EL tiempo de los martirios no ha pasado todavía, y si ya no hai persecuciones, si ya no se derrama la sangre de los Apóstoles y de los Confesores, si ya no se inventan contra ellos suplicios y tormentos, siempre hai cruces que llevar á cuestas; hai que luchar contra la indiferencia del siglo, hai placeres temporales que repeler, miserias humanas que rescatar, amargos cálices que beber hasta las heces. Sí, para el sacerdote que comprende y cumple su mision, nuestra época es todavía el tiempo de los martirios.

Y para el Cura de aldea, sobre todo, es para quien el sacerdocio tiene coronas de espinas, para quien es ardua la obligacion y pesada la cruz.

Como todos los cristianos animosos que se consagran á sustentar la herencia de San Pedro, el Cura de aldea no tiene niñez: desde sus mas tiernos años, los

austeros estudios del seminario comprimen los impacientes raptos de su corazon infantil, sus inocentes caprichos, sus puras alegrías. Como sus hermanos tambien, no tiene juventud, y si conoce á veces las angustias de las impetuosas pasiones, siempre ignora sus placeres y no las estudia mas que para apreciar sus peligros, y para combatirlas con ventaja en el corazon de los demas. Pero cuando ha recibido la investidura de su humilde reino; cuando, separado de sus colegas, cuyo contacto estimulaba su emulacion, arrebatado á las luchas teolôgicas que le aguerrian, y léjos de las ciudades donde con frecuencia se ve desdeñado el culto, pero donde las almas inteligentes son numerosas y donde la palabra santa puede ser comprendida; cuando, apartado de todas estas cosas, se halla solo entre incultos campesinos cuya lengua es apénas inteligible para él, cuyas prevenciones son ciegas, ¡ah! entónces sí que debe armarse de un valor á toda prueba, de una fe viva, de una ardiente caridad, de una esperanza invencible!

¡Solo! ¡Ah! mui cruel es la soledad para una alma cristiana, para una alma verdaderamente caritativa y amante que, bien que sustentándose de fraternidad y de piedad, derramando perfumes espirituales y dulces consuelos, y teniendo á dicha propia la dicha de los demas, tiene tambien, sin embargo, necesidad de ser comprendida, apreciada y amada. Porque, preciso es confesarlo, no siempre es bastante, aun para un buen pastor, la gratitud de su rebaño; aunque desprendida de las esperanzas y de los afectos de este mnndo, aquella alma tiene á veces sus momentos de debilidad, y quiere explayarse en otras almas inteligentes como ella, y entónces es cuando, hallándose sola, se lamenta y gime y suspira.

Pero, acostumbrado desde la infancia á todos los sa-

crificios, el Cura de aldea acaba por triunfar del aislamiento y por no pedirles á los goces del corazon mas que lo que tienen de desinteresado y de celestial: va á esforzarse por llenar el intervalo que le separa de sus ovejas, y descendiendo de las alturas del pensamiento donde se acercaba á su Dios, á elevar un poco y sostener á unos pobres séres que rastrean sujetos á las groseras necesidades del cuerpo y á las tinieblas del instinto y de la ignorancia.

La empresa que va á tomar sobre sí no será solamente una obra de caridad, sino tambien de civilizacion: sanará las llagas morales de los aldeanos y mejorará su condicion material. En el corazon de los hombres destruirá la envidia, las rivalidades, los odios; ensanchará el campo de su razon, desarraigará sus preocupaciones, los acostumbrará á ayudarse unos á otros; les dará en la desgracia el valor de la Religion, los recursos de una teoría ilustrada; los dotará, en fin, de un doble bienestar. Á las esposas, á las madres, les repetirá sus deberes y cómo se cria á los hijos para la tierra y para el Cielo; á los niños los enseñará á rezar, á leer;—en una palabra, el Cura de aldea será juntamente el apóstol de los hombres y el apóstol de Dios.

Sube al púlpito: oigamos su lenguaje, su lenguaje sencillo y familiar, que parece tan fácil, aunque ha trabajado mucho para reducirlo á ese grado de claridad y llaneza. Oigámosle; ¡cómo entra en todas las necesidades, en todas las ideas de esas buenas gentes! ¡cuán profundamente penetra su rebelde naturaleza! ¡cómo se desliza astuto y ágil entre las asperezas de su inculta inteligencia! ¡Humilde y poderosa elocuencia, que no tiene para inspirarse ni los altos infortunios de los reyes, ni las grandes calamidades de los pueblos, ni la presencia de una numerosa asamblea mundana y letrada!

¡gloria efímera, que no pasa de la última cabaña de la aldea, que muere como la florecilla de los campos, pero que resplandece en el Cielo á la par de las glorias de Fr. Luis de Granada y de Bossuet!

Lleva el pan de la limosna á la cabaña del pobre, y aun muchas veces los alimentos que saca de su propio hogar, de su hogar solitario y frio; y si á veces se sienta en alguna solemnidad á la mesa del labrador, es para templar con su benigna presencia la desordenada alegría de los convidados, recordarles que es Dios quien ha hecho los dones de su mesa y que deben una parte de ellos á los desgraciados.

Junto al lecho de los enfermos, muchas veces es el médico del alma y del cuerpo. Si sobreviene alguna plaga epidémica, empiezan para él otros deberes; es preciso hacer la guerra al miedo, al egoismo, á la superstiticion; reemplazar, á la cabecera de los moribundos, al hijo, al esposo, al padre, que han huido del contagio; llevar solo al cimenterio el ataud abandonado del colérico, y á veces morir él tambien, ingratamente desatendido y sin auxilio.

De esta suerte los sacrificios del Cura de aldea son de todos los dias, y solo Dios los ve, los comprende y los premia. ¡Oh! ¡todavía dura la época de los mártires!





MOISES SALVADO DE LAS AGUAS.



OMPAÑERAS, al baño! alumbra el dia
La cúpula lejana:
Duerme en su choza el segador; y enfria
Las ondas la mañana.
"Ménfis apénas bulle: hospedadora
Nos da la selva abrigo;
Y tendrémos, amigas, á la aurora
Por único testigo.
"De Faraon mi padre, el jaspëado
Palacio al mundo asombra;
Á mí del bosque el pabellon, del prado
Me agrada mas la alfombra.
"¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
Y el mármol de colores,
Á par del Nilo y de esta verde orilla
Esmaltada de flores?
"No es tan grato el incienso que consume
En el altar la llama,
Como entre los aromos el perfume
Que el céfiro derrama.
"Ni en el festin rëal me gozo tanto,
Como en oir la orquesta
Alada, que esparciendo dulce canto
Anima la floresta.

"¿Véis cual se pinta en la corriente clara
El puro azul del cielo?
El cinto desatadme, y la tïara,
Y el importuno velo.
"¿Véis en aquel remanso transparente
Zabullirse la garza?
Las ropas deponed, y al blando ambiente
El cabello se esparza.
"Ea! trisquemos en el fresco baño,
Alzando blanca espuma....
Mas ¿qué objeto descubre tan extraño
La fugitiva bruma?
"Mirad: enfrente al sicamor sombrío
Que verdes arcos tiende
Sobre la playa, un bulto por el rio
Lentamente desciende.
"No temáis: de una palma el tronco anciano
Que en demanda navega
De las altas pirámides, liviano
Sobre las ondas juega.
"¿Ó es de Hérmes por ventura el carro leve?
¿Ó es la concha divina
De Ísis, que con suave aliento mueve
La brisa matutina?
"¿Qué digo? es tierno niño, que en ligera
Barca duerme al sereno
Arrullo de las olas, cual pudiera
En el materno seno.
"Arrastra el Nilo la flotante cama,
Cual nido de avecilla
Que arrebatado hubiese á la retama
De su silvestre orilla.
"¡Qué de peligros corre á un tiempo mismo!
¿Cuál puerto de salud
Le aguarda? ¿mece el proceloso abismo
Su cuna ó su ataud?
"Los ojos abre, hijas de Ménfis! llora....
¿Pudo una madre ¡oh Cielo!
Al agua abandonar devoradora
El hijo pequeñuelo?

"Tiende los brazos, ai! cual si supiera
Su malhadada suerte;
Y son frágiles cañas la barrera
Que presenta á la muerte.
"Es de la raza de Israel, sin duda,
Que mi padre sentencia
Á proscripcion.... pero ¿qué lei sañuda
Proscribe á la inocencia?
"¡Pobre niño! su llanto me conduele:
Á su madre afligida
Sucederá otra madre: salvaréle:
Me deberá la vida."
Ifisa hablaba así, jóven princesa;
Y dócil al consejo
De la piedad, acometió la empresa;
Y el juvenil cortejo
Á la vírgen, que presta se adelanta,
De confïanza llena,
Sigue, estampando con ligera planta
La movediza arena.
Semejaba, depuesto el blanco lino,
Revolando las blondas
Madejas por el hombro alabastrino,
La hija de las ondas.
El blanco pié con círculos de plata
El espumoso rio
Le ciñe; y ya á las olas arrebata
El pequeño navío.
Palpita con la carga que suspende,
Alegre y orgullosa;
Y en sus mejillas el color se enciende
De la temprana rosa.
Bullente espuma hendiendo, que se irrita
Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama;
Y del recien nacido alegremente
Cercan todas la cuna,
Y sonrïendo, la asustada frente
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú, que de léjos á tu hijo
Por la playa desierta
Seguiste desolada, el rostro fijo
En su carrera incierta!
Llega: el hinchado seno da al infante:
Tu llanto ni su risa
Revelarán en tí la madre amante,
Pues aun no es madre Ifisa.
En los brazos maternos, rocïado
Con lágrimas de duelo
Y de gozo á la par, dulce cuidado
De la tierra y del Cielo,
El pequeño Moises iba seguro:
De Faraon cruël
Hospeda el régio alcázar al futuro
Caudillo de Israel.
Y ante el trono de Dios, la faz velada
Con las alas, el coro
Que ve á sus piés la bóveda estrellada,
Pulsaba liras de oro.
"Alégrate, Jacob, en el asilo
De tu destierro," (el canto
Así sonaba,) "y no al impuro Nilo
Se mezcle mas tu llanto.
"El Jordan á sus campos te convida:
Te oyó el Señor: Egipto
Marchar verá á la tierra prometida
Tu linaje proscripto.
"Ese niño que vírgen inocente
Salvó de olas y vientos,
Es el profeta del Horeb ardiente,
Rei de los elementos.
"Humilláos, mortales insensatos,
Que al Eterno hacéis guerra:
He ahí el Legislador, que sus mandatos
Promulgará á la tierra.
"Cuna humilde, baldon de la fortuna,
Juguete del profundo,
Ha salvado á Israel: humilde cuna
Ha de salvar al mundo".

(Andres Bello)



MARIA.

Stabat juxta crucem Jesus.
mater ejus........



UCE en el mundo misteriosa estrella,
Que al hombre guia en el mortal camino,
Mas que la aurora refulgente y bella,
Reflejo hermoso del autor divino.
Viste de flores su sonrisa al cielo,
Plácida calma su mirada envía,
Fuente es de amor, de paz y de consuelo,
Llámala el triste en su dolor, MARÍA:
No hai en lo fiero del pesar un llanto,
Que no halle alivio eu su amoroso seno;
De su faz dulce al apacible encanto,
Palpita el hombre de delicia lleno.
Brilló en Eden tras el primer pecado,
Íris feliz de dicha y de esperanza,
Y el mundo la saluda alborozado,
Y teme la serpiente la venganza.
Viéronla los profetas y la amaron;
El Rei-poeta la cantó en su lira;
Los ángeles absortos la adoraron,
Y en su pureza él Hacedor se mira.

Mas ¿por qué veo, Señora,
Marchitada tu mejilla,

Donde el Eterno se adora,
Y en tu faz encantadora
Amarga lágrima brilla?
¿Por qué gimes angustiada,
Al peso de la pasion,
La luz de tu faz nublada,
Y traspasando una espada
Tu cándido corazon?
¿Á quién contemplas pendiente
De infame cruz, solitario,
Caida hácia el pecho la frente,
Descoyuntado y doliente
En el estéril Calvario?
¿Quién pudo así tu grandeza
Desdeñar, Señora mia?
¿Á tu beldad y pureza
No se rindió la fiereza
De la chusma horrible, impía?
¿El sol no te coronaba?
¿No te calzaba la luna?
¿Desde Eden no te adoraba
El mundo que en tí esperaba
Fin á su ingrata fortuna?
¡Ai que tan claros blasones
Compraste con el sufrir,
Mirando entre dos ladrones
Coronado de aflicciones
Á tu hijo y tu Dios morir!
¡Y miraste desangrado
Su cuerpo en el cruel madero,
Y en tu seno desolado,
Le viste sangriento; helado,
Sin caer á dolor tan fiero!
Has escrito tu sentencia,
Ingrata Jerusalen,
Cuando en tu ciega demencia,
De espinas con insolencia
Ceñiste á tu Dios la sien:
Cuando en la cruz le clavaste,
Y en risas y regocijos
La SANGRE que derramaste
SOBRE NOSOTROS, gritaste,
CAIGA, Y SOBRE NUESTROS HIJOS.

Pero ¡ai, Señora! en tu pena
¿Quién pudiera consolarte?
¿Quién pudiera de esa escena,
Que de tormento te llena,
Por un momento apartarte?
Yo pudiera, sí, María,
Aliviarte en tu amargura,
Que tu Hijo por mí moria,
Y menor tu afan seria
Sin mi delirio y locura.
Me embriagaron los placeres
Con su veneno halagüeño;
Entre quiméricos séres
Olvidé, María, quién eres
En un voluptuoso sueño.
Mas si los hombres, Señora,
Siempre tras el vicio van,
Salva mi alma pecadora,
¡Oh madre, corredentora
De la prosapia de Adan!
Es toda mi fe tu amor,
Mi esperanza es tu bondad;
Y si es la senda el dolor,
He de implorar tu rigor,
Por alcanzar tu piedad.
Los que osan á tu beldad,
Mui mal en mi seno ven;
Lamentan mi ceguedad,
Y en prenda de su amistad,
Quieren robarme mi bien.
Madre no tuve, mas una
Que á llevar tan dulce nombre
Me deparó la fortuna,
Me celebraba una á una
Tus finezas por el hombre.
Yo estático la escuchaba
Con no infantina constancia,
Y á veces me trasnochaba,
Ó en tus milagros soñaba,
Que embelesaron mi infancia.
¡Cuánto ¡oh madre! te queria
La anciana! ¡Cuán buena era!
Penas, trabajos gemia;

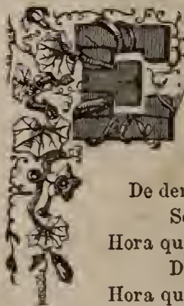
Mas á tu nombre, María,
Tornábase placentera.
Ante tu imágen: "un dia,
Me dijo, cruel llegará,
Que en horrible vocería
Tu sangre se pedirá....
Acuérdate de María."
Anciana! tú ya no existes;
Volaste al Cielo á gozar;
Vinieron los tiempos tristes,
Y la madre que me distes,
Tierna me vino á salvar.

Desde que brilla su primera aurora
Hasta que en polvo humilde se convierte,
De Adan la estirpe degradada llora,
Sin que á evitar el infortunio acierte;
Que sube fiero al envidiado trono,
Sigue al mendigo sin hogar ni lecho,
Miéntras el hombre, al amagar su encono,
Tímido tiembla con cobarde pecho.
Ruda es, Señora, la mortal carrera,
Zarza el placer con exterior de rosa,
Nuestra dicha irrision, vana quimera,
Que infiel nos guia á la pesada losa.

Siempre de vivir cansado,
Siempre afanando vivir,
De esperanzas halagado,
Anhelo y temo morir.
Al fin llegará el momento....
¡Tal vez hoi! ¡tal vez mañana!
No vuela mas raudo el viento
Que esta triste vida humana.
Entónces.... cuando á ese sueño
Mis ojos vaya á cerrar,
Como á un esclavo su dueño,
Tu sello venme á estampar.
¿Tus méritos?—Pecador:
¿Quién te abona?—Tu piedad:
¿É interpones?—Tu dolor
En la horrible soledad.

(J. V. González.)

LA ULTIMA CENA.



L Cordero pascual, sagrado emblema
De víctima suprema,
Todo el pueblo judáico disponia,
Mientras el verdadero
Reparador y celestial Cordero
Al odio ciego la traicion vendia.
De derramar la sangre redentora
Se aproxima la hora:
Hora que al tiempo precedió en la mente
Del Hacedor eterno;
Hora que con horror prevé el infierno,
Y al Cielo abisma en pasmo reverente.
Mas en tanto la víctima sublime,
Cuya sangre redime
Á un mundo criminal, y el fin espera
De su mision divina,
Sus pasos al Cenáculo encamina
Á celebrar la pascua postrimera.
Doce varones son los que elegidos,
Cual amigos queridos,
Llama Jesus á su banquete augusto;
Y los que deben fieles
Las penas compartir duras, crüeles,
Que el Cielo envia al corazon del Justo.
Doce apóstoles son, doce tan solo,
Y la traicion y el dolo
Al uno tornan pérfido enemigo,
Que como vil serpiente

Clavar intenta el venenoso diente
En aquel seno que le diera abrigo.
  El último es, que llega conturbado
    Al convite sagrado.
Vedle, de horror se eriza su cabello,
    Y en su mirada incierta,
Y adusta faz de amarillez cubierta,
Del crímen lleva el infamante sello.
  Jesus, empero, con serena frente
    Le recibe clemente,
Y al alma vil del criminal aterra
    Tan celestial dulzura,
Imaginando en su mortal pavura
Que bajo de sus piés se hunde la tierra.
  ¿Y será, oh Dios, tu mansedumbre tanta,
    Que allí á tu mesa santa
El manjar gustará por tí bendito,
    Y llegará su boca
Al borde mismo que tu labio toca,
Y en que tu amor se ostentará infinito?
  ¡Oh! sí, miradle: de Jesus enfrente
    Se sienta el delincuente;
Insólito temblor su cuerpo agita,
    Y con empeño vano
Quiere encubrir bajo su helada mano
La maldicion en su semblante escrita.
  Mirándole el Señor, busca benigno
    Algun dichoso signo
De sincero dolor, pues su presciencia
    Por su amor enmudece,
Y ya el perdon en su mirada ofrece
Al despertar de Júdas la conciencia.
  Uno me vende de vosotros, clama:
    Á tan inicua trama
Llenos de horror su indignacion reprimen;
    Mas el divino acento
Excita solo altivo atrevimiento
En el vil corazon que alberga al crímen.
  ¿Por ventura soi yo? pregunta osado
    El apóstol culpado;
Y, *tú lo has dicho*, le responde Cristo:
    Con presto paso llega
Mi tiempo ya; mas ¡ai de quien me entrega!

¡Feliz si nunca el sol hubiera visto!
Dice, y bajando la ínclita cabeza,
Con piadosa tristeza
La infausta suerte del traidor deplora,
Mientras su rabia excita
Oculta voz con que incesante grita
Á su oído Luzbel: ¡Marcha, ya es hora!
Mas ántes llega el venturoso instante
Que el Salvador amante
Previsto tiene para dar al mundo,
De admiracion suspenso,
En alta prueba de poder inmenso,
Perpetua prenda de su amor profuudo.
Tomando el pan en sus sagradas manos,
Alza los soberanos
Ojos al Cielo con fervor divino,
Y articula un acento
Que trueca el pan en inmortal sustento,
Y en néctar de los ángeles el vino.
¡Hecho inefable que al empíreo asombra!
Quien prodigio le nombra,
Su excelsitud deprime y su grandeza:
Ante el sublime arcano
Anonadado yace el juicio humano,
Y la razon proclama su flaqueza.
¡Mas, quién, Señor, tu voluntad limita!
La víctima infinita,
El Dios que el tiempo y el espacio mide,
El Rei de Cielo y tierra,
Todo ese cáliz misterioso encierra,
En ese pan mi Redentor reside.
¡Oh de clemencia inescrutable abismo!
Así se ofrece Él mismo,
Dejando eterno en el linaje humano
Su celestial convite,
Y aun su sangre santísima permite
Que éntre en el pecho del traidor villano.
Ya instituïdo el Sacramento egregio,
De su atroz sacrilegio
Se espanta Júdas: ciego, fascinado
Huye en veloz carrera....
Donde un cordel á su garganta espera,
Premio final de su hórrido atentado.

(Juan Nicasio Gallego.)



PANEGÍRICO

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA,

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE MONJAS CONCEPCIONES DE CARÁCAS, EL 8 DE DICIEMBRE DE 1852, POR EL PRESBÍTERO RAFAEL MARÍA ALVARADO.

Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.
Toda hermosa eres, amiga mia. y ninguna mancha hai en tí.
(El Cantar de los Cantares.)

Illmo. Señor: (*)

Señores:



L echar una ojeada sobre el Catolicismo, al contemplar sus maravillas, la santidad de su doctrina y la grandeza de sus misterios, veo descollar en él dos figuras colosales, Jesus y María. Por donde quiera que la fe ha enarbolado su estandarte, en los paises donde la civilizacion ha levantado suntuosos palacios, y en las comarcas donde apénas se ven chozas de techo pajizo, en las catedrales de la culta y

(*) El Illmo. Sr. Fernández Fortique, dignísimo Obispo de Guayana, que se hallaba presente.

cristiana Europa y en los humildes templos de este nuevo continente; por doquiera, en fin, al lado del altar erigido á Jesus, se ve otro altar erigido á María, al lado de la imágen del Hijo, se ve la imágen de la Madre. ¡Profundo y misterioso símbolo! ¡Alianza maravillosa de la debilidad con la fuerza, de la grandeza de Dios con la miseria del hombre! Una hija de Eva, señores, sublimada al honor de la maternidad divina, á quien el mundo católico, lo mismo que á Jesus, dirige sus homenajes de amor y de respeto.

Pero lo mas que admira y atormenta al humano entendimiento, es la concepcion inmaculada de esta mujer singular que hoi celebramos, de esta singular mujer, en quien dice el gran Bossuet "vemos una dispensa casi general de todas las leyes, un alumbramiento sin dolor, una carne sin fragilidad, una vida sin mancha, una muerte sin pena: en su esposo, su mas celoso guardian, en su matrimonio, el velo que cubre su virginidad, y en Jesucristo, una flor que su integridad ha producido." Verdades todas que están resumidas en las palabras de mi texto. *Toda hermosa eres, amiga mia, y ninguna mancha hai en tí.* Y á la verdad, siendo la mujer destinada desde ántes que el mundo con todas sus maravillas saliera del cáos, para llevar en su seno al Hijo de Dios, debia ser un vaso puro, sin mancilla, y adecuado para contener el divino depósito que de los Cielos iba á descender: era preciso que su pureza fuese superior á la de los ángeles que jamas pecaron, y que desde el instante de su sér apareciese sin una ligera sombra de criminalidad, como el claro espejo en donde iban á reflejar las perfecciones de un Dios. En una palabra, María Santísima es inmaculada desde el feliz momento de su concepcion. Verdad que desde luego será la proposicion que pienso desarrollar, verdad que se desprende de las

santas Escrituras, como lo veréis en la primera parte de mi discurso, y que testifica la sana razon, como lo demostraré cn la scgunda.

Y á fin de que la doctrina que os predico, ilustre vuestros entendimientos y consolide vuestra fe, imploremos la asistencia del Ciclo por el órgano de esta misma Señora, á quien dcbemos dirigirnos eon las palabras que le anunciaron que habia eoneebido al Verbo Eterno.—Ave María.

I.

Necesario cra que María Santísima fuese predestinada junto eon el Redentor, como está escrito en el Libro de los libros. Porque en el pensamiento de Dios y en el órden de sus altos designios, la Madre no podia ser separada de su Divino Hijo; y hé aquí la causa de las profecías que la anuncian y de los maravillosos símbolos que la figuran. Desde los primeros dias del mundo, desde el mismo Eden y en todas las edades, se nos presenta María; pero se nos presenta siempre pura, siempre inmaculada, rodeada de una aureola de santidad; y semejante á la primera Eva, no hace su entrada en el mundo sino en el paraiso de la inoceneia. Prometida por la Divina Provideneia á nuestros primeros padres, despues de su fatal caida, Salomon la ve descollar y lucir entre las hijas de Judá como el lirio entre las espinas, y Elías la divisa eomo una nube transparente. La sangre mas pura circula por sus venas, como descendiente de los héroes del Antiguo Testamento, de los Patriareas, Profetas, Pontífices y Reyes que, depositarios de las santas tradiciones, aparecen en el camino y en las puertas del mundo nuevo, semejantes á las estatuas que están colocadas en el perístilo de algunos templos para anunciar al Dios que en ellos se adora; y así es quc todas las glorias de lo pasado convergen hácia

ella como á su centro; pero es ella la que les da su esplendor, siendo su concepcion inmaculada el foco de tanta luz y de tanta grandeza, de suerte que léjos de recibir María la nobleza de sus progenitores, como sucede al resto de los hombres, ella la da á sus progenitores, cuya sangre se purifica en la Inmaculada, á fin de que salga mas pura y mas santa en la persona del Hijo de Dios, donde recibirá su última perfeccion.

Consideremos, por tanto, á la concepcion de María como el sello de las edades pasadas, de las maravillas que las ilustraron y de las que fueron prometidas, y fácilmente comprenderémos aquellas profecías de tanto consuelo, que nuestros primeros padres oyeron despues de su prevaricacion, que la humanidad repetia á medida que se multiplicaba sobre la tierra, y que eran el fundamento de las esperanzas que los Patriarcas celebraban en la tienda del desierto y desde el lecho de la muerte, y comprenderémos tambien los prodigios que admiró el pueblo judío, que eran el sosten y el pábulo de su fe, como la tierra donde se cruzaban arroyos de leche y de miel, la zarza ardiendo que vió Moises, el vellocino de Jedeon cubierto con el rocío celestial, miéntras que toda la tierra al rededor del mismo estaba seca, el arca de la Alianza y el trono de Salomon, símbolos todos de la Madre de Dios. ¿Y quién no ve que el arca de la Alianza, hecha de una madera incapaz de corrupcion, era una figura bien propia de María, en cuyo seno sin mancha debia colocarse, no la lei dada á Moises, sino al mismo autor de la lei? El trono de Salomon, fabricado de oro purísimo y de precioso marfil, fué otro de los símbolos que representaron á esta gran Señora, cuyas entrañas, mas puras que el oro y mas incorruptibles que el marfil, fueron el trono donde tomó asiento el Hijo del Altísimo. ¡Oh concepcion santísima! Ella fué la aurora radiante

del dia prometido á Abrahan, á Isaac y á Jacob, el gaje de las gracias que los profetas anunciaron en términos tan magníficos, que consolando los siglos pasados, abrian un siglo nuevo; concepcion santísima, que es el arca venerable, donde los dos mundos vienen á abrazarse y á darse el ósculo de la paz.

Pero no creáis, señòres, que mi admiracion y celo por la concepcion purísima de María, me conduzcan á decir que ella fué concebida en el seno de su madre, como el Redentor en el suyo. No. María fué hija de la carne y de la sangre; pero sin aquella concupiscencia que engendra y produce el pecado, y que enferma al hombre desde el instante fatalísimo de su ser. En su concepcion intervino un poder santo y eficaz, que viniendo en ayuda de la naturaleza, la purificó como el fuego purifica los metales y los transforma, como el sol imprime sus colores en las flores abiertas por la influencia de sus rayos, como un torrente que cae en un rio y da á sus aguas diferente sabor. Señores, la humanidad en María es la misma que en nosotros, ménos el pecado que la corrompe.

Porque ella fué concebida en la santidad; y no obstante ser hija de Adan, tambien fué hija del Cielo, por las gracias que en ella brillaron y que la hacian aparecer mas hermosa que el mismo Cielo. Si los que acaban de ser santificados con las aguas saludables del bautismo, llevan en su fisonomía un hechizo que tiene algo de divino, que nos conmueve y penetra de amor y de respeto, es porque la suave armonía de sus facciones respira un candor que aún ignora el mal; es que la infancia ostenta una belleza de que ninguna otra edad participa, que no ha sufrido las brisas emponzoñadas del mundo, ni los ardores devorantes de las pasiones. Pero esta angelical belleza se marchita miserablemente luego que pa-

samos de la infancia, porque la razon parece que no se desenvuelve sino sobre las ruinas de la inocencia, y las mas nobles facultades no se ponen en accion sino para entregarse al desórden. ¿Y por qué esta lamentable transformacion? Por la iniquidad en que fuimos concebidos, de la cual siempre queda una raiz que el bautismo no extingue. María siempre conservó la frescura y los hechizos de la infancia, porque ella entró á la vida llena de pureza, enriquecida con los dones mas preciosos, mas linda que Eva luego que salió de las manos del Criador, iluminada de todos los resplandores divinos, como una emanacion del Padre que la bendijo entre todas las hijas de Eva, del Espíritu Santo que la destinaba para esposa, del Hijo que la adoptaba por madre, y rodeada, en fin, de una gloria tan maravillosa, que la hacia mas bella que las rosas del Carmelo, mas fragante que los mirtos de Saron, majestuosa como los cedros del Líbano.

Por lo expuesto conoceréis que el Águila de Meaux tuvo razon para decir que se vió "una dispensa casi general de todas las leyes" (*) en María Santísima, la misma que os acabo de presentar como una mujer extraordinaria que, aunque hija de Adan, fué exceptuada de la lei penal de ser concebida en el fango de la iniquidad como sus hermanos. Así se deduce de las Santas Escrituras, como lo he demostrado, y lo testifica la sana razon como lo váis á ver.

II.

Cuando al comun consentimiento de los sabios de todas las edades, se agregan los dictados de la sana razon, respecto de la existencia de una cosa, nada se debe decir en contrario, y segun Ciceron, "debe ser necesa-

(*) *Une dispense presque générale de toutes les lois.*—(Bossuet: sermon de la Inmaculada.)

riamente cierto lo que reune las opiniones de todos.” (*) Pero al hombre que no ha cultivado su espíritu, no le es dado el silencio de la conviccion, y de su ignorancia surge la resistencia á creer lo que todos confiesan. O si no, decid al que no tenga ni las mas ligeras nociones de astronomía, que el sol que sale por el Oriente y se oculta al cabo de pocas horas, permanece inmóvil en medio del espacio, y que la tierra que pisamos gira al rededor de ese mismo sol, y le veréis sonreirse y creer que vuestra doctrina es una extravagancia. De suerte que si los sabios tienen un cúmulo de conocimientos ininteligibles para el vulgo de los hombres, Dios, que es la sabiduría por esencia, conoce verdades que el entendimiento mas penetrante no puede alcanzar, y nuestra religion, que es hija de Dios, tiene como principal carácter de su divinidad esos misterios en que el humano saber encalla, siendo uno de ellos el que hoi celebramos de la inmaculada concepcion de María.—Con la antorcha de la razon en una mano, y con el texto sagrado en la otra, acerquémonos, pues, á tan respetable misterio, sin pretender alzar el velo que lo cubre.

Cuando el Omnipotente destinó á María para que en la plenitud de los tiempos fuese la madre de Jesus, la relacionó íntimamente con su divinidad y no permitió que sobre ella recayese la maldicion del pecado. Dígase en buen hora que la mancha que inficionó su concepcion fué al instante extinguida por la gracia; á lo que puede contestarse, que los que así discurren, no tienen una idea de la pureza altísima de Dios, que nunca pudo encarnar en un seno que alguna vez hubiese tenido contacto con el crímen.

Es verdad que hasta el hombre mas sabio y mas

(*) *De quo autem omnium natura consentit, id verum esse necesse est.*—(De natura Deor. lib. 1º. núm 17.)

piadoso se sorprende al oir decir que una descendiente de la maleada estirpe de Adan, haya sido exceptuada de la lei impuesta á sus hermanos; pero cuando con calma y con sano criterio entramos á examinar los motivos de esta excepcion, encontrarémos su conveniencia y su posibilidad: su conveniencia, porque tal privilegio debia otorgarse á la que iba á ser el sagrario del hijo de Dios; y su posibilidad, porque nada hai difícil para Aquel que de la nada hizo el mundo, y que, aunque las leyes físicas y morales que dictó son inmutables y eternas, no obstante, al tiempo de sancionarlas, dictó tambien los casos en que dejaban de cumplirse, como ha sucedido en todos los milagros, que son la dura roca en que se estrellan la soberbia y sabiduría del hombre, como ha sucedido en el misterio que hoi celebramos.

Es una lei eterna, que un individuo despues de muerto no puede resucitar, esto es, no puede reobtener la vida y la salud; pero de esta lei fué exceptuado Lázaro, que despues de haber estado cuatro dias bajo la fria losa del sepulcro, salió de allí lleno de vida con admiracion de todos; así tambien María Santísima, desde ántes que el mundo existiera, fué exceptuada de la tremenda lei que pesa sobre los míseros hijos de Adan, de ser arrojados en este abismo de la vida, trayendo en sus frentes el horrible estigma del pecado.

En efecto, Dios, que tiene presente lo pasado y todos los acontecimientos que están sepultados en el mas distante porvenir, sabia mui bien que el primer hombre habia de prevaricar y legar á su descendencia la ignominia y la muerte; y por lo tanto, eligió á la feliz vírgen en cuyas castas entrañas encarnaria el Redentor de los hombres, y al elegirla, la exceptuó del fatal decreto, la hizo el objeto de su amor y de su complacencia; y si ella hubiera sido concebida en la iniquidad, como desgracia-

damente lo somos nosotros, se hubiera hecho enemiga de Dios é indigna del amor que él le tuvo desde ántes de su concepcion.

Por otra parte, esta augustísima Señora debia dividir con su hijo la gloria del triunfo obtenido sobre el enemigo del humano linaje. ¿Y cómo una criatura tan terrible para el infierno, "como un ejército en batalla" (*), compañera del Hombre-Dios en la obra estupenda de la redencion, en sus penas y en sus triunfos, cómo podria estar un solo instante sometida al yugo del pecado? Seria una anomalía la mas atroz, que el demonio se hubiese gloriado de haber tenido bajo su dominio un solo segundo, á la mujer admirable destinada para destruirle.

Sí, el Hijo de Dios, al hacerse hombre para salvar á los hombres, ha debido elegir una Madre que fuese digna de él, porque siendo la santidad y la pureza por esencia, ha debido buscar una vírgen que no tuviese el mas pequeño tizne de pecado, que fuese de un rango superior á todas las criaturas, á todos los santos y los ángeles, para llenar con dignidad el augusto puesto á que habia sido exaltada, y que despues de haber cumplido su mision sobre la tierra, subiese en cuerpo y alma al Cielo, porque convenia á la gloria del Hijo, no permitir que el cuerpo sacrosanto de María, donde habia tomado carne, fuese entregado á los despojos del sepulcro. Y este mismo Señor omnipotente, que creó á los ánjeles y á la primera mujer en la gracia y en la inocencia, ¿seria ménos liberal para con María? Y este mismo Dios, que es tan celoso de la gloria de sus templos y de sus altares, que venga la profanacion de ellos con castigos tremendos, queriendo edificarse un santuario en el seno de María, ¿consentiria en él la menor mancha? De nin-

(*) Terribilis ut castrorum acies.—Cant. (cap. 6, v. 3.)

guna manera. Así lo dice en el libro de la sabiduría: "No tomaré asiento en alma maligna, ni habitaré en cuerpo sometido al pecado."

¡Qué desgracia! Nosotros nacemos pecadores, hijos de maldicion; y ántes de María y despues de ella, nadie podrá escaparse de este mal. Es verdad que el Señor siempre ha tenido en este mundo sus elegidos, y aunque ha desplegado en su favor los ricos tesoros de su munificencia, sin embargo, ellos no se han sustraido al imperio de esa lei humillante y universal: solamente María ha sido la exceptuada, y el primer momento de la vida, que es para nosotros una fuente de maldiciones y miserias, fué para esta madre amorosa un foco de bendiciones y de gloria. La aurora de la razon, que es en nosotros el ocaso de la inocencia, "la aurora de la razon en María, fué la de sus santísimas acciones, cada una de las cuales respiraba la mas ferviente caridad: sin cesar ardia en su pecho, con un ardor siempre creciente, la llama celestial que la aproximaba cada vez mas á la fuente del amor" (1). Y vestida de los rayos del sol, luciendo sobre su cabeza una diadema de estrellas y con el astro de la noche bajo de sus piés, ella ha podido decir: "Bienaventurada me llamarán todas las generaciones" (2).

Finalmente, esta gran mujer, que como un astro se asomó en el Eden, que iluminó con sus rayos á los justos que vivieron del otro lado del Calvario, y que al fin su hermoso disco se dejó ver en el horizonte bañando los

(1) From the first dawn of her reason, Mary's every action breathed a spirit of the most ardent charity; incessantly did the celestial flame burn with increasing ardor in her breast; incessantly did it impel her to á nearer approximation to the source of love.—(The Catholic Pulpit.)

(2) Beatam me dicent omnes generationes.—(San Lúcas, cap. 1°)

espacios con su luz sin conocer jamas ocaso, fué concebida en gracia porque iba á ser el trono viviente de la Divinidad. Así se deduce de las santas Escrituras, así lo testifica la sana razon, como os lo he manifestado; y así nosotros, llenos de contento, podemos saludar á María, diciéndole: "Oh amiga la mas querida, toda tú eres hermosa y ninguna mancha hai en tí: *tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*", que fueron las palabras de mi texto.

Reverendas Madres:—Yo bien sé que el solo nombre de María basta para conmoveros, y que á cada instante os conduce suavemente, pero con una fuerza irresistible, á invocarla, servirla y consagrarle todo vuestro corazon. Empero, en estos dias que hoi comienzan, dedicados á la celebridad de su concepcion inmaculada, desplegaréis, no hai duda, todas vuestras fuerzas para amarla hasta el arrobamiento. Aunque os halláis en el mundo, estáis separadas del mundo, no por esos muros sombríos, mudos testigos de vuestras penitencias, sino por vuestra vida angelical, que os lleva no á lo que las gentes llaman moralidad, que es una flor que luce en los jardines públicos, que solo procura con sus aromas y colores atraerse la admiracion de los hombres, y que se marchita al faltarle el aura popular, sino á la verdadera santidad, que como dice un sabio y mui católico frances, "florece en el desierto, crece entre las tempestades, olvidada y despreciada de los hombres da sus frutos mas sabrosos, y el mayor bien qué hace es el que nadie ve y que oculta hasta de sí misma: como vive de humildad, se nutre de sacrificios, de suerte que cuando la Providencia no le envia nuevas pruebas, tiembla y se las impone á sí misma, como si las dificultades y la violencia fuesen el resorte natural de su actividad" (*). Tal es la

(*) Augusto Nicolas.—(Estudios filosóficos sobre el Cristianismo, lib. 2º cap. 5º.)

santidad á cuya posesion aspiráis en esos cláustros silenciosos; y á fin de que no os perdáis en vuestro camino, tened siempre los ojos fijos en María, que es la estrella luminosa que nos conduce á los tabernáculos eternos. Así os lo deseo.



LA MUJER FUERTE.

CANTO BÍBLICO.

I.

LA IRA DE DIOS.

SOBRE las altas torres de su orgullo
Mas altas que del Líbano los cedros,
Soñó Nabuco en su ambicion mezquina
Ser poderoso como el Dios del Cielo.
Doquier altares elevó á su nombre
De adoracion infames monumentos,
Y del vicio la torpe Babilonia
Fué escándalo y horror al universo.
Sin Dios ni lei en su licencia loca
Al mal corrió con torpe desenfreno,
Siendo su lei sus crímenes horribles,
Su corrompido Rei de vicios centro.
Pobre gusano, se soñó gigante
Al ver que los confines de su Imperio,
Como un inmenso mar, se dilataban
Por varias gentes y diversos pueblos.
Levantó altares á su nombre inicuo
Donde quemaban oloroso incienso

Sus vasallos perdidos en el vicio,
Como él infames y como él perversos.
  Los humos de su bárbara arrogancia
Su cabeza á la fin entorpecieron,
Y se creyó tan grande y poderoso
Que el poder de su Dios negó protervo.
  "Ven, dijo, á su vasallo mas querido,
"Al mundo lleva innúmeros ejércitos,
"Conquista otras naciones apartadas
"Que hagan mi nombre con mi fama eterno;
  "Y donde quiera que las armas mias
"Nuevas regiones unan á mi Imperio,
"Haz á esós viles adorar mi nombre:
"Que al decirlo se postre el universo."
  Á su voz se levanta en la llanura
De sus soldados el tumulto inmenso:
De sus armas, caballos y soldados
Gime la tierra de pavor al peso.
  Cual ancho panorama se veia
En trajes, lengua y en color diversos,
De innúmeros soldados las legiones
De varias tribus y apartados pueblos.
  Á conquistar los pueblos del Oriente
Oloférnes salió con sus guerreros;
Y el horror, el pillaje y la matanza
Sus viles pasos por doquier siguieron.
  Y donde quiera el nombre de Nabuco
Tomó de Dios los sacrosantos fueros,
Los reyes de regiones apartadas
Al carro uncidos del Señor siguieron,
  Adornando sus hórridas victorias,
De sus hazañas bárbaros trofeos....
Jehová lo quiso así; lo ahogó en su orgullo
Para horror y castigo al universo,
  Hasta llevarlo con su fuerte mano
Á los remotos lindes de su pueblo.
Junto á la bella márgen de Betulia
Sus formidables huestes detuvieron,
  Y el pueblo del Señor lloró de espanto
Macerando sus carnes y sus cuerpos.
¡Inútil esperanza! estaba escrito
Del alto Cielo en el arcano inmenso,
  Para castigo del mortal infame

Que el nombre de su Dios negó perverso.
Tres veces las murallas de Betulia
Coronadas de indómitos guerreros,
  Para defensa de su patria amada
En fuego ardiendo por doquier se vieron.
¡Inútil batallar! ¿ni quién resiste
La fuerza de los bárbaros ejércitos?
  El sátrapa cegó con fin torcido
Caminos, puentes, acueductos, sesgos,
Y la sed con el hambre sus horrores
Sentir hicieron al proscrito hebreo.
  Doquier sonaban reverentes súplicas,
Exhalaban las aras grato incienso;
Al Supremo Hacedor mil sacrificios
Se ofrecian en pórticos y templos.
  ¡Inútil esperanza! estaba escrito
En el arcano del Señor tremendo!
Y el arcángel de Dios inexorable
Sus decretos terríficos cumpliendo,
  Apagaba la luz de la esperanza
En el alma infeliz de los hebreos.
Hambrienta muchedumbre por las calles
Corre exhalando gritos lastimeros,
  Y los hombres devoran á los hombres,
Las madres á sus hijos; ¡Dios tremendo,
Contén al fin tus iras implacables,
Con ojos de piedad mira á tu pueblo!
  La consternada muchedumbre llega
Al palacio del príncipe, gimiendo:
"Abrid, abrid las puertas de Betulia,
"Dejad entrar al vencedor soberbio;
  "Amontone cadáveres y cebe
"Su agudo filo en los desnudos pechos,
"Que él no será mas cruel que el hambre horrible
"Que nos devora; venga carnicero
  "Á acabar con los míseros proscritos
"Que Dios marcó con su implacable sello."
El ungido de Dios con lento paso
Se presenta á sus gritos lastimeros,
  Arrastrando luctuosas vestiduras,
Cubiertos de ceniza los cabellos.
Derrama uncion divina; á sus palabras
La feliz esperanza concibieron,

Pues cinco dias demandó tan solo
Para librar de tal azote al pueblo.
" Ora alcemos á Dios humildes preces;
" Y si llegan las súplicas al Cielo,
" Tal vez nos libre del castigo infando
" Que su mano descarga á los hebreos."

II.

HOSANNA.

CORO DE VÍRGENES.

Señor, Señor que moras en la altura,
Dirige tu mirada
Á tu pobre nacion abandonada.
Apiádate, Señor, de nuestra suerte;
Señor tres veces fuerte,
¿ Qué te ha hecho tu prole desgraciada?

EL SUMO SACERDOTE.

Alzó, Señor, tres veces el impío
Alzó la altiva frente,
Vino la muchedumbre de sus carros
Y su guerrera gente
Á hacernos presa de su fiero encono,
¿ Por qué dejas tu pueblo en abandono?
De tu ciudad sagrada
Ya llegan al lindero,
Y á manchar tu morada
Pronto vendrán caballo y caballero.
Señor, Señor tres veces poderoso,
Cambia nuestros gemidos de agonía
En dulces preces de alabanza y gozo.

EL PUEBLO.

El ángel de tus iras
Ya corta de la vida el fino estambre;
Mira tus pobres hijos que destroza
Con furia atroz el hambre.
Señor tres veces santo,
Escucha los acentos
De tu pueblo infeliz que en vano ansía
La lluvia de tu cielo
Á sus labios sedientos.
Mira sobre el altar de las ofrendas
Sin mirra el incensario,

Que el sacerdote santo
Sin vida cae al entonar su canto.
Mira la madre que su amor olvida
Y de hambre loca sin piedad devora
Al sér á quien dió vida,
Y que al matarlo desperada llora.
Jehová, Jehová tremendo,
Aplaca al fin tu encono,
Y no dejes tu pueblo en abandono.

CORO DE NIÑOS.

Jehová terrible y fuerte
Que moras en la altura,
Nuestra inocencia pura
Al fin podrá moverte,
Y tu mano terrífica
Apartarás de aquí.
Apénas en la cuna,
Señor, en qué pecamos ?
Si hicimos culpa alguna,
Nosotros la lloramos
Sobre tu altar espléndido
De nácar y rubí.
Olvida tus agravios,
Señor, por un momento,
Y presta á nuestros labios
Vivífico alimento
Que el hambre seca el néctar
Del seno maternal.
Sin mancha del pecado,
Con virginal corona,
Tu pueblo desgraciado
Por nuestra voz perdona
Que alza niñez pacífica
Con tono angelical.

EL ÁNGEL DE DIOS.

Al fin, al fin la voz de la esperanza
Sonó en el trono de Jehová infinito....
¡Feliz tres veces quien se humilla y ruega
Su voz alzando con la voz del niño!
Al fin, al fin la suerte de Betulia
Halló piedad en su Hacedor divino;
Sonó su voz para su pueblo grata,
Pero terrible sonará al impío.

CORO DE VÍRGENES.

Vírgenes de Betulia, alzad el lloro,
Y en melodioso coro
Entonemos el canto de esperanza.
Del pueblo malhadado
Pesó el perdon deseado
Del sumo Dios en la eternal balanza.

CORO GENERAL.

Hosanna, Hosanna al Dios de las alturas.
Cante la lengua de los pobres hijos
Del mísero Israel; su Dios piadoso,
Su Dios terrible y fuerte
Se mueve de su ruego lastimoso
Y en dicha cambia su mezquina suerte.
Con mil trinos salúdenle las aves,
Con su voz espumosa los torrentes,
El ancho mar con sus murmullos graves,
Con un suspiro lánguido las fuentes;
Los hijos de Israel en cantos suaves
Alcen al Cielo súplicas fervientes
Y que al Sumo Hacedor grato le sea
El himno universal de la Judea.

III.

JUDITH.

"Venid, venid, esclavas,
Tejedme estos cabellos por la frente;
Vestidme con mis galas mas hermosas....
Ese manto de gasa transparente
Que cubra mis espaldas voluptuosas
Amor respiren mis ardientes ojos,
Y mas bella y galana
Que la tímida luz de la mañana,
Quiero á los ojos de la turba sea
Judith, la bella perla de Judea."

Así dijo; dejó los tristes paños
De la viudez luctuosa
(Que ella en la edad de juveniles años
Ya lloraba de amor la flor marchita)
Y con sus nuevas galas parecia
Que de luces del Cielo se vestia.
Rica diadema de brillantes perlas

Cubre su bella y delicada frente,
Y el brillo de sus ojos ardoroso
Con voluptuosa luz se traslucia
Al traves de su velo transparente.
....
....
....
....
Prende sus gasas de brillante lazo
Y en los revueltos pliegues se tendia
El bello y lindo y contorneado brazo
(Cual de un artista el inspirado sueño)
Y baja en franjas de oro descubriendo
Con estrecha sandalia el pié pequeño.
Al verse en el espejo
Aquella hermosa y celestial criatura,
Prendada se quedó de su hermosura;
Y sintió que una luz resplandeciente
Cual aureola divina
Bajó del Cielo y se posó en su frente.
Entónces una voz.... ¡Pobre poeta!
¿Puede haber un sonido en tu garganta
Ni inspiracion en tu cabeza inquieta
Que remede esa voz sublime y santa,
Mas dulce que los cantos que el Profeta
En torno el Arca de la paz levanta?
¿Puede cantarse en cadencioso verso.
Puede imitarse en numerosa rima
La voz que solo escuchan los querubes
En su santuario de brillantes nubes?

Quedó suspensa la hermosa,
Que en torno al salon se oia
Tan sonora melodía,
Acento tan divinal
Que no hai en el universo
Con que compararse pueda;
Nada en el mundo remeda
Esa voz angelical.
La voz sonora del viento,
El murmullo de la fuente.
La dulce queja doliente
Del ave al amanecer:

No son remedo lejano
De la sublime armonía
Que Judit en torno oia
Sin poderla eomprender.
Cayó Judith de rodillas
En medio del pavimento
Murmurando en dulce aeento
Una místiea oraeion.
La voz divina sonaba
Y llegaba á sus oídos
Como los eeos perdidos
De vago y lejano son:
"Favorita de los Cielos,
Mujer por Dios bendeeida
Entre todas eseogida
Por el dedo de Jehová,
Ven á eumplir tu destino,
Yo te guiaré de la mano
Para eumplir el areano
Que eserito en el Cielo está."

Salió la favorita de los Cielos
Y por la turba que la admira pasa.
Como lejana vela que en el Norte
Del náufrago distingue la mirada,
Que ya la luz de la esperanza augura
Á su honda lueha en las postreras ansias
De rodillas se ponen en la tierra
Y con la frente prosternada exelaman:
"Dejad pasar la perla de Betulia,
La mujer por Jehová predestinada."

IV.

EL FESTIN DE HOLOFERNES.

En un salon ojivo y esplendente
De riqueza y de lujo maravilla,
Se reunen los jefes del Oriente
Al sátrapa doblando la rodilla.
Embalsaman el aire mil olores,
Y golosos manjares eonvidaban.
Y de rieos magnífieos licores
Las espumantes eopas rebosoban.
En jarrones de pórfido labrados

Su frente doblan olorosas flores,
Y exhalan en pebetes cincelados
El incienso y la mirra sus olores.
Cuantos objetos hai apetitosos
Allí la gula amontonó sin tasa;
Y apaga el sol sus rayos luminosos
En cortinajes de flotante gasa.
Resuenan en la bóveda hechiceros
Los sones mil de célica armonía,
Y le roban los anchos pebeteros
Con su brillante luz la luz al dia.
Bajo esplendente solio de oro y grana
En oriental cojin de blanda seda,
Sobre lechos de pompa soberana
Que absorto el ojo al contemplar se queda.
Está el Jefe orgulloso de los persas
En medio de sus nobles y mujeres
Que encienden á sus piés mirras diversas
Y de rodillas sirven sus placeres.
La música á torrentes inundaba
De sones mil la atmósfera serena
Y de una en otra mano circulaba
El ancha copa hasta los bordes llena.
Ébrio de vino el Jefe soberano
Oyó una humilde voz que le decia:
"Alto Señor, perdida por el llano
De Betulia cogimos un espía."
—"Pues matadle;" y la copa rebosando
Á sorbos saboreaba su dulzura;
Mas de nuevo la voz siguió clamando,
"Es mujer, ved su gracia y hermosura."
Con ojo torpe de lujuria henchido
Se quedó contemplando entusiasmado
Él mas bello boton que hubo crecido
De Betulia en el cielo perfumado.
Trémula de rubor la hermosa hebrea
De tanta esplendidez maravillada
Ante el sátrapa vil arrodillada
Le dijo así con argentina voz:
"La cólera del Cielo está en mi pueblo,
Pues lo mancha la sombra del pecado,
Quiero vivir contigo y á tu lado
Pues eres grande como el mismo Dios."

—" Alza del suelo, bella entre las bellas,
Ven mi grandeza á dividir conmigo,
Tú, que de mi poder eres testigo,
Ven á mis brazos, vírgen de Salem.
Serás la favorita en mi serrallo,
Me servirás la copa rebosada,
Y tu solo capricho, tu mirada
Será mi lei, mi soberano bien."
—Soi tu esclava, Señor, pero te ruego
Si en mí tu amor de soberano pones,
Que mis extraños ritos y oraciones
Con libertad me dejarás cumplir.
—Lo escuchásteis, eunucos? quiero sea
Una suprema lei cuanto ella mande,
Que si el poder de vuestro jefe es grande,
Es mas grande mi amor.-Podéis salir.

V.

EL DEDO DE DIOS.

....
....
....
....

Vencido del licor cubrió su mente
La mas torpe embriaguez con denso velo;
Y el sátrapa feroz dobló la frente
Sobre el rico almohadon de terciopelo.
De rodillas cayó la hermosa hebrea,
Murmurando tres veces: "Señor mio"
Mas pura que una gota de rocio
En las brillantes hojas de un clavel.
Alzó llorosa los hermosos ojos
Con fe sublime á la region eterna,
Bellísima en su duelo y mui mas tierna
Que el llanto de David en Israel.
La opaca luz de moribunda antorcha
Del sátrapa la frente iluminaba,
Y en sus torpes arrugas aun mostraba
Las huellas de reciente bacanal:
Judith al lado del dormido monstruo
Era como la estrella de esperanza
Que es signo en la tormenta de bonanza,

Que contiene revuelto temporal.
  Empuña el ancho alfanje, y en el Cielo
Poniendo su esperanza religiosa,
Con rudo tajo la cerviz odiosa
Del mutilado tronco separó.
Tomó por los cabellos la cabeza
Que con vital aliento se movia;
Con horrible expresion aun se veia
Que ni la misma muerte le borró.
  Tomó Judith seguida de su esclava
Y la cabeza oculta con su manto,
Y murmurando de esperanza un canto
Salió por el inmenso corredor.
Los eunucos que salen á su encuentro
Se le humillan, diciendo en voz doliente:
"Dejad pasar la perla del Oriente,
La sierva favorita del Señor."

VI.

CONCLUSION.

¡Al arma! al arma!.... Numerosa hueste
Se tiende en la llanura....
Al Jefe llamarémos?.... ¡que tumulto!
Que de Holoférnes sin tardar se apreste
La dorada armadura!
El caballo, la lanza, corre, vuela,
Truene el clarin! las armas, los soldados
Vengan ardiendo en saña!
Cúbrase de guerreros la campaña!
Mirad, mirad, ya llegan
Innúmeros soldados de Betulia,
Y á su cabeza Osías....
Escuchad sus cantares de alegría!
Llamad al Jefe, caigan esas puertas;
Pronto, las armas.... maldicion!.... ya llegan.
Muerte y desolacion siguen sus pasos!....
Mares de sangre cubren la llanura....
Oh! genios del infierno.... el Jefe ha muerto....
Sobre el rico divan solo he mirado
Nadando en sangre el cuerpo mutilado!
¿En dónde está la hebrea?
Buscadla por doquiera,
Su cabeza en mi lanza

El lábaro triunfal de Asiria sea!
Oh! maldicion!.... Miradla
Al frente de las huestes de Judea!
¡Volemos al combate!.... mi caballo
Pronto!.... mi lanza en el combate ardiente
Te buscará, maldita!
¡Qué luz extraña baja por su frente!
¡Me deslumbra esa luz! mi vista quita!
Ya llegan!.... compasion!.... mi brazo inerte
Apénas puede manejar la lanza!
No puedo mas.... Judith.... infame hebrea!
No te acerques!.... qué horror! qué horror! la muerte.

Es inútil la lanza y la celada,
Guerreros del desierto, el mismo Cielo
Dirige su nacion predestinada;
El Ángel del Señor abre sus alas
Y oculto al mundo con divino velo,
De Judith ilumina la mirada;
De la mujer mas fuerte
Obedece á la voz la misma muerte.
Cayeron á sus golpes redoblados
Como la débil mies vuestros soldados.
La misma muchedumbre de los carros
Os fué fatal en el combate cruento,
Que cegados del genio del abismo
Contra vosotros mismos dirigísteis
El hierro agudo con afan sangriento.

Hosanna, Hosanna al Dios de las alturas
Cante la lengua de los pobres hijos
Del mísero Israel; su Dios piadoso,
Su Dios terrible y fuerte
Se mueve de su ruego lastimoso
Y en dicha cambia su mezquina suerte.
Con mil trinos salúdenle las aves,
Con su voz espumosa los torrentes,
El ancho mar con sus murmullos graves,
Con un suspiro lánguido las fuentes;
El pueblo de Israel en cantos suaves
Al Cielo eleve súplicas fervientes,
Y que al Sumo Hacedor grato le sea
El himno universal de la Judea.

(Juan Vicente Camacho.)

ORACION

PRONUNCIADA POR EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR MARIANO DE TALAVERA Y GARCES, OBISPO DE TRÍCALA, ANTE LA ILUSTRE UNIVERSIDAD DE CARÁCAS, EN LA COLACION DEL GRADO DE DOCTOR EN TEOLOGÍA AL SEÑOR EZEQUIEL MARÍA GONZALEZ, EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1852.

SIETE lustros han corrido despues que libre de la prision con que la tiranía castigara mi amor á la patria, subí á esta cátedra académica por la última vez (así lo creí en aquella época luctuosa), para pronunciar la oracion de premios en el dia solemne (*) en que esta Ilustre Universidad, entónces real y pontificia, celebraba la festividad religiosa ordenada por su constitucion, para manifestar su devocion y sus ternuras á la Inmaculada. ¿Quién me habia de decir que á los treinta y cinco años, recobrada la independencia de la Nacion, tendria el honor de ocupar la misma cátedra, para hablar á la sabia y respetable madre que me alimentó á sus pechos, y

(*) El 8 de Diciembre de 1817.

hacer el elogio de la facultad sagrada que en la mañana de mi juventud fué el objeto de mis vigilias y tareas, para ser en la tarde de mi vejez mi distraccion y mi deleite? Bien conoceréis, señores, que mi edad avanzada, la nieve que cubre mi cabeza, mi cansada voz y el débil soplo de vida que me queda, me alejan del ministerio de la palabra, y de discurrir delante de varones ilustrados que pueden ser mis maestros; pero me disculparéis, si consideráis el justo motivo que me ha lanzado á la arena. He querido reanimar mis fuerzas debilitadas y comprometer mi inteligencia fugitiva, para contribuir á solemnizar la inauguracion doctoral de un jóven eclesiástico que la Providencia puso bajo mi paternal solicitud, á consecuencia de la inesperada muerte de un Prelado venerable, mi inmediato sucesor en el curato de Barínas, mi estimable compañero en el Congreso de Colombia, mi cordial amigo y mi hermano querido en el episcopado. Así, espero que en el breve rato que molestaré vuestra atencion, trazando el cuadro de todas las Teologías y dando la preferencia á la Teología cristiana, seréis indulgentes.

La Teología comenzó en Adan, cuyo corazon fué el primer templo de la Divinidad sobre la tierra. Arrojado del Paraiso por su desobediencia, pervertida su voluntad, oscurecido su entendimiento, revelados sus sentidos, solo conservó la revelacion primitiva que enseñó á sus hijos, y la promesa de un Mesías que debia lavar su culpa transmitida á su infeliz posteridad. Los ante-diluvianos, ingratos á las bondades del Criador, se abandonaron á los vicios, y como toda carne habia corrompido su camino (1), atrajo el diluvio universal que la castigó con ejemplar severidad (2).

(1) Génesis, cap. 6, v. 12.
(2) Génesis, cap. 7, vv. 21, 22 y 23.

Despues del cataclismo espantoso que desconcertó el equilibrio admirable de la creacion, los descendientes del segundo padre del género humano no fueron mejores que sus antepasados. Estos, aunque descaradamente prevaricadores, conservaron las tradiciones divinas: aquellos añadieron al crímen la idolatría. En el delirio de su orgullo, la raza culpable de Noé comenzó á edificar una torre que tocase al Cielo; y bien pronto recibió la pena paternal de su temerario empeño, con la confusion de las lenguas (*). Olvidada del Señor y de su beneficencia, adoró el Sol, la Luna, los elementos y hasta los mas inmundos animales: todo era Dios entre los hombres, excepto Dios solo, dice un antiguo Obispo de Barcelona.

De en medio de esta inundacion de errores y de crímenes formó Dios un pueblo privilegiado, á quien hizo depositario de la revelacion original, y del verdadero culto, que se sostenia por la esperanza de un futuro Libertador. Los primeros patriarcas, que por la inocencia de su vida merecieron que el Señor se llamase Dios de Abrahan, de Isaac, y de Jacob, solo conocieron la existencia del Sér Supremo, y las maravillas de su poder y de su amor, y murieron bendiciendo á sus hijos, y asegurándoles la venida de un reparador que pondria su trono en Israel. Esta fué toda la Teología judáica. Los profetas mismos, aquellos hombres divinos que oyeron la voz del Eterno, que vieron su grandeza y su majestad, que hablaron con él cara á cara, segun la frase de la Escritura, apénas vislumbraron su esencia incomprensible. Isaías, el mas iluminado de todos, queda absorto al contemplar la generacion eterna del Verbo. La revelacion de este gran misterio, escondido á muchos siglos y generaciones, dice San Pablo, la

(*) Génesis cap. 11, vv. 4 y 8.

reservaba el Altísimo á los santos de la Lei de Gracia, que lo sabrian de la boca misma del Verbo encarnado.

El paganismo en la era famosa de su filosofía, tuvo tambien su Teología, sus Dioses, su Olimpo, sus Campos Elíseos y su Tártaro horroroso. ¿Pero qué Dioses? Un Júpiter incestuoso, un Marte parricida, un Mercurio engañador, un Baco beodo, una Vénus impúdica, un Juno implacable; divinidades mas criminales que sus adoradores. Su Teología era una mezcla monstruosa de errores absurdos, de groseras supersticiones, de sacrificios sangrientos de la especie humana, que solo podian agradar al Ángel rebelde destronado.

Las ponderadas virtudes de Platon y de Sócrates, y de otros héroes de la moral pagana, practicadas por vanidad ó interes, sin relacion alguna á Dios, no eran mas que pecados brillantes, como las llama San Agustin, *splendida peccata*.

Mas vino la plenitud de los tiempos (1), y con ella el cumplimiento de las magníficas promesas y el nacimiento de la Teología cristiana. Preciso es, señores, elevarnos aquí desde las meditaciones vulgares hasta las religiosas, y desde las confusiones de la tierra hasta el órden celestial. Iba á cesar el horrible invierno de la idolatría, pasadas las largas noches de la incredulidad, aplicando la bella metáfora de San Gregorio (2), y un año florido iba á comenzar con la hermosa primavera de la Fe. Las guerras habian terminado: Augusto, vencedor de sus rivales en el triunvirato, habia cerrado el templo de Jano, abierto tantos años á las plegarias insensatas de los idólatras: habia afianzado el Imperio con el sometimiento forzado de los pueblos: la paz era universal (3): se aproximaba el suceso memorable, in-

(1) San Pablo ad Gal. 4.
(2) San Gregorio, Moral, lib. 9, cap. 6.
(3) Martirolog. in vigilia Nativ. Domini.

dicado por inmensos preparativos. Era la media noche (1): reinaba el silencio en la naturaleza: en sueño tranquilo descansaban los señores del mundo; y el Verbo divino sin darles parte, en una gruta tosca, saliendo milagrosamente del vientre purísimo de una vírgen inmaculada, satisfizo la ansiosa expectacion de cincuenta siglos. Comunicó al punto este grande acontecimiento, que tanto interesaba al género humano, á unos humildes pastores, creyéndolos mas dignos de entrar en los arcanos de su sabiduría, que los terribles depositarios del poder romano, que se juzgaban dueños del destino de las naciones. Y al manifestarse en la tierra revestido de nuestra carne, hizo la revolucion mas asombrosa que vieron las edades, y que debia cambiar la faz del universo. El despreciado hijo de María y del artesano, apareció á los ojos de la Judea como un profeta persuasivo, poderoso en obras y en palabras, lleno de gracia y de verdad, árbitro de los espíritus, vencedor de la naturaleza, hombre por su caridad, Dios por su poder. Él fué el primero que se presentó diciendo al mundo pagano y judaico: "Yo traigo una Teología sublime, sacada del seno del padre de las luces, y ningun filósofo, ningun mortal puede lisonjearse de derivar su doctrina de una esfera tan alta. Yo soi el único que puedo llamarme sin usurpacion hijo de Dios y sabedor de sus secretos (2). Yo soi el único que enseño una moral pura y consoladora, que lleva sus esperanzas mas allá de la consumacion de los siglos."

Al eco de esta voz poderosa, la humanidad degradada recobra su dignidad, caen los templos, los altares y los ídolos: al lujo de los conquistadores sucede la po-

(1) Cum medium silentium tenerent omnia, et nox in suo cursu medium iter perageret.

(2) Ad Philipp. 2.

breza del Evangelio; y el orgullo del Capitolio de Roma se humilla delante del pesebre de Belen.

Este oscuro portal fué la cuna de la Teología cristiana, civilizadora de las sociedades. Bien pronto trasladó su cátedra á la cumbre del Gólgota: Jesucristo fué su primer preceptor. Con su sangrienta inmolacion confirmó las lecciones que en el curso teológico de tres años y medio habia dado á sus discípulos, flacos y medrosos, á pesar de las contradicciones de los sacerdotes y fariseos. De su cruz, hasta entónces patíbulo de ignominia, salieron las brillantes claridades que llevaron la luz vivificadora á las regiones mas remotas sentadas en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Y cuando en el dia de Pentecostes los Apóstoles, llenos del espíritu divino, publicaron el nuevo pacto sellado con la sangre del primero de los justos, se borró del código romano la odiosa definicion de la esclavitud: ¡de la esclavitud, ese cruel anacronismo en los fastos de la humanidad! Tal ha sido, señores, el orígen de la Teología cristiana, que progresivamente ha llegado hasta nosotros bajo las alas protectoras de su eterno fundador.

La Teología no es ciencia, hablando propiamente: ella no deriva sus nociones, como las ciencias, de principios establecidos por el ingenio humano despues de meditaciones profundas, de reflexiones metódicas y de largas experiencias. Si se le da este nombre, es por la excelencia de su objeto. La Teología, especialmente en los dogmas, es la fé siempre luminosa en su majestuosa oscuridad; y la fé excluye toda discusion, exige sumision entera. La Teología está fundada en la palabra infalible de aquel que dijo: "yo soi el camino, la verdad y la vida."

La Teología, considerada en la teórica, abraza el conocimiento de Dios y de sus atributos infinitos; la

naturaleza de los ángeles que le adoran en el Cielo, y cumplen en la tierra sus soberanas voluntades; la caida de nuestros primeros padres y la transmision de su pecado á su desgraciada descendencia; la Encarnacion del Verbo, su vida, su muerte, su resurreccion, y el rescate de la humanidad; la gracia y la admirable economía con que el Señor la distribuye; la gloria inmortal de los justos, y el castigo eterno de los pecadores; la vocacion de los gentiles y la fundacion de la Iglesia; el primado de San Pedro transmitido en toda su plenitud á los herederos de su silla; los sacramentos y sus misteriosos efectos; la direccion de los actos humanos; las virtudes que adornan al alma, y las prevaricaciones que la privan de la amistad de Dios.

La Teología en la práctica es la religion misma, que atravesando los siglos bárbaros é idólatras, ha llegado hasta nosotros dando á los hombres testimonio de su orígen celestial, sin perder cosa alguna de su primer esplendor; esa religion que tiene consuelos para todas las aflicciones, como perdones para todos los extravíos; esa religion, en fin, que trabaja en secreto para beneficio de las almas, sin que ningun mortal haya podido sorprenderla en sus operaciones.

Estando, pues, la Teología fundada en la revelacion, seria perder lastimosamente el tiempo ocuparnos en inquirir lo que es superior á nuestra inteligencia. ¿Podéis comprender esa inefable generacion del Verbo, de cuya incomprensibilidad se confesaba incapaz Isaías, y la no ménos inefable procesion del Espíritu Santo? ¿Podéis comprender ese prodigio de la Encarnacion del Hijo, uniendo á su persona la naturaleza humana, sin que el Padre y el Espíritu Santo, con quienes es un solo y mismo Dios, se hayan hecho hombres? ¿Podéis comprender cómo el alma, saliendo pura de las manos del

Criador, contrae el pecado original al juntarse al cuerpo, que por sí es incapaz de culpa? En vano un sabio y mui católico español (1), se ha propuesto explicar naturalmente por asimilaciones ingeniosas la transmision de la prevaricacion de Adan á sus descendientes; nos ha dejado en la misma oscuridad sobre este dogma definido por el Concilio de Trento. ¿Podéis comprender los efectos invisibles de los sacramentos conferidos por medio de elementos sensibles? ¿Podéis, en fin, comprender esa asombrosa transustanciacion del pan y del vino, que San Ambrosio llama una nueva Encarnacion del Verbo, y Santo Tomas, el mas grande de los milagros obrado por las simples palabras de un mortal, aunque sea el mayor pecador? ¡Pobre razon humana, cuán débil, cuán impotente eres, exclamaré con San Pablo, para alcanzar la altura de la sabiduría de Dios! En los misterios de nuestra fé, Señores, un niño sabe tanto como los mas eximios Doctores de la Iglesia. Oid, jóvenes estudiosos, á un eminente teólogo, mas distinguido por su piedad que por su saber, que debió en parte su santidad á las virtuosas influencias de su religiosa madre. Extasiado en la contemplacion de la Divina Esencia, y convencido de su incapacidad para conocerla, prorumpió en estas humildes expresiones: "si yo os comprendiese, Señor, ó Agustin seria Dios, ó Dios seria Agustin." Pretender inquirir lo que está sobre nuestra limitada inteligencia, es atraernos aquel terrible anatema: "el que se atreve á investigar la Majestad del Altísimo será oprimido por su gloria" (2). Cuando vuestra razon altanera y presumida de sí misma, intente traspasar la valla de la revelacion y penetrar sus misteriosas profundidades, recordadle el precepto del Eterno al poner lí-

(1) Donoso Cortes.

(2) Qui scrutator est majestatis opprimetur a gloria.

mites al mar: "hasta aquí llegarás y no mas, aquí se romperán tus orgullosas olas" (*).

Hubo una época infausta en que la Filosofía de Aristóteles, no bien entendida, arbitrariamente interpretada, y mal aplicada por sus comentadores que se arrogaron el derecho de entronizarla: esta Filosofía, digo, invadió el campo de la Teología, sustituyó á la enseñanza sencilla de los dogmas una Metafísica indigesta de ninguna utilidad, y sujetó á deducciones de silogismos humanos las verdades reveladas. Este método fatal se propagó y llegó á comunicarse á algun Padre de la Iglesia. ¡Aberraciones de los tiempos! Pero vino otra época propicia á los estudios teológicos que no cuenta entre nosotros mas de trece lustros. Miéntras que dos ilustres preceptores de grata recordacion, Marrero y Montenegro, trabajaban para introducir las reformas en estos Generales, plantando el primero el árbol de la verdadera Filosofía, y derrocando el trono del Estagirita á despecho de las contradicciones y molestias con que acibararon su vida los sostenedores del método dominante: y el segundo sembrando en el espíritu de los jóvenes los gérmenes del buen gusto en la literatura; otro eclesiástico restablecia á su dignidad la Teología, y dotaba mas tarde la cátedra de Lugares teológicos y de religion. Modesto y humilde, de vasta erudicion, dos veces jubilado en las asignaturas de Moral y de Prima, enamorado de las ciencias que le sirvieron de consuelo en las amarguras de su ostracismo, amante de la juventud y patriota inmaculado, que durante treinta años no pisó mas que el templo, su casa y la Universidad; y arrancado últimamente por el despotismo, en una edad octogenaria, del seno de esta tierna madre que se complacia en verle, para que fuese á

(*) Usque huc venies, hic confringes tumentes fluctus tuos.

morir en una playa extranjera en castigo de su patriotismo. ¿Y por qué no decir su nombre, debiendo pronunciarlo con veneracion? El sabio y respetable Lindo. Ah! Si me fuese permitido faltar en este puesto á las leyes de la Oratoria por cumplir las del agradecimiento, yo quemaria ahora algunos granos de incienso á la virtud de este benemérito preceptor, le pagaria con un pequeño tributo de alabanza lo mucho que le debo; y estoi cierto de que para formar su elogio no seria necesario que viniesen, como en otro tiempo, las pompas de Faraon á honrar las cenizas y la memoria de los Patriarcas. Me habia distraido, señores; pero digresion laudable, pues la ha causado la gratitud.

Jóvenes que estudiáis la sagrada Teología, y que tenéis mas motivos de convenceros de la grandeza del Criador y del amor que le debéis, tened siempre presentes aquellas tremendas palabras del libro de la sabiduría dirigidas á los sábios: "ni estos son dignos de perdon; porque si pudieron saber tanto que pudieran formar un juicio cabal de lo que es el mundo, ¿cómo no encontraron mas fácilmente al Señor de él?" (*) Guardáos de querer explicar la Trinidad increada, por las Trinidades creadas: la transmision del pecado original, por la transmision de las enfermedades hereditarias de familia: la Encarnacion inefable del Verbo, por la union del alma con el cuerpo, que todavía es un enigma para la razon: las operaciones ocultas y maravillosas de la gracia, por los éxtasis sorprendentes del magnetismo animal; y los efectos misteriosos de los sacramentos, por los fenómenos de la electricidad. Guardáos de admitir comparaciones de los Campos Elíseos del antiguo

(*) Nec his debet ignosci: si enim tantum potuerunt scire ut possent æstimare seculum, quomodo hujus dominum non facilius invenerunt? Sap. cap. 13.

paganismo, con la morada del Dios tres veces santo; ni del Tártaro de los poetas, con el infierno de los cristianos; ni del fuego de Pluton y de Proserpina, con el fuego encendido por el Soberano Juez para vengar sus ofensas. Semejantes ideas, ajenas de la verdad, formarán aquellos teólogos desgraciados de quienes habla el Apóstol San Judas (1), llamándolos nubes sin agua transportadas por los vientos, árboles de otoño, infructuosos, dos veces muertos, olas de un mar embravecido que arrojan sus confusiones, estrellas errantes para quienes está reservada la eterna tempestad de las tinieblas.

Si queréis aprovechar en el estudio de la Teología, despues de las nociones de los autores clásicos, aplicáos á entender el texto literal de ámbos Testamentos segun el sentido de los Santos Padres, y aprended los Anales Eclesiásticos. Pero si queréis adquirir una ciencia pura y sentimental, os recomiendo con San Buenaventura, que procuréis sacar con gozo sus aguas de las fuentes fecundas que manan de las llagas del Salvador (2).

Honorable candidato, que recibís hoi el premio de vuestras tareas con el doctorado en la mas sagrada de todas las facultades, cuya consecucion mirábais tan lejana por vuestra situacion desfavorable: yo os felicito, no tanto por el honor que os ha dispensado esta Ilustre Universidad, cuanto por el testimonio público, solemne que habéis dado de vuestro reconocimiento al bondadoso y siempre llorado Pontífice de Venezuela, que sacándoos de la casa paterna, sin mérito vuestro y con preferencia á otros aspirantes, os puso en el camino de la virtud y de la ciencia. Él se complace ahora en el

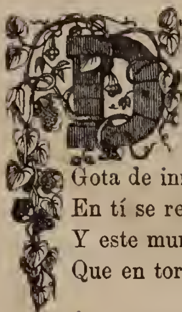
(1) Epist. catolica.

(2) Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. Isaias, cap. 12.

Cielo viendo premiados en vos su celo y su caridad. No olvidéis el hermoso pensamiento que acabáis de expresar en vuestra dedicatoria: "la mas noble cualidad del pequeño es la gratitud." Pero especialmente os encargo que meditéis aquel oráculo divino que tantas veces habéis leido conmigo: "el principio de la sabiduría es el temor del Señor." Sin él, todo el saber humano no es mas que aridez, vanidad y afliccion de espíritu, que nada aprovechan en el momento supremo: es un caudal acumulado con trabajo (conservad estas últimas palabras de un anciano Obispo que os ama en Jesucristo), es un caudal acumulado con trabajo, que solo sirve para condenarse con mayor pompa y solemnidad.



EL ESPÍRITU EN LA TUMBA.


E la tumba al borde helado,
De cipres la sien ceñida,
En el cáliz de la vida
La última gota miré.
Gota de inmensa dulzura,
En tí se refleja el Cielo
Y este mundo ya sin velo
Que en torpe delirio amé.

Yerta mansion ! ve tu huesped.
Eterno asilo en tu seno
Busca ya el inmundo cieno
Que vivió para el dolor.
Salve tumba : salve polvo.
En esta morada augusta
Mi alma eterna no se asusta,
Se goza en sublime horror.

Cuánta luz en el sepulcro!
Luz del alma, luz tremenda,
Que ilumina la ancha senda
Que lleva á la eternidad.
Lo eterno es todo del hombre.
Los guardianes sepulcrales
Allí esperan los mortales:
Hijos del polvo, llegad.

Todo viviente en la tierra
Es polvo de cementerios:
El polvo tiene misterios
Que no alcanza la razon;
Y en este mundo espantoso,
Que no es mas que un vasto osario,
En el lóbrego calvario
Tumba tiene tambien Dios.

Pira eterna del espíritu
En el Gólgota se enciende,
Y vision de sangre asciende
De la expiacion al altar.
Fúnebres luces derrama
La montaña misteriosa.
Crëacion! tu inmensa fosa
Vino Cristo á iluminar.

La raza de los humanos
Pasará. Con faz desnuda
Se verá la tierra, y muda
En inmensa lobreguez;
Y detenida en su giro,
Fracasada en sus cimientos,
Con dispersos elementos
Volverá á ser lo que fué

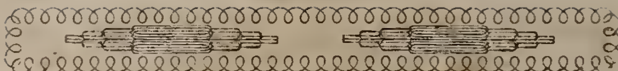
Y tú, sol, que vida esparces
Fuego, brillo y hermosura,
Y allá en la celeste altura
Cual un monarca te estás;
Contados tienes tus dias,
Y apagado, roto y frio,
Como un cadáver al rio
Del trono al olvido irás.

Altas estrellas! ya os miro
Cual polvo al aire disperso,
Y una momia, tú universo
Que al abismo irá tambien.
De la deidad el espectro
Entre las ruinas del mundo
Se alzará: voz del profundo
El tiempo, dirá, ya fué.

Llegará el tremendo dia
Á la crëacion entera.
Anunciado está; y espera
El cristiano con fervor,
Que al hundirse el universo
Hallarán, con varia suerte,
Su último triunfo la muerte,
La vida el postrer dolor.

(Fermin Toro.)





LOS SIETE DOLORES DE MARIA.

—Ella llora.... y yo pequé!
Madre amorosa, perdon!
Que yo le crucifiqué.
Yo su sangre derramé
Y manché la crëacion!

ZORRILLA



ENIO de la cristiana poesía!
Segundo ángel custodio del poeta,
Venid á mí: prestadme la armonía
Del arpa celestial del Rei-Profeta:
Bañadme en la tristeza que cubria
El corazon del Santo anacoreta,
Para poder cantar los negros duelos
De la mística Rosa de los Cielos.
Llevadme á la montaña misteriosa
Donde lloraba el Cristo atribulado,
Donde en vision espléndida y gloriosa
Hablaba con Moises, transfigurado:
Donde virtió su sangre generosa
Para borrar el terrenal pecado,
Y cantaré el martirio y la agonía
De los siete dolores de María.
Llevadme á las riberas del torrente,

Donde David hallaba inspiraciones,
Donde con voz profética y doliente
Preludiaba sus lúgubres canciones.
Con fúnebre cipres cubrid mi frente,
Con babilonio sáuce y con crespones,
Para decir al mundo los pesares
De la inmortal Estrella de los mares.

Dadme el llanto del triste Jeremías,
Las lágrimas de Pedro arrepentido,
El llanto que inundó á las dos Marías
Junto al sepulcro en sangre reteñido:
Dadme la ardiente inspiracion de Elías
Y de Job el hondísimo gemido,
Porque es triste, tristísima la historia
De la Reina y Señora de la Gloria.

Sí: yo quiero cantar esa Señora
Á cuyo nombre el Ténaro enmudece,
Esa mujer mas bella que la aurora
Con que el sol de los Cielos amanece:
Esa mujer que el mismo Dios adora,
Y á quien el mar se humilla y obedece:
Esa mujer tan bella y tan divina
Que el ángel llama ESTRELLA MATUTINA.

Mi canto gemebundo y solitario
Resonará por ELLA: ELLA me inspira;
Y con el llanto que empapó el Sudario
Bañará los alambres de mi lira.
Flor teñida en la sangre del Calvario,
Por quien mi aislado corazon suspira,
Yo tambien sé llorar: desde la aurora
Lágrimas tengo para tí, Señora!

Yo tambien sé llorar!—Mi pecho encierra
Abismos de tristeza y de amargura;
Feliz.... jamas fuí yo; porque la tierra
Desde mi cuna fué una sepultura;
La vida es un fantasma que me aterra,
Letal cicuta que mi labio apura;
Y el mundo, cuando lloro, Madre mia,
Dice que miento yo.... tú no, María!

Tú no, porque tú sabes el tormento
De un corazon que llora su abandono,
Porque tambien el negro sufrimiento
Cebó en tu pecho su sangriento encono,

Porque aunque habitas hoi el firmamento
En estrellado y sempiterno trono,
Eres siempre el refugio y el consuelo,
De todo el que solloza en este suelo.
  Mas, perdon, Madre mia, si insensato
Osé mezclar mi llanto á tus dolores,
Si mi ronco y tristísimo ululato,
Voló á tu nombre en ecos gemidores.
Si el mundo á tu dolor se mostró ingrato,
Si á risa lo movieron tus clamores,
¿Qué mucho que perdido por el viento,
Muera en la soledad nuestro lamento?
Solo el canto que suena en tu alabanza
No perece jamas: que de tu coro
Un espíritu fúlgido se lanza
Sobre una nube coruscante de oro:
Yo sé quién es: su nombre es LA ESPERANZA,
Santa deidad que enjuga nuestro lloro:
Yo sé quién es ese ángel: nació un dia
De una gota del llanto de María.
  Él me acompaña cuando el Cielo alfombra
Sus caminos de estrellas: cuando nace
Radiante el sol. Sus alas me hacen sombra
Cuando el Cielo en borrascas se deshace:
Mi labio en medio el temporal le nombra,
Cuando mi pecho sin aliento yace,
Y él, como el Cristo, sobre el mar se avanza
Y dice, no temáis, soi LA ESPERANZA.
  ¡Oh, Madre! que ese espíritu benigno
Nunca de mí se aleje ni se aparte,
Que aunque de ser tu bardo no soi digno,
Teniendo fé me atreveré á cantarte.
Rasga el nublo satánico y maligno,
Que quiera de mis ojos ocultarte,
Y la tierra sabrá la poesía
De los siete dolores de María.

(Abigail Lozano.)

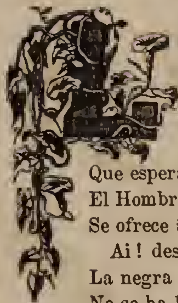




LA MUERTE DEL SALVADOR.

44. Erat autem fere hora sexta. et tenebræ factæ sunt in universam terram usque ad horam nonam.
45. Et obscuratus est Sol : et velum templi scissum est medium.
46. Et clamans voce magna Jesus ait : Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Et hæc dicens, expiravit.

San Lucas



A turba ciega ardiendo en furia impía
Escarnece en la cruz al Nazareno;
Densas tinieblas la region del trueno
Cubren, y en noche se convierte el dia.
Al fin se cumple el misterioso arcano
Que esperaron los siglos, y propicio
El Hombre-Dios en cruento sacrificio
Se ofrece á Dios por el linaje humano.
Ai! desde Adan la humanidad gemia;
La negra mancha del primer delito
No se ha borrado aún; estaba escrito
Que solo un Dios á Dios aplacaria.

El que en la inmensidad y lo infinito
Vive, y el mundo á su placer gobierna,
Á cuya voz el ángel se prosterna,
Y se hunde en los abismos el precito:
—Á su paso conmuévese la tierra;
Su iracunda mirada el rayo inflama;
El huracan su cólera proclama;
Su nombre solo, al criminal aterra:—
El que animó la nada, y cuyo ceño
Lanzar pudiera el mundo al espantoso
Cáos, el sabio, el fuerte, el poderoso....
Pendiente yace de infamante leño.
Qué horror! El hombre ha condenado á muerte
Al que vida le dió! ¡Crímen nefando!
No la soberbia del rebelde bando
Lo imaginó mayor: ah! vuestra suerte,
Llorad hijas de Sion! ya el tiempo llega
En que dirán: "afortunado el vientre
Que jamas concibió!" Cuando concentre
Su cólera el Señor, ¡ai de tí, ciega
Jerusalen! el polvo de tus ruinas
Arrastrarán los vientos!—Abatido,
Entre dos criminales confundido,
Ceñida por baldon la sien de espinas,
Del Gólgota en la cumbre, los impíos
Vejan al Cristo, Salvador del hombre.
Escrito está sobre la cruz su nombre:
"ESTE ES JESUS EL REI DE LOS JUDÍOS."
"Si eres hijo de Dios," la turba grita,
"¿Por qué no te socorre, si le imploras?
Pues salvas á los otros ¿por qué lloras?
Sálvate de esa cruz!...." ¡Raza maldita!
"Sobre nosotros caiga y nuestros hijos
Su sangre!"; lo dijísteis.... ¡así sea!
Errante irá la tribu de Judea,
Odiada, sin hogar ni templos fijos
Por siglos de los sigos; y en su frente,
Como Cain el pecador, grabado
Sello de maldicion, de gente en gente
Llevará hasta su fin!—Ya el humanado
Dios las angustias sufre y la agonía:
La sangre helada, el corazon opreso,
De los pecados al enorme peso

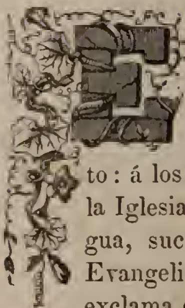
La frente inclina pálida y sombría.
  Aquellos que le hicieron compañía
Huyen despavoridos; á su lado
Solo está Juan; y viendo al Hijo amado
Se parten las entrañas de María.
  Los serafines y ángeles del Cielo,
La faz bañada en angustioso lloro,
Suspendieron el cántico sonoro;
Y hubo silencio sepulcral y duelo.
  "Mi Dios! mi Dios! piedad! no me abandones!"
Jesus clama en acento moribundo;
Severo oye el Eterno; en el profundo,
Satan blasfema y rompe en maldiciones.
Del templo de Salem se rasga el velo;
La tierra tiembla, el universo gime,
Envuelto en noche tenebrosa, horrenda....
Miéntras Jesus palabras de consuelo
Vierte, perdona, al pecador redime,
Y al Eterno su espíritu encomienda.

(Ramon I. Móntes.)





LA PASCUA.



STA es la solemnidad por excelencia, la fiesta patronal del Cristianismo, *el dia que hizo el Señor.* Hoi cesan los cantos lúgubres, y desaparecen las ropas de luto: á los acentos de maldicion y de tristeza que la Iglesia tomaba de los profetas de la lei antigua, suceden las sencillas narraciones de los Evangelistas y los cantos de gratitud. ¡ Aleluya! exclama el linaje humano todo entero arrancado al sepulcro del pecado. ¡ Aleluya! ya verdaderamente á esta hora *todo está consumado:* la grande obra de la regeneracion llega á su término, el Cielo está abierto, el infierno está domado, la muerte está vencida, la esperanza está asentada sobre una base inmortal. ¡ Aleluya! La nube de tristeza que el sacrificio del Gólgota habia derramado sobre la naturaleza entera, se ha desgarrado: el grito de agonía que habia rajado las peñas del Calvario ha cesado de repente, y la tierra, que poco án-

tes palpitaba como oprimida dajo el doble peso de sus crímenes y de la majestad de un Dios espirante, ya no se estremece mas que de ventura y júbilo. ¡Triunfo! ¡victoria! ¡Bendicion y gloria al Cordero inmolado por los pecados del mundo y *resucitado para nuestra justificacion!* Mirad: el sol, anublado hace un momento, vuelve á aparecer mas radiante: un resplandor mas templado ilumina el Cielo, y la naturaleza entera parece orgullosa y contenta de ofrecerse á las miradas del Criador, empapada en la sangre regeneradora que borra toda mancha.

Sí, la fiesta de Pascua es la fiesta por excelencia. Lo que es la aurora á los cansados ojos de la noche, lo que es el rocío vivificador á las plantas abrasadas por el sol, lo que es para el desterrado la vista de su patria, es esta solemnidad para el verdadero cristiano. Hoi es cuando los corazones fieles deben dilatarse y abrirse á los rayos del sol de justicia. ¡La losa del sepulcro está levantada! Discípulos fieles de Cristo, venid á ver á vuestro Redentor, no ya á aquel rei de los dolores, *á aquel último de los hombres*, cubierto de oprobio y teñido en sangre, sino al triunfador de la muerte, radiante de majestad, rodeado como de un torbellino de gloria y eclipsando con su esplendor la lumbrera del dia. Acercáos á esa sepultura donde el odio de sus enemigos creia haber hundido su poder: ¿qué véis en ella? una mortaja, inútiles vestiduras, último despojo de su mortalidad; pero él ya no está ahí; ha resucitado, verdaderamente ha resucitado; Magdalena nos lo atestigua, Magdalena, la amorosa amiga de Jesucristo, ¡y el afecto no engaña! Y sus dolores ¿dónde están? se han desvanecido.... ¿Y su amarga agonía, y sus penetrantes gritos, y su sangrienta cruz? Todo pasó. A los misterios de dolor han sucedido los misterios de la ventura, á la flaqueza la fuerza,

á la muerte la vida.... Repetid, pues, en el piadoso entusiasmo del amor, en el delirio de la alegría: *Cristo ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!*

....

Ahora bien, ¿qué sublimes enseñanzas no nos da la solemnidad que celebramos? ¿Qué voz se alza mas tierna y sonora al mismo tiempo entre todas las voces del año, para celebrar el amor y el poder de Dios, para consolarnos é instruirnos? La resurreccion de Jesucristo es el símbolo y la prenda de nuestra resurreccion futura, el incontrastable cimiento de nuestra fe, la razon de nuestra esperanza. ¡Luego era un Dios aquel de quien blasfemaba un pueblo ciego, aquel á quien escarnecia en su delirio una nacion ingrata, y que, con pié vencedor, rompió la tumba donde sus enemigos le creian sepultado para siempre! La incredulidad del pueblo judío queda confundida con este inmenso prodigio: descórrese el velo de las profecías, cúmplese la esperanza del mundo, y la impiedad se ve reducida á enmudecer ante un hecho apoyado en tan evidentes testimonios. Doce pescadores, asistidos por el Espíritu Santo, irán hasta los confines del universo á anunciar un Dios muerto y resucitado, y la tierra pasmada y convencida, se arrodillará ante el que se anuncia hoi como su redentor y aparecerá un dia como su juez. Jesucristo sale del sepulcro, y el Cielo, cerrado por el pecado del primer hombre, se abre á la voz del nuevo Adan, vencedor del infierno y del pecado. Desterrados, ya podéis levantar los ojos y cobrar aliento: vuestra patria os abre sus puertas, vuestras lágrimas y vuestros trabajos no quedaron ya sin recompensa. Aquella necesidad de ventura que habia quedado en el corazon del hombre como una inclinacion irresistible, no será ya un vano y estéril tormento: aquella sed de la verdad, aquel insaciable amor á lo bello, re-

cuerdos de una grandeza desvanecida, hallarán al fin con qué saciarse, y la hermosa economía del mundo primitivo se restaurará en su plenitud.

....

Ese cuerpo radiante de hermosura, vestido de un resplandor sobrenatural, sobre el que ya no tienen imperio alguno el dolor y la muerte, es la imágen de lo que será nuestro cuerpo cuando se haya despojado de su forma mortal, para vestirse de incorruptibilidad.

Esa alma, casto y hermoso espejo, en que el Cielo se refleja con complacencia, adornada de todas las virtudes, santuario de todas las alegrías, como fué en otro tiempo el centro de todos los dolores, es el tipo de nuestra alma cuando se despoja, con su vida mortal, de sus flaquezas, de sus inclinaciones vergonzosas, de sus manchas y de sus padecimientos.

Esa ciudad resplandeciente, cuyas puertas se abren hoi para recibir al Rei de Gloria, donde delicias sin fin y torrentes de delicias sacian á los elegidos, donde no se conocen *ni el luto, ni los gritos, ni las lágrimas, ni la muerte*, será nuestro patrimonio y nuestra poscsion perpetua, cuando la muerte haya puesto fin á nuestra corta peregrinacion.

Pero todo esto es preciso comprarlo á costa de grandes esfuerzos y de un entero sacrificio; pero ese magnífico porvenir, cuya sola idea hace palpitar el corazon, es el premio de una victoria; pero para vestir al hombre nuevo con todas sus glorias, es preciso hacer morir al hombre antiguo con todas sus concupiscencias. La resurreccion de Jesucristo, dándonos sublimes esperanzas, nos impone grandes y árduos deberes; porque ántes de sentarse á la diestra de su Padre, nuestro Rei sufrió en el Calvario, y ninguno será coronado con él, si no ha combatido y triunfado como él. Él dejó en el sepulcro su

sudario y sus vestiduras, emblema de esa naturaleza culpada y grosera, de esa corteza carnal del pecado de la que tambien debemos despojarnos. El Cordero resucitado desconocerá, pues, en el dia del grande advenimiento, á esos ciegos que se han hecho aquí abajo su morada, olvidando por las alegrías efímeras una felicidad sin fin, y á aquellas almas cobardes y corazones tibios que, vacilando entre la naturaleza y la gracia, no hayan tenido valor para despojarse enteramente de la *antigua levadura del pecado por los panes ázimos de la justicia y de la sinceridad.* Vencerse á sí mismo, sujetar siempre sus propias pasiones siempre renacientes, hacer una guerra de todos los dias, de todas las horas, á ese hombre antiguo que solo la muerte puede aniquilar: maldecir el mundo que Jesucristo maldijo, no usar mas que de paso de las cosas de la tierra, sustentarse del deseo y de las esperanzas del Cielo, y con esta mira soportar con resignacion la parte de dolores que nuestro Dios en la cruz nos legó á cada uno de nosotros, esto es verdaderamente resucitar con Jesucristo, esto es lo que se necesita para merecer un puesto junto á él en el reino eterno.

Ahora bien, ¿cuántos están en estas felices disposiciones? ¿Cuántos hombres nuevos aumentarian hoi el séquito de Jesucristo triunfante? Semejantes á sus apóstoles, que el escándalo de su cruz dispersó y que no tuvieron la dicha de ser testigos de su victoria, nosotros tememos tambien la parte que es preciso tomar en sus dolores ántes de gozar de su gloria y de participar de su triunfo. Ó la fe falta á nuestro entendimiento, ó el valor á nuestro corazon. Tememos hacer demasiado, dar demasiado, en la senda del sacrificio, sin pensar ¡ai! que un sacrificio generoso costaria ménos trabajo y traeria mas dulces recompensas, que esas medias-voluntades,

que esas semi-resoluciones en que se vive tan penosamente, y que dejan á la virtud todo lo que tiene de costoso, sin las alegrías que la acompañan. Y luego, ¿se medita, se comprende bien este pensamiento tan consolador:—el tiempo de prueba es corto, la recompensa es eterna: algunos dias de dolor, por una eternidad de ventura?

¡Oh Rei, cuyo triunfo celebran hoi todas las cosas, que habéis encadenado con vuestra victoria todas las potencias del infierno, Cordero que has borrado los pecados del mundo, Pontífice eterno, Sol de juticia, recibid en este dia nuestros homenajes y nuestros votos! Todo el universo es vuestro, porque lo habéis comprado á costa del mas grande sacrificio, y os ha sido dado todo poderío en la tierra como en el Cielo. Reinad, pues, como vencedor, sobre esta tierra regenerada, precio de vuestra conquista: del Norte al Mediodía, del Ocaso á la Aurora, vuestro nombre sea glorificado y bendecido: toda rodilla se doble, toda frente se incline ante vuestra radiante majestad. Mui diferente de los triunfadores mortales, cuyos laureles están bañados de lágrimas y cuyas banderas están empapadas en sangre, vuestra victoria no produce mas que la paz y la justicia, vuestro estandarte es el de la esperanza. Sí, vuestros somos; queremos una parte en vuestros dolores, así como ambicionamos vuestro triunfo. ¿Y qué nos importa que el ingrato mundo repudie el fruto de vuestra victoria, y que la antigua serpiente infernal levante todavía la cabeza para blasfemar y maldeciros? Vuestros somos: nos habéis llamado vuestros hermanos, vuestros amigos, vuestros hijos, y si nos prestáis el apoyo de vuestro brazo, *¿quién contra nosotros?* Pero velad sobre nuestra flaqueza, sostened nuestros trémulos pasos: inspiradnos el valor que os hizo subir al Calvario y beber el amargo

cáliz hasta las heces. Haced que siempre brille á nuestros ojos cansados de sombras un rayo de inmortal esperanza; que siempre en nuestros oídos fatigados de los rumores de la tierra, resuene un eco de la eterna aleluya, para que venzamos con perseverancia los peligros de nuestra propia flaqueza, las tentaciones del mundo, y los hastíos del destierro, y para que, en fin, formando un dia la comitiva de nuestro caudillo triunfante, merezcamos sentarnos á la sombra de la cruz glorificada en las alturas de los Cielos.



ÍNDICE.



